

BIBLIOTECA ARTIGAS

COLECCION de CLASICOS URUGUAYOS

VOLUMEN 10

SANSÓN CARRASCO

ARTICULOS

MONTEVIDEO

1953



SANSÓN CARRASCO

MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA Y PREVISIÓN SOCIAL

BIBLIOTECA ARTIGAS

(Art. 14 de la Ley de 10 de agosto de 1950)

COMISION EDITORA

JUSTINO ZAVALA MUNIZ
Ministro de Instrucción Pública

JUAN E. PIVEL DEVOTO
Director del Museo Histórico Nacional

DIONISIO TRILLO PAYS
Director de la Biblioteca Nacional

JUAN C. GÓMEZ ALZOLA
Director del Archivo General de la Nación

COLECCIÓN DE CLÁSICOS URUGUAYOS

Vol. 10

SANSÓN CARRASCO: ARTICULOS

Preparación del texto a cargo
de SORIA CORCHS QUINTELA

ARTICULOS

Prólogo de

JOSÉ PEREIRA RODRIGUEZ

D.102.875

MONTEVIDEO

1953

1 PQ 8519. M 954. A6.2

NOTAS PROLOGALES

“... nunca una colección de artículos o discursos equivaldrá para el común de los lectores a una historia, un poema, una novela. En el sentido artístico — si bien algo abusivo — del vocablo, el acto de “crear” implica alumbramiento de un todo orgánico no de fragmentos sueltos.”

PAUL GROUSSAC

LOS QUE PASABAN: *Nicolás Avellaneda*

I

Desde los comienzos artiguistas hasta las primeras presidencias constitucionales, la Patria Vieja crece, se desarrolla y adquiere una progresiva realidad promisoria. En la gesta emancipadora, primero; en el proceso de la independencia política, después; y en la encendida lucha ideológico-política, casi siempre, el país va definiendo su personalidad de nación libre, en medio de dos poderosos estados fronterizos, hasta alcanzar plenitud definitiva duran-



te el último cuarto del siglo XIX. El estudio apasionado del desenvolvimiento histórico del Uruguay en tal parcela de tiempo, evidencia que nunca fué más fecunda ni más trascendente, la actividad intelectual de la República. Esos veinticinco años de nuestra breve historia se abren con el trágico amanecer del "año terrible" (1875) y se cierran con el vuelo de "Ariel" (1900) hacia la "Magna Patria" americana. Comprende la "época del Ateneo" apasionada y apasionante, en que la literatura y la política se entremezclan con romántica vehemencia. Sus hombres más representativos —civiles o militares— se muestran como fuerzas naturales desatadas en furioso vendaval o avassallador desborde. La pasión obnubila el raciocinio y deforma la objetiva apreciación de los hechos. La Historia ofrece aquí tierra virgen que comienza a ser explorada con cautela, sin odio y con amor, y que reserva, para la apreciación retrospectiva sorpresas inevitables.

Parecería que, en este período de controversias, se iniciase una marcha ascensional —si presentida no sospechada— en la sorprendente cosecha de ulteriores posibilidades alcanzadas. Nuestro país, durante este intenso momento de su vivir, se transforma.

No intentamos, desde luego, rescatar como promotores de tales bienes, a los militares cuarteleros, campeones de desnotismo, que con sus puñales abatieron la libertad política, humillaron los derechos cívicos e intentaron cercenar la libre expresión del pensamiento. Sencillamente, señalamos los perfiles de una época cuya radiografía aguarda la obra de investigado-

res capaces de reconstruir con imprescindibles esclarecimientos y necesaria objetividad, la pintura de la obra de aquellos hombres, desvanecida por la pasión. El grupo generacional integrado por las mentalidades juveniles de aquellos años, está por ser superado en la valía global de sus méritos, juzgados desde el doble punto de vista de la gallardía varonil y de la jerarquía intelectual que demostraron en la parábola de sus vidas. (1)

Este núcleo de excepcional significación —al que pertenece, íntegramente, Daniel Muñoz—, desenvuelve su acción, durante aquel tiempo turbulento desde las redacciones de los periódicos que, más que ambientes de trabajo pacífico, son trincheras para el diario combate. Lo que los hombres ardorosos anticipan con la pluma, están siempre dispuestos a ratificarlo con la espada o con la pistola, ya en el campo del honor, ya en los entreveros revolucionarios, ya en el encuentro callejero y criollo, sin más testigos que las estrellas y sin más cómplice que el silencio de la noche.

Nunca fué más vehemente la contienda ideológica, ni jamás inspiró tanto respeto, el denuedo de los contendores. Los periodistas de aquella época tremenda manuscreiben casi con su propia sangre, las cuartillas efímeras que estallan, como bombas de asalto, en las escaramu-

(1) Dr. José M. Fernández Saldaña, *Diccionario Uruguayo de Biografías (1810 - 1940)*, Editorial Amerindia, Montevideo, 1945.

Alberto Zum Felde, *Proceso Intelectual del Uruguay*, Editorial Claridad, Montevideo, 1941.

zas cotidianas. Literatura y política constituyen la dual razón de existir de aquellos jóvenes, rendidos enamorados de la Libertad.

Hay una generosidad espléndida en aquella beligerante juventud para dar la vida por una idea, con arrogante desprendimiento y temeridad sin par. Lo denodado de tal actitud y la frecuencia de su manifestación inspiran esta afirmación preclara de Rodó:

“Ser escritor y no haber sido, ni aún accidentalmente, periodista, en tierra como la nuestra significaría más que un título de superioridad o selección una patente de egoísmo”. “Escribir la historia de nuestra prensa sería escribir la historia borsascosa, pero noble y viril, de nuestros esfuerzos por alcanzar la definitiva organización de esta democracia”. (2)

Años después, expresaría el mismo Rodó al periodista salteño Luis A. Thévenet:

“El verdadero hombre de diario no se adapta sin penoso esfuerzo a los ambientes bonancibles: es ave de tormenta criada para arrostrar el ímpetu de los vientos desencadenados y moljar sus alas en la hirviente espuma de las olas”. (3)

Dé esta bravía estirpe fué Daniel Muñoz, nacido en Montevideo el 10 de marzo de 1849, quien, a los veintitrés años ya figura “entre la

(2) José Enrique Rodó, *El Mirador de Próspero*, “La Prensa de Montevideo”, José María Serrano, Montevideo, 1913, pág. 331-343.

(3) “La Prensa”, *Exposición de propósitos*, Salto Oriental, 1916.

combatiente juventud que se agrupó bajo la bandera principista, después de la paz de 1872”. (4)

II

“En el ambiente grave y prosopopéyico de la época —recuerda Octavio Ramírez— cuando la gente escribía y vivía en editorial, aparece de pronto un escritor que tiene la virtud de sonreír ante los más importantes problemas y de convertir en prosa amable y festiva los más serios asuntos del momento. Obsesionados por la situación política, agobiados por la crisis económica, fatigados por la lectura austera de los artículos de fondo, los pobladores de Montevideo se sintieron irremediablemente atraídos por este periodista que vino a imprimir en las columnas de la prensa diaria una nota de optimismo y de amabilidad”. (5)

Daniel Muñoz, tal era el periodista recordado, no tenía treinta años cuando el 13 de octubre de 1878, funda el diario montevideano “La Razón”, secundado por Prudencio Vázquez y Vega, Anacleto Dufort y Alvarez y Manuel B. Otero, “sin otro programa que combatir al catolicismo y demás religiones positivas”, y defender el espiritualismo liberal. Como si esto

(4) Dr. José M. Fernández Saldaña, *Id.*, pág. 871.

(5) Octavio Ramírez, “Cuando Daniel Muñoz era Sansón Carrasco”, Suplemento dominical de *La Nación* del 14 de marzo de 1926, Buenos Aires, pág. 5.

fuera un reto caballeresco, el 1º de noviembre de 1878, Juan Zorrilla de San Martín, vuelto de Chile, levanta la tribuna católica de "El Bien Público", "trabándose de inmediato entre ambos encendidas polémicas, cuyo ruido llegó a dominar por algún tiempo a los demás antagonistas políticos e ideológicos de la época". (6)

En "La Razón", Daniel Muñoz editorializa como Director y comienza a escribir crónicas bajo el pseudónimo literario de Sansón Carrasco. En 1884 se publica, en la "Biblioteca de Autores Uruguayos", que había comenzado a editar A. Barreiro y Ramos, una *COLECCIÓN DE ARTÍCULOS*, precedida con una Introducción por el doctor Juan Carlos Blanco. Al año siguiente aparece el ensayo de novela, *Cristina*, que Carlos Roxlo destaca "por lo punzante del realismo tendencioso", y que Alberto Zum Felde considera "de un ingenuo sentimentalismo en su concepción, aunque contiene algunos acertados rasgos del ambiente montevideano del 80". (7) Y el 4 de diciembre de 1892, el señor Manuel de León, regente de "La Razón", solicita y obtiene la autorización previa para hacer "una pequeña edición de un librito en que estuviesen reunidos algunos de los artículos literarios últimamente publicados" por Sansón Carrasco. En la carta del 5 de diciembre

(6) Arturo Ardao, *Espiritualismo y positivismo en el Uruguay*, Col. Tierra Firme, Fondo de Cultura Económica, México - Buenos Aires, 1950, pág. 110.

(7) Carlos Roxlo, *Historia Crítica de la Literatura Uruguaya*, A. Barreiro y Ramos, Montevideo, 1912, Tomo II, *El romanticismo*, pág. 187; Alberto Zum Felde, *Proceso Intelectual del Uruguay*, pág. 147.

bre, con que Daniel Muñoz contesta la solicitud del regente de "La Razón", le confiesa que había dejado para cuando se retirase definitivamente del periodismo —retiro que aguardaba para "muy en breve"— seleccionar y colecionar algo de lo que había escrito; pero, como el amigo peticionario se le había adelantado en el propósito, daba su beneplácito a la iniciativa siempre que los artículos a elegir "no sean de propaganda ni de polémica sobre asuntos políticos o religiosos".... Con este folleto, *ARTÍCULOS DE SANSON CARRASCO*, publicado en 1893, termina la producción literaria de Daniel Muñoz.

En 1888, diez años después de fundada "La Razón", sucesivamente, es nombrado Secretario del Banco Nacional, Jefe Político y de Policía en Florida y Ministro Plenipotenciario ante el gobierno de Italia e Inglaterra, Embajador ante la República Argentina, primer Intendente Municipal de Montevideo y Ministro de Relaciones Exteriores.

En su ciudad natal falleció el 10 de junio de 1930.

De sus ochenta años de intensa vida, pocos le bastaron a Daniel Muñoz para crearse un inextinguible prestigio literario. El financista, el político, el funcionario, el munícipe, el diplomático, todo cuanto fué ininterrumpidamente por más de medio siglo, no elevará más su pedestal que el montón de cuartillas periodísticas que escribió en casi dionisíaco frenesí, durante los años transcurridos desde la veintena de su juventud combatiente hasta el umbral de sus cuarenta años. Cuanto escribe después de la

cuarentena es resonancia, más que superación, de aquellas páginas desbordantes de observaciones felices, de gracia retozona, de irónica mordacidad o de bonachona campechanía, pergeñadas casi al correr de la pluma, bajo el apremio de la insaciable voracidad de los tipógrafos. Como quien mira con burlón escepticismo el hacer literario, Daniel Muñoz se convirtió —quizás por influencia de la "dorada gitanería de la diplomacia" (8)— en un simpático hombre de mundo que miraba con cierto melancólico romanticismo de abuelo, las mutaciones cinematográficas de todo cuanto le rodeaba. De esta época, alguno de los futuros biógrafos, habrá de considerar un día, la copiosa correspondencia privada enviada a hombres públicos y a eminentes escritores hispano-americanos con quienes convivió horas inolvidables y a quienes gustaba enviarles sus impresiones sobre hombres, hechos y paisajes. Allí se verá su punzante mordacidad para juzgar personas y acontecimientos, tanto como su ingeniosa picardía para poner en descubierto rasgos ridiculizantes de los personajes a quienes caricaturizaba, así como con aquel espíritu burlón coexistía un espíritu sagaz e inteligente para el que, como en la clásica fórmula, "nada de lo humano le era indiferente".

(8) Frase atribuida al rey Alfonso XIII por el doctor Daniel Castellanos.

III

Ya en la anticipada serenidad de hombre de mundo y de escritor en vacaciones, Daniel Muñoz solía acceder, con cierta displicencia, a la solicitud de colaboración literaria. En agosto de 1916, en el mensuario argentino "Plus Ultra" —año I, N° 5— publicó un trabajo breve que, en el título y en el acápite, define la modalidad satírico-humorística de *Sansón Carrasco*. "Entre broma y broma", titulaba la crónica si no es filosófico-sociológico. El acápite se amparaba en la famosa divisa *Castigat ridendo mores*, creada por el poeta francés Jean de Santeuil y adoptada por la Opera Cómica de París. De tal manera, bromeando y riendo intentaba corregir las costumbres... equivocadas. Y así escribía:

—Acabo de saludar a una distinguidísima dama, ofreciéndole el apoyo de mi mano al descender de su carroaje. Todo cuanto la viste y la adorna acusa una suprema elegancia y revela exquisito buen gusto. El calzado que opriñe sus pies diminutos ha sido hecho con el cuero de un cabritillo, arrancado al amor de la madre que lo amamantaba para degollarlo despiadadamente; los guantes a la mosquetera que ciñen sus mórbidos brazos hasta los codos, fueron fabricados con la piel de una medrosa gamuza cazada en las cumbres alpinas; el "manchón" que trae en la mano izquierda lo forman los niveos mantos de docenas de arniños apre-

sados en las estepas siberianas, y la cartera que pende de su diestra es de legitimo cuero de lagarto; la espléndida estola que cuelga de sus hombros denuncia el alevé asesinato de varias martas zibelinas cuyas colas sirven de fleco a la valiosa prenda; la seda del crujiente viso jue robada a millares de industrioso gusanos que la habian hilado para formar sus capullos; el paño de su traje "tailleur" fué tejido con la lana de que se despojó a inofensivas ovejas; el "corset" que delinea la esbeltez de su talle está armado con las barbas de una ballena arponeada en los mares polares, cuya captura costó la vida a algunos valerosos marinos; las peinetas, de primorosos calados, que sujetan su opulenta cabellera, son de carey arrancado de la caparazón de una pacífica tortuga, y las perlas de irisados reflejos que contornean su cuello, fueron hurtadas a las ostras que adornaban con ellas sus anacardadas alcobas; el vistoso sombrero ostenta la cola de un ave del paraíso y las alas de un faisán dorado; el almohadón que le sirve de respaldo en el carroaje está acolchado con el edredón de que fueron saqueados los mullidos nidos que las aves árticas habian tejido para abrigo de sus polluelos; el "fox-terrier" que la sigue, y que ella acaricia como a un hijo, fue proclamado campeón en varios cursos como incansable matador de ratas...".

Daniel Muñoz concluye su crónica reclamando, con gentil deferencia contra la posible acusación de "monstruo" que pudiera adjudicársele a la "distinguidísima dama", nada más, ni nada menos, que "Presidenta Honoraria de la Sociedad Protectora de Animales"....

Esta burlesca manera de encarar los problemas ético-sociales, tipifica la modalidad literaria de *Sansón Carrasco*. Como satírico no calzó alto coturno para lanzar iracundas diatribas; adoptó, más bien, una burla mordaz para conseguir, provocando risa, certeros impactos. Como crítico, según Juan Carlos Blanco, "el rasgo prominente de Daniel Muñoz consiste en encontrar de un golpe la disonancia, la contradicción de las cosas, la contorsión del visaje, la faz desgraciada de una actitud o de una obra, y en decirlo todo con un acento de candor, de ingenuidad, de íntima franqueza, de asombro infantil, que hace resaltar más la fealdad del visaje y de la disonancia, objetos de su buria o de su crítica". (9)

Como costumbrista fué, en cierto modo y a su manera, un Larra, sin mordacidad sarcástica y con menos sentido poético; un Mesonero Romanos más que un Estebáñez Calderón —que con ambos tiene naturales concomitancias— por la facilidad para esquematizar los rasgos característicos y caricaturesscos de un tipo popular, para abocetar un ambiente, para extraer de la realidad, aparentemente trivial, lo duradero y definidor de un momento cualquiera de la vida ciudadana o campesina.

Observador minucioso y perspicaz de la realidad circundante, miraba a su alrededor con ojos de lince y con picardía de viejo experimente y socarrón. Nada pasaba inadvertido a su vera. Miraba con mirada de pintor para desentrañar en la pedestre vulgaridad de las cosas,

(9) Ver en la presente reedición pág. 390

aquella línea zigzagueante que podía llevarlo a conectar lo volátil con lo permanente. Sus cuadros —porque pinturas son realmente artículos como "Los carnavales", "La feria", para citar ejemplos típicos— alcanzan su representativa plasticidad, tanto por el colorido de la descripción como por el movimiento impreso a la dinámica narración. Si se dijera que Daniel Muñoz es, en muchos de sus artículos periodísticos, un "pintor en acción", se definiría su estética con precisión exacta. Describía con desenvuelta maestría, en lengua casi conversacional, desbordante de amenidad y de interés, "sin preocuparse de aquella trabazón inflexible que obliga al pensamiento a seguir los lentos pasos de la lógica gramatical" (10). Escribía, por tal modo, párrafos de amplio vuelo cuando la descripción requería cierta morosidad explicativa; pero, tan pronto quedaba transplantado a la página el paisaje con su vida en reposo o en movimiento, el escritor agilitaba el desarrollo pictórico o dinamizaba el diálogo pintoresco para vigorizar el relato con animación de secuencia teatral. Era un escritor nato, de esos que no intentan crear un molde artificial para su pensamiento, y que, en el continuado ejercicio de la aptitud natural, perfecciona su expresión espontánea hasta alcanzar —sin voluntario propósito— un estilo personal e individualizador. Su modo de escribir era inconfundible. Basta leer las páginas de "La Ra-

(10) Ramón Menéndez Pidal, *Antología de prosistas castellanos*, "Revista de Filología Española", Madrid, 1917, pág. 219.

zón" para descubrir, sin mayor dificultad, hasta las gacetas salidas de su pluma ágil y certeza. Redactaba con rapidez mental, con rigurosa congruencia y fluido pensamiento. Escribía con la naturalidad del conversador vehemente que desenrolla su plática sin tropiezos verbales, ni bordones inútiles. A los treinta y tres años, "en este —dijo— otoño de la vida en que voy entrando", su único entusiasmo fué la música. (11). Poseía el don de lograr la frase literaria sin la previa disciplina de la organización mental para otros indispensables. Escribía castizamente sin hacer esfuerzo alguno para alcanzarlo. Estaba en la espontánea disposición de su ser resultar elegante y armonioso en la expresión escrita como era atractivo y circunspecto en la expresión oral. Por tales singularidades llegó a ser requerido para esculpir el rocoso estilo de un titán literario. Nos referimos a las razones que vincularon a Sansón Carrasco a la intimidad de Domingo Faustino Sarmiento. Daniel Muñoz, en el peligroso vivir de aquella época bravía, tuvo que trasladarse hasta Buenos Aires donde Samuel Alberú, a la sazón Director de "El Nacional", lo utilizó para la "cocina del diario". A propósito de su labor en el gran diario argentino de aquel tiempo, Sansón Carrasco narró al periodista Jorge Gau- na, lo siguiente:

(11) *Artículos de Sansón Carrasco*. Pág. 79. Cabe una acotación imprescindible. El ejemplar que utilizamos para escribir estas notas prologales luce dedicatoria autógrafa del autor. Daniel Muñoz, a la sazón Jefe Político y de Policía de Florida, manuscritió, en forma curiosa, correcciones léxico-ortográficas en varias páginas.

"Allí intimé con Sarmiento. Era un viejo áspero y bueno como una montaña. Me tomó simpatía y dábame los originales de sus fulminantes artículos. ¡Corrijalos, pues!". Y yo los ordenaba gramaticalmente... Sarmiento no ponía nada más que los adjetivos, sustantivos y artículos. ¡Las otras partes de la oración eran de mi cosecha! (12). A las dos de la tarde invitábame a pasear por la calle Florida y a gritos de charla. Una mañana Benjamín Pose, en "Figaro", publicó un suelto con este epígrafe: "¿De qué reirían ayer Sarmiento y Sansón Carrasco?". En efecto, el autor de "Facundo" se paró conmigo en la puerta de la antigua rotisería Florida y Cuyo, una tarde y me espetó: "Todo el mundo cree que Roca va a elegir como sucesor a un ciudadano que no sea Juárez Celman y se equivoca! ¡Roca hará lo que el capitán del velero con el loro del Brasil!" — "¡Cuéntemelo, don Domingo!". — "Un capitán de buque a vela compró en Buenos Aires un loro y se hizo a la mar. Mientras la nave estuvo en el Sur, el animal calló, pero al sentir el calor del trópico, se le despertó el entusiasmo hablativo. Y lo único que decía era:

(12) Alberto I. Gache, en "La Nación" del 6 de enero de 1924, en un ensayo titulado "Tres uruguayos en la prensa argentina: Juan Carlos Gómez, Daniel Muñoz y Eugenio Garzón", recuerda que cuando Sarmiento abandonó la redacción de "El Nacional", los lectores de éste "seguían atribuyéndole la paternidad de muchos de los estupendos editoriales... escritos por Muñoz!". Lo que Gauna recoge de labios de Sansón Carrasco podría dar una explicación de lo recordado por Gache.

"Lorito real,
para España
y no para Portugal!"

La fragata dirigiérase a Lisboa. En el Ecuador el viento faltó por semanas y las velas, caídas, desesperaron a los tripulantes. El silencio y la rabia reinaban a bordo, mientras el loro, emplumado, ufano, insolente, continuaba a cada minuto con su estribillo:

"Para España
y no para Portugal!"

En el colmo de la ira, sintiendo rencor y odio, el capitán reunió a sus marineros en el puente, alrededor del animalillo y espetó estas palabras: "¡Señor loro!, a pesar de su afirmación, nosotros llegaremos a Portugal y no a España! ¡Y para probar que es así y que mis órdenes se cumplen, usted irá al agua!". El drama terminó. Aplíquese el caso a Roca y Juárez Celman. ¡La opinión es el pobre loro, culpable de haber aprendido unos versos! ¡La ahogarán, no duden, amiguito!". ¡De esa anécdota me reí con Sarmiento!". (13)

El doctor Juan Carlos Blanco, al recoger algunos artículos escritos por Sansón Carrasco, cuenta cómo debió escribirlos "bajo el apremio de la máquina de imprimir, que hacía resonar sus vueltas y estremecimientos en la mis-

(13) Reportaje publicado en una revista bonaerense cuyo título no hemos podido encontrar y reproducido por *La Mariana* de Montevideo del 25 de agosto de 1927.

ma mesa de la redacción". Daniel Muñoz se sentaba frente a dos lámparas —"o mejor dicho, dos reverberos que parecían de platino incandescente, capaces de dejar biscois, no ya a los humanos sino a los mismos ojos de la diosa Minerva"— con un alto de cuartillas bajo su mano; y, cuando la pluma se detenía un momento, levantaba él los ojos y los clavaba en aquellos cristales que echaban chispas". (—"Te vas a quedar ciego!"— solía decirle Carlos María Ramírez). Y Daniel Muñoz, indiferente a la amistosa prevención, "los volvía a bajar y seguía imperturbable escribiendo página tras página". Recordando esta referencia, Sansón Carrasco acotó la descripción de Juan Carlos Blanco diciendo: "La luz no me hacía mella, con asombro de todos mis colegas", y llamando la atención del periodista argentino a quien hacía tales referencias, completó su pensamiento con esta pícara pируeta, muy propia de sus casi ochenta años de entonces: "¡Observe usted mi vista! ¡He resistido cuanto reverbero se me puso a tiro, incluso los de las mujeres!". (14)

IV

Daniel Muñoz se enorgullecía de su condición de periodista. Aunque se pasó la vida sin decidirse a seleccionar, personalmente, sus pá-

(14) Reportaje citado.

ginas desperdigadas en la prensa rioplatense, cuando la ocasión se le ofreció, puso en evidencia tal legítimo orgullo. En 1893, Jaime Castells —con el pseudónimo Jack— publicó un tomito titulado SONETOS entre los que figura el siguiente:

VII

*"Es escritor de corte cervantesco
Y de una corrección que maravilla,
Su frase es natural, culta y sencilla,
Y es ático, satírico o burlesco.*

*Al que toma de blanco, ya está fresco;
Lo deshace, lo hunde, lo acuchilla;
Tiene luz y color su estilo, y brilla
Deslumbrante, variado y pintoresco.*

*Es escritor de ingenio poderoso,
Literato, mejor que periodista,
Sin rival en el género jocoso;*

Mas, se las quiere echar de financista (15)

(15) Aquel polemista que fué el doctor Angel Floro Costa no dejó pasar la oportunidad de censurar a Daniel Muñoz en este aspecto. Así en su folleto: *El Pentateuco. Trozos de la Divina Comedia Uruguaya* por "Horacio Flaco", Montevideo, 1888, sin pie de imprenta, escribió, entre otros satíricos versículos: "Y otro de los hijos que engendró Reus, cuando ya había cumplido noventa y seis años baldomerianos fué a Daniel Muñoz"...

Y desbarra de un modo lastimoso
Este ilustre campeón Racionalista." (16)

Al prologar estas treinta y ocho "siluetas y pinceladas", Daniel Muñoz, aludiendo al precedente soneto, dice: "Jack se empeña en que soy más literato que periodista, y yo me empeño en que soy más diarista que hombre de letras". Y el polemista nato que había en *Sansón Carrasco* diríme la discrepancia, concluyendo campechanamente: "Quede ahí la contienda, pero conste que no acepto el retrato"...

Resulta curioso que este improvisador diario que fué *Sansón Carrasco*, ni escribió poesías, ni versificó, porque —como lo confiesa en el aludido prólogo al librito de *Jack*— "mi estro poético no me da para remontarme más allá del pareado, que es a todo lo que he podido llegar en mis ensayos rítmicos".... Y, sin embargo, al presentar al público a Jaime Castells —"de mediana estatura, pálido, pelinegro, cumplido caballero, corredor de Bolsa bien reputado" — hace unas consideraciones sobre el soneto que vale la pena transcribir porque trazan, a la par, información y cultura:

"Catorce versos dicen que es soneto", y en efecto, con ajuste a las reglas del arte es así, distribuïdos los catorce en dos cuartetos y dos tercetos. Pero eso es sólo la materialidad del soneto, su estructura, el molde estrecho en que el poeta ha de vaciar su pensamiento, despo-

(16) Jack. *Sonetos. Siluetas y pinceladas*, con un prólogo de Sansón Carrasco, A. Barreiro y Ramos, Montevideo, 1893.

jado de toda amplusosidad imaginativa para que quede reducido a lo estrictamente conceptuoso, y ha de ser tal su trabazón que todos los versos sean elementos esenciales del tema sintetizado en el último terceto. Díríase que cada verso es el peldaño de una escala que conduce a la cúspide desde la cual domina la idea del conjunto.

"Algunos preceptistas han dicho que para hacer un soneto perfecto, ha de empezarse por el último verso, queriendo significar con esto que la composición ha de aparecer toda de una pieza, de la cual cada fragmento sea como los trozos de un mosaico de cuya yuxtaposición resulte el conjunto simétrico y correcto.

"La métrica endecasílaba invariable, el número de versos limitado, la consonancia obligada, la progresión razonada y lógica en el desarrollo del pensamiento, son condiciones que hacen del soneto la composición poética más difícil, y pocos son los que logran vencer las escabrosidades que ofrece y someterse a las limitaciones que impone.

"Es una tortura para la inspiración reducirla a tan estrechos lindes condenándola al cautiverio, como ave enjaulada, que sabe no puede extender su vuelo más allá de los alambres que la aprisionan; y de ahí la frecuencia con que se ve a los poetas renombrados escollar en ese género, adivinándose en cada verso las violencias a que ha sometido su estro para forzarlo a encarjar dentro del molde rígido que no cede y que se resiste implacablemente a toda tolerancia.

"Dentro de un soneto, se ha dicho, cabe todo un poema. Cabe sí, pero como cabe la fragancia

de mil rosas en una sola gota, después de someterlas a la presión que hace destilar de sus pétalos la esencia del perfume. El soneto es el alambique en que se destila la esencia de la inspiración, reducido el pensamiento a su síntesis. La poesía en general puede compararse con una floresta poblada de árboles y plantas diversas, de las que unas florecen sin fructificar, otras producen sabrosos frutos, otras engalanan tan sólo el paisaje con la pompa de su follaje, y otras llenan los claros entretejiéndose de un árbol a otro y vistiendo los desnudos troncos con sus guías trepadoras.

“Pero el soneto es un árbol solo, desgajado de toda rama que no tenga fruto, condensada en cada verso una estrofa y comprimida en el último toda la sustancia del asunto que le sirve de tema.

“Es de todos conocida la crítica que se hizo al famoso soneto de Quevedo que empezaba:

Érase un hombre a una nariz pegado.

“Ese primer verso debió ser el último del soneto, porque no cabía ya una exageración superlativa, de manera que el resto de la composición debía decaer, como deciae en efecto, resultando raquíticas y faltas de expresión las comparaciones de la alquitara pensativa, del reloj de sol mal encarado, del peje-espada muy armado y demás que siguen, porque después de hecha la imaginación a la idea de ver a un hombre tan narigudo que resulte su cuerpo entero un simple apéndice de la nariz, no se la puede forzar a concebir nada más descomunal, ni pue-

de tampoco llevarse más allá la hipérbole; así es que huelgan los trece versos que siguen al primero o ha de learse el soneto empezando por el último para ir apurando la exageración hasta rematarla con aquella insuperable con que comienza”.

V

Cuando con justificado apremio, nos fueron solicitadas estas notas prologales, al intentar evadirnos del compromiso que tal distinción nos suponía, recordamos que lo que más le fastidiaba a Daniel Muñoz, ya casi en la frontera de los ochenta años, eran los escrúpulos... Resultaban, precisamente, escrúpulos... literarios o crítico-literarios, los que nos impulsaban a rehuir el compromiso.

Siempre consideramos meritísima la profusa labor periodística desperdigada por Daniel Muñoz, bajo el pseudónimo de *Sansón Carrasco*, nombre literario que corresponde al hijo de Bartolomé Carrasco y Bachiller en la Universidad de Salamanca, según se lee en la universal novela de Cervantes. Como en el habla del Bachiller cervantino, suelen encontrarse “donaires y burlas” en la prosa del periodista montevideano. En el “ridículo razonamiento” que pasó entre don Quijote, Sancho Panza y el Bachiller Sansón Carrasco”, éste creyó necesario aclarar que “uno es escribir como poeta, y otro como historiador: el poeta puede contar o cantar las

cosas, no como fueron, sino como debían ser; y el historiador las ha de escribir, no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar a la verdad cosa alguna" (17). Nuestro *Sansón Carrasco* se situó en posición equidistante del poeta y del historiador: ni persiguió lo ideal poético, ni transmitió lo real histórico, que uno y otro necesitan perspectiva de distancia en el tiempo. Prefirió la actualidad pasajera y el presente volandero; y se hizo cronista de lo fugaz logrando, en algunos de sus artículos, esos "primores de lo vulgar" que Ortega y Gasset señala en la prosa detallista de *Azorín*.

Está claro que, en la instantaneidad de lo que nace y muere dentro del principio y fin de cada día, suelen ofrecerse como espectáculos, hombres, cosas y paisajes que lucen, en mayor o en menor grado, anticipaciones de perenidad. Tener ojos zahories para descubrir tales perfiles es patrimonio del periodista que nace por misteriosa predestinación de las circunstancias. Mas cuando —por sobre la tendencia temperamental a convertir en efectos literarios los más inesperados motivos de la realidad—, el diarista se impone la obligación de actuar como político, su responsabilidad tiene que eludir la preocupación estética exclusiva, y, a veces, se deja llevar por el empuje de la pasión turbulenta. Es lo que acontece en el hacer periodístico cuando la agitación ideológica o la controversia partidaria predisponen a

(17) Miguel de Cervantes Saavedra, *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Edición crítica anotada por Francisco Rodríguez Marín, "Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos", Madrid, 1916, Tomo IV, pág. 89.

la polémica, esgrima verbal que suele poner a prueba el andamiaje del más seguro raciocinio. El afán inmediato desdibuja la perspectiva de la realidad y la argumentación —tantas veces!— asentada sobre lo sofístico, muestra su vulnerabilidad tan pronto como pasan las neblinas de los razonamientos deleznables. Esta literatura periodística es hoja caduca que lleva el viento hacia el olvido. Pero, en medio de la hojarasca y de la ramazón que forman el álabe perecedero, queda el tronco nutrido de fuerte savia, que vigoriza el cerno. Metafóricamente, eso nos da el material digno de la permanencia en la admiración.

Tales eran, en suma, los fundamentos de nuestros escrúpulos, porque Daniel Muñoz escribió mucho bajo el apremio de lo circunstante. Tuvo —admirable sentido crítico— la preocupación de seleccionar un día, su polifacética labor periodística, limpiándola, está claro, de lo pasajero ocasional y aligerándola de las referencias que la pasión del momento explicaban. Pero, salvo su malhadada novela *Cristina*, ninguna de las dos colecciones de artículos, publicadas bajo el cobijo de su popularizado pseudónimo, le pertenecen, ni en su selección intervino directamente. Por esto, generalizando, se nos ocurría que el mejor homenaje que debe tributarse a nuestros "clásicos" no ha de consistir, en reeditar, como se publicaron —como acontece en el caso de *Sansón Carrasco*, hace más de cincuenta años—, sino en colecionar, con selección crítica severa, las mejores páginas, éditas e inéditas, existentes, que enriquecerán el acervo literario y cientí-

fico nacional. Y esto es lo que, con acertado criterio, se ha procurado hacer, dentro de las naturales limitaciones, en el presente volumen.

VI

Ideas racionalistas, principios políticos y militancia partidaria fundamentaron y explican la decidida actitud veinteañera de Daniel Muñoz en el agitado ambiente montevideano de las últimas décadas del siglo XIX. Si la religión y la política nutrieron su ideología, el romanticismo finisecular, hecho de cierto escepticismo, le ofreció los rumbos para la reelaboración de sus propósitos. Al mismo tiempo, y paralelamente a la tarea periodística —función misionera de elaborar, a diario, el pensamiento de que debe henchirse la opinión pública—, Daniel Muñoz dejaba en manos de Sansón Carrasco la posibilidad de evasión hacia el campo literario. Surgen así sus artículos complementando la acción proselitista y muchas veces, polémica, que, desde la columna editorial, asumía responsabilidad condigna. Por esta simultaneidad, inserta en sus crónicas referencias circunstanciales y adecuadas a las intenciones de su propaganda que disminuyen el valor estético de páginas que, expurgadas de tales presencias, adquirirían total mérito anotológico. Certo que, estas mismas referencias muestran el humorismo burlón y satírico que es el alma de la personalidad literaria de San-

[XXX]

NOTAS PROLOGALES

són Carrasco. Tienen gracejo particular y hasta aleccionadora intención crítica, reveladores de cómo dentro de un medio político, en el que las expansiones de la libertad eran formas temerarias —cuando no provocativas e insolentes— de la actividad mental, el periodista podía ejercer su misión censoria.

No es del caso mencionar quién era el Fiscal del Crimen en aquellos años; las crónicas de Sansón Carrasco se encargaron de señalarlo para pública vindicta, escarneciéndolo con la mofa de su vilipendio. Así, en la crónica descriptiva "Una caravana de bohemios", aparecida en "La Razón" del 24 de junio de 1883, Sansón Carrasco comentando con donaire pícaro, el idioma endemoniado de la gitana que le dice la buena-ventura, hace esta alusión intencionada y evidente:

"...Dios me perdone, creo que también dijo una vez algo de KAPIANGA (18), cosa rara, porque entiendo que la joven bohemia no conoce todavía al joven brigadier"...

Y como la adivinadora le agrega que en breve se vería obligado a hacer un viaje, Sansón Carrasco, con gracejo, comenta:

"No creo en los pronósticos de las bohemiadas, pero confieso que cuando me hizo la profecía de un próximo viaje, no sé por qué se me vino a la memoria el artículo de la ley de imprenta que castiga los deslices de pluma

(18) Deformación intencionada del brasilerismo *capanga*, de "capanguero", tipo valentón, de infima clase social, que se pone o está al servicio de quien le paga para ser defendido en caso de peligro; también, "guarda espaldas".

[XXXI]

con la pena de destierro. La sombra del fiscal del crimen se me apareció en medio de toda la porquería que me rodeaba"...

Cuatro días después, en el artículo "Montevideo bajo la lluvia", termina su admirable crónica con este párrafo inesperado:

"¡Sopla, genio de la Pampa, y arrastra entre tus ráfagas todas estas nubes que nos roban el sol y nos empapan los huesos! ¡Sopla, llévate toda esta inmundicia al quinto infierno, y si eso te parece poco, puedes llevarte también al Fiscal del Crimen, que estorba tanto como las nubes!"

Al día siguiente, Sansón Carrasco escribe otra deliciosa crónica "en recuerdo —dice— de todos los Pedros que me lean", y, evocando veladas fastuosas celebradas en el Montevideo antiguo, luego de deseárselas "felices años", agrega esta cuchufleta:

"... y que Dios les libre de tener que habérselas con..."

—Con el matrimonio?

—No, hombre... con un Fiscal del Crimen".

Por si no fuera suficiente tanta contumacia, Sansón Carrasco visita, días después, en Santa Lucía, una fábrica industrializadora de productos porcinos, y escribe una crónica pormenorizada el 2 de agosto, que titula "*¡Cuánto chancho!*" Luego de haber visto tanto cerdo en su recorrida de "La Extremena", cuenta que, fatigado, se durmió... Y así termina su artículo:

"... Me dormí soñando con chanchos, y desperté al día siguiente a las sacudidas que me

daba un empleado para hacerme firmar un papel.

—¿Qué es esto? —pregunté medio dormido todavía.

—Es la notificación de un traslado del Fiscal del Crimen.

Aquello me hizo volver en mí, pero, impresionado todavía con lo que había visto la víspera, no pude menos de excluir por última vez:

—“¡Cuánto chancho!”

El escritor que tan contumaz se mostraba con uno de los representantes de la justicia, acaso pensaba de ésta que, como en el sarcasmo de Quevedo, convertía en bienaventurados a aquéllos a quienes perseguía... Era un signo de los tiempos, felizmente superados.

Si de tal modo Daniel Muñoz se comportaba con uno de los jerarcas del Poder Judicial, en reacción contra personales agravios, no de mejor, ni más tolerante manera lo hacía, cuando debía opinar de los representantes de la Iglesia Católica. Basta leer lo que se le ocurre expresar cuando Sansón Carrasco se da a pasear por las calles de Minas y "topa", como Sancho, con la Iglesia, "pobre, raquítica, mezquina; un rancho techado de teja sin atrio, ni torre, lo que prueba —según deduce—, que el vecindario de Minas es más sensato que otros que han gastado ingentes sumas en la construcción de templos, mientras no tienen calles, ni plazas, ni oficinas públicas, ni nada, en fin de lo que es mil veces más necesario a la población que una iglesia"..." Hasta cuando se detiene a admirar en el paisaje minuano la



estampa romántica del viejo molino a viento de Ládoz, "que se levanta en la parte más alta de la población, con sus grandes aspas abiertas como los brazos de una cruz" —se le ocurre agregar esta aclaración iconoclasta—, "no de esa cruz en cuyo nombre se mata y se persigue, sino de la cruz del trabajo, que redime al hombre de la esclavitud de la miseria, y le hace libre mediante sus propias fuerzas, sin necesidad de intermediarios que holgazanean a costa del sudor ajeno". Cuando da tremendo varapalo a Rafael Fragueiro, llega a decirle que "es un prodigo de inteligencia, y otro prodigo de ignorancia en materias que son hoy el a.b.c. de toda educación"; y agrega aún, que ello se explica "por haber entrado en calidad de pupilo en el colegio Pío, de Villa Colón"... lo que no le impide contradecirse cuando asegura, más adelante, que era más fácil ponerle puertas al campo que enjaular "los mundanos pensamientos que se agitaban en su cabeza"...

VII

En 1893, apareció en Montevideo, el volumen ARTÍCULOS DE SANSÓN CARRASCO, editado en la Imprenta y Litografía de "La Razón". Esta breve y despareja colección agrupa algunos de los artículos publicados por Daniel Muñoz hasta fines de 1892. Casi diez años habían transcurrido desde que, en la COLECCIÓN DE ARTÍCULOS, de

1884, se habían recogido algunas de las crónicas publicadas en "La Razón", desde el 14 de marzo de 1882 hasta el 15 de octubre de 1883. Si la primera selección no se había ceñido a distribución y ordenamiento adecuados, esta segunda —y última—, recolección de trabajos dispersos, ofrece mayor vulnerabilidad a la crítica, aun cuando el propio *Sansón Carrasco* impuso que no se eligieran los de "propaganda ni de polémica sobre asuntos políticos o religiosos", que fueron los que, por aquellos años, absorbieron su más encumbrada labor de periodista, de expositor y de polemista. Temas relacionados con la que hoy llamaríamos "propaganda industrial", coexisten en el conjunto de artículos acopiados, con páginas que son verdaderas joyas de antología: las de "Una quemazón de campo", por ejemplo, pueden parangonarse, sin desmedro, con similares escritas por Eduardo Acevedo Díaz en su novela "Soledad", o por Leopoldo Lugones en sus conferencias de "El Payador", para describir un incendio en el campo. Y aún siendo desigual el mérito de los artículos coleccionados, ¿cómo está viva y presente la maestría periodística de *Sansón Carrasco*! Esas mismas páginas inspiradas en prosaicos temas agrícola-ganaderos, lucen destellos singulares. El arte de saber mirar y ver con inteligencia y sensibilidad exquisitas cuanto se muestra a los ojos indagadores, está allí omnipresente. Daniel Muñoz va de lo pedestre y vulgar a lo espiritualmente culto. Maneja con sabiduría el arte descriptivo de los contrastes, y usa, sin abuso, de la pirueta literaria de la paradoja. La idea del maquinismo norteame-

ricano que Rodó va a explanar en "Ariel", de 1900, *Sansón Carrasco* la expone, burla burlando, al describir, de modo magistral, un improvisado concierto de Dalmiro Costa de quien, en el artículo del 10 de diciembre de 1882, ya había trazado un retrato extraordinario:

"Para mí, el piano no es un instrumento propiamente dicho, sino una maquinaria. Sólo así se explica que los norteamericanos, que son las gentes más antiartísticas del mundo, sean los mejores fabricantes de pianos. Fabrican un piano como fabrican una locomotora, un puente o cualquier otro artefacto. Mi descreimiento sobre el gusto artístico de los yankis me viene desde que supe que un chocolatero de Nueva York envió a la Exposición de París, como muestra de sus productos, la Venus de Milo, de tamaño natural, vaciada en chocolate! Esta herejía artística corre parejas con la que cometió otro fabricante yanki, que para dar a conocer los productos de sus talleres, hizo que la Margarita de Fausto, en vez de aparecer hilando en la rueca, se presentase ante el público cosiendo en una máquina Singer!" ("Una audición en lo de Mousqués", pág. 79-86).

Por igual necesidad de comentar la realidad, aprovecha su visita a los viñedos de La Cruz para formular consideraciones sobre la evolución sociológica de la República al destacar "las aptitudes del hijo del país":

"tan diestro para la guerra como resistente para las más penosas tareas; tan arrojado y desenvuelto para la arriesgada lidia de la ganadería, como contraido y afanoso para las pacientes faenas de la labranza; sobrio como nadie

y como nadie infatigable; insensible a los rigores del invierno e indiferente a las ardientes del sol estival, dispuesto siempre a todo sin que nada le acobarde.

"Los que ayer eran gauchos enlazadores de toros, pialadores de potros, boleadores de avestruces y de venados, está hoy sometidos a la disciplina del trabajo inteligente y metódico; éste carpiendo los viñedos, aquél atando los renuevos de las cepas, el otro azufrando los pámpanos, estotro vigilando el proceso de la fermentación, el de allá aparejando un arado, el de acullá afilando los dientes de una segadora, todos contraídos a su faena, recordando tal vez en el sosiego del presente la agitada vida del pasado, guerraeando ayer, jineteando hoy un potro indómito, cruzando al día siguiente la soledad de los campos al galope de su caballo favorito, midiendo con la mirada distancias ilimitadas y canturriando la décima amorosa que en la noche oyó cantar al payador de su pago". ("Los viñedos de La Cruz", pág. 69-78).

Y por las mismas razones que acabamos de puntualizar, cuando *Sansón Carrasco* recorre y describe la Cabaña Progreso, no deja pasar la ocasión de ofrecer su pulgada de rapé socio-filosófico para rebatir la posible y probable objeción de esa que Unamuno llamó, cierta vez, "moralina humana":

"No faltará quien diga que es un lujo costear una cabaña para cría de caballos finos, pero quien tal diga será alguno de esos egoístas que no comprenden que ciertas aficiones son necesidades para quienes consideran que la vida consiste en algo más que en comer y en

ganar dineros, aficiones tanto más dignas de aliento y merecedoras de aplauso, por cuanto ellas propenden al progreso general y a la civilización de las costumbres, como puede apreciarse en la cabaña del señor Piñeyrúa, donde nuestros paisanos, por lo general tan guapos como desordenados para el trabajo, desempeñan sus tareas con puntualidad y una disciplina intachables, formándose hombres de trabajo y de orden, educándose en hábitos de respeto y de laboriosidad" . . . ("Cabaña Progreso", páginas 57-68).

VIII

Hace años, en una soleada mañana salteña, tuvimos la feliz e inolvidable oportunidad de dialogar breves minutos con Daniel Muñoz. Era entonces Ministro de Relaciones Exteriores. Recorrimos con él las aulas del antiguo Instituto Politécnico, hoy "Osimani y Llerena", por justiciera ley de la República. Ibamos al lado de *Sansón Carrasco* mostrándole la vieja casa de estudios. Daniel Muñoz lucía, gallardamente, la juvenilia de sus setenta años. Miraba todo con inquieta curiosidad investigadora. Observó con interés los anaquelos de la Biblioteca. Posó sus ojos en las vitrinas que guardaban, avaramente, envejecido material de enseñanza. Luego de verlo todo, se detuvo en el patio embaldosado como para cobijarse bajo la escasa sombra de unos naranjos sobrevivientes.

[XXXVIII]

Cuando parecía haber quedado satisfecho, acariciándose la punta gorda barbita, pulcramente cuidada, preguntó, displicentemente: —"¿Y el Museo?". Había en su pregunta, en apariencia tan inocente como intrascendente, la mejor prueba de que su don de observador permanecía intacto con toda su vigorosa plenitud. ¡No había Museo! La pregunta de *Sansón Carrasco* estaba diciéndonos que ese instrumento invaluable de docencia nos faltaba. Y aquí, de nuevo, la demostración de sus admirables condiciones de crítico y de diplomático: tan pronto como advirtió nuestra inevitable confusión para darle contestación a su pregunta, inició una animada charla para evocar algunos Museos visitados en Italia y en España, y exaltar, también, a aquellos dos extranjeros que venidos, uno de Italia y otro de España, se habían unido en admirable fraternidad laboriosa para darnos con el ejemplo de su obra la mejor pieza histórica del Museo que nos faltaba. . .

JOSÉ PEREIRA RODRÍGUEZ

Montevideo, noviembre de 1953.

[XXXIX]

CRITERIO DE ESTA EDICIÓN

La presente edición de Artículos de Sansón Carrasco recoge la mayor parte del material publicado en las dos primeras y únicas ediciones de sus páginas costumbristas de los años 1884 y 1893.

Se ha considerado oportuno agrupar en un volumen los artículos de índole costumbrista más representativos y los esbozos cuentísticas de Sansón Carrasco referidos a temas y ambientes vinculados al país. Por lo tanto se han excluido sus numerosas e interesantes páginas de discusión ideológica, sus cuadros de viaje y sus artículos de costumbres sobre ambientes extranjeros, como el "Panorama bonaerense". Dentro de los artículos publicados se ha seguido en general la ordenación de las ediciones citadas, corrigiendo algunos errores de compaginación, como en los artículos referidos a Minas, y agrupando otros por la similitud de temas. A las páginas recogidas en esos libros se han agregado las tituladas "El gaucho Florido" que aparecieron en "El Bien Público", con fecha febrero 9 de 1887.

ARTICULOS

Bajo este seudónimo de estirpe cervantina, se escondió toda la actividad literaria costumbrista de quien fué más conocido en el país como diplomático, político y periodista: Daniel Muñoz. Nació en Montevideo el 10 de marzo de 1849, cursó sus primeras letras en el Colegio Inglés de Mr. Reed y siguió estudios secundarios y preparatorios hasta que al producirse la paz de 1872 formó parte de la Juventud Principista que apoyó la gestión del gobierno de Ellauri hasta que éste fué derrocado en 1875. Emigrado en Buenos Aires cooperó en los trabajos que culminaron en la revolución tricolor.

Su actividad literaria está vinculada estrechamente a su labor periodista y abarca un periodo de menos de veinte años a fines del siglo pasado. Fundó el diario montevideano "La Razón" cuyo primer número apareció el 13 de octubre de 1878 y del que fué su primer director. En dicho periódico y otros de la época se publicaron sus artículos de observación costumbrista y de polémica ideológica, algunos de los cuales fueron recogidos por insistencia de sus amigos, en las dos colecciones de 1884 y 1893. Su único intento de creación novelística, "Cristina", había aparecido en 1885.

A partir de fines de siglo se dedica con exclusividad a la política y a la diplomacia. En 1896 Idiarte Borda lo nombra Jefe Político del departamento de Florida y en el mismo año pasa a desempeñar el cargo de Ministro Plenipotenciario y Embajador Extraordinario en Italia. Con la misma representación pasa en 1902 a Buenos Aires, asumiendo la misión diplomática del Uruguay durante un largo periodo con interrupciones destinadas a desempeñar cargos en la Administración de su país. En 1909 ocupa la primera Intendencia Municipal de Montevideo hasta el año 1911 en que se reintegra al cuerpo diplomático y vuelve la Legación en Buenos Aires. En 1919 fué designado Ministro de Relaciones Exteriores, desempeñando ese alto cargo desde el 18 de febrero hasta el 1º de agosto del mismo año.

Representó al país en numerosos Congresos y actos conmemorativos, regresando a Montevideo en situación de retiro, donde falleció el 10 de junio de 1930.

Aparte de las ediciones de obras citadas, la Sociedad Uruguaya de Hombres Letras publicó en 1945, en su "Biblioteca de Autores Uruguayos" una selección de sus artículos literario-periodísticos.

EL COMETA

De las cuatro de la mañana en adelante es cuando se ve el cometa, y aunque a la verdad bien podía el coludo astro presentarse a una hora más oportuna, creí de mi deber sacrificar algunas horas de mi sueño para corresponder a la visita del huésped celestial.

Di orden de que me despertasen a las tres y media, y me acosté sin poder conciliar al pronto el sueño, como sucede siempre que está uno con el ánimo preocupado por alguna novedad. Dábame vueltas entre las sábanas, traté de permanecer con los ojos cerrados, pero aún así veía por entre los párpados la imagen del cometa, con su brillante estrella y su flamígera cola, tal cual figurábase había de verlo en la madrugada.

No sé cuanto tiempo duró mi insomnio, pero si sé que al fin debí dormirme, porque recuerdo que me sacaron de mi profundo sueño unos fuertes golpes dados a la puerta de mi cuarto y que me hicieron dar un respingo en la cama.

Sabe Dios en lo que mi imaginación se entretenía mientras el cuerpo dormía, pero se-

guramente que no soñaba con el cometa, porque los golpes me alarmaron, e incorporándose en la cama, grité:

—¿Qué? ¿Qué hay? ¿Han empastelado la imprenta? ¿Ha caído el Gobierno? ¿Se ha sublevado algún batallón?

—No, señor — me contestó el sirviente —, le despierto por el cometa.

—¡Ah! les verdad! el cometa, — dije para mí, e insensiblemente me dejé deslizar de nuevo entre las cobijas, tibias y amorosas, que parecían convidarme a continuar mi sueño.

¿Que voy a sacar yo con ver el cometa? me decía como queriendo convencerme a mí mismo de la inutilidad del madrugón. ¿Soy yo, acaso, astrónomo? ¿Voy a aprender algo?

Bostecé hasta desarticularme las mandíbulas, cerré los ojos, y entre ese ser y no ser precursor del sueño, acabé por decirme: —Para qué diablos voy a incomodarme! Al fin y al cabo, un cometa no es más que una estrella con cola, y estrellas veo todas las noches, y esas todos los días, y no vale la pena... aaaaah...

Tan! tan! tan! volvió a sonar a mi puerta, y el sirviente, que por más señas es gallego, me gritó a través del ojo de la cerradura:

—¡Señurito! ¡El cumeta!

—¡Maldita sea tu casta! — hube de contestarle incomodado ya, pero comprendiendo que lo único que iba a sacar en limpio era alterarme la sangre sin conseguir continuar mi sueño, decidí hacer el sacrificio, sacrificio que segu-

ramente nunca me agradecerá bastante el maldecido cometa.

Me desparecí, me restregué los ojos, eché hacia atrás las cobijas, por no volver a caer en la tentación de arrebuarme entre ellas, y me tiré de la cama maldiciendo del gallego, del cometa, y de mi impertinente curiosidad, que tan mal momento me proporcionaba.

Me calcé unas zapatillas, me puse sobre el camisón de dormir un abrigo, me encasqué un sombrero, y tropezando en los peldaños de la escalera llegué a la azotea, punto estratégico desde donde debía hacer mi observación astronómica.

Eran próximamente las cuatro. La luna, brillante todavía, estaba en su ocaso, preparándose a zambullirse en el mar así que el sol asomase su cara chata por el oriente. Las estrellas titilaban en la ancha bóveda del cielo, semejando las reverberaciones del sol sobre el cristal azulado de las aguas en los días de calma.

La madrugada era templada y serena. Al este, una faja blancuzca anunciable la proximidad de la aurora. El cometa brillaba... por su ausencia.

En torno mío, toda la ciudad dormía. Los pocos ruidos que se oían brotaban de en medio del silencio general con la misma nitidez con que brota una luz en medio de las tinieblas. No se escuchaba ese rumor confuso que parece el aliento de las grandes poblaciones, formado por mil ruidos distintos, concierto indefinible de herraduras, de ruedas, de voces

de vendedores ambulantes, y de todo lo que forzosamente hace bulla en el continuo trajín de una ciudad en medio de la actividad del diario trabajo.

A la madrugada, todo está mudo. De entre el silencio, surge de repente el canto de un gallo, sonoro, alegre, y a ese canto contesta otro, y otro, y otro, como dando a la naturaleza el alerta por la próxima llegada del rey que la preside. Los gallos son los farautes pregoneros del sol.

Apagado el eco de los cantos, se oye el rumor lejano de un carro que se va acercando poco a poco, dando tumbos en las desigualdades del empedrado. Pronto desemboca por la esquina y pasa arrastrado al andar lento de una mula, que lleva el compás de los pasos abanicando sus largas orejas. El conductor, sentado en el arranque de las varas, activa el andar de la bestia castañeteando la lengua, y de vez en cuando le golpea el lomo con las riendas flojas, gritándole al mismo tiempo con voz cavernosa: "¡Vamos, macho!" Y el macho hinca la pezuña en los intersticios de las piedras, y tambalea el carro, por cuya trasera asoman las hojas crespas de color verdeceniza de las coliflores, y penden las hojas carnosas y lacias de las cebollas que conduce al Mercado.

Y a todo esto, ¡nada de cometa! Anchas fajas de nubes se ciernen sobre el horizonte, precisamente a la altura en que ha de verse el fenómeno. Por distraerme, miro otra vez a la calle. Sólo un hombre la puebla, que ca-

mina apresurado, haciendo zigzags de una acera a otra, con un largo bastón al hombro. Cada vez que se detiene, se extingue la luz de un farol, cuyo amarillento reflejo languidecía tembloroso, falso de la presión que le da ese blanco azulado con que brilla en las primeras horas de la noche.

A lo lejos, se ve cruzar al trote un tropel de caballos conducidos del cabestro, que van al agua, y por otro lado se ve llegar otra tropilla que vuelve ya del baño, con el pelo lustroso, marchitas las crines, la cola puntiaguda como un pincel que va goteando, y el lomo y las narices humeantes.

Ya son las cuatro y media y sin embargo el cometa no aparece. La luna se retira con su cara pálida surcada de ojeras cenicentas, como postrada de haber pasado la noche en vela; las estrellas se borran gradualmente en el cielo, como se borran en un espejo las manchas empañadas del aliento; las nubes de oriente se festonean con puntillas de un dorado pajizo, que poco a poco va acentuándose, hasta que pasando por todas las gradaciones del amarillo degeneran en flecos sonrosados, que a su vez se tiñen con más pronunciado tinte hasta llegar al rojo púrpura; y todo lo que dormía bajo el manto uniforme de la noche, empieza a despertar vistiendo los alegres colores que matiza la paleta abigarrada de la naturaleza.

De entre las brumas del río surgen los afilados mástiles de las embarcaciones; el campo empieza a verdear, se pintan de azul las

aguas, y agujerean el diáfano ambiente de la mañana las altas torres de las iglesias, cuyas campanas llaman a primera misa con toque desganado, que acusa la pereza del sacristán, medio dormido todavía, y renegando allá en sus adentros contra las exigencias de su oficio que le obligan a levantarse con el alba.

Ya está claro el día, aunque todavía el sol no ha desbordado el horizonte. Todo empieza a revivir después de esa muerte ficticia en que la naturaleza repara las fuerzas gastadas en la jornada anterior. Los obreros, con la chaqueta al hombro y las herramientas de su oficio en la mano, van a su trabajo haciendo resonar en las aceras los herrados tacones de su calzado burdo.

Las beatas, rebozadas en sus mantos, se dirigen a la iglesia, encorvadas y presurosas, mirando de reojo por ver si descubren algo de que murmurar en sus conciliábulos. Los sirvientes salen con la canasta al brazo a la compra diaria; y los perros parias, sin dueño ni hogar conocido, vagan por las calles husmeando en las basuras alguna piltrafa para aplacar el hambre que los tiene consumidos y enclemques.

Conjuntamente con la naturaleza despiertan todos los ruidos que dormían. En el puerto se oyen los silbatos de los vapores que llegan, y como una bandada de aves de rapina que acuden allí donde se divisa una presa, se ve desprenderse de los muelles toda una flotilla de balleneras que rodean el vapor disputándose el transporte de los que llegan. En

tierra, el penacho blanco de la locomotora va de un lado a otro, acarreando los vagones que poco después ha de arrastrar cargados de pasajeros y mercaderías. Empiezan a rodar los carros, las puertas van poco a poco abriéndose, las chimeneas dejan escapar las primeras boquanas de humo espeso, que remolineando se eleva verticalmente, y los gritos de los vendedores ambulantes comienzan a turbar el silencio del último sueño en que todavía está sumida la ciudad.

De pronto, se dibuja una ceja dorada en la aparente confluencia del mar con el cielo, y por minutos va levantándose el sol, que al destacarse completamente sobre el horizonte, parece una inmensa naranja que boyá sobre las aguas.

Un himno de triunfo acoge su salida. Las alegres dianas de los cuarteles taladran el silencio con sus penetrantes notas, y el ronco redoble de los tambores se prolonga hasta perderse como un murmullo en las lejanas hondonadas que repercuten el eco.

Los vidrios de los altos miradores y los azulejos de las torres se colorean con todos los matices del iris; se oye el martilleo de los yunque; las embarcaciones del puerto izan las velas para que el sol las seque de la humedad de la noche; las golondrinas empiezan a rasgar el aire con sus puntiagudas alas, precipitándose como flechas hasta rozar el empedrado, y remontándose en seguida para posarse en fila sobre los sutiles alambres del telégrafo; y grandes bandadas de gaviotas llegan con su

volar tardo y acompañado cerniéndose sobre la bahía en busca de una presa que arrancan de entre las aguas, en medio del clamoreo de las que no han conseguido saciar el hambre que las trae desde leguas y leguas.

—¿Y el cometa? — dirá el lector.

—¿El cometa?... Ahí va, disparado por el riel interminable de su parábola, arrastrando su flamígera cola con una velocidad mayor que la de una bala impulsada por la pólvora, sembrando a su paso el temor entre los ignorantes y la admiración entre los que contemplan extasiados las bellezas de la naturaleza, y aguzando la avidez de saber entre los que cultivan esa ciencia grandiosa que estudia los cuerpos que gravitan en los dilatados espacios interplanetarios.

Octubre de 1882.

TODAVÍA ESTÁ ALLÍ

Es media noche. Los relojes marcan la hora con lentes campanadas, cuyos ecos metálicos vibran por largo rato, enseñoreándose del espacio hasta perderse en murmullos débiles que se apagan en las tinieblas.

La ciudad duerme con toda la pesadez del primer sueño, desiertas las calles, sin más pobladores que las dos hileras de faroles que las iluminan, y de trecho en trecho algún guardián que bosteza recostado en una esquina.

La bahía retrata en su plana superficie la luz de los faroles de los muelles, que se proyectan hasta larga distancia en surcos amarillentos, y en medio de la oscuridad se destacan los resplandores rojos y verdes de las linternas de a bordo.

Todo está en calma y tranquilidad. La brisa ha barrido los vapores que la ciudad exhala en sus horas de actividad, y el fresco de la noche ha purificado el aire viciado durante el día por la humareda de las chimeneas y el respirar de los hombres y bestias que transitan afanados y sudorosos.

Los contornos de las azoteas se pierden en la penumbra, y por allá arriba se oye de vez en cuando el destemplado maullido de un gato, amoroso reclamo con que llama a su favorita, que acude a la cita saltando pretiles y deslizándose por entre las rejas con desgoznadas contorsiones.

De repente, en medio del sepulcral silencio que reina, resucitan los ruidos que dormían. Ruedan los carroajes, oyense pasos apresurados de personas que marchan en tropel, y los conductores de los tranvías soplan en sus cornetas toques repetidos en demanda de pasajeros.

Ha terminado el teatro, y de aquel único centro en actividad a tales horas, se derrama la multitud en todas direcciones, abrigados los hombres dentro de sus sobretodos y rebujadas las mujeres en sus tapados forrados de raso con que cubren la ligereza de sus trajes de gala.

Aquellos contornos vuelven a vivir por un rato. Los *dilettanti* se retiran repitiendo los últimos trozos de música que han oído, y los profesores de la orquesta salen apresurados, llevando los unos los féretros negros de los violines, y los otros las trompas y fagotes cuidadosamente abrigados dentro de fundas de género.

Al poco rato rueda el último carroaje que lleva a las artistas; apáganse las luces del vestíbulo, y el teatro queda sumido en la oscuridad, frío y mudo, guardando entre las bambalinas los últimos acentos de Raúl y Valentina al

caer arcabuceados por los fanáticos que capitanea Saint-Bris.

La ciudad ha vuelto a su silencio; apenas si a la distancia se oyen los cantos de los que acortan el camino repitiendo a voz en cuello lo que han oído, haciendo la parte de bajo, de barítono, de tenor, de contralto y de soprano, como esos músicos ambulantes que llevan consigo toda una orquesta que hacen funcionar con la boca, con las manos, con los codos, con la cabeza y con los pies.

El cielo está espléndido. Aprovechando la ausencia de la luna, se han venido a curiosear lo que pasa en la tierra todas las estrellas que pueblan el infinito. La bóveda oscura está claveteada con tachuelas brillantes, en toda su extensión, destacándose entre la muchedumbre, Marte con su resplandor rojizo; Saturno con sus argentados reflejos; el Alpha de Orión como un brillante de Golconda; la Cruz del Sur, aislada allá sobre el horizonte; las tres Marias en el cenit; y titilando con variados matices, las siete Cabrillas, dos rojas, dos verdes, dos azules, y la séptima mezclilla, según cuenta Sancho que las vió cuando jinete en las ancas de Clavileño, se remontó hasta aquellas alturas para caer sobre el reino de Candaya, dando fin y remate a la aventura de la Dueña Dolorida.

Pero donde las estrellas se agrupan y se apilan, es en la vía láctea, la gran carretera de los cielos por donde discurren esas miríadas de pobladores del espacio que recorren mil leguas por minuto sin fatigas ni vértigos. Pa-

rece una gran calle enarenada con polvo de luz y regada con una dilución de fósforo que relampaguea en el fondo negro de la bóveda. De pronto, de aquella masa se desprende una partícula que atraviesa la atmósfera como una flecha de luz y va a morir entre las tinieblas, como muere una brasa sumergida en el agua.

Y siguiendo la estela brillante que en el espacio traza aquel bólido desprendido de esos mundos desconocidos que gravitan en distancias inconcebibles, se percibe hacia el oriente, sobre el horizonte, una faja luminosa que mancha el cielo en una gran extensión. Es el cometa, con su flamígero penacho de millones de leguas, que sigue su ignorada ruta volteando con una rapidez que la mente no acierta a comprender, porque hasta la velocidad de la bala disparada de un fusil es insuficiente para establecer un término de comparación.

¡Todavía está allí! a pesar de las profecías de la ciencia, y cada día apresura su salida como si quisiera hacerse admirar de todos, anticipándose a la hora en que los habitantes de este rauático mundo se recogen a descansar de sus fatigas.

¡Qué es ese penacho luminoso que sigue al astro en su vertiginosa peregrinación por los espacios siderales? ¡Qué materia forma esa cabellera fosfórica que flota en la inmensidad con sutiles hebras de luz?

La ciencia no ha dicho todavía su última palabra al respecto, y mientras la controversia esté en pie, tiene todavía la imaginación el campo abierto para lanzarse a las más atrevi-

das conjeturas. El fenómeno está visible, pero nadie se lo explica.

Parece que la mano de un artista gigantesco hubiese sumergido una enorme brocha en esa sustancia luminosa que tapiza la vía láctea, y que después de sacudirla en el manto negro de la noche salpicándolo con gotas de luz, hubiera trazado una pincelada inmensa en el segmento más oscuro del círculo celeste como rúbrica del autor de esa tela inimitable que envuelve a nuestro planeta.

Y a medida que va subiendo sobre el horizonte, va creciendo su intensidad luminosa, que se derrama en vaga claridad sobre la ciudad que reposa y el río que dormita harmónicamente en suaves ondulaciones, que acompañan las embarcaciones meciéndose mansamente y cuyos mástiles dibujan su aguda silueta en la penumbra argentada por el resplandor del cometa.

¡Qué apacible tranquilidad preside en ese momento a todo lo que duerme! Hasta parece que la tierra se hubiese detenido en su precipitada carrera por el espacio para reposar flotando en el éter.

Ni un bulto, ni una sombra interrumpe la línea recta de las calles que se pierden en las hondonadas del terreno, y cuando el guardián nocturno se separa de su puesto para recorrer la manzana, sus pasos resuenan en el enlazado de la vereda, y se repercuten en las paredes de la acera opuesta, como si algún ser invisible fuese siguiéndole a poca distancia.

Una campanada suena en el reloj de la plaza principal, y su eco vibra por largo rato aumentando y disminuyendo con metálico zumbido, como si se hubiese pulsado una gruesa bordona, y al mismo tiempo una lechuza, de guardia en la abertura del mechinal, repite por dos veces su *ssh! ssh!* como haciendo callar al bronce que ha venido a interrumpir el silencio en que la ciudad reposa de las fatigas del día.

Y entretanto, el cometa voltea por el espacio alejándose de nosotros con una velocidad de veinte mil leguas por hora, como espantado de las miserias de este raquítico mundo, mientras que a nuestra vez navegamos por el espacio con no menos celeridad, recorriendo la ruta, que lo mismo que a nosotros, traza el astro-rey a todos esos planetas que tachonan el cielo, y que giran en luminosa pléyade por los espacios: Ahasverus del infinito, condenados a caminar siempre, sin que les sea concedido un instante de reposo.

Pero, en su precipitada fuga, no logra aún ocultarse a nuestra vista. El núcleo se ha borrado ya, pero el chorro de la luz que derrama en el espacio, como estela de su tránsito, ése, todavía está allí.

Noviembre, 9 de 1882.

JUAN MANUEL BONIFAZ

EL DECANO DE LOS MAESTROS

Allá por los años 27 o 28, desempeñaba el joven español Juan Manuel Bonifaz, el puesto de secretario particular del duque de San Carlos, a la sazón representante oficial de España cerca de la corte de Carlos X en París.

El viejo don Juan Manuel que hoy conocemos, blanco en canas y cargado de achaques, era por entonces un mozo gallardo y bien parecido, si es que no miente un retrato que de aquella época conserva, y que él muestra con no disimulada complacencia, contoneándose todavía al verse tan petimetre y espigado, correcitamente vestido con un frac azul de anchas solapas y abultado cuello, como era la moda en aquel tiempo.

No hay para qué decir que el joven Bonifaz no se preocupaba por entonces de otra cosa que de gallear en los salones de la aristocracia parisense, sin soñar siquiera que la suerte había de llevarle algún día a andar con el silabario y la aritmética a las vueltas y poniendo a prueba su paciencia contra las travesuras y bribonadas de los chicuelos.

Había cursado las letras en Madrid, completando sus estudios en París, y con esa esmerada educación, la brillante posición que ocupaba y su gallarda figura, fácil es comprender que tenía como pasarlo bien en aquella ciudad, que de antaño viene siendo foco de placeres y aventuras.

Pero quiso el destino que aquello no durase. Murió el duque de San Carlos, y aunque la duquesa quería conservar a su lado al joven secretario, creyó éste que le sería más provechoso buscarse otros horizontes, y por consejo de un su tío, canónigo por más señas, y afrancesado de llapa, como que fué de los que siguió en la emigración al postizo rey de España José Bonaparte, por mal nombre llamado Pepe Botellas, decidió Bonifaz echarse a correr tierras, como por entonces se decía, y después de titubear sobre la elección de su destino, rechazó las proposiciones que se le hacían de ir a La Habana, por temor del vomito negro, y resolvió embarcarse para Buenos Aires.

Salió de París en diligencia, único medio de trasporte terrestre que entonces se conocía, y se encontró con cuatro compañeros de viaje, jóvenes como él, y que como él hablaban en castellano, y como en viaje pronto se entabla relación, y mucho más cuando los compañeros hablan el mismo idioma en país extranjero, pronto supieron los cuatro que el quinto ocupante de la diligencia era don Juan Manuel Bonifaz, joven español, que iba a América en busca de fortuna, y él a su vez supo que iba en compañía de cuatro jóvenes argentinos, en-

tre los cuales figuraban don Esteban Etcheverría y don Ireneo Portela, que volvían a la patria después de haber completado sus estudios en la capital de Francia.

Tomaron los cinco pasaje en el *Courrier des Indes*, y después de una navegación de un par de meses, pisaron tierra en Buenos Aires a mediados del año 30.

Llevaba Bonifaz una pacotilla de mercaderías como base de su negocio, pero sus compañeros de viaje, más dados a las Musas que a Mercurio, le quitaron de la cabeza su propósito de comerciar y como el antiguo secretario del duque de San Carlos más tenía de literato que de mercader, poco le costó maibaratar su pacotilla para entregarse a tareas que le fuesen más agradables, sobre todo contando con la protección de personas de valía como aquéllas cuya amistad se había granjeado entre los barquínazos de la diligencia y los balances del *Courrier des Indes* en que cruzó el Océano.

—Y ahora ¿que hago? — dijo Bonifaz a sus amigos una vez que hubo liquidado su mercancía.

—Dé usted lecciones, — le contestaron sus protectores.

Siguió Bonifaz el consejo, puso un aviso en el único diario que entonces veía la luz en Buenos Aires, y todo fué ponerlo y empezar a illoverle más discípulos que los que había menester para vivir y poner todavía de lado algún ahorrillo.

Bonifaz había entrado con buen pie en la antigua capital de los Virreyes. Su primer dis-

cípulo fué un hijo del general Viamonte, y esta relación, unida a las que le trajeron sus compañeros de viaje, bastaron para ponerle en auge y hacerle ser admitido en los salones de la gente de campanillas, a lo que no poco contribuían sus prendas personales, pues, además de ser bien parecido, conservaba los hábitos adquiridos en su posición diplomática, hablaba correctamente el francés, se expresaba sin embarazo en inglés, y baillaba el *minuet* con ajuste a las últimas reglas del entonces intrincado arte de bailar.

Insensiblemente fué Bonifaz cobrando cariño a su nueva profesión, y tan a pecho tomó la cosa, que a poco estableció un colegio al cual concurría lo más granado de la juventud porteña. Desechó la rutina de los viejos métodos, inauguró nuevos sistemas de enseñanza, y tanto y tan bien trabajó, que a los cinco años se había ganado un capitalillo decente, y una fluxión de pecho que por poco lo obliga a hacer el viaje de regreso en la barea de Caronte.

Cuadró la casualidad de que por esa época vacase la superintendencia de la escuela de Corrientes, y solicitado Bonifaz para ocuparla, no titubeó en aceptarla, sacrificando la buena posición que en Buenos Aires gozaba, como que en ello le iba el recuperar la salud que se le escapaba más de prisa de lo que él quisiera.

Fuése, pues, a Corrientes, donde fué recibido poco menos que bajo palio, y del 35 al 37, desempeñó la superintendencia de las escuelas del Estado y regentó una de las cátedras de la Escuela Normal, hasta que la política em-

pezó a enturbiarse de tal manera que tuvo Bonifaz por más prudente cambiar de aires, no fuera que la tormenta le cogiese en aquel despoblado.

Echando sus cuentas sobre lo que más le convendría, recordó que tenía en Méjico una prima casada con un encopetado personaje, cuyo valimiento e influencia le servirían para aumentar sus ahorros, y decidió hacer rumbo hacia aquellas regiones.

Pero no quiso hacerlo sin detenerse, si quiera fuesen quince días, en Montevideo; deseo que realizó y al cual debemos el tener desde entonces entre nosotros al hoy decano de los maestros.

De cierto que lo que menos soñaba el ex-superintendente de escuelas de Corrientes era que había de embarrancar en la opuesta orilla del río, en cuya derecha margen por primera vez desembarcara cuando de Francia vino; pero el hombre propone y las circunstancias disponen; y si bien don Juan Manuel Bonifaz se había propuesto navegar hacia el imperio de Monteczuma, dispusieron las circunstancias que había de quedarse en estas playas; y tan imperativo fué el mandato, que hace de ello la friolera de cuarenta y cinco años y ésta es la hora en que está todavía el sobrino del canónigo afrancesado por realizar el viaje que proyectó en Corrientes a fines del 37.

Ello es que a los pocos días de llegar le picó la manía de enseñar muchachos, que ya le dominaba, y sin pensarlo mucho, abrió una escuela en una casa de familia, donde sólo le

alquilaban el salón pelado y mondado, sin permitirle el uso de ninguna oficina interior, de manera que tenían los muchachos que andar regando las calles vecinas cuando la necesidad les apuraba.

Un mes duró aquello; pero como era imposible continuar en tales condiciones, ni podía exigirse a los chicuelos que tuvieran cuerpo de santo, resolvíose don Juan Manuel a alquilar un edificio provisto de todos los requisitos e instaló su escuela en la antigua casa de Viana, sita en la calle de Cámaras, entre Cerrijo y Piedras, precisamente en el mismo solar que hoy ocupa la espléndida casa de don Pedro Piñeyrúa.

Si mis noticias no están erradas, bautizó Bonifaz su escuela con el nombre de *Colegio Oriental* y empezó a enseñar muchachos con arreglo a sus métodos, que a fe son curiosos y originales, según tendrá ocasión de apreciarlo el paciente lector en el curso de este rápido bosquejo.

Empezó don Juan Manuel por reformar el alfabeto, no dando a las consonantes más que su sonido líquido, cosa punto menos que imposible de reproducir en el idioma escrito y que era el quebradero de cabeza de los chicuelos, pues no acertaban a suspirar la *b*, ni a soplar la *f*, ni a silbar la *s*, ni a gargarrear la *j*, con aquella limpieza que el maestro exigía.

Considerando, después, que la forma poética es la que más fácilmente se imprime en la memoria de los niños, empezó a dictar sus textos en verso, de manera que, a poco tiempo, fué

[22]

la escuela un Parnaso en el que se conjugaba, se declinaba y se sumaba en cuartetas y redondillas, que todavía recuerdan muchos que ya peinan canas, y que llevan a cuestas más de medio siglo.

Así, por ejemplo, empezaba la lección de Gramática, y al compás de un aire del *Barbero de Sevilla* o de la *Cenerentola* cantaban los niños:

Letras son los elementos
que componen una lengua
ya sea hablada o escrita.

La tabla o lista que encierra
el conjunto de las letras
se denomina alfabeto.

El alfabeto español
se compone de estas letras:
abequé, chedé, efé,
gue-hache-i, jekaléllé,
mene, ñeo, pecuré,
rrese, téu, véxe, yéze.

A esto seguía una explicación, igualmente poética, del valor y sonido de cada letra, explicación que recitaba el niño a medida que iba trazando la letra, de manera que el último rasgo coincidiese con el último verso de la quintilla, porque era en quintilla la definición, como se verá por el ejemplo siguiente:

A esta letra o signo escrito, (f)
y a esta otra letra también, (F),
se les da el nombre de fe:

[23]



cada una de ellas tiene
el sonido simple *fff*,

como hacen los gatos cuando están enojados, agregaré yo para mejor inteligencia del lector.

Como para muestra basta un botón, creo que con lo citado hay más que suficiente para formarse una idea del método de Bonifaz.

Dedicóse con especialidad a la enseñanza de la ortografía, e hizo prolijos estudios sobre las palabras que se escriben con *b* y *v*; con *c*, *s*, y *z*; con *ll*, e *y*, y todas aquéllas que se prestan a confusiones.

Las reglas que formuló con ese objeto revelan una contracción admirable, a la par que una originalidad inimitable. Y como esto no es para explicado, sino para visto, ahí va un ejemplo:

Al débil bote babor
Bajó Proba Bollo Urtado,
Poza Bolsom, arrumbado,
Bala-Boba y Estribor.

¿Qué es esto? preguntará el lector. ¿Qué idioma es ése? ¿Que pueden enseñar semejantes disparates?

Despacio, lector, despacio, y ya verás que, al darte la clave del enigma, te explicarás perfectamente lo que a primera vista encuentras oscuro y disparatado.

La cuarteta citada, aglomeración de palabras sin sentido las unas y estrañalarias las otras, encierra venticuatro ejemplos o reglas de las palabras que deben escribirse con *b*, como

fácilmente se ve, descomponiendo las sílabas iniciales de esas palabras que forman la cuarteta: es decir, que se escribirán con *b* las siguientes iniciales de palabra o la letra que inmediatamente siga a estas iniciales:

Al, débil, bote, bab, or,
Baj, ho, proba, bollo, ur, ta, do,
Po, za, bols, om, arrumb, ado,
Bala, bob, ha, i, estri, bor.

como se verá tomando las últimas cinco iniciales correspondientes a bobo, hablar, iba, estribo, boreal.

Y el verso sigue así, hasta completar un centenar de reglas sobre las voces que han de escribirse con *b*.

Otro tanto es para la *v*, y no menos original es la forma en que Bonifaz trata de hacerla retener a sus discípulos, como lo muestra lo que sigue:

Sal Verdaven Revolfavo
Con, Veprove, Vice-Pavo,
Pol-Vertuni, Desvi, Preva,
Vari, Reves, Vare Leva.

Esta jerigonza se divide, como la anterior, en sílabas, que dan la raíz de otras tantas palabras que deben escribirse con *v*.

Por ahí se verá la originalidad del método de don Juan Manuel, y se comprenderá cómo llegaban los discípulos a grabarse en la memoria centenares de reglas gramaticales, que de otra manera sería imposible retener.

Como ejemplo viviente del resultado de su sistema, tiene actualmente Bonifaz a su lado un rapazuelo, que pasa de los nueve y no llega a los doce, a quien ha embutido todos sus textos con la santa paciencia practicada en cincuenta y dos años de lidiar con chicuelos de toda laya.

Es el tal un vasquito, que tiene unos ojos que le bailan y que traicionan la socarronería con que pretende aparentar que no es capaz de romper un plato.

Conocíle ayer con motivo de haber ido a visitar al viejo educacionista, y en el poco rato que allí estuve, pude comprender que el vasco es capaz de concluir con los pocos pelos negros que a don Juan Manuel le quedan, si es que alguno ha escapado todavía a la tintura de los años.

Vive Bonifaz poco menos que en una bohardilla, más por excentricidad que por necesidad. El aspecto exterior de la casa es de suma pobreza, y el interior en nada desmerece de la fachada.

Se entra por un zaguán oscuro y estrecho como alma de condenado, y allá en el fondo se tropieza con una escalera un tanto desvencijada, que da acceso a la habitación del antiguo secretario del duque de San Carlos.

Dentro de la pieza reina un respetable desorden que preside Napoleón el Grande, jinete en un caballo negro y seguido de su Estado Mayor, cuyo retrato asegura Bonifaz ser el más auténtico de los conocidos, según opinión de aquel su tío, el canónigo afrancesado, que tenía entusiasmo inmenso por el Emperador.

Hasta cinco armarios conté, todos atestados de libros y papeles, y otros tanto presumo que había en la pieza siguiente, según lo que pude divisar desde mi asiento.

Poco menos de las tres serían cuando llamé a su puerta, y encontré a mi don Juan Manuel sentado frente a una mesa pequeña, atestada de platos que conservaban restos de comida.

—¿Almuэрza usted —le pregunté—, o come?

—Almuэрzo y como, y meriendo y ceno, me contestó el buen viejo con su tono jovial; pues ha de saber usted, — agregó, — que sólo me siento a la mesa una vez al día, y a ello debo el encontrarme sano y fuerte como me ve.

Y sobre esto me expuso sus teorías, que, como todo lo suyo, no dejan de ser originalísimas.

—Ahora va usted a acompañarme a tomar una copita de licor, — me dijo.

Quise excusarme la molestia, pero él se empeñó y empezó a gritar:

—¡José! ¡José!

Fuera lo mismo llamar a un muerto. Se guía don Juan Manuel hablándome de sus mocedades, y, de cuando en cuando, se interrumpe para repetir:

—¡José! ¡José!

Pero así se cuidaba José de acudir como si con él no rezase el llamado; hasta que, cansado Bonifaz, sacó del bolsillo un pito y silbó por dos veces. Parece que aquel instrumento tenía alguna virtud, pues al momento se presentó José, saltando y triscando como un

acróbata, y se plantó muy derecho esperando las órdenes de su maestro y amo.

Estaba en ese momento explicándome don Juan Manuel su sistema de ortografía, y para mostrarme prácticamente sus resultados, dijo, volviéndose a José:

—Vamos a ver, niño, ¿cómo se escribe alborada?

—Con *b*.

—¿Y por qué se escribe con *b*?

—Porque sigue inmediatamente a la inicial *al*.

—¿La regla?

—Al débil bote babor.

—¿Qué quiere decir: al débil bote babor?

—Que todas las palabras que empiezan con las iniciales *al*, débil, bote, bab, or o la letra que inmediatamente les siga, deben escribirse con *b*.

—Perfectamente. ¿Y qué palabra es *alborada* según su acento?

—Grave.

—¿Y por qué es grave?

—Porque tiene la inflexión de la voz en la penúltima sílaba.

—Hágala usted aguda.

—*Alboradá*.

—¿Y por qué es aguda?

—Porque tiene la inflexión de la voz en la última sílaba.

—¿Y si la tuviese en la antepenúltima?

—Sería *Albórada*.

—¿Y qué palabra sería entonces?

—Palabra esdrújula.

—*Eccolo qua!* ¿Por qué sería esdrújula?

Fuera el cuento de nunca acabar reproducir aquí el interrogatorio a que don Juan Manuel sometió a su discípulo y criado.

El rapazuelo, parado a pie junto, con los brazos cruzados y entornados los ojos, respondía sin titubear a cuanto se le preguntaba. Parecía que el viejo maestro tocaba un organillo que repetía fielmente la sonata que se quería, con sólo impulsarlo a preguntas.

No sabía yo qué admirar más, si la paciencia del maestro o el memorio del discípulo, hasta que, compadecido del esfuerzo que hacía el pobre muchacho, quise cortar el interrogatorio gramatical y le pregunté:

—¿Cómo te llamas?

Cuadróseme el chicuelo por delante, volvió a cruzar los brazos, bajó los ojos, y me contestó, por donde menos me lo esperaba, diciéndome:

José Cárcamo me llamo:
Soy de la Vizcaya oriundo,
Y he venido al Nuevo Mundo,
Al quequiero, estimo y amo.

La República Oriental
Hoy es mi patria adoptiva,
A la que mi alma afectiva,
Quiere servir muy leal.

Por ella quiero yo dar,
Mi corazón, no os asombre,
Porque soy vasco, y mi nombre
Cárcamo, por tierra y mar.

Si festejé la ocurrencia no hay para qué decirlo, y todavía no me canso de admirar la resignación del bueno de don Juan Manuel, que a sus setenta y siete agostos, y después de cincuenta y dos de estar sujeto al potro del profesorado, tiene todavía ánimo para gastar el poco de paciencia que le quedará, enseñando a aquel arrapiezo hasta a decir su nombre en verso, gracia que el muy tuno repite con mar cada entonación, y echándose para atrás, sobre todo cuando dice aquello de:

Porque soy vasco, y mi nombre
Cárcamo, por tierra y mar.

¡Sabrá agradecer aquel travieso el trabajo que con él se toma el maestro que hace las veces de padre?... ¡Tal vez! Y más bien es posible que sí, porque don Juan Manuel es uno de esos hombres que tiene la rara virtud de hacerse querer de todos. Algunos miles de chicuelos han pasado por sus manos, y si bien la mayor parte, hombres ya, han olvidado los coscorrones y tirones de orejas con que algunas veces los llamaba al orden, todos recuerdan con simpatía y cariño a su antiguo maestro, el más impertérito y constante de los que se han dedicado a la espinosa y ruda tarea de la enseñanza.

¡Y con cuánto fervor y abnegación ha llenado el viejo Bonifaz su noble sacerdocio! Él ha pasado por todas las estrecheces, ha enseñado gratuitamente cuando el Estado no tenía cómo pagarle sus honorarios, ha soportado con re-

signación los ataques de sus adversarios, sin que jamás haya brotado de sus labios una palabra, ni para pedir ni para censurar.

Para lo único que ha hecho valer las afec ciones que le rodean, ha sido para interceder en favor de los perseguidos, cuando en la acritud de nuestras luchas civiles veía que la pasión arrastraba a los hombres a extremos inútiles.

¡Pobre buen viejo! Pocos como él logran hacer la jornada de la vida sin ver a su alrededor más que caras que le sonríen y brazos que se le abren.

Hoy ya es una reliquia por todos respetada, y en el último tercio de su vida le es dado asistir al acto de la erección de un monumento sencillo que llevará esculpido su nombre.

Mañana se inaugurará la escuela *Juan Manuel Bonifaz*, merecida aunque escasa recompensa para quien sacrificó todas las ambiciones y concentró todos sus esfuerzos en beneficio de la enseñanza del pueblo.

Sea este desaliñado artículo la ofrenda con que contribuyo a la consagración del monumento erigido en honor del viejo educacionista.

Noviembre, 11 de 1882.

LA ESCUELA JUAN MANUEL BONIFAZ

A la una de la tarde estaba ya lleno el andén de la Estación Central del Ferro-Carril del Este. Sobre los rieles descansaba la larga fila de vagones y zorras que habían de conducir a aquella multitud hasta las cuchillas del otro lado de Toledo, en que está trazado el plantel del pueblo Joaquín Suárez, fundado por el infatigable Piria.

Dada la voz de tomar posesión de los asientos, se precipitó la multitud como una avalancha, asaltando los vagones por todos lados, a pesar de los esfuerzos de Piria para reglamentar la subida y fiscalizar a los paseantes a fin de expulsar a los que sólo van con el objeto de pasar un día de campo, sin la más remota intención de comprar ni una vara de tierra.

En pocos minutos quedó la mercancía humana estibada dentro de aquellos vehículos, y sonada la hora de partida, y dada la señal, empezó la locomotora a desentumir con pausados movimientos sus músculos de acero. *Fsssch...* *fsssch* hace el vapor escapando por entre las

junturas del acero; la chimenea lanza, como disparada de un cañón, una pelota de humo, luego otra; y poco a poco, empieza a rodar el convoy, lentamente, al compás del *ffffp, pa, pa, pa...* *ffffp...* *pa, pa, pa*, con que palpitán los pistones bajo la presión del vapor.

El tren atraviesa primero una parte de la ciudad, y a su tránsito, se pueblan las dos aceras de la calle de todas las comadres y piñuelos del barrio, atraídos por los acordes de la música y el estampido de los cohetes con que Piria festeja la partida.

Después, van raleando las casas, y el tren recorre un largo trayecto franjeado a ambos lados por las sementeras de las huertas que median de Montevideo a la Unión. El panorama es magnífico. Allá atrás, el hacinamiento de casas de la ciudad, que a lo lejos parecen superpuestas unas sobre otras por las desigualdades del terreno; a la izquierda, la bahía, azul y mansa, poblada por barcos y barquichuelos de todo porte; y como guardián que a todo vigila, el Cerro, dibujando el perfil de sus empinadas laderas en el fondo azulado del horizonte.

A uno y otro lado de la vía, verdeá el terreno dividido en tableros, cada uno de matiz distinto, desde el verde vivo y chillón de las lechugas, hasta el oscuro y aplomado de las coliflores. Y en medio de todo aquel verdor con que la primavera pinta los árboles y tinte la pradera, sombrean, de trecho en trecho, como manchas negras, los retazos de tierra preparada por la prolífica mano del agricultor para recibir

la semilla que ha de germinar en su seno hasta convertirse en sazonado fruto.

A poco rato, vuelven a apiñarse las casas y desaparecen los sembrados. Estamos en la Unión. De un lado se ve el pueblo, dominado por la alta cúpula del mirador del Colegio; del otro se ve la Plaza de toros, como si se hubiese querido hacer resaltar el contraste entre la caridad que ampara al desvalido, y la crudelidad que alimenta los instintos salvajes del hombre.

Tras la Plaza de toros se empinan las verdes lomas del Cerrito, coronada la cima con las ruinas de lo que, en otro tiempo, fué Cuartel General de los sitiadores de esta plaza.

El tren sigue su marcha dejando atrás a la Unión y sus contornos, rasando, unas veces, la llanura, dominando, otras, las hondonadas, montando sobre los altos terrenos, o embutiéndose dentro de los paredones de la cuchilla tajada a pico para nivelar la vía.

Los horizontes se abren por los cuatro lados; dilatándose los campos, y la vista abarca una inmensa sábana tornasolada con todos los matices del verde, y sólo interrumpida por algunas casitas dispersas, que se dibujan como puntos blancos a la distancia. Hacia el oeste, la arboleda de Villa Colón forma una franja oscura, sobre la cual se destaca, afilada como un obelisco, la chimenea de la fábrica de ladrillos. Al norte, como brotando de la cresta de una loma, surgen las torres de la Iglesia de las Piedras, mientras que al sur sigue dominando el pa-

saje la silueta del Cerro, azulada por las brumas del horizonte.

Y la locomotora sigue culebreando por las quebradas, dejando trazada su estela en el ambiente con los blancos copos de su respiración anhelosa, que se disuelven en menuda lluvia, atravesando extensos trigales que, mecidos por la brisa, ondean como si fuesen un mar de agua verde.

Después vienen los campos incultos, la pradera natural vestida de yerbas que perfuman el aire con ese olor que no tiene semejante: olor a campo, como decimos los habitantes de la ciudad, acostumbrados a respirar una atmósfera viciada por las emanaciones de los grandes centros.

Ahora es cuando está lindo el campo, cuando todavía el sol no ha dorado el pasto ni achicarrado las florecillas que lo matizan.

Por entre la apretada yerba que tapiza el terreno, se distinguen, en la altura, como una botonadura de oro, las flores amarillas de la manzanilla, y en el bajo, al borde de la cañada que serpentea por entre juncos y espadañas, se ven engarzadas en el musgo, como rubíes y amatistas, las margaritas rojas y moradas que perfuman aquellos contornos con su suave olor de verbena.

Al cabo de una hora de camino, la locomotora empieza a contener la respiración, rechinan los hierros de los frenos con que se ajustan las ruedas para disminuir la velocidad, y a poco andar se detiene el convoy frente a un elegante edificio de piedra: es la estación Joaquín Suárez.

Los vagones vomitan en el andén todo lo que traían en sus amplios vientres, y la multitud se derrama por los alrededores, en dirección a una casita pintada de azul que corona la loma.

Las calles del pueblo, en embrión, están pavimentadas con césped, lo que hace suponer que el tránsito no es por allí muy frecuente. Largas filas de banderolas delinean las manzanas, vírgenes todavía de toda vivienda, si es que no se cuentan tres o cuatro edificios modestos que rodean la estación.

Piria preside el cortejo, que marcha al son de la música en dirección a la escuela que va a inaugurarse, y los vecinos de aquellos alrededores, jinetes en sus caballos, se adelantan a la comitiva para presenciar la ceremonia.

La escuela regalada por Piria es bastante amplia y decente. Una pieza de doce varas de largo por seis de ancho, bien ventilada, el piso asfaltado, y por techo un cielo raso que oculta el tinglado. Una puerta y dos ventanas se abren al frente que da a la estación, y sobre la primera, esculpido en una chapa de mármol, se lee:

ESCUELA JUAN MANUEL BONIFAZ

Presente allí la autoridad escolar, representada por el Inspector Nacional, el Departamental, y los miembros de la Comisión de Instrucción Pública, dió principio la ceremonia, entregando Piria la escritura de la propiedad y las llaves del edificio al Inspector Nacional,

como donación que hacia al Estado, donación que el señor Bailesteros agradeció en breves palabras, prometiendo que una vez reabiertas las tareas escolares, después de los exámenes de fin de año, dotaría a la nueva escuela del personal y útiles necesarios para que empezase a funcionar.

En seguida el padrino designado al efecto y de cuyo nombre no quiero acordarme, dijo cuatro palabras alusivas al acto, y concluyó bautizando a la ahijada con el nombre de *Juan Manuel Bonifaz*, decano de los educacionistas.

El buen viejo, que allí estaba, seguido de su José Cárcamo, especie de Lazarillo de Tormes que hace cuanta travesura pude a su amo; el buen viejo, repito, conmovido por el acto, no encontró más palabras para agradecer el homenaje que se le hacía que recitar una invocación piadosa al Señor de todo lo creado, oyéndosele con respetuoso silencio por todos los presentes.

Tras de él, trepó el arrapiezo de Cárcamo sobre una mesa, y desde allí, con el mayor desenfado, recitó el siguiente acróstico, obra de don Juan Manuel, y que dice así:

□ scundo es en recursos su talento
 □ edoble su entusiasmo cada día;
 □ nda, recorre, escribe con porfía,
 □ o pierde en sus tareas un momento.
 □ onocedor profundo de su gente,
 □ nfatigable en todas sus empresas,
 □ abe llevar a cabo lo que empieza;
 □ reará en este sitio un pueblo hermoso,
 □ cambiárá en miseria su riqueza.

→ roteged, orientales, con empeño,
→ ayudad en su empresa al sin segundo
→ ematador mejor del Nuevo Mundo;
→ veréis un milagro en sus afanes
→ h, de las piedras toscas hará panes!

Tocóle el turno a Piria, y dijo... muchas cosas. Habló de Demóstenes, de los dioses de la mitología, de la civilización y de la barbarie, y, Dios me perdone y le perdone, hasta de los cuarteles habló el muy atrevido, haciendo votos por verlos convertidos en escuelas... ¡Tiene unas cosas este Piria...!

Aqueilo fué el punto final de la inauguración, que se selló y remojó con abundantes tragos de cerveza.

—Ahora, vamos al grano — dijo Piria, y aprovechando la reunión, empezó a preconizar las ventajas de aquella localidad como punto comercial, higiénico y de gran porvenir.

Distribuyó profusamente entre los concurrentes planos del pueblo cuyos solares iba a vender, y explicó en términos claros y convincentes las ventajas que reportarían los que comprasen terrenos en las condiciones a que él los ofrecía.

—Voy a vender los solares 7 y 8 de la manzana 45, — gritaba Piria —. Es la esquina frente a la escuela ¡Vamos a ver! Un precio, una oferta!

—Fijense bien,— continuaba —; es la manzana número 45. Plano en manos, caballeros.

Y los caballeros desdoblaban el plano, y parecía que se lo querían devorar con los ojos,

sin poder explicarse cómo aquel tablero de damas que veían pintado en el papel, podía representar el campo que tenían por delante.

—Es una esquina magnífica, —seguía vociferando Piria desde su elevado puesto; el que la compre, puede contar con que tiene asegurada la fortuna. Vamos a ver, tengo veinte pesos de oferta!... veinticinco!... treinta pesos!... treinta pesos!... treinta pesos!... ¡No hay quién dé más...! Es una vergüenza tirar por este precio un solar tan bueno!... Vamos a ver, ¡no hay quién dé más de treinta pesos!... Treinta pesos!... treinta y uno!... y uno!... y uno!... y dos!... Treinta y dos pesos! Adelante, caballeros! No desperdicien la pichincha de la ocasión! Treinta y dos pesos!... y tres!... y cuatro!... treinta y cuatro!... treinta y cuatro!... Vamos, no podemos perder tiempo!... tengo treinta y cinco pesos de oferta!... ¡no hay quién dé más! Treinta y cinco!... lo digo por última vez, ¡no hay quién dé más de treinta y cinco pesos!... ¡Es suyo!

Y al decir esto, apuntaba con el martillo al último postulante que se separaba del grupo para ir a firmar el boleto de compra con toda la prosopopeya de quien ingresa en el respetable gremio de los propietarios.

La verdad es que, si bien Piria exageraba algo en cuanto a la importancia real de la localidad, no mentía en cuanto a ponderar las condiciones de la posición.

El pueblo Joaquín Suárez está situado a poco más de una legua del arroyo Toledo, en una altura que domina un vasto paisaje.

Al este, en un bajo, blanquea el pueblo de Pando, a una distancia de un par de leguas esas casas, y allá a lo lejos, muy lejos, en el horizonte, festonean el azul del cielo los perfiles de las sierras de Maldonado y Minas, entre las cuales se destaca, como un cono aplastado en el vértice, el Pan de Azúcar, revestido de ese velo celeste desvaído en que a la distancia parecen en vueltas las montañas.

Al sur, sombrean el horizonte los extensos duraznales de la granja de don Doroteo García y los tupidos bosques de eucaliptos que la circundan.

Al norte, se extiende la campiña que muere en las lomas cuyas vertientes alimentan el arroyo del Sauce; y al oeste, ondula el terreno en verdes cuchillas, sobre las cuales, a pesar de la distancia, se destaca el Cerro de Montevideo envuelto en las azuladas brumas de la tarde.

El sol desciende entre nubes de gasa blanca que a su paso se tornasolan con los cambiantes del ópalo, y a medida que baja, va prolongando en la pradera las sombras de las matas de cardo diseminadas aquí y allá, que resaltan con su color ceniciente sobre la alfombra verde que las rodea.

Piria sigue entretanto impertérito en sus ventanas, llevando de un lado para otro la mesa que le sirve de tribuna para arengar a la multitud, pero los compradores empiezan a ralear en su torno, y, refugiados dentro de los vagones, protestan con toda la vehemencia de quién siente el estómago hueco y tiene toda-

vía por delante una hora de camino para llegar a la mesa.

Por fin, Piria se decide a suspender la venta, y en medio del clamoreo de los viajeros, emprende el convoy el regreso.

La naturaleza se prepara a dormir en medio de una completa calma y silencio, sólo interrumpido por el silbato de la locomotora que chillaba repetidamente para espantar a los animales echados sobre la vía.

El tren cruzaba por una hondonada flanqueada por dos laderas sombreadas ya por el crepúsculo, y en una de las cuales se veían algunas vacas que ruminaban tranquilamente echadas, mientras que en su torno triscaban los terneros, retorciendo como chiquillos. Al pasar la locomotora, las vacas se levantan pesadamente, retirándose al paso, y los terneros salen a la carrera, haciendo los asustadizos, y se detienen en la mitad de la cuesta, destacándose entre todos, sobre el fondo oscuro del terreno, un torito bragado, semejando la piel un retable de raso negro con acuillados blancos. Allí estaba parado con la cabeza erguida como desafiando el peligro, pero así que se aproximó el tren, dió un bufido, levantó el rabo, y arrancó a la disparada hasta llegar al lomo de la cuchilla, donde se plantó nuevamente, revolviéndose con presteza para seguir mirando al tren, que continuaba su carrera, apurándose para ganar el tiempo perdido por el tropiezo de las vacas.

La vuelta fué más rápida que la ida. Antes de llegar a la Unión, el sol nos dió las buenas

noches escondiéndose detrás de Montevideo, que dejó de blanquear para quedar convertido en una masa negruzca, salpicada de un extremo a otro por las luces de los faroles.

Todo fué marcharse el sol, y empezar a brotar de entre el pasto esos chirridos indescifrables producidos por esos miles de insectos que hacen la vida de tahures, pasándose las noches en vela y los días escondidos en sus tugurios. Parece que la noche, envidiosa de los himnos con que los pájaros acogen el nuevo día, ha querido también formarse una orquesta, pero si así ha sido, es menester confesar que sus artistas desafinan de la manera más lamentable.

En el cielo, aparecen la estrellas como las luciérnagas en el suelo: brillan un momento y vuelven a apagarse como si temiesen haberse presentado antes de la hora conveniente. Sólo Venus, aprovechando los fueros que le da su próxima conjunción con el sol, se atreve a brillar como reina absoluta del firmamento.

El tren se arrastra con cautela por entre las tortuosas calles de las quintas, y con andar pausado llega, por fin, a su punto de partida. La noche se ha echado encima de la ciudad y sus contornos; el paisaje se ha borrado todo, y hasta el Cerro, que aún allá en Suárez dominaba todas las alturas, ha quedado arrasado por las tinieblas.

Pero de pronto, como queriendo mostrar que lo mismo de noche que de día vela por la ciudad que duerme a sus pies, hace relampa-

guear la tradicional farola, cuyos rayos se proyectan en la bahía con surcos luminosos.

Y ahora, como decía Piria, vamos al grano, porque ya es tarde, y el estómago pide algo más que paisajes y rutilar de estrellas. ¡Pide comer!

Noviembre, 14 de 1882.

¡Ay de mí! Trocara yo toda esa humareda de gloria póstuma por cuatro manojo de cebada, y vendiera mi renombre por menos precio que el que Esaú recibió en pago de su primogenitura, cuando andaba ¡desgraciado de mí! soportando al sol y la lluvia el anguloso cuerpo de mi desventurado caballero.

Tú te cuidas de las inclemencias bajo protectores techos; tú comes tus suculentas raciones en aseados pesebres; tú pastas en praderas alfombradas de tiernas y apetitosas yerbas; tú, en fin, tienes tu serrallo en que te brindan sus caricias las más gallardas y mórbidas yeguas elegidas para tu solaz por tus solícitos amos, y dianas de triunfo festejan tus victorias, y recamadas mantas cubren tu cuerpo defendiéndolo de las molestas picaduras de las moscas!

Todo eso y mucho más gozas tú ahora, mientras que yo, con ser el caballo más mentado de los siglos, tuve que soportar la intemperie, ora el helado cierzo de las nevadas entumiese mis debilitados miembros, ora el sol abrasador de la canícula derritiiese el sebo de mis riñones. Yo sólo me alimenté de raíces insulsas o de esponjosas cortezas; nunca tuve más manto que el arzón ni más adorno que la molesta cincha, y el día en que por mal de mis pecados quise refocillarme con unas jacas galicianas que junto a mí pastaban, recibí de manos de sus dueños, los desamaldos yangüeses, la más soberana paliza que jamás recibiera ninguno de los de nuestra especie.

RELINCHOS DE ULTRA TUMBA

DE ROCINANTE A GLADIADOR

Llegan hasta mi tumba los ecos de los himnos que en tu honor se levantan desde las costas porteñas, y el armazón de mi ya carcomida osamenta se estremece agitada por un legítimo orgullo de raza. Caballo fui como tú, y tu nombre como el mío pasará a la historia, mezclado con el de los héroes de que se honra la humanidad.

Pero ¡cuánta diferencia va de ti, *Gladiador*, a mí, *Rocinante*, en esto de compartir los triunfos de la gloria! Tú los disfrutas en vida, en toda la lozanía de tu juventud, mientras que yo los alcancé tan sólo después de muerto, cuando de nada podían servirme para mi regalo, realizándose en mí aquello de: "al asno muerto, la cebada al rabo".

¿De qué me sirve que el más grande de los ingenios haya inmortalizado mis hazañas en la más universal de las historias conocidas? ¿De qué, que me cantase en sonetos el discretísimo académico de Argamasilla?



¡Qué contraste haríamos, tú *Gladiador* y yo, si juntos nos pusieran uno al lado del otro! Tú airoso, bien plantado, crespas las crines y erguida la cola, el ojo vivo, inquieta la oreja, golpeando el suelo con tu luciente casco y haciendo cabriolas con tus delgados y nerviosos remos; y yo triste, derrengado, hacia la crin y marchito el rabo, la mirada vaga, caída la oreja, adelantando ya una mano ya la otra para aliviar mis destrozados encuentros, y sin fuerzas para espantar las moscas que se agolmeraban sobre las rozaduras de mi afilado lomo...!

¡Cuán distintos corren los tiempos! Yo naci y morí en la edad de hierro para la caballería, mientras que tú gozas en la de oro, sin más trabajo que el de recorrer algunas cuadras en agitado galope para volver a los regalos del pesebre y a los halagos del serrallo en que tus odaliscas yeguarizas se disputan entre relinchos y amorosos tarascones los favores del vencedor.

Yo vine al mundo demasiado tarde y demasiado temprano. Cuando nací, todavía se hacía memoria de los regalos y mimos de que eran objeto los bridones de los caballeros andantes, y hasta en romances se leía escrito que por entonces cuidaban de ellos las doncellas,

y dueñas de su rocin.

Pero de mí sólo cuidaron desgracias y desventuras, y víctima de las locuras de mi amo, fueron

mi cama, las duras peñas,
y el dormir, siempre velar,

engañoando al hambre haciendo coscojear el freno, y tragando saliva para disimular la sed; siempre con la cincha apretada, siempre con el lomo oprimido por el arzón, y siempre temeroso de que mi caballero me llevase a embestir molinos de viento, o a desbandar majadas de ovejas, o a libertar Ginesillos, o a desafiar las iras terribles de los leones que tuvieron la magnanimidad de perdonarnos en la más descabellada de las aventuras con que tropezó mi amo en su asendereada peregrinación por las dilatadas llanuras de la Mancha.

Yo soy el Cristo de la caballería; yo ennoblecí la raza, pero por ella sufri los más atroces tormentos.

A mí me apalearon yangüeses, y me apedrearon pastores, bandidos me maltrataron, las hambres me consumieron, me martirizaron tábanos, me vejigueron farsantes, y para colmo de desdichas y de vergüenzas, me vi pisoteado por las inmundas pezuñas de una piara de puercos.

Ni me felicitaron presidentes, ni me aclamaron gobernadores, ni me alabaron literatos, ni me engalanaron doncellas, ni mi retrato sirvió de adorno en pañuelos y abanicos.

Pobre nací, flaco viví, y descoyuntado morí, sin que mis muchos servicios me valiesen el ser respetado en mi vejez. Todo fué rodar al empuje de los poderosos encuentros del bridón que jineteaba el caballero de la Blanca Luna,

y acabar mi nombradía; y gracias que no fuí abandonado como lo pretendía mi amo, cuando, a semejanza de Orlando, quería dejar colgadas de un árbol sus armas defendidas con un cartel que dijese:

Nadie las mueva,

Que estar no pueda con Quijote a prueba.

Ten en cuenta todos esos martirios, y no olvides en tus triunfos a éste tu antepasado que tanto lustre dió a tu raza.

Desde mi ignorada tumba te dirijo estas quejas para que aprendas a cuán subido precio se alcanzaba en mis tiempos la gloria, mientras que en los tuyos ella te brinda todos sus goces, sin exigirte sacrificio alguno. A ti podría yo cantarte lo que la desenveluta Altisidora cantaba a mi amo para acabar de trastornarle el seso:

Oh tú, que estás en tu lecho
De tierra y mullida paja
Durmiente a pierna tendida
De la noche a la mañana;
Caballo el más afamado
Que ha producido la Pampa,
Más preciado y más bendito
Que el oro fino de Arabia;
Oye al triste Rocinante
Desde su tumba ignorante,
Que está hambreado todavía
Por un puñado de alfalfa,
Mientras que tú satisfecho
Alegre y soberbio piafas
Y enamoras a las yeguas
Con relinchos y patadas.

Así pudiera seguir ensartando endechas, y llorando desgracias, y haciéndote ver las ingratitudes del mundo, si no temiera que a lo mejor me salieras con alguna impertinencia como Babieca, cuando discurriendo conmigo sobre las necesidades de la vida, me dijo:

—*Metafísico estáis.—Es que no como,*

le contesté, y otro tanto te contestara a ti, por donde verás tú que el filosofar es de los hambrrientos desde tiempo atrás, que los que tienen el estómago lleno, para nada se ocupan de esas monadas y embelequerías.

Y mientras tanto, así es la vida. Tú vives en la abundancia y el regalo, sin más hazaña que la de haber corrido más ligero que tus adversarios, y yo, que aguanté sobre el lomo al más andariego e intrépido caballero, yo, que asistí y tomé parte en la descomunal refriega de Puerto Lápice, y que fuí actor en la jornada con el Caballero de los Espejos, y desbaraté los poblados ejércitos del gigante Alifanfarón, y consumé muchos otros hechos de alta nombradía que la historia guarda en su más preciado joyero: yo, digo, no tuve más descanso que los tres días que pasé en el mezquino pajar del habilidoso cuento mísero Basilio, ni más regalo que el tiempo que permanecí ocioso en los espaciosos establos del Duque, a quién de buena gana perdonó la mofa que hizo de mi caballero, en pago del agasajo que me dispensó.

Pero, ¿qué son esas realidades de la vida al lado de la gloria imperecedera que rodea mi

memoria? Tu nombre no vivirá más que lo que vivan tus hazañas, y no será difícil que en día no lejano oscurezca tu fama alguno de los potrillos que en torno tuyo retozan con el rabo enhiesto, acabando por quedar tú olvidado, peludo y vichoco, degradado a la humillante condición de mancarrón aguatero.

Entonces, ¡adiós felicitaciones presidenciales! ¡adiós arrumacos de gobernadores! adiós ditirambos de poetas! ¡adiós mimos y zalamerías de doncellas! ¡adiós entusiasmo de las muchedumbres y ostentación de tus retratos en pañuelos y abanicos!

¡Tú, el hoy mimado *Gladiador*, quedarás arrumbado en el sepulcro del olvido, y la cal de tu osamenta se diseminará en impalpables moléculas arrebatadas por el soplo devastador del pampero, mientras que yo, el antes asendereado *Rocinante*, viviré por los siglos de los siglos en las páginas de oro de la más brillante historia que haya producido el ingenio humano, y mi esqueleto, bruñido y articulado por los escultores del idioma, quedará engastado en las entrañas de la literatura, señalando el período de su mayor esplendor, como señalan esos fósiles de animales enormes enterrados en el seno de la madre tierra la época en que la naturaleza alumbró sus más colosales engendros.

Así relinchó *Rocinante*; *Rocinante* el manso, *Rocinante* el bueno, *Rocinante* el sufrido, y yo, fiel cronista de todos sus hechos, e intérprete de todos sus pensamientos, así lo con-

signo, abonando su autenticidad con mi nunca desmentida fama de verídico, y empeñando, como prenda de ella, mi diploma bachilleresco, que es a lo que más apego tengo en esta vida.

Octubre, 21 de 1882.

DALMIRO COSTA

Si me dijieran que nació tocando el piano, no me atrevería a negarlo, porque me consta que a la edad en que apenas empiezan los niños a pronunciar la *r*, ya Dalmiro ejecutaba de corrido variados trozos de música. No era uno de esos niños en cuyos ojos y movimientos se advina el genio: por el contrario, era un muchacho apático, de mirada vaga, poco sensible a las caricias y completamente indiferente a los juguetes. No aspiraba a otro premio sino el de que le permitiesen poner las manos sobre el teclado.

Así creció, llevado de casa en casa para que admirases aquella *monada*, y él se dejaba llevar soportando con resignación los mimos y caricias con que le mortificaban, a trueque de satisfacer su afición.

Del pentagrama no sabía más sino que eran unas rayas salpicadas de puntos negros. ¡Qué le importaba a él del pentagrama! Tenía la música en la cabeza y en el corazón, y no necesitaba más. Aquél era su idioma nativo, y de él se valió para expresar sus sentimientos

antes de aprender a combinar frases habladas. Poco o nada pudieron con él los maestros que trataron de enseñarle la gramática y la aritmética. Ni atendía a lo que se le decía, ni hacía el menor esfuerzo por meterse en la cabeza aquellas cosas tan poco armónicas. Tal vez, si le hubiesen enseñado en verso, hubiera aprendido con más presteza, porque la cadencia rítmica habría servido de vehículo para hacer llegar aquellos conocimientos a su inteligencia.

Poco a poco fueron desarrollándose sus instintos musicales, y rompiendo el cerco estrecho de las prescripciones clásicas, creó un método suyo, exclusivamente suyo, algo de eso que no se puede imitar, como no se imita la pincelada de Rafael, ni se reproduce el acento de Adelina Patti.

Ni Pleyel, ni Chickering, ni Steinway, ni Schiedmayer, ni ninguno de los más afamados fabricantes de pianos han soñado jamás que los instrumentos que ellos construyen suenen de la manera que los hace sonar Dalmiro Costa. Él ha encontrado el medio de trasmisir a la tecla el fluido de su organismo, y la nota que arrancada por otras manos sólo produce un ruido más o menos sonoro, tocada por él, ríe, llora, pide, da, palpita amorosa, vibra de rabia y reproduce todas las encontradas sensaciones del cuerpo y del espíritu.

Dalmiro no toca la música: la dice, la recita, la declama. Si fuera mudo de palabra, le bastaría sentarse al piano para hacerse entender aún de aquéllos que, como los aludidos por

Jesús, tienen oídos y no oyen. Conocedor profundo del lenguaje de la armonía, lo traduce lo mismo en Meyerbeer, en Verdi, en Bellini, en Offenbach, en Gounod, en Arrieta y en Gatzambide. Y no se limita a repetir la frase musical dándole su sentido y entonación, sino que la parafrasea, la analiza, la cambia por otra equivalente, la vuelve por activa y pasiva, la condensa en una sola palabra, la desifie en muchas otras, y sobre aquel tema constituye todo un discurso que deja al oyente empapado en la materia que ha desarrollado.

Dalmiro Costa no es un ejecutante de la música de otros maestros: es su comentador, su intérprete, su anotador. Él es, para Gounod o Bellini, lo que Gustavo Doré ha sido para Dante o Milton, ilustrando *La Divina Comedia* y *El Paraíso Perdido*. Él sabe hermanar, fundir, por decirlo así, en un mismo molde, la música que traduce iguales sensaciones, y así, mientras que con la mano izquierda dice con Fausto: *Laisse moi contempler ton visage*, con la derecha repite con Radamés: *Morire si pura e bella*, sin que de esta amalgama de dos escuelas opuestas y de dos maestros antagónicos, brote una sola nota discordante: es el amor expresado en dos idiomas que, al ponerse en contacto, se refunden en uno solo, que habla lo mismo al corazón de Margarita y al de Aída.

Dalmiro no puede tocar lo que se llama una pieza de música. Pedírselo sería lo mismo que pedirle a una golondrina que volase siguiendo una línea fija trazada en el espacio.

[54]

El baja, se remonta o se posa según su capricho, obedeciendo a las sensaciones que el eco de sus notas le despiertan. Cuando el *andante* le enternece a punto de que las últimas frases parecen humedecidas con lágrimas, salta repentinamente al *vals* como queriendo desterrar la melancolía que le invade, pero aquel arranque pierde su brío a los pocos momentos, adormece el compás, pasa de las notas naturales a los semitonos, e insensiblemente se torna el entusiasmo en languidecimiento, hasta que muere en acordes místicos que parecen desprendérse de la tierra y evaporarse en murmullos vagos como esas tenues nubes de la tarde que se deshilachan en finísimas hebras impalpables a la vista.

Dalmiro Costa no es sólo intérprete, sino autor también, pero sus obras nadie puede descifrarlas porque nadie sabe comprenderle. En vano ha agotado su ingenio para dar a cada una de sus notas una explicación escrita; el lenguaje humano no tiene palabras para traducir las inspiraciones del genio.

A propósito de esto, recuerdo una anécdota histórica. Acababa Dalmiro de componer sus *Sueños* y preguntándole a un amigo suyo, sordo como una tapia en materia de música, qué le parecía su obra, contestó éste:

—Muy bien; me ha gustado mucho tu música; pero, dime ¿de quién es la letra?

Aquello tuvo contrariado a Dalmiro durante una semana. No podía darse cuenta de que hubiese quien hiciera moña de la música. En ese punto es muy susceptible, y debido a esa sus-

[55]

ceptibilidad se le tiene generalmente por retraido y hasta por discolo. ¡Profundo error! No hay nadie mas expansivo que él cuando da con una naturaleza afinada por el mismo diapason que la suya. Lo que le contraría y enoja es tener que tratar con personas que no le comprenden. Espíritu fino, inteligencia delicada, sabe apreciar la belleza de un pensamiento o la intención oculta de una frase, de éssas que, según él, *le hacen feliz*, tanto como le fastidian las groserías y chabacanerías de los que a toda costa quieren lucir un ingenio que no tienen.

A veces, lamentando su situación, suele decir: "¡Ah! ¡lo que yo podría hacer y componer si fuera rico!" Ahí se engaña Dalmiro profundamente. El día que la suerte le sonriese no volvería a producir nada. No sé si habrá en ello algo de preocupación, pero yo creo que la inspiración necesita del agujón de la pobreza para manifestarse en todo su vigor.

Parece que la abundancia convida a la molicie y al abandono, y, ¡Dios me perdone! hasta se me antoja que la riqueza achata el espíritu, le apoltrona y le quita aquella vivacidad con que despuñta desde la estrechez. No diré que sea regla general, pero sí es lo más común que de la pobreza salgan los ingenios que desciuelan en las ciencias y en las artes; y no es que yo crea que los cerebros de los ricos estén de diversa manera organizados, sino que las facultades se desarrollan y se aguzan en el diario batallar por la existencia, como se vigorizan y crecen las fuerzas físicas en la ruda gimnasia del trabajo.

¡Sublime resignación ésta del genio condenado a la miseria! Ignorado heroísmo sintetizado por Narciso Serra en su apólogo sobre Cervantes, cuando pone en boca del famoso manco aquella última quintilla que dice:

¡Si Lope me adivinó,
Al darme glorioso mote,
La patria ingrata no vió
Que Cervantes no cenó
Cuando concluyó el Quijote!

¡Pobre Dalmiro! ¡Cuántas noches tampoco habrá cenado mientras vagababan por su imaginación los acordes y las armonías de *Los Sueños*, *La Pecadora*, y otras composiciones que traducen las tribulaciones de su espíritu al par que la inspiración de su genio poético!

Pobre nació; pobre ha vivido; y pobre vivirá, porque no hay en él una sola fibra que le impulse por la senda que lleva a la riqueza. Y, sin embargo, ¡ése es su sueño! El día en que puede estrenar un par de guantes, se mira las manos con una complacencia infantil, y la vanidad le rebosa en todos los gestos. ¡Debilidades humanas! ¡Funda más su orgullo en aquellos dos retazos de piel curtida que en las producciones de su talento!

Así es Dalmiro Costa: una mezcla de vanidad y de modestia completamente híbrida. Vanidoso con la riqueza y el fausto que jamás alcanzará; y modesto hasta la exageración con lo que constituye su tesoro.

Tiene delirio por los versos, sobre todo por aquéllos que armonizan y conciernan con su espíritu melancólico y sonador. Rieñe y Bécquer le encantan, le deleitan; los recita con unción, con una especie de fervor místico; y cuando cree que su acento no alcanza a expresar el sentimiento de sus estrofas favoritas, entonces pone las manos en el teclado, y dejando errar su mirada por las vaguedades del espacio, empieza a arrancar melodías de una suavidad exquisita; las notas modulan ecos de arpas celestiales; brotan límpidas y diáfanas como el cristal, y se prolongan en murmullos eólicos, como si el fluido que agita su cuerpo imprimiese sus vibraciones a las teclas.

¿Qué toca en esos momentos? Él mismo no lo sabe; parece que una fuerza oculta impulsa aquellas manos largas y descoyuntadas, cuyos dedos semejan tentáculos que se extienden y encogen con ondulaciones de reptil recorriendo todo el teclado, cantando en los típles armonías delicadas, mientras que los bajos rezongan con melancólicos ecos, como haciendo sombra a la luz que brota del otro extremo del piano.

No recuerdo si la música de *Un Pleito* es de Arrieta o de Gatzambide, pero ya sea de uno o de otro, estoy seguro de que el autor quedaría extasiado ante la interpretación que da Dalmiro a la serenata que empieza:

Yo tengo noche y día
Los ojos fijos en tu balcón,
Y hasta que tú te asomas
En este barrio no sale el sol.

Esta música tierna, sencilla, impregnada de esa tristeza peculiar de las cantilenas españolas, la envuelve Dalmiro en una red de arpegios vaporosos; la mece, la arrulla, y debilitada al fin por aquella presión de armonía, muere entre suspiros que imploran, que lloran, con los desfallecimientos del placer. Y conjuntamente con la música, parece que muere Dalmiro, los ojos en blanco, el rostro pálido, agitado todo el cuerpo con un temblor nervioso, y entreabiertos los labios como próximos a exhalar el último aliento.

Hace muy pocas noches le oí tocar en *El Gimnasio*, lujoso café de verano instalado en la calle de Florida en Buenos Aires, y salí de allí impregnado de una dulce melancolía, como si el músico-poeta me hubiese trasmítido, envueltas entre sus notas, las sensaciones que agitan su espíritu soñador y vago.

¡Triste condición la del genio sometido a las exigencias de la vida! ¡Dura esclavitud del talento poderoso y libre uncido al yugo de la carne flaca y servil!

Dalmiro toca para comer, y para dar de comer; y el público que paga, exige que haga sonar el piano, sin tener para nada en cuenta las tribulaciones que acongojan su ánimo.

Cuántas veces ¡cuántas! al ver a Dalmiro recorriendo el teclado con sus manos descarnadas, me acuerdo de Campoamor y repito con él:

¡Cómo traerá el corazón
El gaitero
El gaitero de Gijón!

Diciembre, 10 de 1882.

UNA AUDICIÓN

EN LO DE MOUSQUÉS

Accidentalmente me encontré ayer con Dalmiro Costa, el mismo Dalmiro de siempre, que parece haber puesto un límite a su envejecimiento, pues hace diez años que está en un ser, inmune al parecer a los avances de los años, entrecano, entrecalvo, entre mozo y viejo, habiendo dejado de ser lo primero, sin resolverse a ser lo segundo. Lo único que madura en él es el talento: cada día es más espiritual su charla, y cada día más genial su inspiración. Si estuviese en vena de metáforas, diría que es como una botella de buen vino, cuyo contenido se mejora con los años, sin que el polvo ni las telarañas afeen el envase.

Dos palabras charlamos sobre lo ocurrido desde que no nos veíamos, casi dos años, y en seguida hablamos de música, que es la neurosis de Dalmiro y el único entusiasmo que me va quedando en este otoño de la vida en que voy entrando, y en el que se van deshoyando una por una, las ilusiones, que "son ¡ay! hojas des-

prendidas, del árbol del corazón" como decía el romántico Don Diego.

Y mientras hablábamos caminábamos en dirección a la Plaza, llevando a mi compañero como distraídamente hacia lo de Mousqués, y dejándose él llevar sin oponer resistencia. A poco de andar tropezamos con Enrique Lemos, que se nos incorporó adivinando nuestro propósito; Pellicer nos salió al encuentro unos pasos más allá y también nos siguió; y al llegar a la puerta de la casa Mousqués éramos ya cinco, pues se nos agregó allí Eusebio Conlazo, este último con un tesoro en la garganta, una espléndida voz de barítono, y con fuego en el corazón para modular con ella los acentos de todas las pasiones.

Entramos a la casa por el almacén de venta, tras de cuyas vidrieras brillaban los bronces de las trompas, figles y pistones, y pasamos al depósito de los pianos y harmonios, silencioso como la sala de un museo paleontológico, con todos aquellos monstruos oscuros alineados a un lado y otro, y descollando en el medio, como un inmenso glyptodon de concha de carey negro, un Steinway de cola, mostrando la ancha dentadura del teclado.

Mousqués nos dió posesión de la casa con la sobria galería que lo caracteriza y Dalmiro se sentó frente al piano, tanteando los pedales y las teclas como un domador antes de exhibir las habilidades de su fiera.

Para mí, el piano no es un instrumento propiamente dicho, sino una maquinaria. Sólo así se explica que los norteamericanos, que son

la gente más antiartística del mundo, sean los mejores fabricantes de pianos. Fabrican un piano, como fabrican una locomotora, un puente o cualquier otro artefacto. Mi descreimiento sobre el gusto artístico de los yanquis me viene desde que supe que un chocolatero de Nueva York envió a la Exposición de París, como muestra de sus productos, la Venus de Milo, de tamaño natural, vaciada en chocolate! Esta herejía artística corre pareja con la que cometió otro fabricante yanqui, que para dar a conocer los productos de sus talleres, hizo que la Margarita de Fausto, en vez de aparecer hilando en la rueca, se presentase ante el público cosiendo en una máquina Singer!

Pero nada de esto quita que los americanos sean grandes fabricantes de pianos. Chikering y Steinway compiten ventajosamente con todos los fabricantes del mundo, y sus pianos de concierto son los preferidos por todos los maestros.

A todo esto, preguntó Pellicer, ¿de qué se trata?

De una pequeña velada musical, contestó uno de los presentes.

¡Velada?, interrumpió Pellicer; en todo caso se tratará de una tardada musical. ¡Como que son las cuatro de la tarde!

Empezó Dalmiro preludiando los motivos de una mazurca, una de sus últimas composiciones, titulada *A orillas del Río Negro..* Al decir mazurca, no se entienda que se trata de una pieza de baile, pues la música de Dalmiro no es bailable, a no ser que se cometa con ella una de esas infamias como la que ha convertido

en paso doble *La Stella Confidente*, o en mazurca el *t'amo, si t'amo e lacryme* del Ballo in Maschera; o en cuadrilla varios de los aires de la Forza del Destino.

A orillas del Río Negro es una composición llena de elegancia, y aunque parezca raro el epíteto aplicado a una pieza de música, no lo es, porque no hay otra palabra con que expresar la gentileza que distingue la inspiración de Dalmiro Costa. Se la compara con la de Chopin, pero si bien puede decirse que es de la misma índole, hay que reconocer que varía en el estilo, porque Dalmiro no es un imitador, un reminiscente, sino un creador. Lo que él produce tiene sello propio, y sobre todo si es él quien lo interpreta, porque pone de tal manera su personalidad en todo lo que ejecuta, que estoy seguro de que si me hallase en la más apartada región del mundo, sin la más remota noticia de que pudiese encontrarse allí Dalmiro; y sin verlo lo oveyse tocar el piano, exclamaría sin titubear: ¡Es él! Porque él y sólo él es capaz de vivificar ese mecanismo banal, de dar expresión y sentimiento al más vulgar de los muebles que adornan nuestros salones.

El secreto, mejor dicho, la virtud mágica de Dalmiro está en arrancar con el golpe sobre la tecla algo más que un ruido. La cuerda herida no suena como golpeada por el martinet; sino que vibra como si la pulsase la mano misma, trasmítiéndole todas las palpitaciones del sentimiento.

Sin dejarme cegar por un espíritu de patriotismo, que sería sencillamente estúpido trañán-

dose de asuntos de arte, yo creo que nadie toca el piano como Dalmiro, y esta opinión ha sido corroborada por el voto competente de personas que han oído a los más reputados concertistas. Recuerdo que Novelli, que era todo un temperamento artístico, me decía una noche: "Yo he oído tocar el piano a todos los grandes maestros, desde Liszt hasta Rubinstein; he admirado la limpieza de ejecución, el poder, la brillantez, pero Dalmiro arranca al piano inflexiones que nunca he oído y le hace modelar frases que sólo el arco del violín puede imitar".

Los temas de la nueva mazurca son sencillísimos, melodías casi primitivas que se repiten en distintos tonos, pero con una riqueza de bajos y una delicadeza tal de ligados que sorprenden por la novedad y originalidad de ejecución.

A la mazurca sigue una polca, *El Sport*, llena de animación y movimiento. Hay compases que imitan el golpe de los caballos, otros que producen las atropelladas de la carrera, escalas cromáticas en que los dedos corren apareados como los corceles en la lucha, pero todo lleno de melodías y armonías, sin que el propósito de imitar los movimientos de la carrera se sobreponga a la cadencia musical.

Y tras de la polca, una marcha, llena de mazicalidad y brío, unas de esas marchas que hacen avanzar al soldado con el corazón alegre y el ánimo sereno a lo más recio del combate; música que exalta el espíritu y lo embriaga con ambiciones de gloria, entusiasta como el coro de guerra de los Druidas, arrebatadora como

el aire de ataque de los anabaptistas para lanzarse al asalto de Maguncia.

Todos ofamos con recogimiento aquella música y aquél intérprete inimitable. Pellicer estaba lo más serio que puede él estar. Sólo por los labios le retozaba una sonrisa provocada sin duda por las actitudes de Dalmiro, que estaba con los ojos en blanco, la mirada perdida, los pies oprimiendo los pedales en continua agitación y las manos galopando sobre el teclado con movimientos de caballo brioso. Y de repente se interrumpía, para explicar o ilustrar con comentarios originalísimos el significado de una frase musical, traduciendo la melodía en palabras, pretendiendo que las notas eran sílabas y conviéndonos de que en efecto la música hablaba, expresaba ideas, reflejaba sentimientos y traducía pasiones que se agitaban en el organismo de aquel monstruo de madera y hierro.

En el arroboamiento de la audición, en la dulce embriaguez que la música produce, me parecía que el almacén de pianos se transformaba en sala severa de un Conservatorio, presidido por Chopin, Listz, Rubinstein, Mendehlsson y otros maestros cuyos retratos y bustos decoraban las paredes, y que aquellas figuras se agitaban y animaban, como evocadas a la vida por el fluido misterioso de la inspiración, que flotaba en aquel ambiente infiltrándonos a todos su esencia vivificante.

Mousqués, retirado en el fondo, escuchaba más con atención de dueño que con afición de diletante. En la postura, en el gesto, en la

mirada, se comprendía que juzgaba más de la sonoridad del instrumento que del mérito de la música. Mientras nosotros traducíamos nuestros entusiasmos en bravos y aplausos, Mousqués parecía decir por lo bajo: ¡Suena bien el Steinway!

Y vaya si sonaba! Es un instrumento espléndido, de una sonoridad admirable, puras y vibrantes las notas como si de copas de cristal fuesen arrancadas, obediente a los pedales, ora apagándose en vagas dulzuras de sordinas, ora irrumpiendo en fragores orquestales, estremeciendo el mecanismo entero en la resonancia armónica del encordado vibrante.

De repente, Dalmiro se interrumpió, y como saliendo de un sueño, dijo prosaicamente:

— ¿Qué hora es?

— Las cinco menos cuarto — dijimos todos a la vez, atrasando nuestros relojes de media hora.

Dalmiro no se dió por satisfecho. Se puso el sombrero, salió al medio de la plaza, miró atentamente el reloj de la Catedral, volvió estirándonos las manos y diciéndonos:

— ¡Me voy!

Fueron inútiles todos los ruegos. Le suplicamos, como quien pide limosna, que tocase *Fosforescencias*, *Nubes que pasan*, cualquiera otra de sus composiciones. Todo fué en vano.

— Pero, ¿qué apuro tienes de irte — le dije — después de tanto tiempo que no nos vemos, y cuánto pasará, quién sabe cuánto más en volvernos a ver?

— Es que — contestó — he resuelto irme a la Colonia y como nunca en mi vida he podido hacer mi gusto, quiero a todo trance hacerlo una vez siquiera, y me voy.

Y se fué.

LA LEYENDA PATRIA

Más de cinco mil personas rodeaban el monumento que se inauguró en la villa de *La Florida* el día 18 de mayo de 1879. El jurado nombrado para discernir el premio a quien con más inspiración cantase la epopeya de nuestra independencia, colocó sobre el pecho de Aurelio Berro la honorífica medalla, consagrando el acto el doctor don Ángel Floro Costa con aquel célebre discurso, que hizo servir como escaparate para exhibir todo lo que sabía y no sabía, remontándose hasta la edad de piedra y cargando la mano sobre cuanto esdrújulo le cayo al alcance,

todo para anunciar que ha puesto un huevo,

como decía la rana de los cacareos de la gallina.

El numeroso público que había quedado marchito y cariacontecido con la pirotécnica pseudo-científica de don Ángel Floro, empezaba a diseminarse temeroso de una nueva granizada esdrújula, cuando se sintió atraído por el vigoroso acento de un nuevo orador que había ocupado la tribuna.

Era, el tal, pequeño de estatura, enjuto de carnes, y parecía imposible que tan endeble instrumento pudiese producir notas tan robustas. A medida que brotaban de sus labios los ritmicos acentos inspirados por el patriotismo, se iluminaba su mirada con resplandores guerreros, accionaban los brazos con atíetico vigor, y el cuerpo mezquino se agigantaba hasta adquirir proporciones colosales. Parecía que una aureola de luz le rodeaba y que de aquél foco irradian corrientes de entusiasmo que electrizaban hasta a las más apartadas filas del auditorio.

Llora el poeta en la noche oscura de la opresión de la patria, y su alma desfallece al ver rendido al pueblo que otrora luchara incansable por la libertad. ¡Todo está frío y mudo en torno suyo!

De los llorosos sauces
Que el Uruguay retrata en su corriente,
Cuelgan las arpas mudas,
¡Ay! las arpas de ayer, que en himno ardiente,
Himno de libertad, salmo infinito,
Vibraron al rodar sobre sus cuerdas
Las auras de las Piedras y el Cerrito.

Las glorias del pasado se apagan en las tinieblas del presente. No hay un solo guerrero en armas que haga alentar la esperanza de que cesará el cautiverio en día más o menos lejano, y al oír esta elegía por la patria, todos los oyentes se sienten commovidos, desesperando con el poeta de ver llegar los albores de la so-

ñada libertad. Los recuerdos de la tradición gloriosa han muerto en la memoria del pueblo sojuzgado a la extraña dominación, y si algunos se conservan, viven apenas

Como esos lirios pálidos y yertos,
Desmayados suspiros de los muertos,
Que entre las grietas de las tumbas crecen.

Lúgubre silencio reinaba en todo el auditorio. Parecía que aquellas cinco mil almas vivian 60 años atrás, sintiendo el yugo de los invasores cuya prepotencia lloraba el poeta con el desencanto de quien nada espera. El rostro y el ademán traducian aquel desaliento que postraba al patriotismo inerme e impotente. Apagado el brillo de la mirada, la frente velada con las sombras de la tristeza, desmayada la voz, la acción desfallecida, parecía el poeta la encarnación del pueblo abatido por el infortunio.

Pero, de repente, un eco lejano desperta el oído adormecido en la desgracia, y una vaga claridad sorprende a la mirada enceguecida por las tinieblas.

Aquel eco lejano es el de la barcarola que entonan los barqueros,

De ritmo audaz y cadencioso brío
¡La eterna barcarola redentora!

Aquella claridad vaga que rasga el negro velo del cautiverio, flota sobre las dormidas aguas del Uruguay, de entre las cuales

Brota un rayo de luz desconocido,
Que desgarrando el seno de las brumas
Atraviesa la noche del olvido.

¡Qué repentino cambio en la expresión, el acento y el ademán del poeta! Relampaguea la mirada como deslumbrada por aquel inesperado resplandor que

Es primero un albor... luego una aurora...
Luego un nimbo de luz de la colina...
Luego aviva... y se eleva... y se dilata,
Y encendiendo el secreto de la niebla,
En fragoroso incendio se desata.

Y esto no sólo se oye, sino que se ve. El bardo lo dice y lo pinta con vividos colores. El punto luminoso brota en sus ojos, ilumina después su inspirada frente, anima la sonrisa de esperanza que dibujan sus labios, fulgura en todo su rostro, y creciendo a medida que el patriotismo lo aviva, lo envuelve con brillantes resplandores, que se esparsen en torno suyo derramando ondas de luz cuya claridad se difunde hasta los más remotos horizontes.

En esa luz quedó bañado el auditorio que escuchaba al poeta, y cuando sintió los ateridos miembros entibiados por el calor que irradiaba aquel cerebro encandecido por el fuego del sentimiento patrio, prorrumpió en una manifestación solemne, grandiosa, estentórea, aclamando entre vivas y aplausos a Juan Zorrilla de San Martín como al cantor de las glorias nacionales.

Desde ese momento, el último acento de cada estrofa moría entre el clamoreo entusiasta de la multitud electrizada, y como si de antemano hubiese preparado la escena,

entre la luz, los cantos, los latidos,
hizo surgir ante los ojos de aquellos cinco mil espectadores atónitos

Del húmedo arenal *Treinta y Tres Hombres*;
Treinta y Tres Hombres que mi mente adora,
Encarnación, viviente melodía,
Diana triunfal, leyenda redentora
Del alma heroica de la patria mía!

Es indescriptible la escena que se siguió a esta evocación. Todos los labios se movían profiriendo gritos patrióticos, todos los brazos se agitaban saludando al poeta, y todos los rostros retrataban las sensaciones despertadas en el espíritu por los mágicos acentos de aquel canto desconocido. Los ánimos se enardecían siguiendo las peripecias de aquella epopeya grandiosa, en que los héroes, sedientos de libertad, encontraban

tardo el corcel y perezoso el plomo
para llegar al pecho del opresor de la patria.
¡Sarandí! ¡Ituzaingó! ¡Prólogo y desenlace de aquel drama sublime de abnegación y heroísmo! Zorrilla traza ambos cuadros con rasgos de un colorido palpitante. ¡Parece que se

oye el rechinar de los hierros y el caer de los cuerpos tronchados por el rudo goipe del sable, en aquella famosa carga que arraso las huestes enemigas, como si sobre elas se hubiese lanzado el escuadrón de la muerte!

.....

Ya está cimentada la libertad de la patria. El poeta despierta de aquel sueño en que sólo oía el fragor de la batalla, y veía los campos teñidos con la sangre de los que cayeron en la inmortal cruzada. El cielo brilla sereno y límpido, presagiando una nueva era de paz; y lleno de fe en el porvenir, pone de lado la trompa épica con que cantó las glorias guerreras, y entona el idilio del trabajo en estas estancias, arrancadas al parecer de la citara de Arriaza o de Meléndez:

Rompa el arado de la madre tierra
 El seno en que rebosa
 La mies temprana en la dorada espiga,
 Y la siega abundosa
 Corone del labriego la fatiga.
 Cante el yunque los salmos del trabajo;
 Muerda el cincel el alma de la roca,
 Del arte inoculándole el aliento,
 Y en el riel de la idea electrizado,
 Muera el espacio y vibre el pensamiento.

.....

¿Por qué no alcanzó Zorrilla el primer premio? No fué por cierto porque no lo hubiese merecido, pero el jurado había de antemano limitado el número de versos, y la composición

de Zorrilla excedía de aquellos límites. Tal vez no recordó aquella condición, y si la recordó, prefirió renunciar al premio antes que cortar el vuelo de su inspiración.

Pero si no alcanzó el premio material, alcanzó en cambio ese lauro imperecedero que sobrevive al metal y al mármol: el lauro de la gloria.

Aurelio Berro, el poeta premiado, justamente premiado por llenar su composición las condiciones impuestas y ser a la par una obra notable como inspiración y como clasicismo, desprendió de su pecho la medalla que el jurado le había discernido, y quiso a toda costa colgarla en el de aquel joven que acababa de electrizar al auditorio.

Zorrilla se resistió a aceptar aquella ofrenda que se le hacia con generoso desprendimiento, agradeciéndola con toda efusión.

Desde entonces quedó cimentada su gloria sobre base imperecedora, y desde entonces, también, quedó consagrada *La Leyenda Patria* como el himno de las glorias nacionales.

Yo era adversario de Zorrilla, adversario ardiente e implacable, pero confieso que, cuando le oí, quedé desarmado y acabé por tenerle cariño. Vinieron, después las agitaciones políticas, rerudeció la polémica, y un buen día, recibí en lo más hondo del alma una herida pérvida y sangrienta, que me asestaron desde las columnas de *El Bien Público*. Aquello me enconó y llegué a no cambiar ni siquiera el saludo de forma con el cantor de *La Leyenda Patria*. En ese estado de ánimo se la oí recitar

por segunda vez en San José, y olvidando la
injuria, fui el primero en romper los aplausos
arrastrado por el entusiasmo que despertaban
en mí aquellas inspiradas estrofas.

Después, todo se olvidó. No era él quien me
había ofendido. Así me lo dijo en un momen-
to de expansión, y así quise creerlo, porque es
imposible admitir que en el alma en que des-
bordan sentimientos tan elevados como los que
palpitaban en las notas de ese himno patriótico,
puedan tener cabida mezquinas pasiones.

Otra vez y otra he oído a Zorrilla recitar
su canto, y cada vez ha hecho latir en mí
mayores sensaciones. Es que hay en esos ver-
sos algo más que el ritmo y la armonía: hay la
inspiración ardiente que brota vigorizada por
el sentimiento de la patria, de esta pobre pa-
tria que hoy, como en aquel

¡Lustro de maldición, lustro sombrío!

yace postrada entre los brazos de hierro que
la oprimen y aniquilan. De aquellos tiempos
de heroísmo y gloria

Apenas si un recuerdo luminoso
Timido nace entre la sombra errante
Para entre ella morir; como esas llamas,
Que alumbrando la faz de los sepulcros
Lívidas un instante fosforecen.

Estos recuerdos y estas impresiones las des-
pierta un libro que acabo de recibir, impreso
en la casa editorial de Barreiro y Ramos. Con-
tiene ese libro *La Leyenda Patria* de Zorrilla,
precedida de un precioso artículo de Andrade,
en cuya reciente tumba acaba de deponer una
perfumada ofrenda el cantor de *Celiar*, simbo-
lizando la temprana muerte del poeta en este
profundo pensamiento:

¡Anocheció en la mitad del día!

El libro es digno de la obra que encierra y
hace honor al arte tipográfico nacional. La pul-
critud y elegancia de la impresión, la vistosa y
rica encuadernación que la envuelve, y más
que todo, el ser producto de la industria del país,
son circunstancias que hacen a su editor
Barreiro acreedor a la protección y al aplauso
del público.

Si la obra de Zorrilla es por sí sola un
atraíto para los amantes de las letras, aumen-
ta ese atractivo el venir impresa en condicio-
nes excepcionales, encuadernada con elegantes
tapas adornadas con relieves estampados en
oro y negro sobre fondo rojo, y enriquecida
con el retrato de su inspirado autor.

Diciembre, 23 de 1882.

LA PIEDRA ALTA

Parece la histórica piedra que se levanta a orillas del arroyo Santa Lucía Chico, la caparazón inmenso de uno de esos animales que vivieron en la época casi fabulosa en que la flora y la fauna estaban representadas por ejemplares gigantescos, de los cuales se encuentran hoy apenas vestigios fosilificados, como digeridos por la tierra que los tragó en los grandes cataclismos geológicos que trastornaron nuestro planeta. Se diría que está el monstruo tranquilamente echado, tomando el sol a orillas del río que corre mansamente lamiendo sus flancos empotradados en la ribera.

Es un monolito de más de treinta metros de largo, de dorso convexo y superficie rugosa, y puede considerarse como una de esas piedras erráticas de que están sembradas las cercanías de la ciudad de Florida, que ofrecen los más variados paisajes, aquí pomposo, con todo el lujo de la vegetación forestal, allí agrestes, con toda la avidez del suelo guijarroso, más allá decorada la monotonía de las grandes pétreas por grupos de árboles caprichosamente nacidos en-

tre las grietas y resquicios, todo primorosamente puesto de relieve en el engarce del trébol verde que tapiza las laderas y de gramillas que alfombran las hondonadas.

La Piedra Alta no es sólo un monumento histórico, sino también una obra artística de la naturaleza, situada en un rincón solitario, en el cual aun los espíritus más huraños a los encantos de la madre eterna tienen necesariamente que someterse, subyugados por la apacibilidad del panorama, con una ancha laguna por delante, en cuyo espejo se miran y reflejan el cielo azul y las riberas verdes, temblorosas las imágenes al verse retratadas en la linda vagamente rizada por la brisa de la tarde, cruzado el aire por ráfagas moradas de bandadas de torcaces y por fugitivas sombras negras de enjambres de tordos que vuelan en busca del reparo del cercano monte.

Más allá, la corriente se enrula en blancas espumas encrespada por arrecifes ocultos en los senos del río, produciendo un murmullo continuo, arrulador por su monotonía, como esas melopeas con que las madres adormecen en el regazo a sus hijos; y una vez vencida esa resistencia, de nuevo se explayan las aguas en la laguna, aquietadas como si descansasen del esfuerzo, ofreciéndose en lámina pulida para que en ella se copien y contemplen todos los detalles del monte que le sirve de frondoso marco.

Resalta entre el uniforme verde con que se viste la arboleda, el tono rojizo de los sarandíes, cuyo follaje se tiñe con tintas encendidas de ocaso otoñal antes de desprenderse de las ramas

para dejarse arrastrar por la corriente, y esta agonía del arbusto que tanta gloria recuerda, parece una nueva vida, como esa resurrección momentánea de la llama en sus últimos fulgores engalanándose con el color brillante que ostenta el airoso cardenal en su copete erguido como un jopo de altivez y de victoria.

Parece que nuestros antecesores, al elegir aquella piedra enorme para decretar la independencia de la Patria desde su altura, hubiesen querido dar a su obra de titanes, imperecedero cimiento arraigado en las entrañas de la tierra cuya libertad proclamaban, dejando en las costas del Santa Lucía ese indestructible documento, inmune a todas las inclemencias, imborrable para la acción de los siglos, realzando siempre su simbolismo histórico por las galanuras del paisaje que lo rodea, siempre primaveral bajo este cielo benigno que sólo se nubla por regar con fertilizantes lluvias por los campos, volviendo a sonreir inmediatamente el sol que fecunda los prolíferos senos de la madre común, engarzado en el eterno esmalte azul.

Desde el suburbio de la Florida, se extiende la colina en rampa suave que va a morir en el río, y como surgiendo de entre las aguas, se levanta en la orilla la Piedra Alta, como una terraza de propósito construida para contemplar el panorama que la circunda: el monte espeso enfrente, a uno y otro lado el arroyo de caprichoso curso, ora explayando en tranquilas lagunas bordeadas de camalotes y espadañas, ora aprisionado dentro de ásperos arrecifes por sobre cuyas puntas retoza la corriente saltando

desmenuzada en rumorosas y juguetonas espumas; detrás del Cerro Pelado, con sus laderas tendidas, y en cuya calvicie resplandece con vivísimos destellos una piedra blanca, como si fuese un copo de las nieves eternas que sirven de tocado a los inaccesibles penachos de la cordillera andina, y todo en derredor el perfil ondulado de las lomas verdes, monteadas aquí y allá por las manchas de los ganados que en ella trisan.

Toda estas bellezas cobran un tinte solemne al caer la tarde, en el hondo silencio que precede el sueño de la naturaleza, entre los fulgores rojizos del sol poniente, ennegrecidas las siluetas de los árboles entre el velo de la noche que va gradualmente tupiéndose, dejando apenas entrever las lejanías azuladas del paisaje, hasta que todo se extingue y todo se aquiebra en la apacibilidad del crepúsculo, agigantándose la mole de la Piedra Alta en la vaguedad de las sombras, evocando en su mutismo elocuente los recuerdos de aquella jornada memorable en que despreciando los azares de la guerra, votaron nuestros antepasados la libertad de la Patria, con fe inquebrantable en la victoria que más tarde ciñó su frente con inmarcesibles laureles.

GERMÁN MAC'KAY

PRIMER ACTOR DRAMÁTICO AMERICANO

Don Santiago Mac'kay, oriundo de Escocia, de donde había emigrado a América, ejercía allá por los años treinta y tantos, la profesión de comerciante en la ciudad de Panamá, perteneciente a la federación Colombiana.

Cimentada su posición con una regular fortuna adquirida en el comercio, pensó el señor Mac'kay en lo que generalmente piensan todos los hombres a cierta edad, que fué en casarse, deseo que si de suyo no le nacía, había quien lo engendrarse sobradamente en Panamá, donde las mujeres tienen esos ojos peculiares a todas las de América, y que parecen aljabas guardadoras de flechas, según son deafiladas y penetrantes las miradas que despiden.

Suponiendo, pues, que el buen escocés tuviera sus ideas celibatarias, quiso su destino que se encontrase con una panameña cuya sola vista fué causa bastante para dar al traste con todos los propósitos anti-matrimoniales, y de ahí la unión de don Santiago Mac'kay con do-

ña María Gutiérrez, hija del general Gutiérrez de Piñeres, soldado distinguido que fué de la Independencia.

Realizóse el enlace el año 1840, ya andando el tiempo, sucedió lo que no era un fenómeno que sucediese: esto es, que vino al mundo un nuevo Mac'Kay, que recibió en la pila el nombre de Germán. Creció el descendiente de don Santiago lleno de mimos y rodeado de maestros, y con tal ahínco se consagró el niño a los estudios, que a los quince años era ya bachiller, halagándose sus padres con la idea de que pronto tendrían un doctor en la familia.

Pero, el hombre propone, y Dios dispone. Proponíase don Santiago Mac'Kay hacer de su hijo un hombre de foro, pero las circunstancias, ya que Dios no se entromete en estas cosas, dispusieron que Germán había de ilustrar su apellido en el arte, y así fué.

Sucedió que en el año de 1856, a tiempo precisamente en que Germán se calaba el bonete coronado con el árbol de la ciencia, llegó a Panamá una compañía dramática, de la que era primer actor un tal O'Loghlin, que alcanzó gran reputación en el Pacífico. El joven Mac'Kay iba con frecuencia al teatro, y deslumbrado por los triunfos que coronaban noche a noche al artista, entróle el deseo de comprar la gloria a igual precio. Niño aún, aunque disimulada su edad por la elevada estatura que le realzaba, empezó a frecuentar los artistas, y lo que en un principio fué sólo mera afición, acabó por hacerse en él un propósito arraigado.

La primera vez que Germán habló a su padre de sus tendencias artísticas, el buen escocés puso el grito en el cielo, y trató por todos los medios de combatir aquella para el maldita influencia, que trastornaba los proyectos que respecto del joven abrigaba.

Pero ya era tarde; Germán estaba dominado por la vocación que le arrastraba a la escena, de la cual no conocía más que las glorias, ignorando las rivalidades y miserias que tras los bastidores se agitan. Partió la compañía O'Loghlin para el Perú, y quedó el joven Mac'Kay como si le hubiesen llevado la mitad de su ser. Aquella partida, lejos de apaciguar sus tendencias, las irritó más aún: luchó entre su vocación y el amor a sus padres, pero al fin venció aquella y un buen día, el hogar de la familia de Mac'Kay perdió todas sus alegrías, mientras el causante de aquel dolor navegaba con rumbo al Perú, donde, una vez llegado, se agregó a la compañía O'Loghlin, llenando así los anhelos que le habían hecho desertar del techo paterno.

Todo ayudaba al joven Mac'Kay para hacerse de un nombre en la escena: su apuesta figura, su educación, el timbre sonoro de su voz, y sobre todo, el genio que sentía agitarse dentro de su hermosa cabeza. Se estrenó como segundo galán joven, con aplauso, cuando apenas tenía dieciséis años. A los dieciocho era ya primer galán, y a los veinte eclipsaba a su maestro O'Loghlin, haciendo los primeros papeles. Durante cinco años recorrió los principales teatros de Chile, Perú y Bolivia, ad-

quiriendo envidiable renombre, matando con su talento todas las rivianas que en torno suyo nervian, hijas de la envidia de quienes, diciéndose maestros en el arte, quedaban relegados ante aquel joven que a largos pasos recorria el camino de la gloria.

A pesar de sus triunfos, Mac'Kay no creyó haber alcanzado las cumbres que el sonaba en el arte a que se había consagrado, y resolvió hacer un viaje a España con el objeto de perfeccionarse en la escuela de Romea y de Valero, que eran por aquell entonces los principes de la escena dramática española.

A esa circunstancia debemos el tener en Montevideo a Mac'Kay el año 1888, contando apenas entonces 27 años. Recuerdo como si fuera ahora la noche de su estreno en *Solis* con el drama *Los hijos de Eduardo*. Para mí fué una revelación aquella naturalidad en el decir y aquella sencillez en la acción, acostumbrado como estaba al énfasis y a los manoteos de los actores españoles que hasta entonces había visto.

El teatro estaba vacío; Mac'Kay había caído entre nosotros sin nombre que le precediese, ni anuncios que le presentaran como un artista de primera fila. Pero el centenar de espectadores que en aquella primera noche pudo apreciar su talento, fueron al segundo día cien pregoneros de los méritos del artista americano, y desde la segunda representación, nuestro gran teatro era pequeño para contener el numeroso público que acudía a admirar a Mac'Kay. Los viejos nos hablaban de

Casacuberta como único término de comparación posible con el joven panameno.

El repertorio de Mac'Kay se componía de las principales obras del teatro español y francés, la mayor parte de ellas nuevas para nuestro público. Pero cuando el entusiasmo llegó a su colmo, fue cuando hizo por primera vez el *Sullivan*. Aquello fué un éxito extraordinario, y la interpretación de aquella obra le bastó para conquistar un renombre que nadie hasta entonces había alcanzado en el Río de la Plata.

Mac Kay era un actor de corte moderno, desligado de todos los resabios de la vieja escuela española que hacían decaer entre nosotros el gusto por el drama. Su aparición en nuestra escena fué una verdadera resurrección para el arte dramático, que se nos presentaba bajo formas nuevas, revestido de esa sencillez y naturalidad que son inherentes a todo lo que es real.

Mac'Kay, sin saberlo quizás, era un actor de la escuela realista, escuela en que se había formado él solo, sin más maestro que su inspiración, adivinando que el secreto del arte estriba sólo en la más difícil de las facilidades, si es que así puede llamarse a la estricta reproducción de la verdad. Fuera de la verdad no hay belleza, y donde la belleza falta, falta el arte. *Rien n'est beau que le vrai*, había dicho ya alguien, y ese dicho, aceptado como máxima, quedó complementado con otra que sintetiza más la idea: *l'arte é il vero*.

Ésa fué la divisa de Mac'Kay, y ella la que le llevó al triunfo. Comprendió que los efectos escénicos no están en la exageración de las pasiones, ni en la altisonancia de las frases, ni en el amaneramiento de los modales, sino en retratar fielmente los efectos de esas pasiones, tales como se manifiestan en la vida real. Era el primer actor que entre nosotros hablaba en la escena como hablan los hombres en sociedad: suave, sin afectación, cuando la situación lo requería, y violento, sin estrépito, en los trances fuertes.

En *Sullivan*, Mac' Kay era no sólo el artista, sino el hombre que hacía suya la causa del protagonista que representaba. Se defendía él mismo contra las rancias preocupaciones sociales que pretendían hacer del actor un paria, para quien estaban cerradas todas las puertas que no fueran las del teatro; para quien no había aficiones, ni amistad, ni amor, más que el que se recita en las comedias.

Mac'Kay encarnaba a *Sullivan*, con el mismo entusiasmo con que Federico Lemaître representaba el *Kean*, haciendo de la escena una tribuna pública en la que el artista podía defender su causa para allanar las resistencias que la preocupación le oponía, para poder llegar a la esfera social en que se agitan los demás hombres.

El joven actor americano hizo de *Sullivan* su caballo de batalla, y con él triunfó, haciéndose admitir como lo merecía quien no tenía más delito que el de ganarse honradamente la vida con su talento, a diferencia de otros

que alternan en las más elevadas esferas y que sin embargo comercian con infamias y rastrerías ocultas bajo una capa de oro.

Estando Mac'Kay en Montevideo, como dejó dicho, el año 68, se desarrolló la epidemia del cólera. Las familias emigraron al campo, los teatros se cerraron forzosamente por falta de público, el hijo del escocés don Santiago tuvo por muy prudente, como todo hijo de vecino, sacar el cuerpo a la descarnada que no se daba reposo en cortar con su afilada guadaña, y se retiró a la Unión, cuartel general de los que escapaban del flagelo.

Pero ni aún allí las tenía todas consigo el artista, y tan no las tenía, que sus amigos hacían burla del continuo sobresalto en que vivía, hasta que uno de ellos, para quitarle desazones, le invitó a pasar una temporada en una estancia, invitación que él aceptó de mil amores.

Y ahí tienen ustedes a don Germán Mac'Kay, campeando por el *Rincón del Rey*, en el Departamento de la Colonia, por temor al cólera, y a fe que había razón en temerle, pues se despachaba a los moradores de esta reconquistada ciudad de cien por día.

Lo mejor del caso es que Mac'Kay tenía ya tomado pasaje en un vapor trasatlántico para realizar el viaje a Europa que desde Chile traía proyectado, pero, temeroso de la peste, prefirió perderlo antes que asomar las narices por Montevideo, y así, en vez de acercarse al puerto, se internó tierra adentro.

Cualquiera, en el caso del aplaudido actor, habría aprovechado aquellas vacaciones forzadas para descansar de sus fatigas artísticas, pero, dominado como estaba él por la pasión del teatro, no pudo permanecer mano sobre mano contemplando las cuchillas, y ya que le era imposible representar dramas, se puso a hacerlos, y a esa circunstancia casual debe el pequeño repertorio americano una nueva obra, favorablemente juzgada por la crítica, que lleva por título: *Elena*. El actor se hizo autor, y su drama, interpretado por él mismo, le agregó una hoja más a las muchas que formaban la corona de gloria que ceñía.

Entre Montevideo y Buenos Aires pasó Mac'Kay los fines del 68 y los comienzos del siguiente año, época en que volvió a Chile llevando muy buenos recuerdos del Plata, donde se le había aplaudido ruidosamente, y donde él había contraído numerosas relaciones entre la juventud distinguida de ambos países. El artista era dueño del público, y tan seguro estaba de su éxito, que hasta llegó a cantar en el teatro algunas canciones, como *El crudo tucumano* y otras, que luego se hicieron populares, no por su mérito, sino porque Mac'Kay las cantaba. Aquello no era arte, a buen seguro, pero él lo echaba a broma y se divertía con ello.

Vuelto a Chile, le pasó en Santiago lo que treinta años atrás le pasara a su padre don Santiago en Panamá, y fué que se enamoró, y esta vez no en verso y de mentirijillas como lo hacía en las comedias, sino en prosa y muy de veras.

Pertenecía la aludida a una familia de campanillas en Chile, de noble abolengo, y no hay para qué decir que la inclinación con que la joven correspondió a las ardientes declaraciones del mancebo fué causa de que en la casa se armase un zipizape de aquéllos de no te muevas.

Borgoño y Maroto eran los apellidos de la chilena rendida a la pasión del panameño, dos apellidos ilustres, como que el primero era el de su abuelo paterno, general victorioso en la memorable jornada de Maipo, y el segundo, el del abuelo materno, general también, que amén de la notoriedad que le dieron sus campañas, tuvo la de ser actor en el famoso abrazo de Vergara.

Con semejante alcurnia, y con saber que la respetable mamá de la niña tenía a mucho orgullo llamarse todavía duquesa de Ferrandelli y condesa de no sé cuántos, sobrado hay para comprender qué oposición se haría al enlace de la niña con el artista.

¡Un cómico! Para la sociedad ilustrada y liberal de la época, un cómico es un caballero como cualquier otro, con tal de que sus procederes sean los de un caballero. Pero hay tadavía en ciertas esferas, y sobre todo en las de la aristocracia rancia, muchas resistencias a admitir que el talento dramático sea suficiente título para alternar con ellas, mientras que alternan asnos cargados de reliquias. Entre nosotros no se comprende eso, porque nuestra sociabilidad no conserva ninguno de esos resabios ridículos de jerarquías y alcurnias, pero en Chile hay

aristocracia aún, aristocracia tanto o más encopetada que la de las monarquías europeas, y en la que, para ser admitido, no basta sólo descolar en la política, en las letras, en las artes, sino que es preciso exhibir los pergaminos que acrediten la cuna.

Con tales infulias y reatos, ya se explicará el lector que no había entrada en casa de los Borgoño y Maroto para el infeliz artista, que no tenía más ejecutoria que su fe de bautismo, ni más títulos que los conquistados en el teatro, honrosísimos para los que no admiten más aristocracia que la que el propio valer da, pero que para personas de tanto cuño eran como paneles mojados.

Mas no en balde pintan al amor como un muchacho travieso y ceguezuelo, a quien las resistencias encaprichan más que las facilidades, pues sucedió en este caso lo que frecuentemente acontece en todos los análogos, y fué que, irritada la pasión de ambos jóvenes por los obstáculos que se le oponían, concertaron unirse contra viento y marea, y así fué que a mediados del 69, embarcado ya Mac'Kay en un paquete que zarpaba para el Río de la Plata, recibió en sus brazos a su compañera, ligada ya a él por los sagrados lazos del matrimonio que habían contraído contra el disenso paterno.

Volvió Mac'Kay a Montevideo acompañado de su distinguida esposa, y encontrando aquí una compañía dramática, dió tres representaciones con extraordinario éxito, pasando en seguida a Buenos Aires, donde también fué acogido con simpatía. Despues de algunos meses,

regresó al Pacífico, siguiendo su peregrinación artística, hasta que en el 71, trabajando en Guayaquil con la Matilde Duclós, aquella célebre actriz que años atrás habíamos admirado en Solís, se despidió Mac'Kay de la escena dramática con la representación de la *Elena* que había compuesto durante su estadía en el *Rincón del Rey*.

Aquella retirada fué una pérdida para el arte dramático americano, encarnado en Mac'Kay que era su más ilustre representante. No fue la decepción ni el hastío lo que le arrastró a aquella determinación, sino el amor a su esposa, cuyos padres, reconciliados ya con el actor, la llamaban a su lado.

Y ahí tienen ustedes al más aplaudido artista americano convertido de la noche a la mañana en agricultor, cultivando un fundo en las cercanías de Santiago, sin más preocupación que la de sembrar y cosechar, olvidando sus ruidosos triunfos en el tranquilo retiro de su campestre hogar. Nueve años pasó así, y otros nueve hubiera pasado, si para desgracia suya y beneficio del arte no hubiera la *philoxera* talado los viñedos, cuyo cultivo constituía la principal industria del artista agricultor.

El microscópico insecto no dejó ni un pámpano en las cepas, e inutilizado el esfuerzo de nueve años de constante labor, vióse Mac'Kay forzado a abandonar su fundo, retirándose en los principios del 81 a Santiago, donde pronto halló la protección que buscaba, nombrándosele catedrático de composición y declamación.

Aquello de que la cabra tira siempre al monte se dijo, indudablemente, con alusión a los que se dedican a dos profesiones que son como un yugo que jamás se puede sacudir: la prensa y la escena.

¡Desgraciado del que entra en una imprenta! Ya no volverá a salir de ella, y si sale, no ha de dar muchas vueltas antes de caer de nuevo en sus redes. Cuando el escritor se gasta, se hace corrector; cuando la vista no le da para esa tarea, se hace administrador, gerente, o cualquiera otra cosa, con tal de no salir de ese banquillo, contra el cual todos reniegan y del cual, sin embargo, nadie acierta a libertarse.

Lo propio le acontece al hombre de teatro, ya sea cantante o cómico. Una vez que entra tras los bastidores, ya no sale de allí más que para esa última salida en que no va uno por sus pies, sino llevado a pulso. Yo he conocido a Lemí en el auge de su gloria, haciéndose pagar lo que quería por cantar como tenor. Después le vi desceder a segundo término; le oí en seguida de *partiquín*, de éstos que salen a anunciar con cuatro notas destempladas que viene el rey, más tarde fué maestro de coros, y por último... le encontré de boletero en un teatro lírico. Es lo mismo que si un redactor de diario acabase por ser repartidor.

Esto digo a propósito de lo que sucedió con Mac'Kay, que acabó por tirar al monte; quiero decir: que lo de la cátedra de declamación le despertó sus vocaciones de artista, adormecidas durante nueve años, e ideó un proyecto

de creación de una Academia para formar en ella artistas americanos.

Como base de su proyecto inició el pensamiento de empezar a educar el gusto por el teatro, llevando a Chile una compañía dramática compuesta de actores sobresalientes en España. Al instante encontró aceptación su idea, y se constituyó una sociedad por acciones a fin de levantar el capital necesario para realizarla.

Nombrado Mac'Kay director de la empresa, a él se le confió la misión de ir a Europa en busca de una compañía de drama, y ya se ha visto como llenó su cometido, trayendo uno de los mejores cuadros dramáticos que hayan venido al Plata.

Pero, si llenó su propósito, en cambio nada hizo por su provecho, y forzado por las circunstancias se vió obligado a echar mano de su prestigio para cumplir los compromisos de la empresa que representaba para con los artistas que había contratado.

Al solo anuncio de que Mac'Kay reaparecería en la escena para la representación de *Sullivan*, no quedó en el *Teatro de la Ópera* en Buenos Aires una sola asentaduría que no fuese vendida y revendida a precios disparatados.

El simpático artista no las tenía todas consigo. Doce años hacía que no pisaba el escenario de un teatro, y temía haber perdido aquella inspiración que tantos triunfos le había valido. Pero llegó la noche de la representación, y la estruendosa salva de aplausos que saludó la

aparición del Sullivan americano devolvió a éste toda su entereza, poniéndose a mayor altura que la que había alcanzado cuando cultivaba asiduamente su arte.

Fué un delirio, un frenesí. El teatro, henchido de gente hasta en los más apartados rincones, bullía de entusiasmo. El actor terminaba sus frases entre vítores y batir de palmas que se prolongaban por largo rato. Mac'Kay fué objeto de una de esas ovaciones que hacen imperecedero el recuerdo de un artista.

En vano quiso resistirse a una segunda exhibición. Todo Buenos Aires quería verlo, y como todo Buenos Aires no cabía en el teatro, fué necesario que el artista cediese, para hacerse aplaudir por otros dos mil espectadores.

El eco de ese espléndido triunfo escénico repercutió en Montevideo; y sus amigos de aquí, haciendo valer los títulos que tienen conquistados para con Mac'Kay, le exigieron que viniese a recoger el tributo de aplauso que le tenían reservado. El artista no pudo resistirse a la exigencia, y acudió al llamamiento.

Esta noche representará Mac'Kay el *Sullivan* en la escena de *San Felipe*, y yo me anticipó a su triunfo, saludando con un entusiasta aplauso al laureado actor americano, al genio más brillante del arte dramático en nuestro continente.

Julio, 15 de 1883.

LA FERIA

Desde la media noche del sábado, la ancha calle del 18 de Julio empieza a vivir a la luz de su doble hilera de faroles formados en ala a la orilla de la acera, astros fijos en torno de los cuales giran otros con indecisa marcha, linternas que van y vienen, farolillos de luz mortecina, fósforos que destellan viva claridad por un momento y que se extinguén en seguida como esas exhalaciones que en las noches serenas cruzan el fondo negro del cielo con rayas de luz fosforescente.

Y en medio de aquella claridad amarilla se agitan los vendedores que descargan de los carros su mercancía y la acomodan en la forma más tentadora para el público. A cada hora que pasa, el movimiento es más activo y crece continuamente, reforzado con nuevos carros cargados hasta los topes.

Desde el arranque de la gran avenida hasta la bocacalle de Río Negro, se instalan los puestos a uno y otro lado, en mesas, en estantes, en el suelo, sin desperdiciar una pulgada de terreno.

nó, afanosos todos de colocarse lo más cerca posible de la Plaza Independencia.

Los que más madrugar consiguen los sitios de preferencia, mientras que los tardíos van quedando rezagados a los extremos, disputándose los unos a los otros el derecho de ocupación, de la que en gran parte depende el éxito de la venta.

Cuando el sol despunta por el extremo de la calle, se encuentra ya con la feria instalada, llena de movimiento y de ruido, tratando cada vendedor de atraer la atención de los compradores con cornetas, músicas y pregones, realzando cada cual su mercancía.

A la derecha, como quien sale por la Plaza Independencia, están instalados en primer término los puestos de flores y plantas de jardín: las violetas, reunidas en pequeños mazos, bañando sus tallos en el agua para conservar su frescura; ramos abigarrados en que campean todos los colorines, desde el rojo escarlata de los claveles hasta el blanco deslumbrador de las azucenas; plantas de camelia, con sus hojas barnizadas y sus flores correctas, simétricas, formadas de pétalos persistentes que parecen tallados en mármol; matas de pensamientos con sus florecillas que remedian caritas de mico con ojos amarillos; plantas de jacintos, de entre cuyas hojas brota una vara vestida de campanillas moradas, blancas, rosadas, semejando caireles de torrecillas chinas; jazmines del cabo, con sus hojas lucientes y sus flores de azúcar: naranjos enanos, vestidos con su follaje de raso esmeralda, entre el cual asoman los frutos

redondos y dorados, al par que las ramas superiores parecen cabezas de novias, coronadas de azahares.

En frente, desde lo de Roselló hasta la zapatería Franco-Española, la escena es menos poética, pero en cambio más succulenta: jamones, chorizos, morcillas, madejas enteras de salchicha, y toda suerte de embutidos de cerdo, despidiendo cierto tuflillo que despierta en el estómago apetitos porfiados, de éos que no se acallan hasta que se ha satisfecho su deseo. Y al lado de los salchichones, quesos de chancho, compuestos con los menudos de la cabeza, variado mosaico de trozos succulentos, envueltos en una capa de tocino blanco como merengue; grandes ruedas de mortadela incrustadas con pedazos de carne roja entre la mullida blancura de la grasa; y presidiendo toda aquella variada exposición de manjares condimentados con los restos de sus mayores, se ve un lechón entero, afeitado desde el hocico hasta el rabo, los ojos fruncidos y la piel arrugada, reemplazadas las entrañas con verbas aromáticas y especias perfumadas que dan a la carne un sabor delicado.

Al lado de los chancheros, instala su tienda improvisada un librero de viejo, cuyos estantes reúnen la más disparatada colección de autores y de épocas: obras de Voltaire al lado de los discursos de Bossuet; el Baroncito de Faublas, junto a Abelardo y Eloísa: un tomo de Don Quijote codeándose con un Almanaque de Prieto; entregas sueltas del Correo de Ultramar; un diccionario taladrado por la polilla desde la A

hasta la Z; tres de las siete Partidas; y al lado de todo esto, romances de amor, consejas de aparecidos, y cuentos iluminados de la vida de Don Perlimplín y del Cid.

Más allá siguen otra vez las plantas; plantas de adornos para patios y salones, sobresaliendo entre todas las variadas especies de helechos cultivados por Margat, desde el culantrillo, cuyas hojas temblorosas parecen sujetas en alambres casi invisibles, hasta las *scyatea exelsa*, de delicado follaje que se abre como paraguas al extremo del tronco esponjoso, entre cuyos húmedos resquicios crecen las parásitas que lo visten.

En seguida hay un vendedor de jaulas y pájaros: cardenales con su penacho rojo y pecho blanco, saltando con gallardía de un palo a otro, y lanzando sus penetrantes silbidos; canarios de plumaje de oro, encrespada la garranta mientras gorjean con trinos prolongados; jilgueros con su bonetito de terciopelo negro; gorriones blancos con picos rosados; cotorritas de Australia plumadas de verde cardenillo y golilla dorada; federales de pecho rojo; mirlos negros de largo pico amarillo; siete colores de pecho anaranjado y cabeza azul; tordos de pluma brillante oscura, con cambiantes tornasolados; calandrias, benteveo, mixtos, chingolos y otros cien ejemplares de la raza alada, todos azorados con el bullicio, des trozándose contra los alambres de las jaulas.

En la esquina de Convención, un apretado grupo de gente rodea un puesto que parece ser el que más marchantazgo reúne. Véndense allí

productos de la Colonia Suiza: queso, manteca, huevos, tocino, jamones, y los vendedores no se dan tiempo para atender a los numerosos pedidos que les hacen. Rimeros de quesos enormes se despachan en pocas horas al menudeo: a éste una libra, al otro dos, cinco al de más allá, y el vendedor corta a ojo, armado de una afilada cuchilla, teniendo rara vez que rectificar el peso, tan acostumbrado está ya a calcularlo.

A su lado hay otro que vende cera, miel, panales enteros, hinchadas sus celdillas de transparente almíbar, obra del más industrioso y disciplinado insecto. Más allá, otro expende confituras, productos de repostería y pastelesería, golosinas de todo género, en torno de las cuales zumba una turba de chicuelos, golosos como moscas, y como las moscas fastidiosos.

Éste vende herramientas de acero: cuchillas, navajas, chairas, tijeras, leznas, hoces, guadañas, azadas, rastrillos, y cien utensilios más, groseros, pero fuertes, que compran los labradores. El otro expende obras de cerámica: ollas, fuentes, sartenes, macetas, cazuelas, cacharros y tiestos de toda forma, hechos de barro cocido. El de más allá, comercia con baratijas de santurronería: rosarios, coronas, medallitas con la efigie de todas las vírgenes habidas y por haber, estampas, reliquias y demás chirimbolos del culto católico.

En la esquina de Arapey, rodeado de banderas y gallardetes, se ve a un hombre rubio parado sobre una mesa, que gesticula y acciona como un condenado. Es un rematador am-

bulante que vende toda clase de artículos de mercería, todo siniior y chafalonia, imitación de todo: cobre con apariencia de oro; estanado con pretensiones de plata; vidrio que remeda el brillante, el topacio, la amatista, el zafiro, según el color con que se ha teñido; composiciones que imitan el coral, el carey y el nácar; mil zarandajas que son pan para hoy y hambre para mañana. El hombre vende de todo y todo lo pondera ante el auditorio que le rodea.— "Vamos a ver, señores: un juego de botones para camisa ¡cosa rica! ¡a ver! ¡cuánto ofrecen?" Generalmente nadie ofrece nada, pero eso no le importa al rematador; él mismo le pone precio, y sigue:— "Cuatro centésimos tengo de oferta por la rica botonadura para camisa, ¿no hay quién dé más?— ¡Cinco! dice una voz, y alentado con ella el vendedor, sigue con mayor entusiasmo:— Cinco centésimos, señores, cinco, por la rica botonadura ¡adelante! Seis, seis centésimos, ¿no hay quién dé más? lo quemó por seis centésimos!" Y todo esto lo dice a gritos, gesticulando para convencer a todos de la baratura, accionando con ademanes trágicos como si realmente fuese a consumar un sacrificio. Nunca falta en torno del rematador callejero un grupo de lecheros que, de vuelta ya de su reparto, se estacionan allí y entre bromas y burlas compran todo lo que les ofrecen: botones, espejos, peines, y otras fruslerías que ellos creen adquirir por poco más de nada, mientras el vendedor gana en cada una un ciento por ciento sobre el costo.

Y a todo esto, la concurrencia crece, crece siempre, en continuo vaivén por ambas avenidas; hombres que van a curiosear, mujeres que se prestan a ser curioseadas, cocineras que compran legumbres, patrones que se entreteñen en hacer ellos mismos la compra, seguidos de un muchacho portador de una bolsa en cuyo vientre van aglomerados coles, patatas, una yunta de pollos, un conejo y otras viandas para la comida del domingo, el día clásico en que se reemplaza el no trabajar con el comer, el día en que los brazos descansan y el estómago suda para digerir todo lo que le echan.

Más allá, en las últimas cuadras de la feria, están los verdaderos productores, pobres labriegos que instalan sus productos en el suelo: montones de papas, a tanto el montón; rellenos de hojas crespas y apretadas; coliflores con sus tallos verdes plomizos; lechugas frescas y lozanas como pámpanos; rabanos rojos atados en mazos, con sus raíces blancas, largas y finas como la cola de un ratón; zapallos de toda forma; remolachas, nabos, batatas, alcauciles, y demás miembros de la larga y respetable familia de las legumináceas, todo hacinado allí sobre las bolsas en que venía encerrado y convertido después en tapiz para exhibirlo bajo la vigilancia del dueño, que porfiía con las compradoras que a toda costa quieren rebaja, y que, después de conseguirla, acaban por pedir la llapa obligada, consistente en un puñado de perejil.

Donde las legumbres concluyen, empiezan las aves de corral: patos, gansos, gallinas, pollitos, pavos, paionas; manejados unos, enjaulados otros, todos tristes por el largo ayuno que sufren desde la víspera, picoteando por distraerse entre los resquicios del empedrado, buscando un grano con la misma avidez con que un minero busca una pepita de oro. Y a los animales de pluma, siguen los de pelo y cerda: conejos de ojos despiertos y oreja inquieta, rumiando los desperdicios de legumbres embarradas que han logrado alcanzar por entre las rejas del jaulón; lechones cebados, bolas vivientes de grasa, que apenas pueden caminar, gruñendo cuando el vendedor los levanta para mostrar el peso que tienen.

De otro lado se ven aves de estimación, ejemplares sobresalientes para la reproducción: gallos y gallinas brahmas, cada una grande como un pavo, vestidas de plumas hasta en las patas, que parece que llevan pantalones de campana; palomas - correos, de ala larga y cuello fino, rodeados los ojos como cuentas de una carnosidad blanquiza, la misma que a guisa de bigote llevan en el arranque del pico; faisanes de gola escamada de oro y azabache, rojo el pecho y atornasolado el hermoso plumero de la cola; gansos de cuello largo, vestidos de arniño, anaranjados el pico y las patas, graznando con voz destemplada cada vez que alguien se acerca a mirarlos.

A las nueve de la mañana, la feria está en su auge: por todos lados movimiento, bullido, gritos, cantos de pájaros, cacareos de ga-

llina, gruñidos de cerdo, y dominando todos los ruidos, la voz del remataador que grita: — "¿No hay quien de más? Se va, señores, se va la rica botonadura de camisa, por cinco centésimos!"

Los que vienen de misa y van a misa pasan por la feria; a la feria van los que tienen novia o la buscan; allí hay de todo: flores frescas y caras bonitas; pájaros de vistoso plumaje y mujeres de elegante porte; por allí desfilan todo el Montevideo madrugador y todo el Montevideo devoto, y todo lo que sale a la calle con cualquier pretexto, así es que las anchas aceras de la calle 18 de Julio son pequeñas para dar paso a la corriente humana que va y viene en continuo hormigüeo.

Aquí un ciego que canta; allí un individuo que imita el canto de los pájaros; allí uno que pregunta cigarrillos y fósforos; éste que ofrece las violetas frescas; aquél que encomia la batería de sus artículos; el otro que anuncia que se le acaban los ricos pasteles; y todos porfiando por vender con más ahínco a medida que el tiempo avanza y se acerca la hora de terminar la venta, las once de la mañana.

Cuesta hacer levantar los puestos a los vendedores, tanto como cuesta hacer levantar de la cama a los muchachos remolones: dan vueltas, guardan la mercancía todo lo más lentamente que pueden, se dejan estar con los compradores de última hora para dar tiempo a que lleguen otros, pero al fin los policianos activan el desalojo, y de todo aquel encumbramiento de plantas, de flores, de legumbres, de condi-

mentos, de pájaros, de animales y de aves, no quedan más que los desperdicios inútiles, pisoteados, enlodados, hasta que los barrenderos borran ese último vestigio del activo comercio matutino y vuelve la calle a quedar limpia y despejada.

Ciérranse las puertas de las tiendas y almacenes por mayor, donde los dependientes y sus amigos se instalan para presenciar el animado desfile de la mañana, comentando entre mate y mate la gracia de ésta o la belleza de la otra; los balcones se despueblan de las familias que desde allí presencian el bullicioso espectáculo, y todo vuelve a su orden, mientras los pesados carros de basura van recogiendo los restos que ensucian el empedrado.

Una hora más tarde, la calle vuelve por un momento a reanimarse, no ya por la feria de aves y verduras, sino por la exhibición de lo que Montevideo tiene de elegante y hermoso en sus hijas, que, según el decir de los de afuera, son las más hermosas y elegantes mujeres del mundo.

Estas ferias comenzaron el año 77 por iniciativa de la Comisión de Agricultura ... Pero ya son las once, y a esa hora es preciso levantar el puesto. Levanto pues el mío, y si quieren saber lo que me queda por despachar, aguarden mis lectores siete días más, pues, como se sabe, sólo los domingos hay ferias.

Julio, 22 de 1883.

LA BASURA

No hay un grito más destemplado ni más inoportuno que el del basurero. Deja éste el carro en el extremo de la cuadra, recorre en seguida ambas aceras, golpeando con fuerza en los llamadores, y colocándose la mano en la boca, a guisa de bocina, grita en cada puerta:

—¡Sura!

Éstos son los más civilizados. Los otros dan un grito cavernoso, ininteligible, algo como un rugido que penetra por el zaguán, retumba en los patios y va morir allá en la cocina, en uno de cuyos rincones yace por lo general el cajón de la basura, parecido al féretro de los hospitales, que sirve para trasportar los muertos de hoy y vuelve en seguida para llevar los de mañana. Las casas acomodadas tienen generalmente un cajón reforzado, presentable, hasta decente si se quiere, si es que cabe decencia en un receptáculo de basuras; pero los cacharrros más en boga para ese uso son las latas de kerosene, los tachos desvencijados, que se ven todas las mañanas en el borde de las aceras, listos para recibir la visita del basurero, ates-

tados de toda clase de desperdicios: trapos, papeles, legumbres, huesos y todas las inmundicias que la prolífica escoba se entretiene en recoger durante el día, desde la sala hasta el último rincón de la casa.

En el cajón de la basura puede estudiarse la vida íntima de cada familia: lo que come, lo que gasta, lo que despilfarra, lo que ahorra, lo que trabaja y lo que viste. Es como el índice de la vida interior, el sumario de lo que ayer se hizo, el libro diario de la casa. Si los basureros fuesen observadores, acabarían por conocer a fondo a todos los habitantes de la ciudad, interiorizándose en sus usos, en sus vicios o en sus virtudes, con sólo prestar un poco de atención a lo que sale de cada cajón de basuras al vaciarlo en sus carros.

Hasta las diez de la mañana se ven por las calles, alineados en el cordón de las aceras, los cajones de la basura, humeando los vapores de la fermentación, que se elabora dentro de sus vientres inmundos.

Los primeros que registran las basuras son los perros callejeros, esos pobres perros que no tienen amo, perros anónimos, comprendidos bajo la denominación genérica de *pichichos*, chupados de verijas, con el cuero sobre las costillas, las patas flojas, la cola embarrada, que van de un cajón a otro a caza de gangas, mirando recelosos a todos los que pasan, como temiendo que cada uno sea el dueño de lo que ellos van a tomar, soportando con resignación los reconocimientos insolentes de los mastines de casa rica, y hasta huyendo ante los ladridos

de los falderillos; ¡tan cierto es que la miseria acobarda aún a los más fuertes!

El perro callejero conoce al basurero y le teme. Por eso va siempre delante de él, a una distancia prudente, para huir a tiempo antes de que le alcance el zurriagazo que a cada instante le amenaza, cuando no temeroso del perro del basurero, que va debajo del carro, como custodiando la mercancía de su patrón.

Sin saber a qué atribuirlo, he notado que la mayor parte de los basureros son cojos, derrengados, chuecos, y si no lo son, lo parecen. Ellos tienen su sastrería en el carro; sus trajes son siempre abigarrados, remendados con retazos desiguales en calidad y en color; en la cabeza sombreros contrahechos, sin alas unos, y con la copa espanzurrada otros; en los pies, desparejo el calzado, una bota en el izquierdo y un zapato en el derecho, uno de charol y otro de becerro, prendas todas encontradas al vaciar el cajón. Cuando logra dar con un par completo, lo cuelga en la trasera del carro, y los sombreros que halla los ensarta en las estacas.

El basurero va siempre provisto de una lata y de una bolsa. En ésta echa todas las hojas de coles, de repollos, de lechugas y coliflores, los pedazos de pan y los manojos de pajas que encuentra entre las basuras, destinado todo al alimento de sus mulas, esas mulas éticas, descoloridas, clásicas, de los carros basureros, que se paran cada diez varas para dar tiempo a que el amo vacíe los cajones, entreteniendo sus ocios en recoger con lajeta estirada las hebras

de paja dispersa en el empedrado, hasta que el basurero, habiendo cargado todo lo que quedaba atrás, las hace andar de nuevo con un "jarre china!" acompañado de un planchazo en la escuálida anca, dado con la pala que le sirve para recoger los restos que caen a la calle.

La lata le sirve al basurero para acarrear la basura de adentro de algunas casas que, por no tener servicio o por rubor de exhibir sus desperdicios, pagan una propina para que los saquen. Y así, de cuadra en cuadra, se va llenando el carro, hasta quedar atestado. El basurero trepa entonces sobre aquel hacinamiento de inmundicias, las aplasta con los pies, las comprime, hasta que reduce su volumen para seguir echando un cajón tras otro, sin apartar nada más que las escobas y plumeros viejos, que entierra por el mango entre los despojos de sus propias víctimas.

Cuando ya no cabe más, el basurero lleva el carro hasta la estación del tranvía a los Pocitos, y allí descarga todo el contenido en unas grandes zorras, que más tarde trasportan aquella mercancía putrefacta al gran depósito situado allá, en las afueras, a orillas del mar, a esmaldas del Cementerio del Buceo.

¿Qué se hace del contenido de los setenta carros de basura que día a día salen de Montevideo? Confieso que nunca se me había ocurrido averiguarlo, pero, curioso como soy por instinto, se me ocurrió ayer saber qué se hacia de lo que la ciudad desperdicia, y sin darme largas para salir de la curiosidad, ayer

mismo tomé el tranvía y me fuí al paraje en que se deposita la inmundicia.

El día era espléndido, había polvo de oro en la atmósfera. El mar parecía un pedazo del manto azul del cielo echado sobre la tierra; los médanos blancos de los Pocitos brillaban como si sus arenas estuviesen sembradas de pequeños prismas de cristal. Una alfombra tupida de trébol vestía todos los potreros, y las vacas, indolentemente echadas, rumiaban aquella yerba, con los ojos entornados, como si les lastimase el exceso de luz que doraba todo el paisaje.

El tranvía me dejó en la puerta del Cementerio del Buceo, cuya soberbia entrada contemplé por algún rato, extasiado ante la lozanía de aquellos pinos que franjean su gran calle central, y el apacible silencio que reina en aquel recinto, poblado por miles de habitantes que no hablan, ni rien, ni lloran, ocupados todos en nutrir a la tierra con su savia, devolviéndole así el capital con que se alimentaron mientras vivían. Perdonará el lector que pase de largo por el Cementerio del Buceo, porque si entro no tendré tiempo de llegar a las basuras.

Seguí, pues, todo a lo largo de la tapia, recorriendo un trecho de unas tres cuadras, y al llegar a la esquina... ¡horror! me encontré en el reino de la inmundicia, vasto, hediondo, con montañas de desperdicios y abismos de porquería, flotando sobre toda la superficie una atmósfera de vapores agrios que temblaban a la luz del sol con reverberaciones que mareaban

la vista. Y en medio de toda aquella inmundicia, como dueños absolutos de aquellos pestilentes dominios, centenares de cerdos, gordos, ufanos, orgullosos de verse enseñoreados de tanta porquería, en la cual se revolcaban y hozaban con sus prolongados hocicos, como gozándose en revolver la podredumbre.

Y junto con los cerdos, hombres, hozando como los cerdos entre la basura, disputándose con ellos las piltrafas. Nada se desperdicia allí; todo se clasifica y colecciona separadamente: aquí los huesos, allí los vísceras, allí los trapos, más lejos, las latas, acullá los cueros, todo prolíjamente entresacado de la basura que diariamente arroja la ciudad como inútil desperdicio.

Las sobras de Montevideo dan todavía pie para una industria, una industria productiva, que proporciona trabajo a centenares de brazos y alimento a numerosas familias, amén de la manutención que aprovecha a un millar de respetables y succulentos cerdos.

Yo creía haber visto chanchos, muchos chanchos, en mi reciente excursión a *La Extremena*, de que ya di cuenta a mis lectores, pero declaro que aquello no da una idea de lo que son esos interesantes animalitos. Aquellos cerdos duermen en chiqueiros aseados, comen maíz en limpios pesebres, y retozan en potreros pastosos. Son chanchos acicalados, lavados y peinados, despoeitzados por la higiene. Estos otros que ayer vi son los chanchos verdaderos, al natural, sin hoja de higuera, sucios desde el hocico hasta el rabo, comiendo entre la inmuni-

dicia, bebiendo entre el fango, durmiendo entre la porquería, enamorándose en medio del hedor punzante que brota de aquella fermentación pútrida, alimentada día a día con nuevos elementos de corrupción.

Es de verlos, echados al sol, con sus enormes panzas enterradas en un barro negro, espeso, mefítico, dilatados los agujeros del hocico como para aspirar todas las emanaciones que se desprenden del inmundo lecho en que tan a su placer yacen. Allí, entre la porquería, están en su elemento, como el pez en el agua, gruñendo de placer, retozando con voluptuosidad allí donde es más espesa y hedionda la inmundicia.

A pesar de la repugnancia que aquello me infundía, quise verlo todo, pues ya que en ello estaba no era cosa de dejarlo a medio camino, y eché a andar, atravesando de un extremo a otro el país de la basura. A medida que me iba internando, el hedor se hacía más agrio y la atmósfera más pesada. Millones de moscas zumbaban entre la podredumbre, revoloteando con sus alas transparentes, persiguiéndose unas a otras, alegres y retozonas, a la luz del sol, que las calentaba y activaba al mismo tiempo la fermentación en que ellas encuentran su alimento.

Al extremo del basurero, el terreno declina rápidamente hacia la playa, y en ese declive está instalada la grasería, en cuyas tinas se echan todos los huesos para sacarles la grasa que conservan adherida: restos de pucheros y asados, caparazones de aves, huesos de jamón,

todos los desperdicios de las cocinas, sometidos a la acción del digeridor que les extrae la última partícula grasiesta que les queda. Y al lado de la grasería, y en los declives, y en la playa, cerdos y más cerdos, y siempre cerdos por donde quiera que se mire, comiendo unos, tendidos a la bartola otros, gruñendo todos, al verme, como enojados de que pisase sus dominios una persona cuyo aseo era una profanación a la inmundicia en que vivían tranquilos y felices.

Desde aquella pendiente en que está situada la grasería, se divisa un paisaje amplio, monótono, pero con esa monotonía grandiosa del mar que se junta allá en el horizonte con el cielo, confundiendo ambos sus colores. La brisa no tenía fuerzas para rizar siquiera la limpida superficie del agua, y sólo junto a la playa el vaivén de las corrientes enrulaba esas olas largas y mansas que mueren sobre la orilla convertidas en espumas. A lo lejos, al este, blanqueaba el caserío de la isla de Flores, flotando al parecer en el aire, entre las brumas azuladas que nacían del mar.

En torno todo era arena, festoneada la costa con graciosas curvas, terminadas en promontorios que se internaban en el agua. Al pie de la grasería revoloteaba una bandada de gaviotas, pescando a picotazos los pejerreyes y roncaderas que acuden a comer los desperdicios que vomita en el mar el caño de la fábrica. Al otro lado, por sobre las tapias del cementerio, asomaban los penachos verdes de los pinos y casuarinas; y por detrás de mí, la ba-

sura, con sus emanaciones fétidas, con sus cerdos, con sus millares de ratas hambrientas y chillonas, anidadas en las mismas entrañas de aquella montaña de inmundicias.

Aquí, un montón de frascos, predominando los de Tónico Oriental, el bombástico regenerador del cabello de Lanman y Kemp; allá, una pirámide de botellas; y más lejos un hacinamiento de vidrios rotos, destinados a pasar nuevamente por el soplete para salir convertidos en objetos útiles.

En una inmensa lata yacen en revuelta confusión cachivaches de bronce, cobre, y plomo: pestillos de puertas, llamadores, boquillas de lámparas, aparatos de gas hechos pedazos, bitoques, trozos de cajería y otras mil baratijas. En sitio aparte están los fierros: llaves, clavos, tuercas, ollas rotas, sartenes desfondadas, flejes, pasadores de puertas, cerraduras desvencijadas, cien zarandajas más que no admiten clasificación. Más allá, el zinc y la hojalata: pedazos de planchas para techo, cajas de conservas, latas de aceite, tarros de pintura y barnices, y todas cuantas clases de envases de lata se fabrican, todo abollado, hundido y agujereado.

En un campo vecino se secan al sol grandes montones de trapos: recortes de terciopelo y retazos de zarzas, pingajos de raso, tiras de gro, andrajos de lana, de algodón, de hilo, todo revuelto y confundido, destinado a la exportación para Europa, en cuyas fábricas se convierten todos esos desperdicios inmundos en hojas de papel satinadas, guardadoras de secretos

amorosos, mensajeras de tristes o risueñas nubes, condenadas, después de haber llenado su misión, a volver al cajón de la basura para ser nuevamente pisoteadas por cerdos, realizándose en ellas la sentencia bíblica que condena al hombre a volver al polvo de donde salió.

Si yo tradujera aquí lo que cada uno de aquellos pedazos de trapo habría a mi imaginación, tendría para tejer más de una historia, pero, feliz o desgraciadamente, no me da a mí por tales fantasías, así que, sin preocuparme mucho ni poco de lo que decían aquellos restos de atavíos femeniles, emprendí la retirada, abriéndome camino por entre la muchedumbre de cerdos que poblaban aquella inmunda comarca, laboratorio inmenso en que fermentan las sobras de la ciudad, con desprendimientos de gases hediondos, en cuyo ambiente pululan todos los repugnantes engendros de la podredumbre.

Cuando salvé los límites del reino de la inmundicia, dirigí una última mirada para abarcar en conjunto los detalles que dejo narrados.

No vi más que cerdos, muchos cerdos, revueltos con una veintena de hombres, disputándose unos y otros las piltrafas que desenterraban, unos con sus garfios de fierro, y los otros con sus hocicos puntiagudos.

Por todas partes, basura y más basura, y allá en el fondo de un barranco profundo, un haz de luz clara, viva, con una aureola dorada como un inmenso brillante engastado entre la inmundicia. Era una lata de conservas en cuya pulida lámina se estrellaba un rayo de sol

rompiéndose en menudísimas hebras de oro,
como se rompe en hilachas de plata un chorro
de agua al caer sobre el enlosado.

Agosto, 1º de 1883.

TIEMPO HÚMEDO

Parece que hasta el meollo se enmochece con tanta humedad. Todo es agua, arriba y abajo, al sur y al norte, en la tierra y en el mar. Se sueña con el sol, como los enfermos sueñan con la salud, apreciándolo en todo lo que vale después de haberlo perdido.

¡Se habrá acabado para siempre el foco del calor y de la vida? ¿Ha prestado su luz y sus rayos a otros mundos lejanos? Algo de eso debe de haber, porque hace ya una quincena que no le vemos la cara. El luciente Febo, el rubicundo Apolo, ha abandona a la Tierra, su fiel adorada, y anda en picos pardos con las estrellas. ¡Ingrato!

Con razón lloran las nubes sin cesar, pardas y oscuras, desnudas de los atavíos de púrpura y oro con que se adornan en los días serenos.

Ya no hay alboradas de nácar ni tardes de ópalo. Las flores viven con la corola inclinada, llorando las perlas líquidas que antes bebián en sus cálices los rayos juguetones del sol naciente. Los pájaros han olvidado la diana triunfal con que saludaban la cascada de oro que

se desbordaba por el oriente. El mar está turbio, ocultas bajo un manto plomizo las escamas de luz que doran su dorso azul en esos días límpidos en que todo sonríe.

Hoy todo está triste: el campo, el cielo, la luz, los colores, los pájaros y las flores. Todo visto de gris, el más monótono de los tintes, indefinido como la niebla y aburrido como la lluvia.

En la calle no se ve ni un talle elegante, ni un traje vistoso. Mirando las aceras desde una azotea no se ven más que los paraguas de los transeúntes: parece que la ciudad estuviese habitada por tortugas que van y vienen bajo su enorme caparazón negra y lustrosa. Los cocheros están metidos entre el cuello de sus capotes y las alas gachas de los sombreros, por donde corre el agua como por el alero de un tejado; los changadores, cubiertos con una bolsa a guisa de caperuza; los policianos, embutidos en los umbráles de las puertas, guaraciéndose de la lluvia; y todas las bestias del tráfico escurriendo agua, como las cornisas, como los árboles, como todo lo que está expuesto a la intemperie, semejando los alambres del telégrafo sarta de brillantes colgadas en el aire.

¡Qué aburrida es esta lluvia constante, que no mete ruido, ni forma arroyuelos, ni se derrama en cascadas imponentes! No hay alternativas; ni relámpagos que cruzan el cielo con rayas de fuego, ni descargas de truenos retumbantes, ni zumbidos de rachas que desgarran las nubes en jirones y desmenuzan el humo en la boca de los caños.

Ahora todo es monótono y sombrío, sin un rasgón en el nublado por donde se vislumbre una esperanza de cambio. El viento sopla manso del sur, trayéndonos las nubes cargadas de humedad y de frío condensado en la región de los hielos eternos; y un día tras otro día, amanece todos iguales, mudos y tristes, sin gorjeos de aves, ni susurros de brisa, ni pinceladas de grana trazadas en las fajas de los *stratus* matinales por el gran pintor de la naturaleza.

¿Hasta cuándo vamos a estar privados de la luz y del calor que necesitamos todos los que vivimos, tanto nosotros como las plantas, como los pájaros y los insectos?

Yo sueño con el sol, como se sueña en la ausencia con un ser querido, recordando sus sonrisas, sus palabras y sus caricias. Me parece que le veo rebosando por el horizonte como si una avenida de luz inundase la tierra, lanzando sus rayos horizontales como un abanico de finísimas varillas de oro reunidas en un extremo por un inmenso rubí. Primero, saltan los rayos por todas las alturas, se meten por los cristales de los miradores, doran los azulejos de las cúpulas de las iglesias, y jueguetean entre la copa de los árboles; son como las guerrillas avanzadas de un ejército de granos de oro, que salen a la descubierta y ocupan todas las posiciones elevadas. Despues bajan a las hondonadas, despiertan a las gotas de rocío que se asoman temblorosas a la corola de las flores en cuyo cáliz dormían; perforan el follaje de los árboles con flechas doradas; sorprenden a los pájaros acurrucados entre las ramas; entreabren los tules

de brumas que flotan sobre los arroyos como el vaporoso cortinado del lecho de una virgen; y triscando entre la yerba se filtran por todos lados, inundando las lomas y los llanos, mientras flota sobre el horizonte la enorme burbuja de luz, y se desprende de la red de vapores que la envuelve para emprender su ascensión por el éter azulado.

Todo es alegría, todo luz, todo colores, todo canto, todo armonía. El sol es como la batuta que da la señal para que empiece el concierto de la vida. Trinos de pájaros, aleteos de insectos, roces de ramas, susurros de brisas, todo contribuye a la gran sinfonía de la naturaleza, descolgando las notas altas del canto de los gallos, los ecos agudos de los clarines de los cuartales, y los silbatos penetrantes de los talleres que llaman a los obreros al trabajo.

Después llega el sol al cenit, donde parece que se detiene para abarcar todo el paisaje que él mismo ha pintado con su brocha de luz. La tierra está en plena vida haciendo germinar en su seno todas sus riquezas; la ciudad se agita en bullicioso movimiento, bañadas sus calles por el sol que cae desde arriba desmenuzado en polvo de oro, en el que bailan miríadas de corpúsculos como puntos chispeantes.

La gente sale a tomar el sol, las puertas se abren para que el sol entre por todas partes, al sol se sientan los enfermos para que los reanime con su calor, y todo lo preside el sol desde su alto trono, hasta donde llegan los ecos del himno que en su honor entona todo lo que vive.

Y más tarde, cuando, recorrida ya la curva que traza en su camino, llega al poniente, se detiene otra vez como para despedirse de la naturaleza. Ya no es una burbuja de oro, rodeada de una aureola relumbrante, sino un immense disco rojo que tiñe de carmín las franjas de los *cúmulos* tras de los cuales va a ocultarse.

Los *cirrus* blancos que como guedejas de algodón flotan allá arriba, se coloran de rosa, y a medida que el sol desciende, van pasando por todos los matices que median hasta el rojo púrpura.

Un momento después, la cima del Cerro relampaguea entre una bocanada de humo blanco y espeso, se oye una detonación sorda, y como si aquello fuera una señal de duelo, se arrián apresuradamente las banderas de los buques y de los edificios públicos, las nubes se destiñen cubriéndose con un ropaje gris, y toda la naturaleza queda en silencio. El sol se ha puesto. La noche es un entreacto en el concierto de la vida.

Yo recuerdo todo eso como recuerda el proscrito los placeres de su hogar, retratándome todos los detalles de un día de sol como temeroso de no volver a ver otro. ¿Cuántos días hace que desapareció por última vez envuelto entre celajes de grana por detrás de la falda del Cerro? Ya no me acuerdo; lo único que sé es que me parece que hace un año que vivo sin luz, sin colores, sin cielo azul, ni mar recamado de oro.

Sufro nostalgia de sol. Su ausencia me entristece; me fastidia vivir entre los crespones grises de la niebla.

Y sigue lloviendo, lloviendo con una monotonía insopitable, emperradas las nubes, como se emperra un muchacho llorón que gime horas y horas en el mismo tono.

Ya no hay transiciones de sombra y de luz. Ahora todo es media tinta: gris en el cielo; gris en el mar; gris en la atmósfera húmeda que nos rodea.

Ya no sale el sol después del nublado. *Post nubila... nubila!*

Julio, 11 de 1883.

MISERICORDIA CAMPANA

Todo Montevideo le conoce; como que ha sido el hombre que más ruido ha metido en cuarenta años, largos de talle, desde el puesto que ocupaba, el más elevado, sin duda, de los que puedan ocuparse en esta famosa ciudad de San Felipe y Santiago.

Nadie que no le conozca podría decir que aquel moreno patizambo y contrahecho ha sido, y es, la personalidad más sonada y repicada de las que han pasado por el escenario de la vida pública, y ninguna tan pública como la suya, pues la ha exhibido a los cuatros vientos y en paraje donde no podía ocultarse a los ojos de cuantos quisieran curiosear todos sus movimientos.

Más que arduo de resolver es el problema de saber si *Misericordia*, como el resto de los mortales, pasó por las estaciones de la vida precursoras de la vejez, pues ni los más empolvados archivos, ni los más antiguos cronistas hacen memoria de que alguna vez fuese mozo el hoy decano de los sacristanes.

Según él, nació en Pernambuco, de vientre libre, y se crió en el convento de San Francisco, donde dice que recibió su educación, que debió ser escasa y mezquina, pues el hecho es que el discípulo de los Reverendos Franciscanos jamás conoció la O por redonda, ni para leída ni escrita, por donde se verá que, o era el alumno muy torpe, o se cuidaban más los maestros de sus refectorios y aleluyas que de hacer silabear al negrillo.

Pero, como no era cosa de mantenerle para que creciese holgazaneando, determinaron los Reverendos ponerle al servicio de la santa casa, y le destinaron al campanario, donde bajo la dirección de un consumado maestro empezó nuestro Misericordia a menear bajados a más y mejor, hasta que llegó a ser un verdadero artista en todo lo que al arte campanólogo concierne.

Que motivos tuvieron los Reverendos Pernambucanos para deshacerse del negrito Ambrosio, que así se llamaba, es cosa que nadie sabe, pero parece que fué por algo de que él no quiere acordarse, como no quería Cervantes recordar el nombre del lugar de la Mancha en que nació el héroe de su libro.

Ello es que un buen día le embarcaron en un bergantín que levaba anclas para el Plata, y otro mejor llegó a estas playas, sin más baúlaje que su habilidad, que no fué poco, pues ella le libró de montar guardias y entrometerse en otras pellejerías que eran por entonces el pan de cada día, como que fué en los primeros tiempos del Sitio Grande, en que la

línea era todo el día un pororó desde el mirador de Suárez hasta el de Pereyra.

Tampoco recuerda Misericordia cómo vino a caer bajo la dependencia del presbítero don José Benito Lamas, Cura de la Matriz a la sazón, pero él asegura que durante su curato fué cuando hizo oír por primera vez sus dobles y repiques aprendidos en el Convento de San Francisco, en Pernambuco.

Dice Misericordia que cuando llegó tenía 22 años, y que hoy tiene 90, pero es fuera de duda que esa cabeza no anda bien, pues la suma de los veintidós con los cuarenta que van corridos desde el comienzo de la Guerra Grande, daría apenas un total de 64 años, edad a todas luces anócrifa e inadmisible; de donde se desprende que tenía más cuando vino, o que llegó mucho antes de que don Manuel Oribe despertase a los azorados habitantes de esta ciudad con aquellos 21 cañonazos con que inauguró el sitio.

Sea de ello lo que fuere, el hecho incuestionable es que Misericordia, si no ha llegado al siglo, raspando le anda, como lo atestiguan sus achaques y sus canas que, por un fenómeno inexplicable, no son blancas como las de la generalidad de los mortales, sino verdosas, tintes que él atribuye al uso y abuso que ha hecho de la verba mate, lo cual puede servir de base a la ciencia para investigar si efectivamente puede influir el cimarrón en el color del caballo.

Ahí está el fenómeno y todos pueden comprobarlo para que no se diga que miento.

Juzgándole por el pelo, puede decirse de Misericordia que está ahora en sus verdes años. Contra él se estrellan y desbaratan todas las metáforas y circunloquios con que la imaginación ha querido poetizar los destrozos del tiempo. La nieve de los años, la escarcha de la vejez, y todos los símiles de ese género, rebotan en la cabeza de Misericordia como contra una valla insuperable. Habría que apelar a la metáfora vegetal para hablar con propiedad de las canas del buen moreno.

Su nombre primitivo de Ambrosio es desconocido para la generalidad. El apodo de Misericordia le viene de su invariable costumbre de saludar a todo el mundo, diciendo en su media lengua:

—¡Misericordia, señó!

Debe este negro tener larga historia, y su memoria debería ser un depósito inagotable de anécdotas e incidentes curiosos, pero, desgraciadamente para mí, ha caído en mis manos cuando ya los años le han tapiado los oídos y perturbado los recuerdos a tal punto que es necesario valerse más de la mimética que de la palabra para despertarle las ideas.

Pero todo lo que tiene de lindo y apagado para contestar a lo que se le pregunta, tiene de listo y despierto para hablar de sus campanas. Se le avivan los ojos, se le dilatan las narices, se vuelve ágil y se relame con placer cuando cuenta la manera como debe repicarse en tal o cual soleminidad.

En el continuo trato con las campanas ha llegado a considerarlas como seres que viven y

hablan, y sus metálicos ecos los ha traducido al lenguaje común, creyendo de buena fe que los bronces dicen aquello que él se ha forjado a fuerza de oírlos.

Las grandes festividades de la Iglesia las solemniza Misericordia con el repique que el llama de San José, y cuyo compás lleva bailando a saltos, mientras que con las manos agita los badajos, y canta al mismo tiempo: “¡San José —cabeza me duele! ¡San José —cabeza me duele! ¡San José —cabeza me duele!”.

¡Es de verle, tocando este repique en seco! Salta y gesticula como si estuviese en el campanario, imita el sonido de todas las campanas, y traduce los sonidos, explicando que, mientras la mayor dice con sus notas graves: “¡San José!” la chica, con su vocecilla aguda repite: “Cabeza me duele—cabeza me duele!”.

Otras veces, cuando se trata de funciones de media gala, dice él que toca el repique del vintén, que es mucho menos complicado que el de San José.

“¡Manuel Vintén! ¡Manuel Vintén! ¡Manuel Vintén!” dicen las campanas con invariable monotonía, sólo interrumpida por algún floreo que de cuando en cuando se permite el artista para mostrar su habilidad, que es consumada, pues se jacta de haber aprendido, en una sola lección que le dió un correntino, el repique llamado *la garúa* y que lo explica cantando:

chachachán, —chachá, —chachancha
chachachán, —chachá —chachancha

sin haber logrado todavía traducir al lenguaje común lo que la tal *garúa* dice.

Otra de las particularidades de su vida, que Misericordia oculta, es el motivo de su retiro de la Matriz, en cuyo campanario ejercitó por más de treinta años los toques que aprendiera de su maestro pernambucano. Allí repicó él mucho antes de ser rebocada la iglesia, cuando cada uno de los agujeros abiertos para colocar los andamios era una guarida de aquellas lechuzas y murciélagos que salían entre dos luces a revolotear en torno de las torres, y que después de Animas empezaban a chistar a los transeúntes con ese fatídico sssch que, según las viejas, es pronóstico de muerte.

Dicen la malas lenguas que la causa de la despedida del moreno fué el haberse permitido dar un baile a son de órgano en el pequeño vestíbulo de la escalera que conduce al campanario. Otros dicen que fué su amor a San Francisco, bajo cuya educación se había criado, el que le llevó al nuevo Templo de aquel Santo; pero, ya sea lo uno o lo otro, ello es que algo debe haber en la cosa, porque Misericordia se expresa en términos que llegan hasta el descomodamiento cuando habla de su antigua iglesia.

Por de pronto, tiene el más profundo desprecio hacia los actuales campaneros de la Matriz.

"Esho napolitano tompeta, dice él con su lengua de trapo, *que no she ocupa ma que de ganá*

vintene, y que rompe una campana cada shemana".

Esto de las roturas, sobre todo, le indigna. Según él, en todo el tiempo que estuvo en la Matriz, las campanas *no han tenido ni un dolor de cabeza por culpa suya*: *"Ninguna ha fallecido en mis manos"*—, decía el moreno con orgullo siempre con su tema de considerar a los bronces como seres vivientes.

—Yo subo al campanario un cuarto de hora antes de empezar el repique, me decía muy serio, preparo mi instrumento, y en cuanto suena la hora, ya empiezo, dele que dele, y toco como es de regla; no como esos napolitanos, que hacen lo que les parece. Hoy (era sábado), cuando yo recién estaba en el segundo repique, ya ellos habían tocado el tercero. Y al decir esto hacía una mueca despectiva como diciéndome: *"Vea usted que diferencia va de mí a ellos".*

Y siguiendo en sus explicaciones, me decía que cuando se ha repicado un rato, no se puede tocar la campana ni con la punta del dedo, porque como está caliente, la menor impresión de frío puede hacerla estallar. ¡Y con qué gravedad hace Misericordia estas explicaciones! Parece que en ese momento desempeña el profesorado en materia campanológica, tal es la gravedad y prosopopeya con que se expresa.

Ahí donde ustedes le ven, tan negro y tan feo, han de saber que ha tenido sus devaneos amorosos y hasta llegó a uncirse al vugo del Himeneo, sujeto al cual vivió por espacio de veinte y más años, hasta que la Parca le li-

bertó de la coyunda. Pero no por eso escarmentó el moreno, y volvió a las andadas, sólo que, como era tan baqueano en la iglesia, se casó por los fondos, tal vez para probar si el matrimonio contraído por detrás de la iglesia daba mejores frutos que el celebrado por delante.

De los vástagos que tuvo, ninguno hizo huesos viejos, y a los dos les acompañó hasta la tumba desde su campanario con fúnebres dobles, que traducían el dolor del pobre moreno según eran de melancólicos y descompasados. Nunca tocó sus campanas con más tristeza ni fervor.

Años atrás, desempeñaba en la Matriz múltiples ocupaciones. En los momentos que le dejaba libre el campanario, desde la misa de alba hasta el toque de Ánimas, se ocupaba del aseo de la iglesia. El sacudía con mucho cuidado las venerables imágenes de San Felipe y San Luis; arreglaba los pliegues del manto de la Serenísima Virgen; le peinaba la lana al perro de San Roque; acomodaba convenientemente la florida vara de San José; y de cuando en cuando sacaba a ventilar el asno, la vaca, las ovejas y los pastores con que armaba el retablo y el nacimiento de la Pascua de Natividad.

Pero donde se esmeraba y ponía toda su prolíjidad era en el altar de San Benito, representante de su raza en los dominios del Reino Celestial. Allí era el tener siempre los floreros adornados, y el no faltar una vela, y el cuidar del paño del altar como si de finís-

mo oro fuese tejido, y el atender a que todo estuviese reluciente y primoroso.

Más de uno y más de dos de los reales con que las devotas le compensaban el cuidado de sus sillas, los aplicaba al adorno de su altar favorito, y era su mayor gloria poder obsequiar a su santo con un ramo de perfumadas azucenas y adornar los floreros con los mazos de alhucemas con que contribuían los viejos negros que a la puerta del Mercado se ocupaban de la venta de raíces y yuyos medicinales.

De la noche a la mañana se hizo Misericordia el héroe obligado de todas las funciones titiritecas. Tamaño desacato le puso fuera de sí en los primeros tiempos, y más de uno de los perros que furtivamente se metían dentro de la iglesia sintió los efectos de la sobreexcitación en que vivía el buen moreno desde que se vió arrastrado de las alturas del campanario al tablado de un mal teatro de títeres.

Misericordia Campana, campanero de la torre de la Matriz, que así se llamaba el muñeco, era un verdadero héroe en todos los dramas y tragedias en que tomaba parte. El desfazía agravios, protegía doncellas y viudas desamparadas, enderezaba entuertos, y siempre con tan buena suerte y fortuna que, a diferencia del Manchego Hidalgo, que allí donde se metía salía con algún diente de menos o algún tolondrón de más, no metía el negro la pata en ninguna aventura que no saliera de ella triunfante e ilesa, más que fuesen los ejércitos de Xerxes los que por delante se le pusiesen. Todo era entrar en combate Misericordia, sin

más arma que su cabeza, pues de capoeira hería, y dejar el tendal de muñecos descalabradados, con gran aplauso de los chiquillos y nineras, que a boca abierta y a moco tendido ponían sus cinco sentidos en las hazañas del negro, quedando con el corazón en un hilo mientras se revolvía a cabezazos entre los mandrines y jayanes que lo cercaban, hasta que la caída del último follón les devolvía la tranquilidad, viendo a su héroe quedar dueño del campo de batalla, sano y salvo.

Pero, Misericordia en los títeres, no es asunto para tratarlo así de paso, y no he de tardar en escribir el capítulo aparte que merece. si es que alguna mejor cortada piuma no me releva de tan ardua tarea.

Y dejando el muñeco y volviendo a mi negro, ahí le tienen ustedes, apenas bosquejado en las carillas que llevo escritas, culpa, no de él, sino mía, que no supe trazarle en todos sus perfiles.

Quien quiere verle, no tiene más trabajo que ir a San Francisco, en cuyo campanario luce hoy todavía las habilidades que aprendió en el Convento de los Reverendos Franciscos Pernambucanos, bailando al compás de sus repiques al son de

¡San José—cabeza me duele!
¡San José—cabeza me duele!

en las grandes festividades que solemniza la Iglesia, o repitiendo con sus badajos en las fiestas de menor cuantía, el

¡Manuel Vintén
¡Manuel Vintén

que según él, dicen las campanas con su metálica lengua.

Noviembre, 21 de 1882.

EN EL MERCADO

Allí empieza el despertar de la ciudad. Mientras todo duerme en el silencio del último sueño, ruedan en dirección al Mercado los carros cargados con verduras y aves, para abastecer los puestos en que más tarde ha de venir a surtirse toda la población.

En medio de la luz gris de la madrugada, se descargan los carros y se hacen las ventas de los productores a los revendedores, vociferando, disputando en una jerga cosmopolita compuesta de todos los dialectos, y profiriendo palabras que huelen a ajo y cebolla, como si fueran eructos de una digestión de olla podrida.

Los carniceros dan la última mano a sus cuchillos, rascándolos en las chairas hasta dejarlos cortantes como una navaja; los fruteros arreglan las pilas de naranjas disponiéndolas como balas de cañón en forma de pirámide, que coronan con las más sanas y vistosas para tentar al comprador; los pescadores hacen sus sartas de pescados pasándoles un junco por las agallas, y los verduleros ponen en orden

las legumbres, dividiéndolas en montones más o menos grandes según el precio.

Todo esto se hace a la luz de unos faroles con los vidrios grises y empañados, defendidos contra los golpes por un enrejado que los hace más opacos; por entre las callejuelas que separan los puestos sólo se ven los bultos oscuros e informes de los que acarrean los canastos cargados; van con la cabeza encorvada y el andar inseguro espantando al pasar a las ratas que vagan en busca de alguna presa, y que huyen a saltos hasta esconderse en las madrigueras en que pululan, chillando con ese *cuii, cuii*, que hace crispar los nervios a los menos delicados.

En la calle está estacionada la larga fila de los carros conductores de las verduras.

Los caballos, con la cabeza agachada, tratan de recoger con el labio las pajas y las hojas de coles desparramadas en el empedrado. Los bueyes, agobiados por el yugo, rumian con los ojos entornados los restos de la última comida; y las mulas, con las largas orejas echadas hacia atrás, tiran tarascones a sus vecinos, cediendo a su instinto que las lleva a ser malas y pendencieras.

En los cafés y boliches que rodean el Mercado, iluminados con un quinqué cuyo resplandor muere entre el humo que apesta la pieza, se aglomeran los conductores de los carros, sisando algunos reales de la ganancia para tomar la *mañana* antes de volver a la ruda tarea; mientras en la calle empiezan a aparecer los primeros compradores que de todas di-

recciones vienen con la canasta al brazo, marcando cada paso con una bocanada de aliento que humea en el ambiente fresco de la mañana.

La luz del día va poco a poco invadiéndolo todo hasta penetrar en los rincones, que son el último baluarte de las tinieblas. Las ratas retardadas en sus excursiones se apresuran a esconderse en las cuevas, arrastrando por las losas del empedrado la cola pelada y fría como una lombriz, escapando a las persecuciones de los perros que merodean esperando los desperdicios de las carnicerías.

Ya es de día por completo. La luna, sorprendida por el sol, apaga sus luces y queda convertida en una oblea pálida que mancha el azul del cielo.

De los ganchos de las carnicerías cuelgan los cuartos de las reses, dorados por la gordura y ensartados por la canilla, penden los carneiros, marcados en los costillares con acuchillados blancos como los de los jubones antiguos. Sobre el mármol del mostrador están apilados los menudos, las patitas con las pezuñas sonrosadas, los mondongos semejando una esponja, los riñones con las grietas rellenas de grasa blanca; y sobre hojas de col, los sesos blandos y sanguinolentos, como una masa informe y gelatinosa.

Del otro lado las chucherías ostentan todos los productos de la elaboración del cerdo. Las morcillas negras al lado de las lonjas blanquísimas de tocino; los chorizos enroscados; las cabezas de puerco afeitadas, con los ojos cerrados y las orejas rectas, llenas con los

residuos condimentados, y largas cuerdas de salchichas enredadas por todo el armazón del mostrador, lustrosas y húmedas como culebras. Colgado de un garfio, se ve un lechón entero, blanco desde el hocico hasta la punta del rabo, abierto el vientre cuyos bordes muestran la grasa, ostentando el envarillado de los costillares unidos al espinazo, de cuyo extremo pendan los dos riñones envueltos en una capa de sebo blanco. Por los dos agujeros del hocico cae a intervalos una gota de sangre oscura y espesa, formando en el suelo un depósito sobre el cual se apiñan las moscas que la beben con su enroscada trompa.

Más allá están los pescados, extendidos a lo largo sobre las mesas de mármol: los pejereyes blancos, franjeados los costados con una cinta plateada; las corvinas barrigonas, con las agallas rojas y picadas en los bordes como crestas de gallos; las palometas chatas, con la cola ahorquillada y la piel granulosa tornasolada de acero; las anchoas con el lomo verdoso y el vientre blanco, sudando la grasa por entre las escamas; los congrios largos con la piel lustrosa, colgando en un manojo como los ramales de una disciplina; los bagres con sus bocas enormes, adornadas de bigotes carnosos, y las rayas redondas y planas con sus bordes cartilaginosos que escurren las últimas gotas del elemento en que se agitaron.

En el departamento de las verduras están las coles, con sus hojas inmensas y crespas, aljofaradas todavía con las gotas de rocío de la noche; los alcauciles mostrando sus hojas

moradas y puntiagudas; los rábanos dispuestos en manojo que parecen un ramo de capullos de rosa; las zanahorias con sus raíces anaranjadas; los zapallos con su cáscara oscura y llena de berrugas, cortados en tajadas que muestran la pulpa amarillenta; las arvejas, los porotos, las habas, las remolachas, de carne mordoré, las cebollas con su cabeza blanca coronada con una cabelera de raíces; las lechugas frescas, recatando el cogollo, con su alegre color verdeclaro que contrasta con el plomizo de las hojas carnosas de las coliflores. Aquí, montones de papas rugosas y contrahechas; allí, pilas de batatas de corteza violácea; allá, atados de tiernas acelgas y acullá, mazos de perejil alternando con la yerbabuena, el tomillo, la ruda, las hojas de laurel y todas esas yerbas perfumadas que sirven para condimentar las salsas y adobar los manjares.

A medida que la mañana avanza, crece el bullicio y aumenta el vaivén de los compradores. En un puesto disputa una criada porque le han dado más hueso que carne; en el de enfrente se queja otra de la carestía de las papas; aquella tantea el peso de una yunta de aves; aquella pide perejil de yapa; esotra discute sobre si fueron tres o cuatro reales los que ayer quedó debiendo; y todas estas querellas y disputas forman un zumbido continuo, en el que de vez en cuando se destaca alguna palabra de sabor pronunciado, que los vecinos acogen y festejan con ruidosas carcajadas.

Allí viene el patrón de casa que no quiere dejarse engañar por la cocinera. El mismo

viene a la compra, va de puesto en puesto buscando lo mejor y más barato, y concluye generalmente por comprar lo peor y lo más caro. La carne le parece flaca, abombadas las corvinas, manidas las aves, y dándose por conocedor de todo, sólo sirve de hazmerreir a los puesteros y a su sirviente, acabando por gastar el doble de lo que acostumbra dar para el mercado, sin llevar nada de provecho.

Don Polidoro es hombre que madruga; tiene por costumbre ir al mercado, y por compañero un perro de aguas amaestrado para llevar la canasta, sujetándola con los dientes por el asa. El perro se llama *León*, y para que el nombre no esté refinado con la apariencia del animal, lo tiene tuzado de medio cuerpo, dejándole un penacho en la punta de la cola y borlas en las patas. *León* va muy ufano con su canasta, y don Polidoro no pierde ocasión de hacer notar a todos que él es el propietario de aquella monada. Va de puesto en puesto haciendo sus compras, echa un párrafo con cada *Marchante*, y *León*, con su canasta en la boca, le mira atento para seguir todas sus evoluciones.

Pero a veces suelen presentarse ciertos tropezos imprevistos. Así, por ejemplo, mientras don Polidoro va muy tieso del puesto de la carne al de la verdura, *León* se ve asediado por tres o cuatro perros plebeyos que a toda costa quieren reconocerle. Le rodean, le huelen donde él no quisiera, y no le dejan dar un paso. Don Polidoro da vuelta, se encuentra sin perro, y empieza a llamarle:

—¡*León!* ¡*León!*!

Pero el pobre perro no se atreve a dar un paso, porque al menor amago que hace por juntarse con su amo, los otros le gruñen.

—¡León! ¡León!.. ¡Pichicho! repite don Polidoro castañeteando con los dedos, pero León no se mueve, y lucha entre la fidelidad que le obliga a conservar la canasta en los dientes, y el instinto que le impele a tirar unos tarascos-nenes con la jeta fruncida para librarse de reconocimientos altamente ofensivos a su decoro. Por último, don Polidoro se decide a intervenir y libra a su León de sus opresores repartiendo entre ellos enérgicos puntapiés.

Mientras tanto, el Mercado está en plena actividad. Las cocineras se codean en las callejuelas, pasando de un puesto a otro; los cuartos de carne van desapareciendo, quedando reducidos al fémur cubierto de pulpa oscura; los carníceros hachan sobre el picadero las costillas y los caracúes, y se oye el *jrrrr! jrrrr!* de las sierras que muerden los huesos para trozar las reses.

Las compradoras se retiran apresuradas, con el cuerpo arqueado para contrabalancear el peso de la canasta, cuyas tapas entreabiertas por el exceso de mercancía dejan ver el contenido, sobresaliendo de un lado los cogollos de los espárragos, y colgando por el otro lado las hojas marchitas de las cebollas; llevando en la mano que queda libre la sarta de pescados colgados por la boca, con los ojos lechosos y apagados, y las aletas plegadas contra el vientre.

A medida que va el sol calentando, se van amortiguando los ruidos y despoblándose los

puestos. Las lechugas pliegan las hojas marchitas por el calor y pierden toda su lozanía; los repollos se arrugan faltos de la savia que los alimentaba, el perejil dobla sus tallos, y toda aquella naturaleza arrancada del seno de la madre que la sustenta, se asfixia entre los olores nauseabundos de los cuerpos en descomposición.

Los pescados pierden su flexibilidad y empiezan poco a poco a hincharse como preñados de los miasmas que engendra la podredumbre; las corvinas pierden el rojo de las agallas, que se tornan pálidas y blanduzcas, y las anchoas se derriten manchando el mármol con los sudores oleosos de su carne.

El lechón gotea la grasa revenida del tocino, los chorizos traspiran su gordura a través de la tripa que los envuelve, y las moscas se agrupan sobre todo lo que huele, dejando depositados sus embriones que se desarrollan y nacen en medio de la corrupción.

En otro extremo, las aves que han escapado a la olla o al asado, están echadas una contra otra, el pico entreabierto, el ojo triste, la cresta caída y la pluma erizada, respirando fatigosamente aquejadas por la sed.

Más tarde, de lo que fueron puestos de verduras sólo queda sobre las losas del empedrado un hacinamiento de hojas pisoteadas y de legumbres descompuestas que hieden con olores agrios y punzantes. Los carros de la basura recogen todos los desperdicios; los carníceros asean sus puestos para recibir la reses que no tardarán en llegar; los barrenderos limpian las

calles desiertas ya, y sólo quedan en sus puestos los vendedores de frutas con sus grandes pilas de naranjas, artísticamente arregladas, las peras invernadas, fruncidas y escuálidas como los pechos vacíos de una vieja flaca.

El sol baña toda aquella gran despensa de la población, derritiendo todas las grasas y activando la podredumbre de todos aquellos cuerpos muertos, en torno de los cuales, aprovechando el silencio y la soledad, merodean las ratas que pueblan el subsuelo del Mercado y minan todos sus alrededores.

Octubre, 15 de 1883.

LUIS MAZZANTINI

LIDIADOR DE TOROS

Qué causas moverían a don José Mazzantini, italiano, a emigrar a España, es cosa que no sé, ni viene al caso en este artículo. Ello es que emigró y se estableció en Bilbao, donde a poco andar alcanzó la plaza de jefe de estación de ferrocarril, puesto que desempeñó durante muchos años en la capital de la provincia de Vizcaya.

Soltero salió de Italia don José Mazzantini, pero, si sus tendencias le llevaban al celibato, mal hizo en meterse en un país donde las mujeres son capaces de dar al traste con las más arraigadas convicciones antimatrimoniales. El hombre es fuego, la mujer estopa, viene el diablo, sopla y... ¿qué ha de suceder?... Pues tal y cual le pasó a don José: él de fuego, como buen italiano, las bilbaínas de una estopa reseca que arde sola; vino el diablo, sopló, y cátate aquí al jefe de la estación hecho todo un jefe de familia.

De esta combinación de fuego y estopa resultó lo que era de esperarse, y el 10 de octubre de 1856 el cura de Elgoibar, pueblecillo de la provincia de Guipúzcoa, anota en sus libros parroquiales: "Hoy bauticé al niño Luis, hijo legítimo de don José Mazzantini, italiano, y de doña Josefa Eguía, española, etc., etc."

Luisito fué el niño mimado de la casa, y vuelto Mazzantini a Bilbao, siempre en desempeño de su empleo, puso al hijo en la escuela, y una vez completado sus estudios elementales, pasó al Instituto, donde continuó en las aulas hasta 1867, época en que se trasladó a Italia, visitando Nápoles, Velletri, Franscati, y pasando por último a Roma, donde residió hasta 1870. En esa época el joven Luis Mazzantini regresó a España agregado a la servidumbre del Rey don Amadeo en calidad de caballerizo de palacio.

Pronto dejó su empleo para dedicarse nuevamente a sus estudios, y con tanto ahínco tomó los libros que en el año 75, teniendo diecinueve de edad, se graduó de bachiller en artes. Sus aptitudes le valieron encontrar pronta colocación, ingresando en la administración de ferrocarriles del mediodía de España en calidad de telegrafista, y a poco tiempo fué ascendido a jefe de la estación de Santa Olalla.

Pero, quiso Dios o el Diablo que allí cerca hubiese un corral donde se acostumbraba a lidiar toros, y Mazzantini, no sabiendo qué hacer del tiempo que sus ocupaciones le dejaban libres, dió en ir a gastarlo en presenciar las lidias, que fué como meterse por las puer-

tas de la tentación, pues, poco a poco, fué aficionándose de tal manera al toreo que ya no soñaba más que con pases y estocadas, con grave perjuicio de las pilas y aisladores, que estaban dejados de mano.

Poco le duró a Mazzantini el platonismo por el arte, y empezó a echar verónicas y navarras a cuanto animal de puntas se le ponía por delante, llegando las crónicas hasta a decir que cierto día le abrió el capote a un buen señor con quien topó, casado, por más señas. ¡Lo que es la afición...!

Tanto se apasionó por el toreo que no pasaba día en que hiciese una escapada para despuntar el vicio, y pudo satisfacerlo por algún tiempo sin que sus superiores cayesen en la cuenta de lo que pasaba en Santa Olalla. Pero sucedió que una tarde llegó a la estación un tren expreso, cuyo tránsito había que avisar a la estación inmediata para evitar un choque con el convoy ordinario. Baja el conductor, y por más que buscó en cuanto rincón había, nunca acertó a dar con el jefe. Pitaba la locomotora que era un contento, despertando los ecos de valles y montañas, pero ni por éas: el jefe no aparecía.

¿Cómo había de aparecer? Figúrense ustedes que, cuando el tren llegó, estaba mi Mazzantini en lo más afanoso del trasteo de un becerro, y claro está que antes se hubiera dejado cortar una oreja, que abandonar la muleta. El oía bien que la locomotora chillaba en demanda suya, pero al mismo tiempo veía que el toro embestía con fe, y a cada toque del sil-

bato contestaba Mazzantini con un pase de pecho o de talón, ciñéndose todo lo más corto para dar remate a la suerte. Por último logró dar una estocada hasta la taza, y todavía estaba pataleando el animal, cuando ya Mazzantini llegaba jadeando a la estación; pero ya era tarde: el tren había partido exponiéndose a hacerse tortilla con el que venía. No sucedió así, felizmente, lo cual no impidió que al siguiente día recibiese el telegrafista taurómaco una orden terminante para que en el acto se presentase en Madrid a la dirección de Ferrocarriles que entonces desempeñaba el reputado dramaturgo don José Echegaray.

No hay para que decir que Mazzantini recibió una severa amonestación, y para que no volviese a incurrir en otra, le destinaron a las oficinas centrales en calidad de inspector.

Sosegó el adepto de Romero y Pepe Hillo con lo de la reprimenda y ni quiso oír hablar de toros; pero un lunes, así como había de ir a otra parte, fué por mal de sus pecados a los Campos Elíseos, donde se corrían novilladas, y todo fué ver cuernos y empezar a retozarle nuevamente sus inclinaciones al toreo.

De allí a poco se presentó a su jefe diciéndole que, habiendo llegado de provincia unos parientes en gestión de asuntos judiciales, le dejase libre un día de cada semana para acompañarles y guiarles en sus diligencias. Tragó el cebo el bueno de don José Echegaray, y sobre concederle la licencia para faltar los lunes a la oficina, aplaudió mucho la devoción con que atendía a los miembros de su familia. Por

supuesto que ni había tales parientes, ni semejantes gestiones judiciales. Lo que sí había eran novilladas, y Mazzantini se entregó a ellas en cuerpo y alma, y con tanto éxito, que su nombre empezó a sonar como aventajado aficionado en las lides taurinas. Y tanto sonó, que un día llegó el eco de las hazañas del empleado de ferrocarril a oídos de don José Echegaray, quien, acordándose de lo de Santa Olalia, y lo de los parientes de provincia, mandó llamar en el acto a Mazzantini y le dijo poco más o menos:

—Caballero, no sin sorpresa he sabido que sus licencias de los lunes las emplea usted en correr toros y hacer el majo en la plaza de los Campos Elíseos.

—Señor..... balbució Mazzantini inclinando la cabeza.

—Pues nada, repuso don José, o deja usted los estoques y se dedica a las pilas eléctricas o abandona usted las pilas y se viste de corto.

Mazzantini echó sus cuentas entre sí y tomando una resolución inmediata, contestó a su jefe:

—V. E. puede dar desde este momento por presentada mi dimisión. Mis inclinaciones me llevan más al redondel que al bufete.

Aquella resolución contrarió mucho a Echegaray, que tenía afecto a aquel joven tan despierto y activo, pero, por más amonestaciones que le dirigió, no logró hacerle desistir de su propósito.

Y ahí tienen ustedes al bachiller Luis Mazzantini, educado y formado para hacer una

buena carrera en el ramo que su padre le había destinado, convertido de la noche a la mañana en lidiador de toros, trocado el sombrero de copa por la montera, la levita por la casaquilla, y los aparatos de física por estoques y muletas.

Aquello produjo un alboroto en el hogar del viejo Mazzantini. Mesábase éste las barbas renegando contra cuantos bicho de cuernos había en el mundo, y la pobre madre no veía si no el momento en que le llevaban al hijo de sus entrañas destrozado por un toro. Y no era esto lo peor, sino que Mazzantini se había casado hacia apenas tres meses, y su joven compañera no podía conformarse con ser esposa de un torero, ella que había creído casarse con un modesto empleado de ferrocarriles y telégrafos.

—Ten conformidad, hija, le decía Mazzantini: aquí en España no se puede ser más que dos cosas: o tenor de ópera, o matador de toros; y como yo no puedo dar el do de pecho, al toreo me dedico.

Por supuesto que las tales razones no convencían a la joven, pero no por eso cejó Mazzantini y entró de lleno al arte; eso sí, pasando por sobre todos los estudios preparatorios, y graduándose de entrada como matador de toros. Inmediatamente tomó parte en varias corridas organizadas en Talavera por la sociedad de Socorros Mutuos de empleados de ferrocarriles y tanto valor desplegó, que los aficionados creyeron ver en él una brillante esperanza para el arte.

Con motivo de la fiesta de Torrijos, en Toledo, hubo allí dos corridas en que figuró Mazzantini como espada. Un jurado, compuesto de las eminencias del arte, se trasladó desde Madrid para apreciar y juzgar las condiciones del aspirante, y viéndole trabajar con ese ahínco y denuedo que le distinguen, falló el jurado que había en Mazzantini la masa de que se forman los buenos toreros, aconsejándole que se dedicase con fe a aquella profesión.

No se lo dijeron a ningún sordo, porque desde aquel día ya se consideró ingresado en el cuerpo en que forman *Frascuelo, Lagartijo y Cara-Ancha*, y queriendo abonar el fallo de sus jueces, se presentó Mazzantini en la Plaza de Madrid, que es como quien dice en la Academia del toreo. Cuajados de gente estaban los tendidos, esperando ver aquella gloria en ciernes, y mil versiones distintas corrian sobre las aptitudes del principiante.

Embolados eran los dos toros que había de matar, y después de embanderillar los chulos al primero, se presentó frente al palco de la Presidencia un joven de rostro simpático, estatura elevada, esbelto de cuerpo y fino de modales, quien, con lenguaje castizo y elegante, hizo el brindis de estilo y se dirigió a la fiera trasladándola con mucha serenidad y destreza. Cuando creyó al toro en posición de matarlo, lió el trapo y se tiró en corto, pero con tan poca fortuna que dió en hueso. Otro y otro pinchazo dió, siempre con mala suerte, hasta que, transcurri-

do el plazo que los reglamentos señalan, fué sacado el bicho al corral, lo que en materia de toro equivale a que a un estudiante le echen boleta negra.

Sea que aquel fracaso impresionase al principiante, sea que aquella tarde tuviese malo el puiso, ello es que el segundo toro siguió el rumbo del primero: Mazzantini no pudo matarlo dentro del término reglamentario. Pero aquel desastre, que a cualquier otro le hubiera valido una rechifla, fué para Mazzantini un triunfo, pues en vez de silbidos, oyó palmas, si no por lo de las estocadas, por el valor que había demostrado y por el empeño con que trabajó.

Aquello le alentó. Él se sentía con fuerzas para hacer mucho bueno y al domingo siguiente se presentó como si tal cosa; y esta vez, con toros de puntas, tomó una estremenda revancha, matándolos con una maestría y un arrojo admirables. Y ya no hubo más: Mazzantini fué el niño mimado del público matritense, y se llevó tras de sí todas las simpatías, a punto de que la joven esposa empezó a temer por su marido, no ya por los cuernos del toro, sino por los ojos de las manolas que se clavaban con rayos de fuego en la elegante figura del novel lidiador. La empresa de la plaza de Madrid le ofreció pronto la *alternativa*, con beneplácito de los diestros más afamados, pero Mazzantini declinó aquel honor, fundándose en que no tenía todavía méritos bastantes para figurar al lado de aquellas eminencias.

Rodeado de esta aureola, pasó el antiguo empleado de telégrafos a Cauterets, ciudad de los Altos Pirineos en Francia, célebre por sus aguas termales, donde concurre la alta sociedad de París y de Madrid en la estación bainearia. Cauterets está muy cerca de España, y así no es de extrañar que hasta allí haya llegado el contagio de los toros. La comisión encargada de las fiestas para divertir a los bañistas incluyó en los programas varias corridas de toros; pero como en Francia rige la ley Gramond, protectora de los animales, no se permitía la suerte de pica para no matar caballos, ni la de la espada por no asesinar toros. Es decir que la ley francesa lo único que tolera es que se maten hombres, pues los toros conservan el asta fina y puntiaguda.

Consistían las tales corridas de Cauterets en saltar de garrochas los toros, ponerles banderillas, pasárselos de muleta, pero en vez de matarlos, se les amagaba con una espada de madera que, al clavarse en el toro, le dejaba adornado el morrillo con un ramillete o lazo, como marcando el sitio de la estocada, y en seguida se le sacaba al corral para volverlo al pastoreo.

¿Creen ustedes que aquello satisfacía a los franceses? ¡Ni por pienso! El público empezó a pedir toros de verdad, y la Comisión de fiestas, que se vió recargada con un déficit por falta de concurrentes a los espectáculos, echó a un cuerno la ley Gramond, y anunció en grandes carteles:

DEUX TAUREAUX MIS À MORT

TUÉS AVEC ÉPÈE

par

MONSIEUR LOUIS MAZZANTINI

Lo de que los toros habían de ser *Muertos con espada*, era advertencia necesaria en *Cauteros*, pues bien podía haber francés que creyera que los toros se mataban a cañonazos.

Llegó, por fin, el día, y en la plaza no había donde echar un alfiler. Lidiáronse primeramente cuatro toros dentro de las prescripciones de la ley Gramond, y en seguida salió el que había sido de antemano declarado fuera de la ley. Los dos primeros tercios de la lidia pasaron sin más novedad que la impaciencia del público por ver matar un toro *avec épée*, pero cuando llegó el momento de que Mazzantini tomara los trastos, se presentó entre barreras un comisario de policía diciéndole que, en nombre de la ley de Francia, le prohibía que matase al toro. Contestó Mazzantini que él respetaba mucho la ley y la Francia, pero que en la plaza él no podía obedecer más órdenes que las de la presidencia.

A todo esto, la comisión que presidía la corrida se había eclipsado, y no recibiendo contraorden, Mazzantini se preparó a estoquear a la fiera. Volvió el comisario a insistir; volvió el torero a decir que él sólo obedecía al presiden-

te de la corrida, y entonces el comisario subió al palco de la Presidencia, y desde allí intimó a Mazzantini que no matase al toro.

¿Qué hacer?.... Y entre tanto, los cinco mil espectadores chillaban como cinco mil condenados, y como los chillidos no diesen resultado, empezaron a llover a la plaza banquetas y sillas, como preludio de algo más gordo, pues ya había quien hablaba de pegar fuego a la plaza. Por donde se verá cómo el animal hombre tiene idénticos instintos lo mismo en España que en Francia, y que en esta bendita tierra de Santos y motines.

Mientras se armaba este tole tole, recibió Mazzantini una nota de la comisión de fiestas en la que le ordenaba que matase al toro, haciéndole ella responsable de las ulterioridades. El diestro guardó la nota en el bolsillo de la chaquetilla, y parándose en medio de la plaza, dirigió la palabra a la concurrencia, diciendo en correctísimo francés que el no podía defraudar las esperanzas ni resistir las exigencias de aquel respectable público, y que por consiguiente iba a dar cumplimiento al programa.

Gritóle el comisario de policía desde la barra:

—Señor Mazzantini, si usted presiste en matar al toro me veré obligado a sacarle a usted de ahí con la fuerza pública.

—Venga usted a sacarme, contestó arrogante el diestro. Las reglas del arte no me permiten salir del redondel mientras el toro está en la plaza.

—Haga usted sacar el toro primero y entonces entraré a prenderle, gritó de nuevo el comisario.

—Yo no puedo sacar al toro, porque sólo la Presidencia tiene autoridad para ello, replicó Mazzantini; y para evitar más discusiones, se fué derecho al bicho, se ciñó con él pasándolo de muleta, y en medio de los aplausos frenéticos de una multitud electrizada por el arrojo y serenidad de aquel joven, lo remató de un bajonazo, como para asegurar, que no era aquel público ni aquellas circunstancias para andarse con miramientos y floreos.

¡Aquello fué un delirio! Llovían a la plaza sombreros, pañuelos, sombrillas, cigarros, napoleones y cuanto les caía a la mano a los franceses y francesas; y no contentos todavía con esto, empezaron los concurrentes a bajar al tendido para abrazar al héroe, acabando por llevarlo en hombros en medio de los vítores y hurras, mientras que detrás de la barrera vociferaba el pobre comisario, agitando su bastón, sin lograr hacerse oír.

Por la noche cuando Mazzantini se presentó en el teatro, todos los concurrentes se pusieron de pie saludándolo con salvas de aplausos y gritando: *Vive le torreador! Hip, hip, hurra!*

La nueva del suceso de Cauterets llegó hasta el Gabinete, y tan por lo serio se tomó la cosa que la Comisión de fiestas se guardó muy bien de anunciar nuevamente *taureaux mis à mort*. Pero el renombre de Mazzantini había cundido, y fué solicitado para dar dos corridas en Nîmes, ciudad mucho más importante que

Cauterets, a lo que accedió.

Llegado a Nîmes, supo que las autoridades se oponían a la lidia de muerte, pero entonces Mazzantini tomó la cosa por su cuenta, y se presentó antes aquéllas argumentándoles lo siguiente:

—“Señores, ¿qué es lo que dice la ley Grandon? Yo la conozco y sé que lo que prohíbe es atormentar por placer a animales domésticos. Convengo en que en Francia sean los toros tenidos por tales, pero yo invito a Vuestres Excelencias a que vayan a rascártelas la frente a los que yo traigo de España, y entonces sabrán si se trata de animales domésticos o de fieras.”

Excusado es decir que el prefecto y demás autoridades se cuidaron muy bien de no ir a hacer la prueba, pues con sólo ver a los dos bichos llevados por Mazzantini bastaba para convencerse de que no se dejarían hacer cosquillas. Eran, los tales toros, salamanquinos, bien enladrados, con cuernos como agujas, y cada mugido que daban hacia estremecer el brete en que estaban encerrados.

Llegó, por fin, el día de la corrida, y la curiosidad, avivada por las controversias que el espectáculo había levantado, llevó a la plaza crecidísima concurrencia. En Nîmes se conserva casi intacto el circo romano de la antigua *Nemausus*, el más vasto, tal vez, de los anfiteatros que se construyeron en la dominación de los Césares, pues tiene capacidad para treinta mil espectadores, y allí es donde tienen lugar las lidés taurinas, lo cual daría razón al guía de *Flí-*

garo cuando éste visitó las antigüedades de Mérida, y a quien muy suelto de cuerpo contaba aquél por dónde salían los toros en el anfiteatro... ¡en tiempos de los romanos!...

Decía, pues, que en Nîmes se lidiaba en aquel vastísimo circo, teatro otrora de sangrientas luchas de fieras y gladiadores, resucitadas en forma más artística por los modernos toreros, que al fin y a la postre, los toros son tan fieras como los tigres, y tanto coraje se necesita para lidiarlos como para medirse con leones y con hienas.

Lo mismo que en Cauterets, empezó en Nîmes la corrida con cuatro toros de mentirijilla, es decir que se les toreaba con arreglo a la ley Gramond, sin pasar las cosas más allá que a banderillearlos y simular la muerte. Pero saltó a la arena el primer salamanquino, y aquello ya fué otra cosa. El antiguo anfiteatro resucitó con todo su esplendor, y si bien no se veían clámides, ni togas, ni las estolas blancas de las Vestales, veíanse, en cambio, todos los refinamientos de la moda francesa esparcidos por la extensa gradería ocupada por treinta mil espectadores.

Cuando Mazzantini abrió el capote y echó tres o cuatro navarras, los franceses perdieron los estribos y se entregaron a las más ruidosas manifestaciones de entusiasmo. Pero, llegado el momento de la muerte, al presentarse el diestro frente al palco presidencial para hacer el brindis surgió de nuevo la controversia sobre si aquello era o no era una violación a la ley. Así que el público se apercibió de lo que pasa-

ba, empezó a vociferar de una manera enérgica, y hasta las damas francesas, asumiendo la prerrogativa de las Vestales, hicieron la señal de *pollice verso*, dando así a entender que pedían la muerte de la fiera.

Impotentes fueron las autoridades para contrarrestar la voluntad de aquellos treinta mil energúmenos, y permitieron que fuese muerto el toro. Agradeció Mazzantini con cortesas palabras, en nombre del arte, aquella condescendencia, y previos los pases de regla, dió al toro una magnífica estocada. Tambaleó la fiera herida en el corazón, un temblor convulsivo agitó todos sus miembros, y antes de que rodase por la arena, treinta mil gritos de entusiasmo saludaban al valeroso joven que, de pie, en medio de la plaza, luciendo su gallarda estatura realizada por el vistoso traje que vestía, y con la muleta en la mano, recibía aquella ovación con el rostro varonil radiante de satisfacción por la victoria alcanzada, mientras su víctima, tendida a sus pies, enrojecía el polvo con la sangre que manaba de la profunda herida.

Al llegar a Madrid, el actual empresario de toros, don José S. Berro, oyó hacer grandes elogios del joven Luis Mazzantini y resolvió escrutarle, comprendiendo que el público de Montevideo sabría apreciar el valor temerario que le caracteriza.

No se engaño Berro, pues desde la primera corrida Mazzantini se conquistó todas las simpatías, no sólo por su arrojo, su serenidad en

el peligro, y su afán por ayudar a sus compañeros, sino también por sus bellas prendas personales.

Mazzantini es un joven de esmerada educación, de trato fino, de conversación amenísima, habla al uno en español, saluda al otro en italiano, contesta al de más allá en francés, y a todos seduce con la afabilidad de sus maneras y su caballeresco porte.

Tiene pasión por su arte y abriga ambiciones de llegar a ser una de sus glorias. Y lo será, a no dudarlo, porque le sobran valor e inteligencia para salvar todas las dificultades. Hasta el físico le ayuda. Es alto y esbelto, ligero como un gamo, y gracioso en todos sus movimientos. Sus tarjetas dicen:

LUIS MAZZANTINI

Lidiador de toros

mostrando así que tiene en tanto su profesión como un título nobiliario. Irá lejos, muy lejos, y yo espero que no pasará mucho tiempo sin que le tengamos nuevamente con nosotros como primer espada, coronado con los triunfos que alcanzará en la temporada que ahora va a inaugurar en Madrid.

Enero, 11 de 1883.

MONTEVIDEO BAJO LA LLUVIA

Amaneció con un cielo plomizo, uniforme, sin que el sol lograse filtrar una sola de sus hebras de oro a través del espeso nublado. Nadie despertaba para saludar al nuevo día. Los pájaros seguían acurrucados en las ramas, y las flores dormían con sus pétalos cerrados para resguardarse de la lluvia próxima a caer. Toda la naturaleza calla a la espera del agua, el viento se aquiega, el mar se aplana, los insectos se esconden, y sólo se percibe en medio del tranquilo silencio el grito atiplado de las ranas, que imita el sonido de teclas destempladas.

De repente, un dardo de luz abre en el nublado una herida sesgada, y como si un arma cortante hubiese rasgado el vientre hidrópico de la nube, empieza a caer el agua en gotas gruesas y ralas, que salpican las paredes y el piso con manchas circulares. Otra herida de fuego cruza a la nube en zigzag; se oye una trpidación lejana como de enormes carros arrastrados a galope por un pedrado desigual, y con los últimos rezongos del trueno, se desgaja la

lluvia, espesa y nutrida, como una cortina tejida con hebras de cristal.

El agua rueda por las aceras después de estrellarse sobre las losas, y se precipita a la calle, que queda a los pocos momentos franejada por dos arroyos, cuya corriente arrastra los papeles, las pajas y todas las basuras que se depositan entre los intersticios de las piedras. Como tributarios de esos arroyos improvisados, aportan su caudal de agua los albañiles de las casas, que las vomitan a borbotones, turbias y espesas primero por el polvo y las basuras que arrastran; y después limpidas y claras, saltando jasquetonas por sobre las piedras, aprovechando todas las hendiduras, remolineando en los pozos hasta que los rebordan, y siguiendo su carrera por la cuesta abajo hasta despeñarse sobre el mar, formando en cada bocacalle una cascada.

En cinco minutos de lluvia, Montevideo queda limpio y brillante. En la calle del Sarandí y su prolongación hasta la plaza de Cagancha, las aguas se dividen en dirección al norte y al sur, precipitándose por las pendientes que las llevan al mar, convertidas, mientras dura el aguacero, en verdaderos torrentes de una a otra acera. La corriente parece que hierve a borbotones, y a cada cuadra en declive, el arroyo aumenta, reforzado por el aluvión de las calles horizontales que convergen al cruce común.

Los lecheros recorren la ciudad al trote largo, con las alas del sombrero vueltas hacia abajo metidos dentro de su poncho de paño, mien-

tras los pobres caballos trotan con las orejas gachas, las crines lacias, colgando en guedejas marchitas, y la cola escuálida, rematada en punta como un pincel, goteando el agua que les baña el cuerpo, y chapoteando con los remos en los charcos de la calle.

Las cocineras vuelven del mercado tapando bajo el rebozo la canasta de las provisiones, y cubriendo de la lluvia con sus paraguas viejos, desvencijadas las varillas y agrietado el género, recogiéndose la pollera al atravesar la calle, con la pierna estirada en busca de las piedras salientes para evitar el agua.

Y entre tanto la lluvia sigue sin cesar, como si todavía no hubiesen descargado las nubes la humedad de que estaban saturadas a pesar de dos días de continuos lloriscueos.

A ratos, el nublado se entreabre y cesa de gotear. Las nubes pasan sueltas, blancas y vaporosas como guedejas de lana cardada, lizianas y tenues como si se hubiesen vaciado del agua de que estaban llenas. El sol aprovecha los resquicios para filtrar sus rayos débiles y perezosos, desestefidos al parecer por la humedad, sin calor, sin vida, algo así como la sonrisa triste de un convaleciente. Pero su aparición es momentánea a los pocos minutos queda nuevamente oculto tras del toldo gris de otras nubes espesas que avanzan lentamente, preñadas de agua, hasta que el rayo las destripa y se derraman en un copioso aguacero que forma en las calles nuevos arroyos y riachuelos, en cuya corriente forman borbotones saltarines las gotas de la lluvia.

La calle del Miguelete se convierte en un río que se desborda por las veredas y baña la calle de la Agraciada desde el Cuartel del 5º hasta el repecho de Sobera, acrecentada la corriente con las avenidas de las calles Ibicuy, que desde la plaza de Cagancha se despeñan por rápidas pendientes, hirvientes y revueltas como el curso de un torrente.

Más afuera, el *Arroyo ¡Seco!* desmiente su nombre, convertido en río, que inunda en el camino del Reducto la quinta de Aguirre, y en el camino de la Agraciada se derrama por la planicie en que están acampados los bohemios, formando allí una inmensa laguna. Por el costado de la quinta de Fariní, corre a borbotones el *Quita-calzones*, revolviéndose con furia entre las paredes que lo aprisionan, aumentando a cada instante su caudal con las vertientes de la calle, bordeada de un lado a otro.

El *Miguelete*, nuestro pobre Manzanares, que de ordinario apenas se hace ver por un mezquino hilo de agua, corre hoy con más de una cuadra de ancho, invadiendo las quintas que lo franjean. Por la represa de Castro se precipitan las aguas turbias y revueltas formando una cascada que cae como una cortina en toda su extensión, con un rumor sordo, levantando copos de espuma que siguen navegando en la corriente como natas blancas.

Y donde quiera que se tienda la vista, no se ve más que agua, agua que corre por todos los desniveles, que se estanca en todas las llanadas, que gotea de las hojas de los árboles, y de las cornisas de las casas, y que brilla co-

mo diamantes engarzados en las hojas verdes del trébol que arrobra el campo.

Y sigue lloviendo, lloviendo siempre, con raras intermitencias, como si sobre Montevideo se hubiesen dado cita todas las nubes que andan errantes por el espacio. Las ranas, hastiadas ya de tanta agua, han trocado su canto atiplado por un rezongo ronco, como suplicando una tregua. Las aves, aburridas de estarse dos días en los palos del gallinero, salen a picotear el suelo a pesar de la lluvia que las empapa: los gallos escuálidos, lacio el encrespado plumero de la cola, la cresta caída y la gollilla pegada sobre el cogote. Y los pájaros, hambrientos, se arriesgan en busca de un grano, encrespados, piando de frío, aventurándose hasta dentro de los corredores de las casas para picotear las migajas de pan desparramadas por el suelo.

Todo es agua, lo mismo dentro que fuera. Las paredes interiores sudan a gotas, los pisos traspiran humedad, y los techos de las casas, las capotas de los carruajes y los sombreros de los transeúntes brillan con el lustre del agua.

Tras de los cristales de las ventanas se ven las caras aburridas de los niños aprisionados por la lluvia, mirando con envidia a otros chiquuelos del barrio que, libres de la vigilancia de los padres, gozan chapaleando el agua con sus piececitos descalzos y las piernas desnudas hasta el muslo.

Las tiendas se ven desiertas, veladas sus vidrieras por el vapor que el frío condensa sobre

los cristales, mostrando sólo a los que pasan paraguas, capotes impermeables, zapatos de goma y demás armas defensivas contra la lluvia.

Por la noche, las calles desiertas reflejan como un espejo las luces de la ciudad. Cada farol está envuelto en una aureola de humedad luminosa, y las gotas que se desprenden de los balcones, forman al pasar frente a la luz como sartas de esos caireles de cristales prismáticos con que se adornan las arañas.

Y sigue lloviendo. Siguen las nubes ejecutando a grande orquesta la sinfonía de la lluvia, con sus *crescendo* y sus *rallentando*, tocando los bajos en los techados de zinc, y los típles sobre las losas de mármol, sobresaliendo en el concierto los *stacatto* de los chorros de los balcones que caen sobre la vereda, mientras que redobla como timbales sobre los vidrios, reforzada el agua por el viento que la empuja en diagonal, semejando las bayonetas de un ejército en marcha.

Y así seguirá hasta que nuestro *Adamastor*, el genio de las tormentas que vive en la Pampa, sopla sus rachas huracanadas, ante las cuales huyen en dispersión las nubes, salpicadas por las crestas de las olas de nuestro río encrespado, que se estrellan en las rocas y en los murallones de la costa.

¡Sopla, genio de la Pampa, y arrastra entre tus ráfagas todas estas nubes que nos roban el sol y nos empapan los huesos! ¡Sopla, llévate toda esta inmundicia al quinto infierno,

y si eso te parece poco, puedes llevarte también al Fiscal del Crimen, que estorba tanto como las nubes!

Junio, 28 de 1883.

PEDRO MARTÍ

VIOLINISTA ORIENTAL DE NUEVE AÑOS DE EDAD

Hemos alcanzado unos tiempos en que es tal el apuro de vivir, que hasta la niñez se suprime, aprovechando el tiempo que antaño los niños empleaban en jugar, en el estudio de las ciencias y la práctica del arte, sólo accesibles a la juventud en los tiempos en que nuestros padres se criaban. "¡Ya no hay niños!" — exclamaba Selgas con pena, mirando el adelanto de las generaciones actuales a través del prisma católico que enturbiaba sus visiones, sin apercibirse de que vivía en medio de una niñez mil veces más encantadora que aquella rústica e ignorante en que antes se vegetaba hasta los diez o doce años, desperdiando los mejores de esa edad en que el cerebro adquiere mayor caudal de ideas y conocimientos, que en todo el resto de la vida.

¡Hay niños, sí! Lo que no hay son muchachos traviesos y haraganes como aquéllos que llegaban a sus diez años sin conocer la o, pero, sabiéndose de memoria el *Bendito* y el *Ave*

María, elementos suficientes para hacer un sacerdote, o un sochantre, o un zopenco, pero del todo inútiles para formar un hombre.

Estamos en la época de los niños prodigios. Cada escuela es un semillero en que descuelan talentos sorprendentes. Niños de ocho años que reflexionan con sensatez y disertan con erudición; niñas que, a la edad de jugar a las muñecas, redactan con lucidez y exponen con perfecto criterio variados conocimientos sobre materias que eran, hasta hace poco, exclusivo dominio de los hombres.

Gemma Cuniberti había descifrado los misterios del arte dramático a sus nueve años de edad; los hermanos Lambertini, el mayor de los cuales tiene diez y el menor apenas cinco años, son hoy admiración de la Europa por el talento con que interpretan las obras de famosos dramaturgos; y Eugenio Dengremont sorprendía a los más consumados artistas ejecutando en el violín las difíciles composiciones de Alard, de Beriot, y de *Vieux-temps*, cuando aún no contaba doce años de vida.

Ahora Dengremont tiene un émulo, y el nombre de Pedro Martí correrá en breve como el suyo, por el mundo entero, llevado en alas de la fama que pregonará su talento artístico.

Pedro Martí es un niño: apenas tiene nueve años; pero en la intensidad de su mirada; en las entradas de su frente, amplia y prominente; en las marcadas protuberancias de su cráneo, se adivina el genio que se agita dentro de aquel cerebro infantil. Cúmplese en él la inexorable ley de la herencia. Lleva en su san-

gre la inspiración musical, inoculada por el padre, músico distinguido, que habría sin duda alcanzado las cumbres del arte si un mal orgánico no le hubiese privado del oído. Un músico sordo es como un pintor ciego. Pero, aún así, Martí toca el violín, fiado más bien en el tacto que en el oído, y ejecuta bien, supliendo la carencia del órgano esencial con el conocimiento científico de la música.

Pasionista por su arte, ha querido que el hijo llegue a donde su mala suerte le privó de llegar, y desde que Pedrito pudo sostener un violín se aplicó a enseñarle los misterios de ése que con justicia se llama rey de los instrumentos. Siete años tenía el niño cuando empezó a hacer escalas, y hoy, a sus nueve, ya ejecuta piezas de gran dificultad, con toda la corrección de un maestro; suave en los ligados, energético en los *stacatto*, meiodioso en los *armónicos*, brillante en los arpegios y afinado en los acordes.

Pedro Martí es un niño reposado, más bien retraido que expansivo, callado, de mirada suave y ademanes parcos, pero cuando toma el violín se transforma por completo. Su cuerpito esbelto se agita nervioso, se planta con aplomo, su mirada cobra una limpidez brillante, y parece que su frente se espacia para dar campo a la inspiración que anima todo su ser.

No toca la música como un automata, limitándose a reproducir las notas que señala el pentagrama, como esa generalidad que *hace música* lo mismo que un zapatero hace zapatos, convirtiendo el instrumento en herra-

mienta. Pedro Martí tiene la música en el corazón y en el cerebro: la comprende y la siente; sabe que aquellas notas son las frases de un lenguaje sublime que sólo los iniciados en el arte conocen; de ese lenguaje insuperable que canta el amor con más ternura que el más ritmico idilio; que ruge el odio con los más violentos tonos; que llora con más dolor que una madre; que traduce, en fin, todas las pasiones y todos los sentimientos con más vehemencia y entusiasmo que la prosa y la rima, que el gesto y la palabra. ¡Desgraciados los que no comprenden la musical! Ni el aliciente de la fortuna, ni los halagos de la esperanza, ni la mirada de una mujer querida, despiertan un cúmulo de sensaciones igual al que produce una de esas frases melódicas que conviven todo el sistema nervioso; se siente frío, calor, entusiasmo, languidez, todas las palpitations de la pasión, todos los espasmos del deseo, todas las expansiones generosas; y como la vara mágica de Moisés, al herir las fibras del corazón, hace brotar las lágrimas secretadas de una fuente especial, como lluvia benéfica que aplaca las excitaciones nerviosas que agitan el organismo.

Así comprende la música Pedro Martí y así la ejecuta, prolongando las notas cuando el sentido de la frase lo exige, abreviándolas, entrelazándolas, dándole en fin esa cadencia que no está escrita en los papeles, que no puede de escribirse, como ni está escrita ni puede escribirse la intención con que Rossi dice el *to be or not to be* of Shakespeare, ni la entona-

ción con que Zorrilla de San Martín declama su *Leyenda Patria*.

• El niño Martí no consagra exclusivamente su tiempo al violín. Es alumno de una escuela de 2º grado, y alumno distinguido, que ha alcanzado el primer premio en lo exámenes por su constancia en el estudio y por el talento que ha demostrado. Pero no es el de las letras el camino que ha de recorrer en su peregrinación por el mundo, sino el del arte musical; el arte que immortalizó a Paganini y en que descuelan Sarasate, White, Uguccioni y Massi.

Hasta ahora ha permanecido encerrado en el modesto hogar de sus padres, entregado al estudio, haciendo caudal para salir más tarde a deslumbrar con su genio robustecido por el arte, y allí debe permanecer por algún tiempo aún, sin lanzarse a ese mundo de aplausos y ovaciones en que por lo general se ahogan las inteligencias prematuras.

Dentro de dos años, Pedro Martí será un niño todavía, de once años apenas de edad, pero será un artista que podrá presentarse sin temor ante el público, dueño ya del instrumento que ha de rodear su nombre de una aureola de gloria, aureola que resplandecerá sobre esta su patria, como resplandecen las de sus pintores y poetas.

El niño Pedro Martí es una bella esperanza para el arte. Yo le he oído sorprendido, y en el brillo de su mirada, en las entradas de su frente amplia y prominente, y en la energética entonación de su fisonomía franca y abierta,

he adivinado la inspiración que bulle en su cerebro infantil.

Sepa él con el estudio y la contracción perfeccionar las preciosas facultades con que cuenta para llegar a las cumbres que han alcanzado los grandes maestros.

Abri 7 de 1883.

UNA CARAVANA DE BOHEMIOS

Son unos cuarenta, entre hombres, mujeres y criaturas de toda edad. Están instalados a orillas del Arroyo Seco, en el descampado que media entre el camino de la Agraciada y la vía del ferrocarril del Norte.

Pertenecen a una raza cuyo origen no está bien definido todavía. Se cree que provienen del Egipto, y en efecto conservan ciertos rasgos fisonómicos que acreditan esa procedencia. Todos los países de Europa conocen a esas tribus errantes que ni se arraigan ni edifican en parte alguna. Van de pueblo en pueblo ejerciendo sus industrias, visitan las ferias, y hacen su comercio con todo lo que les cae a la mano.

En Inglaterra les llaman *gypsies*, en Francia *bohemios*, *zíngaros* en Alemania e Italia, *gitanos* en España, y en Austria les llaman *húngaros*.

La caravana que acampa ahora en el Arroyo Seco es la primera que viene a América. Los individuos que la componen son de Hungría, de los alrededores de Budapest, y en su peregrinación han recorrido el Austria, la

Italia y la Francia, hasta que se embarcaron en Burdeos, llegaron a Buenos Aires, y desde allí se dirigieron por tierra al Brasil, visitando gran parte de la provincia de Río Grande. Despues entraron a nuestro territorio, acamparon en Durazno, en seguida en Santa Lucía, y por último se han instalado en los alrededores de esta ciudad.

Viajan en siete carros pequeños, construidos de mimbre, de rodado bajo, y sin toldo. Tienen unos treinta caballos, bastante buenos, muy gordos, cubiertos con mantas de abrigo e impermeables. Parece que estos bohemios cuidan más a sus bestias que a sus hijos, pues mientras los caballos y los perros están prolíjamente atendidos en su abrigo y alimentación, andan los chicuelos desnudos, flacos y pálidos, tirando de frío, y sucios que no hay por donde tomarlos.

Todo es sucio en aquella toldería; sucios los hombres, sucias las mujeres, sucios los niños, sucias las ropas, y sucio todo lo que les rodea. Cada tienda es un templo levantado a la mugre, y en cada una de ellas debería figurar una imagen de San Benito Labre, el más santo de los mugrientos, y el más mugriento de los santos.

El público, que siempre se da aires de saberlo todo, hace correr la voz de que esa suiedad de los bohemios es un signo de duelo por la reciente muerte de una mujer que ocupaba un elevado rango en la caravana, y según esa versión, deben pasar un año sin lavarse. Yo no sé lo que habrá de cierto en esa expli-

cación, pero si sé que hace dos años estos mismos bohemios andaban en Buenos Aires tan sucios como ahora, y sé más todavía, y es que Zola los vió en los alrededores de París igualmente sucios. Admitiendo, pues, que sus ritos les impongan el no asesearse en señal de duelo, debe también admitirse que estos bohemios viven en perpetuo duelo.

Emilio Zola, el gran pintor de la realidad, traza el siguiente cuadro de una caravana de bohemios, que es sin duda la misma que hoy nos visita, pues coinciden las fechas de su estadia en París con la de la época en que el genealogista de los Rougon-Macquart escribió sus impresiones.

“Dentro de la empalizada que rodea la toladería reina un hedor insoportable de suciedad y de miseria. El piso está ya fangoso, lleno de basuras, purulento. Sobre las estacas del cerco se ventilan las ropas de las camas, jergones, frazadas destenidas, colchones cuadrados, en cada uno de los cuales duermen dos familias enteras: todos los harapos de un hospital de leprosos secándose al sol. Dentro de las tiendas, levantadas a la moda árabe, muy altas y que se abren como el cortinado de una cama, se ven apiñados pingajos de todo género, monturas, correajes, una mezcolanza indescriptible de objetos que no tienen color ni forma, y que yacen bajo una espesa capa de grasa de tono subido.

“Al fondo del campamento está la cocina, en una tienda más pequeña que las otras. Hay

allí algunas ollas de hierro y trébedes. Hasta me ha parecido reconocer un plato.

“Los hombres son altos, fuertes, con los cabellos muy largos y rizados, de un negro lustroso y grasiento. Andan vestidos con todos los desechos de ropas viejas que encuentran en el camino. Uno de ellos se paseaba envuelto en una cortina de cretona de razonajes amarillas. Otro tenía una chaquetilla que debía provenir de un frac negro al cual le habían arrancado los faldones. Se cubren la cabeza con copas de sombreros viejos desprovistos de las alas.

“Las mujeres son también bastante altas y fuertes. Las viejas, secas, horrorosas con sus carnes arrugadas y sus cabellos sueltos, parecen brujas cocidas en el fuego del infierno. Entre las jóvenes hay algunas muy hermosas bajo su capa de grasa; la piel cobriza, con sus grandes ojos negros de una ternura delicada. Llevan el cabello peinado en dos grandes trenzas atadas detrás de las orejas y comprimidas de trecho en trecho con pedacitos de cinta roja. Con sus polleras de color, los hombros cubiertos con un chal anudado en la cintura y con un pañuelo apretado en la frente, tienen el aire de reinas bárbaras caídas en la miseria.

“Y los chicuelos, toda una bandada de chicuelos, hormiguean por allí. Vi a uno en camisa, con un chaleco de hombre, inmenso que le llegaba a las pantorrillas; otro, mucho más chiquito, de dos años a lo más, se paseaba desnudo, completamente desnudo, con aire muy grave, entre las carcajadas de las muchachas

curiosas del barrio. Y estaba tan sucio el chiquitín, tan manchado de verde y rojo, que cualquiera le hubiera tomado por un bronce florentino, una de esas encantadoras figuritas del Renacimiento.

“Toda la caravana permanece impasible ante la ruidosa curiosidad de la muchedumbre. Algunos hombres y mujeres duermen bajo sus tiendas. Una madre amamanta a su chicuelo, tan amarillo de los pies a la cabeza que parece hecho de cobre. Otras mujeres, sentadas en cuclillas, observan con toda serenidad a las señoritas elegantes que arrastran sus vestidos entre aquella inmundicia.

“Una hermosa muchacha de unos veinte años se pasea por en medio de los curiosos y se acerca a las señoritas bien vestidas ofreciendo decirle la buenaventura. Yo la vi hacer su tarea. Tomó la mano de señora joven y la retuvo entre las suyas, haciéndole tantos cariños que se le entregó por entero. Entonces le dió a entender que era necesario que le pusiese una moneda en la mano, pero no quiso aceptar una moneda de cobre, sino otra de mayor valor, y llegó a hablar hasta de una de cinco francos. Sólo le dieron dos de a un franco, y en seguida, al cabo de pocos minutos, y después de haber vaticinado una larga vida y muchas felicidades, tomó las dos monedas, hizo con ellas una cruz en el borde del sombrero de la joven, y diciendo *Amén*, las hizo desaparecer en el bolsillo, un bolsillo enorme, en cuyo fondo vi puñados de monedas de plata.

“En cambio de ese dinero, le dió un talismán. Rompió con los dientes un pedacito de una materia rojiza, parecida a cáscara de naranja seca, anudó ese pedacito en una de las puntas del pañuelo de la señora a quien había dicho la buenaventura, y le recomendó que agregase al talismán un poco de pan, sal y azúcar. Aquello debía contrarrestar todas las enfermedades y conjurar el espíritu malo.

“¡Y con qué gravedad desempeñaba su oficio! Si alguno le vuelve a tomar una de las monedas que se le han dado para el sortilegio, ella jura que todos sus pronósticos de felicidad se trocarán en males espantosos. Esto es simple, pero el gesto y el acento son excelentes.”

Lo que Zola vió en los alrededores de París, es lo mismo que he visto yo aquí en los alrededores de Montevideo. La misma inmundicia, la misma curiosidad por parte del pueblo, y la misma habilidad por parte de los bohemios para hacerse pagar la novedad que despiertan.

Llegaron el jueves por la mañana en sus siete carros, arrastrados a gran galope por sus caballos enjazados a la moda húngara, y apenas armaron sus tiendas, salieron ya los hombres a ejercer su industria, que consiste en fabricar y remendar tachos, cacerolas y calderas. Trabajan el cobre en frío, sin más herramientas que un martillo, así es que sus artefactos son de sólida consistencia. Tachos y cacerolas son de una sola pieza, trabajados a martillo con una prolijidad admirable.

El jefe de la banda es un anciano, de rostro cobrizo y barba gris. El pelo lo conserva negro, debido sin duda a la grasa que le gotea por cada una de las gudejas, lustrándole toda la ropa. Los jóvenes son airojos y esbeltos, pero no por eso menos grasientos. Estoy seguro que aquellas ropas, beneficiadas en una grasería, darían un buen producto. O aquellos hombres sudan grasa, o cada día se echan una vejiga en la cabeza.

Entré en una tienda donde no había más que una vieja, lustrosa como sus compañeros, vestida con una saya de zaraza negra, cruzado el pecho con un pañuelo abigarrado, y los pies calzados con gruesas botas llenas de remiendos. La vieja era muy risueña y parlanchina. Se expresaba en un italiano chapurreado, y a cada momento me advertía que tuviera cuidado con el perro, al cual hablaba en un dialecto endemoniado, lleno de *jotas* y de *kas*, *no* obstante lo cual, el perro la entendía perfectamente, según se echaba de ver por la sumisión con que la obedecía.

En el centro de la tienda ardía un montón de carbón de leña que irradiaba un calor intenso, y la vieja se complacía en sentarse junto al fuego, sobre una bolsa de maíz. Como agasajo, no a mi persona, sino a la moneda de dos reales que a guisa de tarjeta de presentación le entregué a la entrada, me hizo sentar sobre un tacho de cobre de fondo muy pulido, único asiento que se veía en aquella morada. Uno de los costados de la tienda lo cierra un carro pequeño, de mimbre, que sirve al mismo

tiempo de cama. Cada carpa tiene un carro igual y en ellos se ven los colchones, éticos y destenidos, como exprimidos por el peso de las cinco o seis personas que duermen sobre ellos.

Después de una breve conversación, en que la bohemia me contó algunos detalles de la peregrinación de la caravana, salí de aquella tienda y me acerqué a otra que estaba completamente cerrada y en cuyo interior se oía gran alboroto de chiquillos.

Un gran grupo de curiosos rodeaba la tienda, cuya entrada defendía un muchachón de unos doce años, armado de un garrote. El guardia no dejaba ver más que su cara sucia y su mano armada por entre una abertura de la lona. Deseando entrar en aquella barraca, mostré al muchacho una moneda de a real, y sin más formalidad de presentación entreabrió la cortina y me dió entrada. Doce muchachos se me abalanzaron haciéndome fiestas, y para defenderme del ataque, no tuve más remedio que apelar al arma suprema, algunas monedas, que distribuí entre todos ellos para zafarme de su grasiento contacto. Aquellos chicuelos estaban casi todos desnudos, y el que más abrigo llevaba, vestía apenas una camisa raída de zaraza. Probablemente les defendía del frío la capa de mugre que les cubre de la cabeza a los pies.

En el centro ardía la hoguera de carbón, que calentaba la tienda, y en un extremo, una mujer joven de veinticinco años a lo sumo, daba de mamar a una criaturita amarilla y flaca.... pero irreprochablemente sucia. Parece que esos diablos maman la inmundicia.

La mujer era muy hermosa, de facciones delicadas, las mejillas rosadas y los ojos muy negros y lucientes, pero declaro que se necesitaba un gran poder de observación para apreciar esos detalles. El rasgo prominente, el que salta a la vista y penetra por la nariz, es la suciedad. La camisa que tenía sobre el cuerpo, de un color indefinible, podía freirse en una sartén sin necesidad de echar aceite ni grasa.

Con voz muy suave y melancólica me dijo que seis de aquellos chuecos eran suyos, y me ofreció decirme la buenaventura.

Yo, que no deseaba otra cosa, acepté al momento el ofrecimiento, y ella, haciéndome sentar sobre una bolsa, me tomó la mano por la punta de los dedos y me examinó detenidamente las rayas de la palma. Al mismo tiempo que hacia el examen, rezongaba entre dientes no sé que jerigona en que mezclaba a cada paso a *Nuestro Señor Jesucristo* y a la *Virgen María*. El idioma era endemoniado; mucha *k*, mucha *jota*, y repetía con frecuencia la palabra *Kaimelia*, y hasta, Dios me perdone, creo que también dijo una vez algo de *Kapianga*, cosa rara, porque entiendo que la joven bohemia no conoce todavía al joven brigadier. Eso es que después de mucho examinarme la mano y de murmurar sus oraciones, me dijo que yo era de buena familia y que en breve me vería obligado a hacer un viaje.

No creo en los pronósticos de las bohemias, pero confieso que cuando me hizo la profecía de un próximo viaje, no sé por qué se me vino a la memoria el artículo de la ley de imprenta

que castiga los deslices de pluma con la pena de destierro. La sombra del Fiscal del Crimen se me apareció en medio de toda la porquería que me rodeaba.

Repuesto de mi ligero sobresalto, seguí oyendo a la pitonisa. En el viaje que debía hacer, me iría bien en parte y en parte mal, debido este último a un espíritu maligno que era necesario conjurar.— “¿Quiere usted que se lo conjure?” — me preguntó la bohemia. “En el acto!” — le contesté yo: y ella sacó entonces del bolsillo un ovillo de hilo, y empezó a envolver la hebra en torno del dedo índice de mi mano y del de la suya. Cuando hubo dado unas doce vueltas, rezongando al mismo tiempo sus endemoniados rezos, cortó la hebra con los dientes, y me pidió una moneda de oro para completar el conjuro, porque, según ella, aquello era esencial para poner en derrota al espíritu maligno que había de perseguirme.

—No tengo moneda de oro, — le dije; si quiere, pondré un real en plata.

—Ah, no: no basta, — me dijo la bohemia con su vozecita lánguida. Se precisa una moneda de peso.

—Si es por peso, le observé, aquí tiene usted dos vintenes que pesan más que dos libras esterlinas.

—Ah, no; volvió a decirme la gitana. Se precisa una moneda de metal fino. Y como para inspirarme confianza, agregó: — no es para mí; es para combatir al espíritu.

Yo me aferré en mi negativa, alegando que no tenía moneda, y entonces quedó aplazado

el conjuro hasta una nueva entrevista, en la que, previa la formalidad de la moneda, quedaría yo libre de toda persecución del maligno espíritu.

Toda esta escena la presenciaban los muchachos, andrajosos y sucios, formados en semicírculo en torno mío, mirando todas las ceremonias con gran atención como para iniciarse en el arte de decir la buenaventura, y hasta el chiquitín mamón seguía chupando, prendido del pecho de la madre como un perrito, con sus dos manecitas de dedos largos y puntiagudos.

Prometiendo volver con la moneda me despedí de la adivina y de su prole, y salí de allí casi asfixiado por el hedor de la mugre y el tufo del carbón. Deseando recoger más prolíjos datos sobre el origen de la caravana y su organización, ritos y costumbres, me dirigí a un anciano, que gravemente sentado en un pozo golpeaba un cacharro, observando con atención su obra por medio de unos espejuelos ahorcados en el filo de su nariz prominente.

El viejo no quiso decirme nada. Según él, le estaba prohibido dar informes, pero me dijo que me los daría amplísimos el jefe de la banda, a quien encontraría al día siguiente. Objetándole yo que una de las mujeres me había dado algunos informes sobre la procedencia de la caravana y sus costumbres, me replicó el viejo, con mucha gravedad:

—¡Oh, las mujeres! ¡las mujeres! tienen el vestido largo y el entendimiento corto.

Por donde se verá que los señores bohemios tienen una filosofía muy poco favorable al bello sexo.

No recuerdo cómo, en medio de la conversación, hablé de gitanos. Un muchachón de unos quince años me interrumpió diciéndome en francés que ellos no eran gitanos; que los gitanos eran ladrones de gallinas y de caballos, y ellos eran trabajadores que se ganaban la vida honradamente. Hechas las paces, mediante algunas explicaciones satisfactorias, dije al muchacho que me extrañaba oírle hablar en francés, a lo que me contestó que él hablaba seis idiomas: inglés, francés, italiano, alemán, portugués y húngaro, agregando que su padre, jefe de la tribu, hablaba veinte idiomas distintos.

Estos bohemios se dan muy buena vida. Comen carne en abundancia, beben buenos vinos, y son muy golosos por las conservas. Todos ellos son cristianos católicos, y en cumplimiento de sus deberes religiosos, deben ir hoy a misa vestidos con sus trajes de gala. Pero entiéndase bien que la gala no llega hasta lavarse: ¡eso no! Para ellos el jabón es como la carne de cerdo para los judíos.

Ahí están hormigueando en medio de la inmundicia, las mujeres encerradas dentro de sus tiendas, acurrucadas junto al fuego, amamantando a sus hijos con la grasa que destinan; y los hombres martillando sus tachos y cacharros, cuidando de sus caballos con el mismo esmero con que cuidan de que no se les caiga

la mugre que cubre sus carnes y los pingajos con que se abrigan.

¡Pobres gentes! ellos viven bien así, y pues ése es su gusto, sigan viviendo dentro de su mugre honrada mientras otros viven entre el aseo de la perversión y del robo.

Junio, 24 de 1883.

AQUILES LAMBERTINI

ACTOR CÓMICO DE CINCO AÑOS DE EDAD

El artista nace, como nace la flor llevando en la simiente el germen de su perfume, como el ruiseñor nace atesorando ya en su garganta los trinos y gorjeos que hacen de él el rey de los cantores. Es inútil pretender torcer las inclinaciones a que fatalmente arrastra el organismo; podrá la educación modificarlas en este o en aquel sentido, pero nunca tendrán esa espontaneidad con que se manifiestan cuando son hijas de la vocación.

Por eso sucede frecuentemente ver que los grandes talentos que descuellan en las ciencias y en las artes, salen de las esferas sociales en que los padres poco se preocupan de la educación de sus hijos, manifestándose en éstos espontáneamente la vocación con que nacieron, vocaciones que la ignorancia atribuyó en un tiempo a dones celestiales, pero que la ciencia moderna ha demostrado que responden a la preponderancia de tales o cuales ór-

ganos que influyen directamente sobre las funciones del cerebro.

De ahí que el destino que ha de darse a los niños debe ser objeto de una profunda observación para estudiar así sus tendencias y conocer las manifestaciones de su carácter. Si ese criterio presidiera siempre en la educación de la niñez, no se verían tantas medianías en las artes y en las ciencias, fruto no siempre de la escasez de facultades, sino de la errada dirección que se les imprimió.

Aquiles Lambertini nació artista, realizándose en él la ley de la herencia, pues artista es su padre, y distinguida actriz es la madre que le dió el ser. Desde que abrió los ojos vivió en un medio artístico, y esta circunstancia, unida a sus facultades naturales, desarrolló en el niño su vocación cómica, realzada por un talento precoz y espontáneo, que no ha sido necesario esforzar para llegar a realizar el prodigo de ver a un artista de cinco años que interpreta maravillosamente todas las situaciones, no sólo con la palabra, sino con el gesto, con la acción, con la elocuencia vivaz de su mirada, con toda la intención y travesura, en fin, con que podría hacerlo un consumado artista.

Aquiles es en el escenario el mismo que en el trato familiar, y aún puede decirse que es más de admirarse en la intimidad, pues sus ocurrencias y sus salidas del momento son más elocuente prueba de su talento que la interpretación de los papeles que se le confian.

Viviendo siempre entre bastidores, pues no sólo sus padres son artistas, sino también sus

hermanitos Luisa y Luis, mostró desde sus dos años una afición marcada por el teatro, y lloqueaba cuando su padre, aleccionado ya en las contrariedades que rodean al artista, contrariaba su vocación para alejarle de una carrera en que todas las glorias están amargadas por los sinsabores que la malevolencia y la envidia prodigan al verdadero talento. Pero la madre, más conocedora de las dotes prodigiosas del niño, lejos de contrariar sus tendencias las alentó, dándole lecciones y haciéndole aprender papeles fáciles, de que en breve se posesionó Aquiles y se consideró capaz de desempeñarlos.

Apareció por primera vez Aquiles en el escenario en el teatro de Chietti, ciudad de los Abruzzos. Desempeñaba en esa noche una parte secundaria en una piececita titulada *Il Cuoco*, y con tal verdad hizo su papel, que el público le aplaudió frenéticamente. No tenía entonces tres años de edad. El éxito favorable de su estreno animó a los padres a cultivar aquel talento maravilloso, y a poco andar, Aquiles era el niño mimado del público donde quiera que se presentaba. El vino a llenar en la compañía un vacío que se notaba, pues el carácter serio y reflexivo de Luis no se prestaba al desempeño de los papeles cómicos. Aquiles, por el contrario, era un verdadero cómico. Parece que ha nacido con la sátira en los labios, y hasta su figura le acompaña para hacer más expresivo su carácter. Es bajo y gordo, de cara redonda, mofletes salientes, y el vientre algo abultado. Su mirada es traviesa, algo entorna-

da en ordinario, pero en ciertos momentos relampaguea con brillo, dando a su fisonomía una gran animación.

Sus triunfos escénicos no le tienen ensorberbecido. Es un muchacho retozón, alegre, incansable para jugar, sin que en nada manifieste ese deseo general en los niños de aparecer como hombres. Es muy cumplido en su trato, tanto como pudiera serlo un caballero. Cuando me lo presentaron, me saludó con mucha cortesía, y tendiéndome la mano me dijo con mucha seriedad: *"Molto piacere di fare la sua conoscenza"*.

Como le manifestase deseo de conocer algunos de sus rasgos biográficos para dedicarle un artículo, se excusó diciéndome: *"Il signore è troppo gentile"*. Pero insistiendo yo, me contó que había nacido en Palermo el 5 de junio de 1878, que su mamá era triestina, y su hermanita menor, Dora, veneciana. Aquiles tiene locura con Dora, que es una criatura preciosa, muy parecida a él, y que, teniendo apenas dos años, manifiesta ya condiciones sobresalientes para heredar a Luisa, aún cuando su carácter se armoniza más con el de Aquiles, pues chicala como es, tiene salidas graciosísimas. Todo su afán es el de salir a recitar con Aquiles *"con il mio Achille"*, como dice ella, colgándose del cuello de su hermanito y besándose con delirio, caricias que Aquiles le devuelve con iguales demostraciones y llamándola: *"la cara mia Doruccia"*.

Aquiles tiene ya un repertorio de más de veinte piezas de distintos géneros, y aunque

en todos ellos se desempeña perfectamente, descuela, sin embargo, en el cómico, cuya interpretación ejecuta con un talento y una naturalidad admirables. No sabe leer ni escribir, así es que sus padres tienen que enseñarle de memoria sus papeles.

Pero lo que no tolera Aquiles es que le enseñen las actitudes y los ademanes. A veces, en los ensayos, el padre le hace algunas advertencias sobre como debe interpretar tal o cual situación, pero entonces el diminuto artista protesta diciendo: *"Lasciami fare papá; io lo farò meglio di te."* Y esto lo dice en serio, como posecionado de su valer, y hasta indignado de que se dude de su inspiración.

Una noche, en que había representado de mala gana, el padre le amonestó delante de algunas personas extrañas, y fué tal el sentimiento que le causaron las palabras del padre, que Aquiles rompió a llorar, exclamando: *"Maldetto il momento in cui mi misi a fare il caratterista!"*

Es muy sensible Aquiles. El más leve reproche le enternece, y entonces llora desconsoladamente, pues, aunque niño, comprende perfectamente que él no debe incurrir en las indiscreciones naturales de los de su edad. Piensa y habla como un hombre y se expresa con toda corrección. No tiene esas salidas inoportunas de los niños, ni dice majaderías, ni se aprovecha de la admiración que desperta para hacer impertinencias ni pedir lo que se le antoja.

Una de las aspiraciones más ardientes de Aquiles era poseer un caballo, no un caballo de carne y hueso, sino uno de madera como los que él había visto a otros niños. El distinguido autor Castiglionne, que viajó con él y le estudió para componer obras que se adapten a sus facultades, escribió una preciosa comedia titulada *La prima gioia*, en que Aquiles tiene el papel de protagonista figurando un niño pobre que va a casa de unos nobles y queda allí extasiado ante los juguetes que los hijos de aquéllos poseen. Lo que más le llama la atención entre todo es un caballo, y en un rastro de entusiasmo exclama: "Avere un cavallo, e poi... morire nelle sue braccia!"

La primera vez que Aquiles dijo esa frase en el teatro, la expresó con tal verdad, con tanto entusiasmo, y tan poseído del deseo de tener un caballo, que al día siguiente, un Duque que había asistido al teatro, le mandó un precioso caballo que Aquiles conserva todavía, aunque ya un poco sporco, según me lo manifestó con gran sentimiento.

Otra obra que este niño prodigo interpreta con raro talento es *Il Bugiardo*. Retrata el tipo del muchacho mentiroso y mal criado con una verdad insuperable. "¿Cuál es la capital de Italia?" — le pregunta el abuelo, y el niño responde muy resueltamente. "Gorgonsola!" "No, — interrumpe el abuelo, la capital de Italia es Roma." Y el *Bugiardo*, con una desfachatez admirable, con las manos cruzadas en la espalda y la postura insolente contesta: "E cosa ho detto io!...."

Una noche, en uno de los teatros de Italia, el digno público no aplaudió a Aquiles en un pasaje en que generalmente se le aplaudía con entusiasmo y en vista de esa descortesía, quiso a todo trance ir a buscar al comisario de policía para que arrestase a todos los concurrentes, que según él eran "*una massa di asini che non capivano nulla*".

Arranques de éstos ha tenido muchos y a cada paso tiene ocurrencias oportunísimas, que harían dudar de que son espontáneas si no fuera por la oportunidad con que las manifiesta y por la marcada intención que les da.

Antes de llegar al Río de la Plata, ya le conocían las principales ciudades de Italia, y la crítica le había dedicado entusiastas artículos, entre ellos uno del reputado escritor Philippi, que es el más severo de los críticos del arte en Italia. Aquiles Lambertini, a sus cinco años, ha dado temas para que se escriba sobre él mucho más que lo que se ha escrito sobre otros artistas de mérito.

Preguntábale yo días pasados: — "¿Qué te parece Gemma Cuniberti?" Y Aquiles, sin apearse de un caballo velocípedo que se esforzaba en hacer andar, me contestó: — "Mi pare che le vanno bene le medaglia che porta". Un hombre de talento no habría emitido un juicio más completo en tan breves palabras. Indudablemente Aquiles debe tener alguna rivalidad con la Gemma, sino por él, cuando menos por su hermanita Luisa, que cultiva el mismo género, pero a pesar de eso, tuvo la suficiente discreción para no demostrar ni esa rivalidad

natural, limitándose a hacer su elogio sin incurrir en una exageración que parecería afectada.

En *Il Duchino* se reveló Aquiles bajo otra faz que la que hasta entonces se le conocía. Su po mantener su papel con dignidad, como correspondía a su jerarquía, y ni por un momento se dejó ver tras del aristocrático hijo de la duquesa de Ferrara, al terrible *bugiardo*. Pero, donde ha estado inimitable, ha sido en el *Signorino Posa Piano*, el gran ocioso, el prototipo del egoísta que por nada ni por nadie daría un paso con tal de no fatigarse. Estuvo sublime cuando para viajar sin molestia se encerró dentro de su propia maleta. ¡Con qué gravedad cómica se despidió del mundo de los vivos, pidiendo al público que rogase por el alma del *Signorino Posa Piano*!

Y después, cuando por vengarse de las molestias que le causa su maestro, se presta a reemplazar a la joven a quien aquel quería seducir; ¡con qué gracia hizo la farsa de defender su virtud!.... ¡con qué traviesura rechazaba los ataques del seductor! ¡con cuánta picardía disfrazaba su vocecita dándole el tono lánguido y suplicante de la mujer que resiste sin voluntad!....

Eso no se enseña, ni puede enseñarse. Se necesita tener todo el talento de Aquiles para interpretar con tanta habilidad una escena que él ha tenido que adivinar, desde que su edad no le permite andar todavía envuelto en las *estrepitosas* aventuras que con tanto afán buscaba el señor *Strepitoso*.

Larga sería la tarea si me pusiese a detallar todos los papeles en que descuella Aquiles Lambertini, y la manera con que los interpreta. Esto es algo que no puede escribirse. Hay que verle, hay que estudiarle, hay que observar todos y cada uno de sus movimientos, sorprender sus miradas, oír la entonación que da a cada frase, para apreciar el prodigioso talento de ese niño-hombre, que llora y juega como los niños, y piensa y discurre como los hombres.

¿A dónde llegará con los estudios y con los años? Ardua es la respuesta, porque las alturas a que puede remontarse el genio son incommesurables. Aquiles nació artista, y su talento recorrerá la vasta esfera del arte en todas sus zonas, dando con su nombre una nueva hoja de laurel a la corona de gloria que ciñe la frente de la Italia artística, cuna del genio en todas sus manifestaciones: de Dante y de Petrarca en la poesía; de Rafael y del Ticiano en la pintura; de Miguel Angel y Canova en la escultura; de Rossini y Donizzetti en la música; de Módena, de Salvini y de Rossi en el arte en que está llamado a descolilar, como uno de sus más brillantes intérpretes, el prodigioso niño Aquiles Lambertini.

Junio, 9 de 1883.

EL PATIO DE "EL NACIONAL"

De dónde salen, dónde viven, dónde comen, dónde duermen esos centenares de muchachos de todos tipos y de todas edades, que desde las primeras horas de la mañana acampan en el patio de esta imprenta, y lo convierten en teatro de sus truhanerías, de sus burlas, de sus juegos y de sus riñas?

Ellos mismos, tal vez, no lo saben. Duermen donde la noche les toma, después de sus mercantiles correrías para vender el diario; comen lo que la casualidad les depara, si no tienen con qué comprar un pan y alguna golosina; visten las ropa más remendadas y se cubren con los más estrañalarios sombreros, cuya prístina forma y color han deshecho y borrado el sol, el polvo y la lluvia de dos veranos y de dos inviernos, cuando no el volar de mano en mano a guisa de pelota con gran contento del dueño, que, lejos de enfadarse, toma parte en la jarana y ayuda a zarandear su manoseada prenda, que al cabo de voltear por los aires como el manteado escudero de la venta, va a caer sobre la cabeza a cuyo servicio está, ajada,

marchita, fatigada y con una arruga más, que precipita su ya avanzada vejez.

Es de verlos a todos ellos, reunidos en torno del que tuvo la dicha de ir al Circo anoche, oyendo boquiabiertos y con cara de envidia la enumeración de las gracias del payaso, la narración de los ejercicios del doble trapecio, de los equilibrios de la cuerda floja, de los desgoznamientos del hombre de goma que toma con los labios la moneda colocada entre sus pies, haciéndose un arco, de los saltos mortales, de los aros forrados de papel que la amazona hiende lanzando el caballo a gran carrera, y de todas las suertes, en fin, que constituyen el programa de un espectáculo acrobático.

Pero donde el interés del auditorio aumenta y la mímica del narrador redobla, es cuando llega a la descripción de la lucha descomunal de los atletas Raffetto y Bartoletti, los héroes del día, que andan en boca de los viejos, cuyo nombre repiten los niños, envidiados por los changadores, adorados en silencio por todas las fornidas maritornes que se deleitan en la contemplación de su recia musculatura, admirados por los carreros y carníceros, y aplaudidos por los incautos concurrentes que toman por lo serio esos retos lanzados a manera de anzuelo en la corriente de la pública credulidad, para pescar a los que no acierten a ver el garfio oculto tras del cebo.

Allí es el disputar y el argumentar sobre cual de los dos tiene más habilidad, más maña, dicen ellos, o más fuerza. Divídese el auditorio en dos campos. Capuletos y montescos de-

fienden a capa y espada a sus respectivos campeones. Los rafetistas acusan a Bartoletti de usar de artimañas y de ardides para evitar la caída, pero los contrarios acumulan a su vez a Raffetto el valerse de zancadillas y el untarse con aceite el cuerpo para que su adversario no pueda tomarle con fijeza.

Y la discusión aumenta, y el entusiasmo crece, y de la defensa del atleta se pasa al desnudo contra el defensor; la voz degenera en grito, el ademán se hace amenazador, los ojos chispean de cólera, y al fin la disputa se resuelve en una lucha librada entre los dos jefes de cada pandilla, como hacían los caballeros antiguos para decidir la suerte de una batalla.

Generalmente la contienda no llega a su término, por la extemporánea e inoportuna intervención de un vigilante, que sin respetos ni miramientos por horacios ni curiacios, arremete con todos ellos, los dispersa, y las más veces no consigue hacer presa de ninguno, pues se le escapan, se le filtran por entre las manos, haciéndose impalpables e invisibles como esos fuegos fatuos que a lo lejos se ven vagar sobre las osamentas en el campo, y que desaparecen al acercarse a la causa que los engendra.

El patio queda desierto; sólo en un rincón se ve al viejo vendedor de rosas con grasa y masas de indefinida e indefinible confección, sentado junto a su mercancía, enarbolado el garrote para ahuyentar tentaciones, testigo mudo e impasible de aquellas disputas y riñas

que en su derredor se originan, sin variar de postura más que para proteger con su cuerpo el canasto de sus mazapanes contra las peripecias inesperadas de la lucha.

A los cinco minutos ya está reinstalado el concilio. Se ve a los dispersos aparecer uno a uno, asomando la cabeza por detrás de las puertas, surgiendo otros de debajo de un cajón, entrando los demás de la calle con paso desconfiado y tácito, como esos roedores nocturnos que con recatado y avizor andar salen de los albañales y brotan de entre las grietas del empedrado en busca de los desperdicios y menudencias que a la calle arrojan los vecinos.

A la cabeza de todos ellos viene Andina, el célebre Andina, jefe y capataz de todos los pilluelos, decano del honrado y socorrido gremio de vendedores de diarios y periódicos. A una voz de mando todos callan, y Andina les espeta un discurso ininteligible, pronunciado con medianas palabras que no acierta a redondear con su lengua de trapo viejo. Y es tal el espíritu de disciplina de la pandilla, y tal el prestigio de su jefe, que basta que Andina se tire a muerto, para que todos en su torno caigan al suelo y no se levanten hasta que aquél lo haga.

A su lado está el Pebete, pilluelo criollo de edad indescifrable, chicuelo y travieso como una laucha, vestido con un traje cuya primitiva tela ha desaparecido bajo los remiendos híbridos y heterogéneos que semejan un tablero con casillas de diferente color y tamaño; calzado con unos zapatos que por entre las muecas del cuero raído dejan ver los dedos

del pie armados de garras corvas, que no de unas, y cubierto con un sombrero de forma imposible, desalado, terminado en punta, y tornasolado con los colores que median entre el negro del rapé y el verde boteila.

Tras de él está el Conejo, de nombre y de cara, con los ojos vivos y redondos, los labios abultados y saíentes, gran tocador de polkas y milongas que ejecuta con una de esas flautas de lata cuyas notas corresponden a otros tantos agujeros cuadrados, dispuestos como mechinales de palomar, y que se gana la vida luciendo sus dotes musicales en peringundines y bailes de candil.

A veces Conejo trae su flauta al patio, y entonces es de ver la atención con que le oyen los presentes, y acompañan al flautista con sus penetrantes y afinados silbidos, repitiendo la milonga más en boga y cantando con acento de quién busca gresca:

Soy del barrio de Palermo,
De la calle Santa Fe,
Mi nombre es: como gobierno;
Mi apellido: prientalé.

Entre el auditorio está Pequeño, napolitano acriollado, adornado de todas las pillerías importadas y de toda la travesura nativa, y más allá se ve al Zurdo, a Gamba storta, a la Nena, a Ronquito, a Alfeñique, al Piojito, a cien más, a eternas reproducciones de los héroes de Hurtado de Mendoza, de Mateo Alemán, de Ladrón de Guevara, de Lesage; colegas de los

pelaires de Segovia, de los Agujeros del potro de Córdoba y de los mozos de la feria de Sevilla que mantearon al malaventurado Sancho; afines de Ginesillo de Pasamonte y de Gil Blas de Santillana; y llegando más a nuestros días, hermanos del inolvidable Gavroche, cuyas hazañas y pillastronadas copian y parodian instintivamente, sin haber nunca leído ni oído hablar de lo que esos sus ilustres antecesores hicieron para conquistar la imperecedera gloria de servir de carozo a los más sábrosos y sazonados frutos de nuestra habla castellana.

Causa risa el ver la importancia y prosopopeya con que esos chiqueulos se hacen servir por el vendedor de helados, cuya mercancía saborean en una copa con más vidrio que hueco, pagando el importe con todo el desprecio de quien tiene en menos el dinero o fácilmente lo adquiere. Pero la gracia no está en tomarlo de un color, blanco o rosado, sino mixto, de uno y de otro, disciplinado, como dicen los franceses, mostrando de esa manera que saben *darse un corte*, al decir de los que, sin un centavo, vengan su pobreza satirizando a los opulentos.

¡Y con qué escrupulosidad juegan sus reales! No se trampean, no se alteran, ni pierden la gravedad, ya les sea adversa o favorable la suerte. Si se presenta la dificultad de un empate dudoso, o de un caso no previsto en sus códigos, se recurre al arbitraje de Andina que falla sin apelación en favor de quien, a su parecer, tiene de su parte a la justicia. Si por casualidad Andina está ausente, entonces ya

es otra cosa; la dificultad se resuelve generalmente con arreglo al mote del escudo chieno: ¡por la razón o la fuerza! La última es la que dirime la cuestión.

A todo esto está el viejo masitero atento, siguiendo las peripecias del juego y haciendo votos íntimos a favor de sus habituales consumidores, esperanzado en que la ganancia de éstos ha de redundar en pro de la suya, dando despacho a aquellas desgraciadas masas, aburridas a fuerza de viejas, moteadas por las moscas que logran evitar el continuo abanicar del vendedor, y empedernidas como un criminal recalcitrante.

Hay momentos en que se hace insoportable para los que trabajamos aquí, puerta de por medio con ellos, el vocerío y la algazara que arman con cualquier motivo, y entonces son inútiles las amonestaciones y los discursos. Para aplacar aquella polvareda de descompasados gritos y de ruidosas carcajadas, hay que regalarlos con dos o tres jarros de agua, que siembran la dispersión en los apretados grupos y sirven de elocuente y húmeda advertencia para hacerles entender que molestan.

A las tres empiezan a oírse los latidos del motor y el voltear del volante de la máquina, y momentos después, este monstruo del arte y de la mecánica empieza a vomitar por arriba y por abajo, por derecha y por izquierda, las hojas de papel impreso que sirven durante una hora de alimento a la curiosidad pública, ávida siempre de novedades, como si estuviese en manos de los que escriben el hacerlas. Cada

vuelta de la rueda marca ocho ejemplares que van a la circulación, y en menos de una hora salen a la calle más de cinco mil números, que a poco rato llegan a los más apartados barrios de la ciudad llevados y pregonados por los tentulianos del patio, que a paso de trote y con la voz anhelante, van gritando de calle en calle y de puerta en puerta, trepando a los tramways y deteniendo a los transeúntes: "EL NACIONAL! ¡Última hora! ¡Nacional-Cional!"

Los primeros 2.500 números que la máquina imprime pertenecen a un comprador por mayor, a Sarategui, que los detalla entre sus marchantes y monopoliza las estaciones de las vías férreas, la Bolsa y otros puntos de reunión. Después viene el despacho menudo; cien a un muchacho que los reparte con sus socios; cincuenta al otro, veinte al de allá, diez al de acá, guardando todos su número de orden, y ayudando a doblar los de sus compañeros mientras les llega el turno. En el lenguaje técnico de los muchachos, el diario se vende y se compra como los comestibles.

—Déme cinco pesos de *Nacional*.

—A mí quince pesos!

—Vendo diez pesos de *Libertad* doblada. A las cinco, el patio, aquel patio tan animado y bullicioso dos horas antes, está muerto y mudo, con sus losas desiguales y resquebrajadas que conservan las huellas indelebles del continuo salivar y de las cáscaras de duraznos y bananas pisoteadas, que amenazan con un porrazo al incauto que por allí pasa distraído.

¡Dónde están los alegres pobladores del patio de *El Nacional*?

Por ahí van; por calles y por plazas, haya sol o lluvia, granice de frío o sofocante de calor, llevando bajo el brazo su mercancía política, literaria, comercial y noticiosa, que reparten y venden en bien de ellos, de sus madres que esperan la modesta ganancia del día para poner la olla al fuego, y de sus hermanitos, que con los diarios viejos que el hermano no pudo vender, ensayan el oficio corriendo por los patios y corredores del conventillo que habitan, y gritando con sus vocecitas agudas y penetrantes, los pies descalzos y la camisita que apenas les cubre el vientre: ¡*El Nacional!* ¡*Nacional!* ¡*Cional!* ¡*Ultima hora!*

Marzo, 14 de 1882.

SAN PEDRO

No fué de los destituidos, el santo portero del cielo. San Pedro revista aún en la lista activa: es un santo de curso legal, no desmonetizado como San Juan, que ha quedado relegado a la categoría de santo de pacotilla.

No goza San Pedro de la popularidad de San Juan, pero aún así es festejado con bastante entusiasmo: con murgas y con cohetes; con pasteles y ramilletes; con comilonas y cenas en que representan el papel de protagonista las aves de corral, desde el vanidoso pavo de moco rojo, hasta los suculentos pollos de pechuga mantecosa.

San Pedro no tiene fogatas, como San Juan, pero en cambio tiene bailes. Tampoco tiene el portero de los cielos la virtud del Bautista para dar novios a las niñas casaderas, pero combina los compadrazgos, y sabe Dios si a la sombra de ese sacramento no combina el viejo zorro más voluntades que su rival.

San Pedro ha gozado de una fama aristocrática en Montevideo, como que era en su honor que año tras año se celebraban los fastuo-

los bailes de Zumarán, a los que concurría lo más granado de nuestra sociedad. Ser invitado a los salones de don Pedro importaba, entonces, poco menos que calzar la espuela y recibir el espaldarazo para ser admitido como caballero armado en los torneos del buen tono.

Los grandes salones de la espléndida casa de la calle Zabala no bastaban para contener la inmensa concurrencia que acudía a la invitación de don Pedro Sáenz de Zumarán, antiguo vecino de Montevideo, vinculado a una numerosa y distinguida familia, y relacionado con todo lo que tenía un nombre, una posición o un título. Investido con un cargo honorífico por el gobierno de España, era su casa el punto de reunión del Cuerpo Diplomático, de los oficiales de las estaciones navales surtas en el puerto, y de todos los viajeros distinguidos que llegaban a Montevideo.

Con tales relaciones y con la justa fama que sus reuniones tenían, no hay para qué decir que, en las vísperas de San Pedro, no se hablaba de otra cosa sino del próximo baile. Todo Montevideo elegante estaba de preparativos, y hasta de Buenos Aires venían señoritas y caballeros con el único fin de concurrir a la fiesta.

La casa se prestaba admirablemente para dar al baile toda la suntuosidad que correspondía a los concurrentes que la frecuentaban. La entrada amplia, la escalera cómoda, dando acceso a una espaciosa galería de cristales, en cuyo extremo se abrían, a uno y otro lado, las puertas que conducían a los dos vastos salones,

divididos por una pequeña salita, en la que se instalaba la orquesta.

Todo era allí elegancia y compostura, debido a la discreta selección de los dueños de casa en lo tocante a las invitaciones. Los polluelos estaban absolutamente proscritos de aquellos bailes, y los jovencitos se pasaban los años mirándose al espejo para ver si les apuntaba el bozo que había de franquearles la entrada que anhelaban. Cuando les llegaba el día de ser invitados, ya se creían otros. Al día siguiente ya vestían sombrero de copa y se paseaban con cierta gravedad, plenamente convencidos de que habían pasado a la categoría de hombres formales, formalidad que acreditaban con la tarjeta de invitación, que a guisa de diploma ostentaban con orgullo.

Tres generaciones de jóvenes de ambos sexos han pasado por los salones de don Pedro Zumarán. Cada año se notaba la falta de algunas parejas de los anteriores, pero llenaban el hueco otras nuevas, y así seguían renovándose la concurrencia siempre, o reaparecían ya casadas las parejas que en el año precedente cuchicheaban con misterio, prolongando las temporadas, no sin que la señora dueña de casa las apercibiese con exquisita amabilidad.

En cambio de esas parejas que desaparecían de los bailes por la puerta del matrimonio, había otras, recalcitrantes, veteranas, que montaban la guardia año tras año, hasta que dejaban de figurar en las fuerzas activas de la danza y pasaban a revistar en la pasiva,

atrincheradas en los sillones y sofás que contorneaban el salón.

Todavía hay bailarines y bailarinas de aquellas fiestas de San Pedro que están esperando su turno de salir de novios, siquiera sea en las cedulillas de San Juan; de éas que reparan las ruinas del tiempo con cosméticos, como se reparan con puntales los desperfectos de las casas.

El cataclismo del 75 arrastró también a don Pedro Zumarán, como arrastró muchas otras fortunas, y a diferencia de otros, que por conservar su rango sacrifican a los demás, él se sometió a su situación y se retiró a más sencilla vida, acompañándole a su retiro todas las simpatías y aficiones que le rodeaban cuando vivía en la opulencia. Su sala es hoy tanto o más concurrida que en aquellos tiempos. Pero los bailes se acabaron. Ya no queda de ellos más que el recuerdo de los buenos ratos pasados en aquellas soberbias fiestas a que concurría la sociedad distinguida de Montevideo.

El año pasado resucitaron los bailes de San Pedro, pero no en casa del señor Zumarán, sino en la de don Pedro Piñeyrúa, uno de los príncipes de la fortuna hoy en día. La inauguración de sus bailes fué espléndida, y escogida la concurrencia que a ellos asistió. Fué una fiesta que hizo época, como la hubiera hecho la de este año, si una desgracia de familia no hubiese venido a sembrar de duelo el hogar en que todo sería hoy animación y regocijo. El tiempo, ese gran médico del dolor, se encargará

de devolver a ese hogar la alegría; y los bailes de Piñeyrúa volverán a ser para Montevideo lo que fueron los de Zumarán, fiestas clásicas en las que todos tenían a distinción el ser invitados, y a las que se hacían un deber en concurrir, como contribuyendo a reflejar en un solo grupo todo lo que nuestra sociedad tiene de culto y distinguido.

San Pedro seguirá, pues, siendo un santo aristocrático, y gozando de todas sus prerrogativas y fueros, mientras el benemérito y popular San Juan queda relegado a la categoría de los santos de menor cuantía, en cuyo honor no repica la iglesia ni enciende sus cirios, pero el pueblo seguirá festejándole con cohetes y fogatas, y murgas y serenatas, y pasteles y ramilletes, y opíparas comidas y cenas succulentas, mientras galanes y doncellas cifran en él su destino matrimonial, misteriosamente encuvelto dentro de las cedulillas.

A los frutos de esos enlaces sanjuanescos, San Pedro se encarga de darles padrinos, pasatiempo propio de santo tan respetable como lo es el llavero celestial, encargado de dar entrada en aquél reino a todos los que en la tierra han sufrido, con excención de los viudos reincidentes en el delito de matrimonio.

¿Por qué esa excepción? preguntarán ustedes, lectores míos. Van ustedes a saberlo, si es que quieren dar fe a lo que voy a contarles, y es lo siguiente:

Murió un tal, que no hay para que nombrarle, y, como todos los que mueren, fué derecho a golpear las puertas del cielo, an-

sioso de gozar de las delicias prometidas a todos que han sufrido en este valle de lágrimas. Golpeó, pues, como decía, y al golpear acudió San Pedro, abrió el ventanillo de la puerta para informarse primero de quién era el que solicitaba la entrada, y le preguntó:

—¿Qué se te ofrece, hijo?

—Quiero entrar al reino de los cielos.

—¿Y qué méritos has contraído para merecer tal favor?

—He sufrido todas las amargura, he sido casado.....

—Basta, basta hijo, —dijo San Pedro abriendo de par en par la puerta—, entra sin más explicación, que con sólo decir que fuiste casado, tienes bastante y sobrante para haberte ganado la gloria eterna.

Este diálogo oyó otro muerto que tras del primero venía, y sabiendo ya que los casados tenían entrada franca, se presentó muy orondo, dió su golpecito, y abriendo San Pedro el ventanillo, como al anterior le preguntó:

—¿Qué se te ofrece, hijo?

—Quiero entrar al reino de los cielos.

—¿Y qué méritos has contraído para solicitar esa gracia?

—La de haber sido casado, y no una, sino dos veces, —contestó el solicitante—, creyendo de esa manera asegurar más la entrada.

Pero, con gran sorpresa suya, San Pedro le dió un portazo en las mismas narices, y por el agujero de la llave le gritó:

—Vete al infierno, zopenco, que los tontos no tienen entrada en el reino de los cielos.

Por donde se verá que San Pedro tiene la más triste idea del matrimonio, y eso que no cuenta la historia que fuese casado.

Cierto que, como santo que es, debía tener alguna intuición profética.....!

Y aquí concluye el cuento, y con él, este artículo, que es escrito en recuerdo de todos los Pedros que me lean, a los que deseo felices años y que Dios les libre de tener que habérselas con.....

—¿Con el matrimonio?

—No, hombre..... con un Fiscal del Crimen.

Junio, 29 de 1883.

EDUARDO CARMONA

PRIMER ACTOR CÓMICO

Don Antonio Carmona, actor dramático, español, casado con doña Belén Vigones, primera actriz de los teatros de la Corte, andaba allá por el año 1850 haciendo una excursión artística por el sur de la Península, y estando Belén en Jerez de la Frontera, hubo de retirarse temporalmente de la escena para dar a luz lo que en sus entrañas llevaba, fruto, no por cierto del Espíritu Santo, sino antes bien del mismísimo demonio, según salió de endiablado y travieso el chiquillo, que nació en aquella tierra clásica de la gracia y de la picardía.

Pusieronle en la pila por nombre Eduardo, y más le valiera que jamás se lo pusieran, pues fué el tal bautizo causa de que el chicuelo quedase tuerco, por donde se verá que hasta los sacramentos de la Santa Madre Iglesia tienen su peligro.

Es el caso que a los veinte días de nacido el niño decidieron sus padres que era ya tiempo de aceitarle y ungirle como corderillo del católico rebaño, y al efecto salió la familia en

son de fiesta, acompañada de amigos y padrinos y compadres, llevado el niño en brazos por la robusta pasiega que le amamantaba, cubriendo el rostro para preservarle del aire y de la luz. Antojósele a una comadre del barrio ver la cara del angelito, y la pasiega por complacerla levantó el pañuelo que la cubría, sin soñar siquiera que aquello había de ser causa de la futura desgracia de su hijo de leche.

Llegó la comitiva a la iglesia, tomó el padrino de los pies al chiquitín, y la madrina por la cabeza, rezongó el cura su fórmula, dijo el sacristán *Amén* con voz gangosa, y en seguida hicieron una ensalada de aceite y sal en la mollera del bautizado, que berreaba a grito pelado, mostrando así desde chiquillo sus demoniadas tendencias.

Vuelta a casa la comitiva, y después de festejar al bautizado, como es de práctica en esos casos, retirados los padrinos y visitantes, echaron de ver los padres que Eduardito seguía llorando más de lo que al sosiego de la casa convenía, y tratando de indagar *quale causam*, notaron que tenía los ojos muy irritados, y que de ellos le lloraba algo más espeso que lágrimas.

Llamado en el momento el médico que más a mano se encontró, dijo éste, después de examinar al chiquillo, que el mal estaba en un aire que había recibido, culpa de aquella maldita curiosidad de la comadre que quiso ver al angelito, y para curarle, recetó un colirio, con el cual aseguró el físico que se pondría bueno Eduardito a poco andar.

Todavía no había salida el médico, y ya el padre de la criatura salía echando diablos por las calles del pueblo en busca del afamado colirio.

Hizo el menjurje el boticario, lo encerró en un frasquito, pago el padre ocho por lo que no valía dos, y volvió de carrera a su casa, llevando en la mano el elixir que había de calmar los sufrimientos del niño. Loca de alegría la madre, tomó a su hijito querido en los brazos. le acostó en su regazo, y haciéndole fiestas para que abriese los ojos, dejóle caer una gota de colirio en el izquierdo. ¡Aquí fué el chillar como un marrano el Eduardito y patalear como si le estuvieran matando! Creyó la madre que aquello sería un ardor pasajero, pero viendo que el llanto continuaba, y que los gestos de dolor eran cada vez más angustiosos, mandó al instante al sirviente en busca del médico, mientras el padre ensayaba todos los medios imaginables para hacer callar a la víctima.

A poco rato llegó el médico, y viendo a la madre deshecha en un mar de lágrimas y al padre mesándose las barbas, preguntó algo alarmado:

—¿Qué es eso, señora? —Por qué se alige usted de esa manera?

—¡Ay! ¡doctor! — exclamó doña Belén entre sollozos: ¡el ojo! ¡el ojo de mi hijo!

—El ojo? No se alarme, señora, — respondió el médico con tono tranquilizador; no se alarme usted; no es nada lo del ojo!

—¿Cómo que no es nada? — interrumpió el padre desesperado. —Le parece a usted que no

es nada lo del ojo, cuando le tengo aquí en la mano?

Y al decir esto extendía la mano derecha, mostrando en la palma de la mano una materia viscosa, que el medico examinó, convenciendo de que efectivamente aquello era el ojo de Eduardito. Aprovecho el íntimo aquel momento de confusión que la noticia produjo para salir de la casa poco menos que volando, e hizo bien, porque a pescarle don Antonio, no se escapa con todos sus huesos sanos.

Causado el daño, consoláronse como pudieron los padres, dándose todavía por muy felices con no haber aplicado el colirio al chiquillo en los dos ojos; y gracias a esa previsión inexplicable de una madre, tenemos hoy ocasión de aplaudir al más gracioso de los tuertos, y al más tuerto de los graciosos, que, si se sigue la prescripción médica, ésta sería la hora en que andaría Eduardo Carmona con Lazarillo o tropezando con las esquinas.

Salvado el ojo, creció el hijo de doña Belén Vigones al lado del regazo de la madre, y no tenía todavía cinco años cuando ya sabía más de bambalinas y telones, que de letra y palotes. La pierna de mandinga era el tuertecito en el teatro, y no pasaba noche sin que cometiese algún desaguisado, ya poniéndole colas de papel al galán, ya tirándole pelotillas al barba en las más patéticas escenas, ya haciendo judiadas de todo género con las comparsas. Llegó a hacerse tan insoportable, que en las contratas que los empresarios ajustaban con doña Belén, se establecía como cláusula

principal la de que el tuerto no había de entrar al teatro bajo ningún pretexto; pero ni por éas: Eduardo se metía a la escena aunque fuese por el ojo de una cerradura, y al poco rato ya se hacia sentir con alguna trastada.

A todo esto había ya muerto don Antonio Carmona, padre del endiablado tuerto, y casada en segundas nupcias la Vigones con aquel Fernández Guitard, de bien querida memoria, decidió sujetar al travieso Eduardito, poniéndole bajo la custodia de los Reverendos que dirigían el Colegio del Salvador en Sevilla. Pero no por eso se sosegó el endemoniado, pues seguía haciendo diabluras a más y mejor, peleando con cuento muchachito le mojaba la oreja, sin reparar en si era chico o grande, hazañas que le valieron el ver su rostro condecorado con numerosas cicatrices, que conserva hoy todavía, y que le sentaron a su belleza como pedrada en ojo tuerto, pues si feo era por no haber nacido bonito, reagravado con lo del colirio, más feo quedó con aquellos costurones y cardenales que ganó en sus infantiles reyertas.

El año 58 hizo la señora Vigones una ventajosa contrata para venir a América como primera dama, en compañía de su esposo, ajustado también como primer galán con un pingüe salario, y quiso, como era natural, traer consigo a su hijo, que era el Benjamín de la familia, por lo mismo que había sido el más desgraciado, merced al maldecido médico de Jerez de la Frontera. Pero tales razones adujeron los Reverendos Sevillanos del Colegio del Salvador para retener al niño, que era muy despierto y apro-

vechado a pesar de sus fechorías, que la madre consintió en dejarle, viniéndose ella inmediatamente con ánimo de regresar una vez concluida la contrata. Hace de esto veinticinco años y... ¡todavía está aquí!

Cuadró la casualidad de que en el mismo colegio en que Eduardito se educaba había también, dos hijos del reputado actor don José Valero, con quienes trabó estrecha amistad, y cada vez que ellos salían del pupilaje, llevaban a su casa al tuertito, a quien festejaba mucho don José, como que apreciaba bien a doña Belén, por haber ésta trabajado con aplauso en compañía de quien entonces compartía con Julián Romea las glorias de la escena española. Viendo al chicleo tan despejado, y adivinando tal vez en él las dotes de un buen actor cómico, propúsole Valero que tomase parte en una función que a su beneficio había de darse en el teatro de *San Fernando* de Sevilla; y recabado el permiso de los maestros, empezó el chico Carmona a ensayar el papel de *Joaquinito Rodajas* que había de hacer en la peti-pieza *El maestro de Escuela*, en la que el gran actor representaba el de protagonista.

Toda Sevilla fué al beneficio de don José Valero, y toda Sevilla tuvo ocasión de aplaudir en aquella noche a Eduardo Carmona, que a la edad de ocho años hizo un *Joaquinito Rodajas* inimitable. Guarda Carmona como reliquia un número de *Las Novedades*, diario importante de Sevilla, en el que se le tributaban cumplidoselogios por el talento que había demostrado en tan corta edad, y desde entonces el hijo de don

Antonio Carmona y de doña Belén Vigones sólo fue conocido por el alias de Joaquinito Rodajas, borrando así con su habilidad el apodo de *tuerto* con que se le nombraba desde la malhadada gracia del colirio.

Y aquí apuntaré una coincidencia: quince años después de su estreno en el *San Fernando* de Sevilla, volvió Carmona a desempeñar el mismo papel de *Joaquinito Rodajas*, en Montevideo, haciendo don José Valero el *Maestro de Escuela*, recordando ambos con ese motivo aquellos tiempos en que el tuerto traía desazonados a todos los empresarios con sus insoporables travesuras. Apuntada la coincidencia, continúo mi relato.

A los dos años de andar por estas playas la Vigones, decidió traer a su Éduardito, pues temía, y con razón, que en mucho tiempo no había de volver ella a España: y a pesar de los rezongos de los Reverendos, que toda costa querían hacer fraile a su endiablado discípulo, hubieron de mandarle, llegando aquí el arrapiezo a mediados del 60. Tenía entonces diez años de edad y veinte de picardías, pero fuera de su centro y alejado de sus compinches, se sosegó, y sin dejar de ser tuerto empezó a ser muchachito de provecho, ayudando como podía a sus padres, y digo así en plural, porque, a pesar de haber perdido el suyo, Carmona encontró otro tan cariñoso como el propio en el bueno de Fernández Guitard.

A los doce años hizo en el teatro Solís el papel de negro en *El último mono*, y tan bien lo desempeñó, que el malogrado Fermín Ferreyra

creó aproósito un papel de negro en su proverbio cómico *Donde las dan las toman*, para que lo representase Carmona, papel en que se lució el tuerto, y le valió sentar plaza en la compañía desempeñando papeles secundarios, o haciendo de segundo apunte, según las circunstancias.

Así, promiscuando entre apuntador y apuntado, según estuviese dentro de la concha o sobre el tablado, vivió hasta el año 70, época en que por casualidad se elevó a la categoría de primer acto cómico. Formaba parte Carmona a la sazón de la compañía Berenguer, que actuaba en el teatro de *La Alegría*, en Buenos Aires, compañía en la que el celebre Cubas figuraba como primer gracioso. Tuvo, no sé por qué compromisos, que ir Cubas al Rosario, y bajo formal promesa de estar para el día del estreno en Buenos Aires, permitió Berenguer que fuese. Pero sucedió que, llegado el día convenido, no estaba Cubas de vuelta, y no había como postergar la función, pues era el primer día de las fiestas Mayas, y sabido es que en Buenos Aires no queda en esas noches una localidad vacía en ninguno de los teatros. Berenguer estaba dado a todos los diablos con aquel retraso injustificable de Cubas. Estaba anunciado en los carteles el sainete *Sálvese el que pueda*, en que el gracioso tiene una parte importantísima, y hubiera sido gran descrédito para la empresa faltar al programa precisamente en la noche de estreno de la compañía. Dando y temiendo en aquella contrariedad, ocurriósele a Berenguer que podría fácilmente salir del paso encargando a Carmona de reemplazar a Cubas, y no bien lo

pensó, cuando ya se lo comunicó al ex-discípulo del colegio del Salvador. Oyó Carmona la propuesta, guiñó el único ojo que le quedaba, rasgóse la mollera, y se quedó pensando por largo rato lo que había de contestar. Por un lado le tentaba aquella ocasión que se le ofrecía para mostrar lo que él se creía capaz de hacer, pero por otro le escocía el temor de un fracaso. "Quien no se aventura, no pasa la mar", —dijo Carmona para sí, y resuelto ya a jugar el todo por el todo, aceptó el envite, y aunque era ya medio día, se comprometió a desempeñar esa misma noche el papel que a Cubas correspondía. Llegó la hora, salió Carmona, sorprendióse un tanto el público al encontrarse con un Cubas tuerto, pero a poco que empezó el *Joaquinito Rondajas* de Sevilla a lucir sus gracias, echó la concurrencia a reir de tan buena gana que el teatro se venía abajo a aplausos y carcajadas.

¡Sálvese el que pueda! era el título de la obra, y como Carmona podía, se salvó ilesa, sacando como gaje una reputación de cómico excelente, amén de las simpatías que se captó en aquella noche. ¡Y ya no hubo más! El tuertecito fué el chiche del teatro, el niño mimado del público, y cuando volvió Cubas se encontró con la plaza tan bien tomada, que tuvo por más prudente no tentar la reconquista. Desde entonces, Eduardo Carmona fué el primer actor cómico obligado de todas las compañías dramáticas que se organizaron en Montevideo, Buenos Aires y Rosario, alcanzando inmensa boga, realizada su natural travesura por aquel gesto de pícaro que le daba el ojo tuerto.

Allá por el 74 el drama español iba muy de capa caída en el Río de la Plata, dominado por la zarzuela que hacía furor en todas partes. Carmona se desesperaba por verse sin trabajo, y una mañana, conforme había de hacer otra cosa, se puso a cantar en su cuarto inconscientemente, obedeciendo sin duda a aquella máxima que dice: "el que canta sus males espanta": y a fe que no eran pequeños los que afligían al hijo de doña Belén.

Cantando, cantando, se le ocurrió a Carmona que tenía voz de tenor. Yo creo que esto fué simplemente una invención del travieso tuerto, pero, ya fuera aquella voz real o ficticia, él la diputó y la tuvo por de tenor absoluto, y con el mayor desparpajo se presentó como tal, y como tal se contrató, estrenándose en *Buenos noches don Simón*, con aplauso. De música, no sabía Carmona ni que el pentagrama tuviese cinco rayas, pero él se hacía tocar su parte en el piano y la retenía con más precisión y ajuste que si se hubiera pasado los años solfeando. Fernández Guitard no quiso ser menos que su hijastro, y como ya había un tenor en la familia, él se arregló una voz de barítono que podía también servir para bajo, y otra de bajo, que se acomodaba a la de barítono, según las circunstancias lo requerían.

Carmona, a pesar de toda su travesura, topó en su carrera artística con otro travieso con quien no le valieron mañas, pues, aunque no tiene más que un ojo, por allí le encajó una flecha Cupido; y ésta aquí al hijo de doña Belén

Vigones, cogido entre las redes del hijo de Venus; por donde verá el lector que a veces puede más un ciego que un tuerto. El ciego Cupido revolcó y zarandéó de tal manera al tuerto Carmona, que a mediados del año 75 le hacía entrar como un corderillo por las puertas de la sacristía, saliendo de allí con una compañera del brazo para todos los días de su vida.! Fatal le ha sido la iglesia a Eduardo Carmona. La primera vez que entró en ella con motivo del bautizo, le costó literalmente un ojo de la cara, y la segunda vez, salió con una costilla menos; a bien que ésta no la perdió del todo, pues todavía la tiene a su lado.

Así se duplicaron los trabajos de mi hombre. Ya no era él solo, dispuesto a pasarse las noches en una rama, como buen pájaro que era. Ahora había también la pájara, y para ella era necesario tener un nido mullido y calentito. a la espera de los pichones, que no tardaron en venir, y más de prisa de lo que convenía a quien tenía que buscarse la vida, cantando como la cigarra en el buen tiempo, y pasando frío y estrecheces cuando la temperatura artística descendía.

Así pasó un año, y otro, y otro, cantando en nuestros teatros y en los de Buenos Aires, llegando a hacerse insuperable en las papeles del lego de *Los Madgares*, del Blas de *Mis dos mujeres*, del primo del *Relámpago*, y varios otros, en que alcanzó y excedió a Allú.

Pero no todo han sido flores en la carrera para Carmona. También ha sufrido los más

cruellos sinsabores que pueden destrozar el corazón de un padre. A principios del 80 trabajaba como primer tenor cómico en *La Alegría* de Buenos Aires, cuando se le enfermó un hijito de dos años, querido como todos los hijos. El niño se empeoró, y Carmona, atado al teatro por el doble yugo del contrato y de la necesidad, siguió trabajando, haciendo reír con sus gestos, mientras por dentro lloraba. Una noche, en momentos en que se preparaba para ir al teatro, el médico que asistía al niño le detuvo diciéndole:

—No salga usted; se lo aconsejo como amigo.

—¿Cree usted que....? — exclamó Carmona presintiendo la horrible desgracia.

—Sí, mi amigo. Creo que el niño no pasa de esta noche, — contestó el médico inclinando la cabeza.

Carmona quedó aterrado. Por una parte, el teatro reclamaba con imperiosa exigencia a su contratado; pero, por la otra, la esposa afligida requería al esposo, y el hijo moribundo al padre. ¿Qué hacer?.... Sonó en la puerta un golpe, cuyo eco penetró como una hoja afilada hasta el corazón de Carmona.

—Manda decir el empresario que sólo por usted se espera, — dijo el avisador del teatro.

Es que mi hijo ... — exclamó Carmona entre sollozos....

—Que son las ocho y media, — interrumpió el otro, y el público está que trina, y es capaz de prender fuego al teatro si no se levanta el telón.

¡Horrible situación! El actor tenía que ir al teatro so pena de ser compelido por la fuerza pública. Para los espectadores, los cómicos no tienen padre, ni hermanos, ni hijos.

Si el director hubiese salido a la escena a decir que no podía darse la función anunciada porque a Carmona se le estaba muriendo un hijo, de seguro que el público, el respetable e ilustrado público, le recibiría con una silbata, si es que no le tiraba con las butacas a la cabeza.

¡Pobre Carmona! Entre la obligación y la devoción tuvo bastante fuerza de voluntad para cumplir con la primera. Fué al teatro, como fué al baile el Gaitero de Gijón, cuya triste condición pinta Campoamor en aquella preciosa dolora que empieza:

Ya se está el baile arreglando;
 Y el gaitero ¿dónde está?
 —Está a su madre enterrando.
 Pero en seguida vendrá.
 —Y ¿vendrá?—Pues ¿qué ha de hacer?
 Cumpliendo con su deber
 Vedle con la gaita... pero,
 ¡Cómo traerá el corazón
 El gaitero,
 El gaitero de Gijón!

¡Cómo llevaría el corazón el pobre Carmona al teatro de *La Alegria!* Pero fué, y recitó su papel y el público se desternillaba de risa viéndole hacer *El oro y el moro*, mientras que él

¡Pobre! ¡Al pensar que en su casa,
 Toda dicha se ha perdido,
 Un llanto oculto le abrasa
 Que es cual plomo derretido!
 Mas como ganan sus manos
 El pan para sus hermanos,
 En gracia del panadero
 Toca con resignación,
 El gaitero
 El gaitero de Gijón.

Cuando Carmona llegó a su casa libertado del yugo que su obligación le imponía, encontró a su hijo sobre el mezquino lecho, rígido, pálido, entrelazadas las manecitas sobre el pecho... que ya no latía. Sólo se oían en la solitaria alcoba los sollozos entrecortados de la madre; de aquella pobre madre de entre cuyos brazos había volado el hijo de sus entrañas, llevándose consigo sus sonrisas y sus balbuceos, y dejando sólo su cuerpecito lívido y marchito, como una flor arrancada de su tallo.

• • •

De vuelta Carmona a Montevideo, cicatrizada la herida que en su corazón de padre había recibido, organizó una excursión artística a Minas, con motivo de la inauguración de aquel célebre teatro de Escudero que ya conocen mis lectores por mi artículo del jueves. Hizo furor el tuerto en el pueblo de los Cerrros, pero, como nunca falta quien pretenda echarlas de crítico, dió uno en decir que el gracioso no se ajustaba al papel, acusándole

de agregar dichos y hechos que no estaban en la pieza. El cargo era hasta cierto punto, exacto, pero injusto, porque lo más que se permitía Carmona era sustituir alguna frase de colorido local en España, por otra que tuviese su oportunidad entre nosotros, y sabido es que tales salidas son, no sólo toleradas, sino hasta muy bien recibidas por el público.

Fastidióle a Carmona la censura, y resolvió tomar venganza del crítico en la primera oportunidad que se le presentara, como efectivamente se le presentó en la noche siguiente. Dábase la zarzuela *Entre mi mujer y el negro*, y en una de las escenas, en que el tenor sorprende al barítono en no sé qué picos pardos con la dama, debía Carmona decir: "La gratitud me obliga a cerrar los ojos."

Pero, con gran sorpresa de los actores, del apuntador, y de los concurrentes, Carmona, en vez de seguir su papel, se detiene, y dirigiéndose a los espectadores, dice:

—Respetable público: Obediente a las indicaciones de la crítica, desearía no adulterar en nada el papel que represento, pero, al mismo tiempo, como buen cristiano, debo y quiero cumplir con el mandamiento que me ordena no mentir. Según el autor de la obra yo debería decir en esta escena: "La gratitud me obliga a cerrar los ojos"; pero, como ustedes ven, quiere mi desgracia que no tenga más que uno, así es que, por no mentir, pido perdón a mi crítico, y digo, siguiendo la escena:

—La gratitud me obliga a cerrar el único ojo que tengo."

Pintar la que se armó con esta salida en el teatro de Minas, es punto menos que imposible. A Carmona se le aplaudió, se le vivió con frenesí, mientras que al crítico, que estaba muy ufano en su silla, le apostrofaron de tal manera, que no veía el pobre hombre el momento en que se le abría el suelo bajo los pies para que se le tragase la tierra.

¡Diablo de tuerto! Nunca le falta una salida para salvar una situación por difícil que sea. Sus compañeros, unos por envidia y otros por gracia, le han hecho todo género de travesuras para dejarle cortado en la escena; pero él nunca ha perdido el tino, y allí donde se creía que era inminente un fracaso, salía él más airoso que nunca, haciendo desternillar de risa al público y a los mismos autores de la broma.

Gran hazaña realizó Carmona el año 79 cuando la inauguración del teatro San Felipe. Representábase *Los Diamantes de la Corona*, y hacia de Marqués de Sandoval un tal Enrique García, que era una doble calamidad, como tenor y como actor. Aquello no tenía nombre, y cuando Rebolledo cantaba:

Yo quisiera
Verme fuera,
Esto huele
A ratonera,

tenía razón que le sobraba, pues estaba a punto de llover sobre la escena una granizada de papas y tomates. Felizmente estaba allí el gran *Ministro de Portugal*, y gracias a él se conjuró

el peligro, pues en esa noche Carmona hizo prodigios para llenar él solo la escena, disimulando con sus gracias la desgracia del tenor y compañeros mártires.

Como entró Carmona en trato con las Musas es cosa que yo no sé ni me entrometo a averiguar; pero el hecho es que desde hace algún tiempo, ayudado tal vez por la tercería de *Momo*, ha logrado meterse en el Parnaso, y allí retoza el maldito como antaño retozaba en el colegio del Salvador.

Ello es que aparte de muchas poesías sueltas, ha compuesto varios dramas, *Los dos expósitos*, *Al doblar de las campanas*, *El loco de la aldea*, *Entre la vida y la muerte*, y algunos juguetes cómicos como *Receta para casarse*,

El apuntador, *Mundo, demonio y....*

¡A propósito! Sábete lector que esta noche tendrás ocasión, si quieres, de cerciorarte de la verdad de todo lo que de Carmona dejó dicho, pues ¡oh coincidencia casual! hoy se da en San Felipe una función a su beneficio, y en ella aparecerá, no sólo como gracioso, sino también como autor, como que son obras suyas *Mundo, demonio y.... suegra*, sainete en un acto, y *Un cuento*, monólogo cómico que Carmona recitará desde la platea.

¡Otro atractivo! Carmona aparecerá ante el ilustrado y respetable público completamente curado del desaguisado del colirio recetado por aquel famoso médico de Jerez de la Frontera.

—¿Con los dos ojos?

—Con los dos!

—Sí; pero uno será de vidrio.

—¡No señor! no hay tal ojo de vidrio, si no... de cristal legítimo.

Marzo, 25 de 1883.

EL VIAJE A MINAS

Tomé mi boleto, arreglé mi equipaje, dormí con sueño entrecortado, como siempre que está uno en vísperas de un viaje, y al primer golpe que dió el cochero en mi ventana ya estaba yo de pie, vistiéndome de prisa para no perder el tren que había de salir a las cinco y media.

A las cinco, ya estaba yo en la calle. La luna apenas lograba hacer llegar hasta la tierra sus débiles reflejos, corridos por el haz de luz que brotaba del naciente. Las estrellas se borrraban del cielo como lavadas por la gran esponja amarilla oculta todavía tras del horizonte, y ni una sola nube manchaba la bóveda azulada.

La mañana era tibia y serena. El mar estaba quieto y liso, como si de una sola plancha fuese hecho, y en ella enclavados los buques, de cuyos mástiles y vergas pendían lacios los paños, izados para secarlos de la humedad de la noche.

La ciudad todavía no había despertado. Como sus habitantes, dormían sus ruidos y sus

palpitaciones. Alguna que otra chimenea dejaba escapar un largo penacho de humo que subía hacia el cielo, hasta perderse en las alturas.

En las inmediaciones de la estación notábase algún movimiento. Carruajes que llegaban atestados de vaijas y pasajeros; peones que cargaban los buatos; idas y venidas de los viajeros que atendían a que nada se les quedase, tomando sus guías y pasaje; despedidas más o menos íntimas; y al cabo de un poco rato, todos quedamos enjaulados dentro de los vagones.

Sonó una campana; luego redobló un pito; silbó la locomotora con un ronquido; chilló el vapor al circular por las arterias de la máquina: y el tren arrancó lentamente, *al paso*, acompañando la marcha con toques de campana, tristes y monótonos, como si dobraran a muerto.

Conversé durante algún tiempo con mis compañeros de vagón, que eran dos amigos, y agotado el tema sobre las probabilidades de que fuese buen viaje, y de cómo estaban los caminos, y de si había o no había matreros, cada cual se entregó a sus pensamientos, y yo a observar lo que me rodeaba. El tren se había detenido en la Unión, y en ese momento, el sol desbordaba el horizonte, rojo como púrpura, presagiando un día de fuego. Las casas y los árboles proyectaban sus sombras largas en las ondulaciones del terreno, y los rayos horizontales agujereaban el follaje y se filtraban por todos los resquicios, prolongándose en cho-

rros de luz en que hormigueaban millones de corpúsculos casi imperceptibles, de ésos que pueblan el aire que respiramos.

El tren emprendió nuevamente la marcha, y pronto llegamos a las alturas de Toledo, deteniéndose cerca de la antiquísima y tradicional capilla de Doña Ana.

¡Magnífico panorama! El campo se abre en todas direcciones sin más horizonte que el de las lejanas lomas, manchado el terreno de verde aquí y allá con los maizales de las chacras. De Montevideo no queda más vestigio que el Cerro, que recibe de lleno la luz del sol, uno de cuyos rayos, filtrándose por los cristales de la farola, la ilumina con resplandores radiantes. Por el norte, como naciendo de la cuchilla, surgen las torres de la iglesia del Sauce; el oeste lo cierra la ceja negra de los eucaliptos de Villa Colón sobre los cuales se destaca la empinada chimenea de la fábrica de ladrillos, y al este se ve festoneado el celeste claro del cielo con los perfiles oscuros de las sierras de Maldonado y Minas.

El tren sigue su marcha, se detiene un instante en Joaquín Suárez, cuya principal casa es la escuela, y en seguida vuelve a rodar hacia la llanura en que blanquea la villa de Pando. En pocos minutos hemos llegado, y todos nos disponemos a seguir viaje en las diligencias que esperan cerca de la estación.

—¿El mayoral de la diligencia de Minas? —pregunto a un viejo que activa el desembarco de los equipajes.

—Servidor, señor, — me contesta el mismo. ¿Usté va conmigo?

—Para Minas voy, con quien me lleve; y sin más diálogo, hice cargar mi equipaje, me metí dentro de la diligencia que salía para San Carlos y Rocha. En ella tomaron asiento mis compañeros de tren y yo me quedé solo, a la expectativa de mis nuevos compañeros, que fueron llegando uno a uno, haciendo mil recomendaciones al cuarteador para que arreglase bien los equipajes en la baca. Todos eran desconocidos para mí. Unos subieron al pescante y otros al interior, completando entre todos el respetable número de quince, bastantes y aún sobrantes para ir todos incómodos, sentados de medio lado para ocupar el menor espacio posible. Mi vecino llevaba sobre las faldas una jaula de loro con su lorito dentro. No se crea que sea esto un detalle inventado para dar más colorido al viaje en diligencia: no tal. Llevaba su loro muy ufano, y no parecía mortificarse aquella molesta carga. Felizmente el loro no hablaba, ni su dueño se empeñaba en hacerle hablar, por donde verá el lector cómo puede un animalito parecerse a un diputado.

Yo soy algo práctico en esto de viajar en diligencia, y como arma de defensa contra uno de los peligros más frecuentes, llevaba un libro, dispuesto a hacer uso de él sólo en último caso, porque deseaba contemplar aquel paisaje desconocido para mí.

Embutidos todos en nuestros asientos, como piezas de mosaico, tomó el mayoral las riendas, enarboló el látigo, montó el cuartea-

dor, y a un "¡vamos!" salpicado de tres o cuatro latigazos, arrancaron los caballos, rodó la diligencia, y empezaron los barquinazos.

No habíamos caminado dos cuadras, cuando oímos los gritos y vimos los manoteos que hacía un hombre que corría a pie en dirección a nuestro vehículo. Paró la diligencia, y llegó el de los gritos todo sofocado, diciendo que inadvertidamente se había metido en la galería que iba para San Carlos, error de que se había apercibido felizmente a las pocas cuadras de haber emprendido la marcha.

Todo aquello estaba muy bueno, pero la cuestión era que no había donde meter a aquel viajero de última hora. *Always place for one more*, dicen los norteamericanos: siempre haya lugar para uno más; y el mayoral Trías, aunque no es yanqui, parece serlo, pues hizo de manera que hubiese lugar para uno más donde apenas cabían los que ya íbamos.

Todo fué ver a mi compañero y quedarme hecho una pieza. Comprendí que iba a tener que hacer uso de mi libro. Yo le conocía, de vista nada más, y temía que él también me conociese, porque de seguro íbamos a tener diálogo.

—¡Buenos días! — dijo el recién llegado con una sonrisita plácida, como de quien quiere captarse la buena voluntad de aquéllos a quienes va a incomodar.

—Buenos días, — le contestaron con cara de pocos amigos mis compañeros, y yo apenas rezongué un saludo, esquivando en lo posible darle el frente para evitar un reconocimiento.

Entró el hombre en su asiento como taco en su escopeta, y no bien estuvo medio arreglado, comenzó a contar el chasco que le había sucedido, y el peligro que había corrido de llegar a San Carlos cuando él creería encontrarse en Minas.

Yo saqué la cabeza por la ventanilla para mirar al campo, y al mismo tiempo acariciaba con la mano el lomo de mi libro, como se acaricia la culata de una pistola cuando se presta a un peligro.

—¡Vamos pingó! ¡heih! ¡fuera! ¡firme, boleros! — gritaba el mayoral distribuyendo latigazos a derecha e izquierda cada vez que llegábamos a un barranco, y la diligencia pasaba a la disparada, dando tumbos violentos que nos hacían saltar a pesar de ir empaquetados como si fuéramos mercancía frágil.

El sol bañaba los campos reverberando sobre el pasto como si de la tierra saliese humo; la diligencia iba envuelta en una nube de polvo, y los caballos sudaban desde las orejas hasta las ranillas llenos de espuma allí donde les rozaban los arreos, abriendo tamañas narices para aspirar el poco aire que corría.

De un solo tirón nos hicimos seis leguas, deteniéndonos tan solo a la subida de los repechos, "pa dar un poco de resuello a estos mancarrones", decía el mayoral, y como cuadraba la casualidad de que siempre que parábamos era frente a una pulperia, él también tomaba, no sé si resuello, pero sí algo que se tomaba en vaso, y en seguida volvíamos a emprender la

¡Nunca lo hubiera dicho! Todo fué descubrir mi malhadada profesión y caerme encima veintiocho ojos, correspondientes a catorce caras, que me refistoleaban de arriba abajo.

Aquella debilidad mía fué como abrir una brecha en la muralla de una plaza sitiada, y por allí me entraron a la carga.

—¿Escríbe usted en *El Siglo*, en *La España*, en la...?

—Escríbo en *La Razón*.

¡Bombal me miraron entonces con cara más espantada, y hasta creo que alguno me observó por detrás para ver si tenía la cola del diablo.

¡Ah! dijo uno, ya le conozco a usted — usted es...

Y sin dejar concluir, para evitar más interrogatorios, le interrumpí diciendo:

—Eso es, si señor; soy Sansón Carrasco, servidor de ustedes.

—;Hijo de...?

—No señor, sobrino.

—Casado con la hija de...

—No señor; con una sobrina.

—;Y va usted a Minas?

—Si señor, a Minas.

—;Por la salud?

—No señor, por paseo.

—;Y qué dice usted de la situación, señor Carrasco? me preguntó uno que las echaba de político.

—No digo nada, le contesté. Me he recetado ocho días de abstinencia política, y usted me perdonará si no le contesto, porque estoy firmemente resuelto a cumplir mi propósito.

—Con que usted había sido el bachiller Carrasco...

—Sí señor, si usted no manda otra cosa.

Comprendí que estaba perdido. Tenía por delante doce leguas mortales, sin la defensa del incógnito que tan útil me había sido hasta allí para observar la campiña que íbamos recorriendo.

Entonces, como el viajero que apercibe sus armas cuando va a pasar una espesura, acudí yo a preparar las mías. El libro que tenía estaba todavía con las hojas plegadas, y me apresuré a abrirlas con un cuchillo desde el principio hasta el fin para que no llegase un momento en que me quedara en descubierto.

—;A bordo! ¡a bordo! gritó el mayoral golpeando las manos, y volvimos a empaquetarnos dentro de nuestro vehículo. Yo subí el primero, me coloqué en mi rincón, dirigí una última mirada a la sierra que sombreaba delante de mí, mostrándome ya algunos de sus detalles, y abrí mi libro, colocándolo a la altura de los ojos para conservarme a la defensiva.

—;Vamos! gritó el mayoral al cuarteador, y éste dió una media vuelta, empuñó la cuarta, y tomó el camino. Ibamos despacio, bajando las barrancas del arroyo que corría muy angosto sobre su lecho de arena. Cuando llegamos a la orilla el mayoral hizo chasquear el látigo, gritó: “¡heih! ¡tiren guapos! ¡firme boberos!” se oyó el chapaleo de los caballos en el agua, las ruedas despidieron rayos líquidos al girar rápidamente dentro del arroyo, y a todo

escape subimos la barranca opuesta, dando tumbos y barquinazos que hacían crujir el maderamen del vehículo, entre los gritos roncos del mayoral que azuzaba a las bestias para que repechasen la cuesta.

Normalizada la marcha al trote, volví a mi libro y empecé a devorarme las páginas, mientras a mi alrededor se entablaban conversaciones animadísimas sobre el precio de los ganados, la duración de la sequía, los destrozos de la langosta y otros tópicos de circunstancias. Mareaso con el tambaleo de la diligencia y con tener los ojos fijos sobre el libro, tuve forzosamente que dejar por un momento la lectura, y no bien levanté la vista, ya se me vino encima el viajero de última hora, a quien tanto miedo tenía desde que subió.

Me preguntó por mi familia hasta la cuarta generación, me contó cómo había sido él muy amigo de un mi tío a quien yo no conocí, me hizo saber que tenía relaciones con mi suegro, y con mi cuñado, y con mi concuñado, y una vez que concluyó con mi familia, iba ya a empezar con la suya; pero se tomó un momento para respirar, y ese momento lo aprovechó yo para engolfarme nuevamente en mi lectura, cubriéndome la cara con el libro.

Aquello era un duelo sin cuartel. Mi contrincante esgrimía la lengua y yo mi libro, cubriéndome, atajándome, haciendo fintas para no darle entrada, pero así que el cansancio o algún barquinazo me hacían abandonar mi posición ¡zas! ya se me venía a fondo, me atacaba sin descanso, y no me dejaba hasta que

yo no conseguía volver a restablecer mi sistema de defensa, abroquelándome con aquel libro salvador que la intuición del peligro me había puesto en las manos.

Nada vi desde Solís Chico hasta Solís del Medio. Cuando pasamos el arroyo, en seco casi, la diligencia se detuvo; habíamos llegado a la posta donde debíamos mudar de caballos.

Era la una del día. El sol caía a plomo, encandeciando la tierra y aplastando los pastos ruines que habían sobrevivido a la seca. Para dominar el paisaje subí a una pequeña altura, y desde allí ya pude divisar la sierra con todos sus accidentes. Ya no era aquella muralla compacta, azulada por las brumas matinales, que había visto desde las cuchillas de Toledo. Ahora se distinguían los cerros, y se veían las hondonadas sombreadas con los matorrales de espina de cruz, de chilca y de esas otras plantas de follaje oscuro que crecen entre las breñas. Mirando hacia Minas, veía a mi derecha la cordillera que nace en la costa del mar con el Pan de Azúcar y que cruza todo el territorio internándose en el Brasil.

—¿Ve usted ese cerro redondo que tenemos por delante, aislado de la cadena de la serranía? — me dijo un caballero que hacía el viaje en el pescante, y a quien tengo que agradecer la cortesía con que me trató.

—Sí, veo, le contesté.

—Pues nosotros vamos a pasar precisamente por el pie de ese cerro, que es el de Verdún. La abertura que se ve a la derecha es el abra de la Coronilla, y por la izquierda va el cami-

no real. De allí ya veremos el pueblo de Minas.

—Entonces ya estamos muy cerca, le dije.

—Le parece a usted. De aquí, de donde estamos, a ese cerro, hay por lo menos nueve leguas....

—De las que anduvo el diablo, interrumpió otro viajero, hombre graciosísimo y alegre, que salpicaba su conversación con cuentos y refranes, y conocía a medio mundo.

Aquí se armó una gran discusión, sobre si eran nueve u once las leguas que había de Solís del Medio a Verdún. El uno decía que de lo de la Sucia a lo de don Pedro, había tanto; de lo de don Pedro, a la cañada, cuanto; de la cañada a la pulperia del francés, esto; de la pulperia del arroyo, aquello; y así sacaba la cuenta minuciosamente, sin quitar ni poner una cuadra. Objetábale el otro que no había tal, porque no era cierto que de lo de fulano a lo de zutano hubiese tanto o cuanto, que aquello había sido medido a cordel cuando el pleito de doña Mengana con su padre; y así hubiera seguido la discusión, sabe Dios hasta cuando, si el mayoral no le hubiese dado un corte diciendo:

—A bordo, caballeros, que ya la mancarronada está pronta.

Volvimos todos a nuestros puestos, y yo a mi libro, dispuesto a defenderme con todo heroísmo. Me había caído a la mano un ejemplar de los *Cuadros Parisienses* de Federico de la Vega, y era por consiguiente divertida la lectura. Había allí pintados de mano maestra

muchos de los tipos que abundan en aquella gran ciudad, índice, por decirlo así, del mundo entero, donde se encuentran todos los rasgos que caracterizan a las diversas nacionalidades. Desgraciadamente no encontré retratado al hombre hablador, para verme siquiera vengado de aquél de quien venía defendiéndome hacia cinco horas, con grave perjuicio para el objeto de mi viaje, pues nada podía observar, temeroso de que en cuanto me sorprendiese sin mirar al libro, se me vendría al pelo, como efectivamente lo hizo dos o tres veces que intentó darme cuenta de las particularidades del panorama que tenía por delante.

Antes de llegar a Solís Grande, nos detuvimos en una nueva posta, y allí libre de mi adversario, pude observar detenidamente el paisaje.

Del otro lado del arroyo, que corría apenas a dos cuadras, empiezan ya los estribos de la sierra. El terreno está todo salpicado de hinchazones que van creciendo hasta convertirse en verdaderos cerros. Se ve que aquellas turberas son el resultado de los últimos esfuerzos del fuego interno que causó el immense descalabro de que es teatro aquella gran zona del territorio. Hay piedras grietadas, arrancadas de la profundidad y enclavadas en las cimas, como jalones que muestran hasta donde llegó el poder de la fuerzas de la naturaleza, convulsionadas en el seno de la tierra en la remota edad de las transformaciones plutónicas.

Todas las laderas están sembradas de guijarros sueltos, y en las hondonadas crecen arbustos deformes, raquílicos y nudosos, entrelazados con malezas espinosas. No verdean aquellos cerros como este nuestro cerro de Montevideo, siempre alfombrado de gramilla en verano y de trébol en invierno. Aquéllos son áridos, ásperos, llenos de jorobas y de huecos, erizados de peñascos, en cuyas puntas hacen equilibrios las águilas y los cuervos que anidan en las alturas inaccesibles.

Pero es más grandioso aquel espectáculo, por lo mismo que es más agreste. Hay sitios desde donde no se ve ni una sola casa en todo el radio que a la vista abarca; pero de trecho en trecho blanquea, por entre el abra que forman dos cerros, la población de alguna estancia, cobijándose en el valle contra las inclemencias y arideces de la sierra.

Ya estamos otra vez en viaje, y vamos apurando, porque son más de las tres y no es cosa de llegar a Minas de noche. El camino va subiendo, subiendo siempre, las lomas que hemos rehechado van quedando atrás y nos parecen llanuras. Cada cuchilla es como el peldaño de una gran escalera que conduce a la cima de la serranía.

—Éstos que se ven a la izquierda, — me dice uno de los viajeros, son los verdaderos cerros de Verdún. Ese que tenemos por delante es el cerro de Ibargoyen, conocido por el *Cerro de la Calera*, pero hay muchos que le llaman el Verdún y ya le va quedando ese nombre.

Parece que ya vamos a llegar al cerro, y sin embargo, cada vez que repechamos la colina que creímos la última, divisamos por delante otras y otras que nos separan de aquella gran mole de piedra y tierra.

El mayoral repite con demasiada frecuencia las paradas, “pa dar resuello a los mancarones” y siempre la resollada es frente a alguna pulperia. Los caballos respiran anhelosamente, palpitándoles con violencia los vacíos, gachas las orejas, el pescuezo agobiado, derrenadas las piernas, formando en derredor de cada vaso un charco con el sudor que gotea de cada pelo. El cuarteador enfila su caballo al viento para que aspire un poco de aire fresco, y él no toma más descanso que apoyar la pierna derecha en el estribo del lado de enlazar, y sujetarse con el muslo de la izquierda sobre los cojinillos del recado.

Por detrás de nosotros, todo el camino recorrido parece llano, pero, mirando hacia adelante, cree uno que todavía está en la llanura. El mayoral cambia las últimas chanzas con los pulperos, empina el vaso hasta las heces, se enjuaga el sudor que le baña el rostro y vuelve a ocupar su incómodo asiento sobre la tabla.

Es la última cuesta. Chasquea el látigo “¡vamos pingo! ¡tiren guapos! ¡firme bolero! ¡heik! ¡iyup!” y salen los caballos al galope, guiados por el cuarteador, que va haciendo *eses* en el camino para aliviar la fatiga del repecho. Es larga la subida. Ya los caballos no galopan; el mayoral menudea los latigazos, y se enroquece gritando a las bestias para animarlas: “¡firme,

yegua! ¡tira, rosillo! ¡vivo, malacara! ¡vamos! ¡yup! ¡yup! ¡firme!" y así, entre gritos, latigazos y recuarteadas, llegamos a la cima.

¡Todo un paisaje se abre por delante! Es el valle verde, risueño, vestido de árboles, serpenteado de arroyos, rodeado con un marco de cerros, y en el centro, blanqueando, la villa de Minas, con sus casas doradas por los rayos tendidos del sol poniente, dominadas todas ellas por el molino de viento de Ladoz, que se levanta en la parte más elevada de la población, con sus grandes aspas abiertas como los brazos de una cruz, no de esa cruz en cuyo nombre se mata y se persigue, sino de la cruz del trabajo, que redime al hombre de la esclavitud de la miseria, y le hace libre mediante sus propias fuerzas, sin necesidad de intermediarios que holgazaneen a costa del sudor ajeno.

A lo lejos se divisan los acantilados de Arequita, los conos simétricos de los *Campaneros*, y en todo lo que la vista abarca, no se ven más que cerros y cerros, que semejan un mar encrespado de olas gigantescas. Saco la cabeza por la ventanilla para mirar hacia la derecha, y me encuentro con la inmensa mole del *Verdún* que está ahí, sobre nosotros, tapándonos todo el paisaje de aquel costado.

Ya están oreados los caballos y emprendemos la marcha, que es fácil ahora, pues sólo se trata de bajar. Antes de llegar al pueblo topamos con el arroyo de *La Plata*, así llamado porqué, según los antiguos, arrastraban plata sus arenas. Allí está el molino de agua

de Ladoz, vasto establecimiento del cual me ocuparé detenidamente en otro artículo.

A pocas cuadras se pasa otro arroyuelo, y cuando parecen salvados todos los obstáculos para llegar al pueblo, se encuentra todavía el arroyo San Francisco, franjeado de sauces, que corre ahora manso y pobre, pero que, en invierno, enriquecido con las aguas que le llegan de toda aquella inmensa cuenca, se transforma en un verdadero torrente que corta el paso durante varios días.

Ya hemos llegado. La diligencia se detiene frente al Hotel Francés, y allí me apeo, encontrándome a los pocos momentos rodeado de amigos que me agasajan de todas maneras. Uno de ellos se empeña en que he de ocupar su casa, y agotados todos mis argumentos sobre incomodidades y trastornos, me dejó convencer y me encuentro soberbiamente instalado en una pieza amueblada hasta con coquetería. Inútil creo decir que para nada echo de menos mi cuarto del Hotel Francés. La cama que en éste me tenían destinada encerraba para mí más misterios que una esfinge. Por no descifrarlos, opto, pues, por la del generoso amigo que me ofrece la suya.

—Mañana, vamos a Arequita.

—Pasado, iremos a Verdún.

—Quiero que venga conmigo al Campanero.

—¿Y? ¿cómo ha quedado aquello? — me pregunta uno después de haber proyectado todos los paseos imaginables.

—¿Aquellos? Ha quedado muy bien, mis amigos; y para evitar más preguntas de ese género, agregué:

—Han de saber ustedes que me he recetado ocho días de abstinencia política, y no pienso en otra cosa que en hartarme de cerros, con que...

¡Mañana a Arequita!

Marzo, 16 de 1883.

MINAS

ASPECTO GENERAL — LA PLAZA — LA JEFATURA
—LA IGLESIA — ESCUDERO Y SU TEATRO — UN
CUENTO DE CARMONA — MONSIEUR AUGUSTE

Ya conté cómo había llegado a Minas, y como, a poco de llegado, había ya proyectado todos los paseos imaginables por los alrededores del pueblo.

No se cumplió, sin embargo, el programa tal como se había organizado. Al día siguiente de mi llegada, en vez de ir a Arequita, como estaba convenido, sólo me ocupé en conocer el pueblo y darme una idea del paisaje que lo circundaba. Cansado del viaje y rendido del madrugón del día anterior me apretó el sueño y sólo a las ocho de la mañana di señales de vida, gracias a un chiquillo que se me presentó con un mate y que tuvo que llamarle repetidas veces para que yo me arrancara de los brazos de... no te tapes los ojos, lectora, que no hay por qué ruborizarse, pues has de saber que esto de los brazos es puramente una metáfora mitológica. Era Morfeo, quien me tenía tan

estrechamente abrazado. Y dejando de lado las metáforas y la mitología, dire sencillamente que me desperté, como se despiertan generalmente los mortales, esto es, entreabriendo los ojos y volviéndolos a cerrar lastimados por la luz, estirando los brazos, y dando dos o tres bostezos.

Tomé mi mate, me tiré de la cama, y en diez minutos ya estaba yo en la calle, aspirando aquel aire fresco y puro. Había exceso de claridad para mi vista, acostumbrada a las sombras de la ciudad. En el cielo azul no había más mancha que la del sol, que se derramaba en chorros de luz bañando los cerros y las casas, en cuyas paredes blancas rebotaban despidiendo reflejos deslumbradores. La calle, prolijamente macadamizada, se prolonga en una extensión de doce o quince cuadras, hasta morir en una loma coronada por los Corrales de Abasto.

A mi derecha se veía el cerro de la Guardia, cuchilla altísima cuya cima es una explanada. Llámasele *de la Guardia* porque allí se sitúan en tiempo de guerra las avanzadas de las fuerzas del pueblo, dominando desde aquella altura una gran extensión. A la izquierda aparecía la punta aguda del cerro de Lavalleja, así llamado por haber pertenecido al Jefe de los Treinta y Tres; y al frente se destaca el *Cerro del Negro*, muy empinado y escabroso, terminado en un hacinamiento de peñascos inaccesibles. Cuenta la tradición que, allá por los tiempos de Mari-Castaña, se encontró en ese cerro un negro que vivía entre aquellas breñas,

esclavo prófugo que prefería hacer aquella vida salvaje antes que someterse al látigo de su amo, y de ahí le quedó el nombre al Cerro, que es uno de los más pintorescos que rodean a Minas.

Terminada la observación del paisaje que desde la puerta de mi casa podía abarcar, eché a andar, acompañado del solícito amigo que con tanta galantería me había cedido su alcoba. Fuimos a la plaza, que es, por cierto, una de las más bellas que conozco; un verdadero jardín adornado con plantas de mérito, cómodos y elegantes bancos, calles perfectamente enarenadas, y en el centro una estatua sobre un pedestal cuadrado, en cuyas caras se leen inscripciones que explican cuándo, por qué y por quién, se construyó aquel monumento.

Daba yo vueltas y vueltas en torno de la estatua examinándola en sus más mínimos detalles, e intrigado mi compañero con aquella prolífica observación, me preguntó:

—¿Qué es lo que tanto le llama la atención?

—Nada. Lo único que deseo es verle las manos.

Aquí mi compañero se sonrió, y comprendiendo lo que motivaba mi curiosidad, me dijo:

—Ya se lo amputaron.

Entonces fui yo quien solté una carcajada. Aquel término anatómico aplicado a una estatua era una ocurrencia graciosísima. Y para que el lector pueda darse cuenta de lo que se trataba, lo explicaré en breves palabras. Es el caso que el escultor a quien se encomendó la construcción de la estatua, era un hombre

o muy excéntrico, o tan ignorante que no sabía cuantos dedos tenía en la mano. Esto es que, terminada la estatua y colocada sobre su pedestal después de las ceremonias de estilo, se descubrió que tenía seis dedos en una mano.

Yo había leído este curioso detalle en una interesantísima reseña que hizo el doctor Rappaz de una excursión a Minas, y confieso que siempre me había quedado la duda de que lo del sexto dedo fuese un aditamento inventado por la travesura característica de *De Montheolo*; pero, ante el testimonio de cien vecinos, me he convencido de que el fenómeno existió en realidad, y no un día ni dos, sino por espacio de largo tiempo, hasta que la autoridad, según la expresión oportuna de mi acompañante, mandó *amputar* aquel dedo intruso, operación para la cual no fué necesario ni bisturí, ni sierra, ni ligadura de arterias, sino que bastó una simple cucharada de albanil y un poco de argamasa para remendar el desperfecto. Y contábame mi amigo, que con tanta facilidad se practicó la operación, que el amputado no tuvo ni un momento de fiebre....

En el costado este de la plaza está la Jefatura de Policía, edificio elegante y hasta lujoso, el mejor tal vez de todos los de la República después del de la capital. La construcción es sólida y esbelta, la gran puerta que da a la plaza es primorosamente tallada, y todo el edificio, hasta en sus últimas dependencias, ha sido perfectamente concluido.

Al lado de la Jefatura está la iglesia; pobre, raquítica, mezquina; un rancho techado de teja, sin atrio ni torre, lo que prueba que el vecindario de Minas es más sensato que otros que han gastado ingentes sumas en la construcción de templos, y mientras tanto no tienen calles, ni plazas, ni oficinas públicas, ni nada, en fin, de lo que es mil veces más necesario a la población que una iglesia.

Se ha tratado, en Minas, de edificar un gran templo, y efectivamente se ven a media cuadra de la plaza algunas paredes a medio hacer, trozos de columnas y otros arranques que en breve no serán más que montones de escombros, como que ya los vecinos llaman a aquello: *las ruinas de la iglesia nueva*.

Parece que los dineros que se recolectaron con aquel objeto se evaporaron por arte de magia, y los donantes quedaron desde entonces escamados. En cambio, a falta de iglesia, el señor teniente-cura tiene una espléndida granja en los suburbios del pueblo, y... vágase lo uno por lo otro.

De la Plaza, pasamos a ver el teatro: una bonita sala, con dos órdenes de palcos muy espaciosos, platea amplia, un escenario regular, todo muy bien pintado y arreglado con gusto.

Dejóme por un instante mi compañero, y yo quedé solo con el propietario, un señor Escudero, muy amable y muy atento, dueño también del Café y Confitería Oriental, contiguo al teatro.

Me contó el señor Escudero cómo, quién y cuándo inauguró el teatro, cuántas luces tenía, la capacidad, que es para seiscientas personas sentadas, y otras mil particularidades. Quiso que viese todo, y todo lo vi, y todo lo toqué, acompañado siempre de sus observaciones y comentarios; y cuando hube visto todo, y todo tocado, me invitó a que inspeccionase los palcos altos.

Ya los veo, — le dije.

—Sí: pero hágame el favor de subir para ver la comodidad que tienen, — me contestó, agregando: yo no lo acompañó porque tengo esta pierna recalcada y no puedo subir escaleras.

Por complacerle, subí a los palcos altos, entré en uno de los de la ochava, y sospechando que la explicación iba a ser larga, tomé asiento en una silla delantera. La escena era como para copiarla. El teatro representaba un desierto, sin más pobladores que yo, muy sentado en mi palco, y Escudero, que desde el centro de la platea me daba sus explicaciones.

—Esto me cuesta un dineral, — me decía, y lo que es el beneficio, todavía está por verse. He hecho venir pintores de Montevideo, para pintar las decoraciones, y tengo las necesarias para representar dramas, comedias, tragedias, óperas, zarzuelas y todo cuanto se quiera. Ahora le voy a mostrar.

Y diciendo y haciendo, se fué al proscenio y dejó caer el telón.

La escena se hacía cada vez más interesante. Ya no quedaba en el teatro más que yo. Escu-

dero, oculto tras el telón, hablaba como un eco lejano:

—¡Si supiera usted los dolores de cabeza que me ha dado este bendito teatro! Yo tengo que correr con todo para que ande corriente, y después de toda esa fatiga, sólo cobro el quince por ciento de las entradas de boletería cuando hay función, así es que la noche que se hacen doscientos pesos, yo no saco más que treinta por alquiler del teatro, luces, decoraciones, y todo lo demás.

Concluido este discurso sin que yo viera al orador, se levantó nuevamente el telón, y apareció en medio de la escena Escudero, en mangas de camisa, con zapatillas, y un sombrero gacho. Yo, firme en mi palco, seguía escuchando.

—Esta decoración, como usted ve, — seguía diciendo el propietario, representa una alcoba y sirve también para sala poniéndole una mesa y un sitial que tengo ahí adentro. ¿Quiere que se lo muestre?

—No; no se incomode usted. Ya comprendo.

—Voy entonces a mostrarle otra decoración, — dijo Escudero, algo contrariado por no haber yo aceptado la oferta del sitial, y se metió entre bastidores. Levantóse la tela que representaba la alcoba, apareció otra que remedaba un bosque, y en medio del bosque, Escudero, firme, impertérrito, dispuesto a no omitirme un solo detalle de su retablo.

Pero, cuando iba a continuar sus explicaciones, resonó en el teatro una estrepitosa carcajada. Era mi amigo, que de vuelta ya, no

había podido contenerse ante la graciosísima escena que entre Escudero y yo representábamos, él muy serio, como un general en el campo de batalla, indicando todas las posiciones, y yo muy grave, sentado en mi palco, oyéndole como si cantase Gayarre o declamase Salvini.

¡Oh! y de seguro que si mi compañero no vuelve tan pronto, no me deja salir Escudero sin declamarme un trozo de *Don Juan Tenorio* o cantarme algunas coplas de *Don Simón*, para mostrarme más a lo vivo lo que era el teatro, *su teatro*, como dice él a boca llena, a quien quiere más que si fuere el hijo de sus entrañas.

¡Y cómo lo cuida! No se ve una basurita en toda la sala, ni una tela de araña, ni una mosca. Si las pinturas y los dorados se deterioran, no ha de ser seguramente por falta de cuidado, sino por sobra. Lo que el tiempo no destruye, lo gastarán las escobas y los plumeros, tal es la prolijidad y constancia con que aquel solícito dueño vela por su hacienda.

Interrumpido, pues, por la carcajada de mi amigo, no pudo seguir Escudero en sus minuciosas explicaciones, pero no dejó de hacerme saber que tenía todavía otra decoración de calle y otra más, que me mostraría cuando tuviese ocasión.

Mucho le debe el pueblo de Minas al señor Escudero, pues gracias a él cuenta con aquella bonita sala para espectáculos y bailes, pero no le arriendo las ganancias al propietario. Él sabe que aquello es para él un elefante blanco; a quien tiene que mantener so pena de que un día u otro no sirva más que para granero.

Escudero, sin embargo, se da por bien pagado con ser y llamarse dueño del teatro, y a buen seguro que deje él pasar oportunidad de hacerlo saber; y aquí viene bien una anécdota, que me contó el travieso Carmona, por cuya razón no me atrevo a servírsela a mis lectores como moneda de buena ley.

Cuenta el gracioso tuerto que una noche, en Minas, se hacía no sé qué comedia o drama, y estaban todas las familias en los palcos, y Escudero en uno de ellos con la suya, cuando cata aquí que una de las lámparas de kerosene que iluminan el teatro empieza a echar humo y a poner negro el tubo.

Escudero ya no oía ni veía la representación. Tenía todos sus sentidos reconcentrados en aquella maldita lámpara que afeaba la sala, y cuyo humo podía perjudicar a las pinturas del techo. Tanto dió y temó el propietario en la cosa, que al fin no pudo contenerse; se levantó del palco, y atravesando por entre toda la concurrencia, apagó la lámpara rebelde, le sacó el tubo, y salió lo más orondo en medio de los aplausos del público que festejaba aquel acto de Escudero, propio de un propietario que mira por la decencia de su casa.

Terminada mi visita al teatro, que me había tomado una hora larga, recorrió las principales calles del pueblo, sorprendiéndome lo bien cuidadas que están, todas macadamizadas, con buenas veredas y limpias.

La población de Minas está muy concentrada. No se ven allí, como en otros pueblos, esos huecos y terrenos baldíos que tanto afean las

calles. Hay casas muy buenas, y sólo allá en los suburbios se ve uno que otro rancho, y esos mismos blanqueados, lo cual hace que la villa presente un lindo aspecto de donde quiera que se la mire, risueña, alegre, descollando por sobre las paredes los penachos verdes de los árboles que dan sombra a los patios, debiendo citarse entre esos árboles dos naranjos que crecen en el gran patio del Hotel Francés, notable por su frondosidad y elevación, y cuyos recios troncos revelan una respetable anciانidad.

Ya es hora de almorzar.

—Monsieur Auguste! sáquennos una mesa aquí, bajo el emparrado y ¡vivo con el almuerzo!

Monsieur Auguste es el más servicial de los hoteleros que conozco, y al mismo tiempo un habilísimo cocinero: un verdadero *cordon-bleu* modestamente oculto entre los cerros de Minas.

Y a propósito de cerros ¿en qué quedó el paseo de Arequita? preguntará el lector.

Mañana, mañana sin falta vamos allá; hoy me ha sido imposible porque, la verdad..... no contaba con la descripción teatral del progresista señor Escudero.

Marzo, 22 de 1883.

AREQUITA

A LAS SIETE! — LOS CABALLOS DE FRANÇOIS — LOS NERVIOS DE LENZI — LOS MÚSICOS DE LA LEGUA — EL FACON DE BRUS — LA CUEVA — EL PAIS DE LOS MURCIÉLAGOS — LA HAZAÑA DE CARBALLIDO.

La noche antes habíamos quedado ya convividos en la hora a que debíamos partir los del paseo a Arequita, que éramos cinco: Don Domingo Lenzi, don Eduardo Torres, español, avecindado de años atrás en Minas, donde desempeñó el cargo de Vice-Cónsul de España, don Angel Brus, compatriota nuestro, oriundo de la localidad, y don Sebastián Torres, director y redactor de *El Clamor Públíco*, diario independiente que ha prestado decidido concurso a la buena causa. El quinto paseante era, lector, éste tu seguro servidor, que besa tus manos y pasa a contarte lo que vió, oyó, e hizo en aquella memorable jornada.

A las siete en punto saldremos del pueblo, había dicho el director del paseo la noche antes, y efectivamente, a las nueve, ya estábamos

dentro del vehículo que nos había de conducir al famoso cerro. Aquello era apenas un retraso de dos horas que no había para qué tomar en cuenta.

Ninguna de las clasificaciones especiales que hay para designar las diversas clases de vehículos, convenía al nuestro. No era ni breck, ni jardinería, ni diligencia, ni carretela, pero tenía de todo un poco: era el eclecticismo en materia de medios de locomoción. Tiraban de él cuatro caballos, descendientes de *Rocinante* en línea recta, a juzgar por la flacura de cada uno de ellos, y confieso que tuve mis escrúpulos de recargar con mi peso a aquellas pobres bestias, que no podían con el cuero.

François, que era el cochero, un buen hombre, gordo como todos los hombres buenos, me garantió que los caballos estaban en perfecto estado y que con ellos podríamos ir hasta el Brasil. A pesar de mis dudas, el hecho es que los mancarrones arrancaron, y al trotar cruzamos las calles de Minas, haciendo entreabrir algunas ventanas y asomar a las puertas algunas cabezas, atraídas por la curiosidad de ver la comitiva, cuvo viaje había sido más cacareado que huevo fresco.

La mañana era espléndida. Azul el cielo, el valle alegre, el aire fresco: todo convidaba a divertirse. Saliendo de las orillas del pueblo, el camino es escarpado y difícil en varios puntos, pero a poco andar el terreno se allana y el camino se hace más soportable. De vez en cuando, Lenzi y yo, que somos los nerviosos de la caravana, recomendamos a François que

tenga mucho cuidado en los pasos. Brus se ríe, y desde dentro del vehiculo grita a los caballos para que se apuren; pero Lenzi va en el pesante, al lado del cochero, velando por si y por sus compañeros, así es que no hay peligro de un vuelco. Cuando el carroaje se incuna hacia la derecha, Lenzi y yo le hacemos contrapeso sobre la izquierda, con gran jarana de los otros, que se rien de nuestras precauciones.

Lenzi se amosca un poco con las bromas, pero yo le sosiego, diciéndole:

—Déjelos, compañero; hombre prevenido vale por dos, y lo que es nosotros cumplimos con nuestro deber al velar por la integridad de nuestras costillas.

Ya hemos andado una legua. Atrás queda el pueblo, con sus casitas blancas, capitaneadas por el molino de viento de Ladoz, cuyas aspas voltean lentamente, impulsadas por la débil brisa que sopla. A la izquierda se levanta el Cerro del Negro, con su mota de piedras apiñadas sobre la cima, y a su pie corre el San Francisco, escamadas de plata sus aguas que retratan a los sauces y talas que crecen en sus orillas.

A la derecha se ve un cerrito precioso, muy redondo, el más cercano al pueblo, en cuya falda mueren las tapias del cementerio. Líamase aquel cerrito de la Filarmónica, y cuenta la historia que el nombre le viene de haber sido, allá por los años cuarenta y tantos, punto de reunión de varios jóvenes que habían organizado una sociedad musical en la que figuraban Santiago Boada, Guillermo Bonilla, Ra-

món Matta, Ángel y Pedro Pico, Timoteo Rodríguez, Jorge Carballo, Eulogio Ladereche y varios otros, todos vecinos de la villa, gente alegre y dispuesta siempre a divertirse. Este tocaba el violín, aquél soplaba el clarinete, el otro manejaba el fagot, cual empuñaba el trombón, tal pitaba en la flauta, y hasta no faltaba quién hiciese retumbar el bombo, tarea que creo estaba a cargo del señor Ladereche, hoy respetable y estimado hacendado del departamento.

Por qué iban los filarmónicos minuanos a ensayar al cerrito, es cosa que nadie ha querido contarme, pero fácilmente se comprende que aquel alejamiento era impuesto por el vecindario, al cual le sería insoportable la algarabía que armaban en los ensayos aquellos devotos de Euterpe.

El hecho es que ensayaban en el cerrito, y cuentan las crónicas que no quedó en todos aquellos contornos ni un lagarto ni una víbora, espantadas todas las alimañas y sabandijas con la barahunda que allí metían los músicos, a quienes podría llamarse los músicos de la legua... por el hecho de ejercitarse a una legua del pueblo. Pero no se crea que los desterrados al Cerro lo pasaban del todo mal, pues, so pretexto de hacer oír lo que ensayaban, llevaban allí a todas las familias del pueblo, y con ese motivo se bailaba a más y mejor sobre la verde alfombra de pasto que tapiza aquella verde colina.

Mientras les he contado esto, hemos adelantado mucho camino. El Cerro de la Filar-

mónica lo hemos perdido ya de vista, quedando oculto tras de otros cerros, y sólo se ve por delante la mole de Arequita, con sus paredes a plomo, cerniéndose sobre la cima una bandada de golondrinas.

—¿Qué golondrinas? — me pregunta Brus.

—Esas que andan volando sobre el Cerro.

—Pues Dios le libre de las garras de esas golondrinas.

—¿Cómo? ¿tienen garras?

—¡Ya lo creo! como que son águilas, y ca-ranchos....

Aquello me descorazonó, pues, si las águilas me parecían golondrinas, debíamos estar todavía muy distante de Arequita, y yo creía que apenas nos separaban diez cuadras del Cerro. ¡Faltaba todavía una legua y media...!

Los caballos de François ya no trotaban con el brío que mostraban al salir del pueblo. El cochero tenía que menudear los latigazos para hacerles mantener el tiro, y aún así, no se apuraban mucho aquellas osamentas ambulantes. Parecían sordos de lomo, pues maldito si los mancarrones se daban por entendidos del vepuleo que les llovía. ¡Así estarían de curtidos...! Brus, desde adentro del carroaje, apostrofaba a las bestias con todos los gritos inventados para hacerlas andar más de prisa: "¡vamos, pingo! ¡hep! ¡hep! ¡yup! ¡firmel! ¡fir-me! ¡tiren, valientes! ¡je, je, je! ¡arriba mancarrones!"

Los caballos sacudían las orejas y seguían al trotecito, sin importárselas gran cosa de los discursos que se les dirigían. Delante galopaba

un muchachón de unos quince años, hijo de François, que simulaba hacer de cuarteador para engañar a los pobres rocines. A medida que avanzábamos, se ofrecía a nuestra vista un nuevo panorama: ahora se veían los *Campaneros*, los cerros del *Penitente*, así llamados porque corona uno de ellos un grupo de piedras que de lejos semejan un fraile arrodillado; y el de Arequita, o más bien dicho, los de Arequita, pues dos son los cerros que llevan el mismo nombre, idéntico el uno al otro, del mismo corte, y de igual altura.

Estábamos en pleno terreno plutónico. Miles de años atrás, debió arder toda aquella zona quemada por el fuego interno, haciendo volar aquellas piedras que van enterrándose por su propio peso, pero que bien se echa de ver fueron desarraigadas de sus naturales cimientos en la terrible convulsión que trastornó la comarca que recorriamos.

Por fin llegamos al pie del Cerro, interrumpiendo el almuerzo de unos doscientos cuervos que picoteaban no sé qué en el suelo, y que al acercarnos con el carroaje no hicieron más que abrirse para darnos paso, sin que uno solo tomase el vuelo. Se retiraron dando saltos y abriendo las alas, pero así que pasamos volvieron a reunirse para continuar su desayuno. Noté con extrañeza que el carroaje se detenía precisamente frente a los acantilados del Cerro, donde era imposible toda ascensión, pero me explicaron los compañeros que por allí era por donde se llegaba a la gruta. Bajamos todos y nos pusimos en marcha ascendente hacia la

montaña, que aparecía imponente con su inmensa mole de piedra cortada a pico, tapizadas las paredes con las más variadas especies del género de las bromelias, particularmente de las llamadas *claveles del aire*, con sus largas hojas de un verde ceniciente.

Capitaneaba la caravana el atlético Brus, armada la diestra de un gran facón, para abrir paso por entre las malezas que cierran el camino, y seguimos todos en fila india, agachándonos para evitar las espinas de los talas raquílicos que crecen entre las breñas. Poco antes de llegar a la entrada de la gruta me llamó la atención un magnífico *evónimus*, arbusto cuyo nombre indígena no conozco, y a pesar de ser planta que se cultiva en nuestros jardines, nunca he visto un ejemplar tan bello y frondoso como aquél que vegeta allí entre piedras, ajeno al cuidado del hombre.

— ¿Trae las velas? — dice Brus.

— Aquí están, — contesta Lenzi.

Aquella pregunta y aquella respuesta me intrigaron un poco, porque no me daba mucha cuenta del objeto que tendrían allí las velas, a las diez de la mañana de un día espléndido, iluminado por un sol que hería la vista.

Después de subir una cuesta bastante pendiente, llegamos a la raíz de la roca que se levanta perpendicularmente, y allí descubrí una abertura que permitía la entrada. En el fondo de la abertura se ve una lápida de mármol que dice:

GRUTA COLÓN DESCUBIERTA POR
 P. CARBALLIDO, ARREGLADA E
 INAUGURADA POR LOS "AMIGOS
 DEL PROGRESO" EL DIA 6 DE
 NOVIEMBRE DE 1874

Entramos en aquel zaguán estrecho, y confieso que sentí cierta emoción al mirar hacia arriba. La roca, partida por el medio, se levanta formando dos paredes que por lo menos tienen cincuenta varas de altura. Una de ellas está inclinada y parece que va a desplomarse de un momento a otro vencida por su propio peso. No hay que tener profundos conocimientos geológicos para comprender que aquella abertura ha sido hecha por una erupción. Se ven las paredes lamidas por las llamaradas que vomitaron los antros subterráneos, y todo en derredor está sembrado de escorias idénticas a éas que se ven en las fundiciones. Que la roca fué partida es un hecho que se comprueba a la simple vista. Si fuese posible juntar los dos trozos que separa la abertura, encajarían exactamente, pues se ve que las prominencias de uno de los lados, corresponden a las abolladuras del otro.

Sí; por allí salió el fuego que germinaba en las entrañas de la tierra, dislocando todo lo que encontró a su paso, abriéndose camino dentro de la roca viva, para dar salida a las materias inflamadas que rebosaban en los profundos senos de aquella región, dormida hoy en medio del silencio de las soledades, pero que otrora atronó los aires con los alaridos

rugientes proferidos por la naturaleza en el laborioso aborto del monstruo de fuego que devoraba sus entrañas.

Es imponente la entrada en aquella abertura. De un lado y otro, las altas moles de roca cortadas a pico, dejando ver allá arriba un pedazo de cielo azul, manchado, de vez en cuando, por la silueta negra de un cuervo que vuela en espiral; al fondo del zaguán, la pared del cerro, blanqueada con el guano de las águilas que desde siglos atrás se posan en los picos salientes de la roca; y por entre la hendidura de aquellas elevadas murallas, se ve una tira de paisaje: una cadena de cerros que suben y bajan hasta perderse entre las brumas doradas del naciente.

Y ahora, visto ya lo de fuera, es necesario ver lo de dentro. Hay que bajar por una senda pendiente y escabrosa, en la que se han mal tallado unos escalones que facilitan el descenso. De repente, el sendero hace un codo y se interna en las profundidades, donde apenas llega la luz del día. A aquella altura es ya necesario encender las velas. Yo me detuve un instante para ver lo que me rodeaba. Delante de todos iba Brus, con su facón en una mano y en la otra una vela, despejando el camino y haciendo de guía. Tras de él iba don Eduardo Torres, que aunque viejo tiene todavía buenas piernas para este género de aventuras; en seguida venía yo, todo desconfiado, registrando el suelo con la vela para ver donde pisaba, y cerraba la marcha Sebastián Torres, que al mirarle a la luz amarillenta de la vela que lle-

vaba en la mano, parecía un espectro, flaco y paudo, con los ojos muy abiertos y queriendo salirse de la cara. En cuanto a Lenzi, había quedado arriba, porque, según él, ya estaba harto de grutas, y sus nervios se resentían de la pesadez con que se respira en aquel pozo.

—¡Por aquí! —dijo una voz que parecía salir de una caverna. Era Brus que había llegado ya a la boca de la gruta. Entró él primero, y tras de él fuimos entrando uno a uno, agachándonos para meternos por el agujero de entrada. Al principio no veía nada más que las cuatro luces de las velas que cada uno llevaba en la mano. Pero si no veía, en cambio oía, y no por cierto rosas ni jazmínes, sino algo que me disgustaba bastante. Respiraba allí una atmósfera acre, amoniacial, saturada de humedad. La oscuridad era absoluta. Nunca, en todos los días de mi vida, me he encontrado entre tinieblas tan densas como las que me rodeaban. El cuarto más herméticamente cerrado en la noche más tenebrosa, no da todavía una idea de la lobreguez que reina en aquella cueva de Arequita.

Poco a poco fui acostumbrando la vista a la luz de las velas, y empecé a darme cuenta del sitio en que me encontraba. La cueva es de forma circular, cubierta con una bóveda cuyos extremos descansan en el suelo. El piso es blando, formado al parecer de cenizas, sembrado todo de cascajo y piedra sueltas. En el centro de la bóveda hay una filtración de agua, que se recoge en una tina colocada allí no sé por quién. Quise tomar de aquella agua, pero tenía un

sabor tan repugnante que no pude tragar ni un bueche, a pesar de que Brus me porfiaba que era la más cristalina y fresca que había bebido en su vida. No pongo en duda lo del cristal y lo de la frescura, pero, lo que es el gusto, declaro que no me cuela.

Pensando estaba yo lo que sería aquella cueva, y hasta se me antojaba que bien podría ser un cráter apagado, cuando sentí que por los oídos me zumbaba algo que pasaba rápidamente. Al principio no hice caso, pero, viendo que los zumbidos menudeaban y que por la vaga claridad de las velas cruzaban sombras fugitivas, pregunté qué diablos era aquello.

—Estos son los dueños de casa, —me dijo don Eduardo Torres.

—Tanto gusto en conocerles, —contesté. Pero ¿quién es son ellos?

—Véalos. —me dijo Brus, que se había trepado a una eminencia del piso y desde allí iluminaba el techo con una vela en cada mano.

—Horror! Había cien, mil, diez mil... ¡qué sé yo!.... tal vez un millón de murciélagos. aviñados los unos sobre los otros, formando una espesa masa movediza, que chillaba al ver profanada su negra mansión por los destellos de la luz. Todos los nervios se me crisparon sólo al hacerme la idea de que aquellas alimañas pudieran rozarme con sus alas cartilaginosas, frías y blancuzcas como la mano de un muerto.

Y no estaba muy lejos de que eso sucediese, porque, turbados los murciélagos en su lóbrego reposo, empezaban a revolotear por

docenas en torno de las velas, cuando, para completar la gracia, Sebastián Torres tuvo la humorada de tirar una piedra a lo más espeso del cardumen. Aquí fué el caer de ratones alados y el desbandarse por la cueva, lanzando chirridos estridentes. Brus se reía a carcajada tendida; don Eduardo le hacía coro, familiarizado ya con aquella gracia clásica de todos los paseantes a la gruta; el otro Torres estaba clavado en su rincón, gozando con el resultado de su inoportuna pedrada, y yo, espantado por la avalancha, agitaba desesperadamente los brazos para defenderme contra todo contacto de aquellos bichos asquerosos, sin atreverme a dar un paso, porque no veía ni el más leve vestigio de la salida.

Por fin Brus tomó la delantera, y baqueano dentro de aquella obscuridad como si fuese en pleno día, fué derecho al agujero por donde habíamos entrado. Yo fui tras de él, pero al llegar al boquete retiré vivamente la cabeza, porque los murciélagos habían ganado la entrada y revoloteaban allí hechos unos demonios, pasándose por las narices como flechas disparadas. Cerré los ojos y atropellé, guiado por la mano de Brus que solicitamente me servía de lazariño. Cuando los abrí nuevamente me encontre en una vaga claridad, y tanteando las paredes empecé a subir por aquella pendiente áspera y pedregosa, que iba poco a poco iluminándose a medida que subíamos a la superficie. Cuando llegué a la cima, y vi el sol, y el campo verde, y respiré aquél aire puro, me pareció que resucitaba. Con la boca

abierta y las narices dilatadas, aspiraba aquel ambiente impregnado de luz, de colores, de perfumes, con la misma avidez y entusiasmo con que debe aspirarlo el hombre que, enterrado vivo, ha logrado romper la tapa del ataúd que lo encerraba.

Vuelto en mí de aquel rapto de alegría al verme nuevamente en el mundo de los vivos, divisé a Lenzi que, sentado filosóficamente sobre una piedra, nos aguardaba. Fui hacia él y le estreché largamente la mano, como diciéndole: "Comprendo su horror a la cueva. Yo tampoco volveré a entrar."

¡Ah! ¡y de seguro que no vuelvo! Aunque me convidasen a hacer una excursión a la cueva acompañado de niñas, como ha sucedido ya más de una vez, llegándose hasta decir que han bailado allí dentro, no volvería.

¡Qué esperanza!

Aquella debe ser la patria de los murciélagos. Seguramente que allí han nacido todos los que vuelan entre dos luces en todos los ámbitos de la república.

¿Cómo fué a descubrir aquella gruta don Pedro Carballido? Es algo que yo no me explico. Parece que una tarde del año 74 andaba por allí ese señor, acompañado de un amigo, buscando minerales, y de repente topó con la abertura de la piedra, que estaba escondida tras de los matorrales que crecen en aquellas breñas. Al llegar al extremo del zaguán, vió un agujero profundo, e intrigado con aquello, trató de bajar, pero se lo impidió el amigo arugéndole que no era prudente aventurarse en

aquella sima, cuya profundidad no se conocía. Carballido cedió a las instancias de su amigo, pero no cejó en su propósito de investigar lo que era aquel pozo, y tan no cejó, que volvió al día siguiente, acompañado de otras personas, provisto de hachas, cuerdas y lazos para lo que pudiera ofrecerse. Llegado a la boca del agujero, Carballido se ató el cuerpo con un lazo, cuyo extremo confió a las personas que le acompañaban, y, bien armado, con el corazón bien puesto, empezó el descenso, a semejanza de don Quijote cuando bajó a la encantada cueva de Montesinos.

Aflojaron lazo y lazo los de arriba, y de repente notaron que ya no pesaba el cuerpo del atrevido explorador. Más de media hora esperaron, temerosos por la suerte del amigo, y cuando ya les agitaba la zozobra de una desgracia, volvieron a oír la voz de Carballido que pedía le ayudasen a subir. Reunido con sus amigos, les contó cómo, después de bajar unas diez varas, había encontrado en las paredes del pozo un boquete por donde apenas podía entrar arrastrándose, pero que a pesar de la dificultad había logrado penetrar, y encendiendo un fósforo había visto con sorpresa que aquello era una gruta bastante extensa, sin más salida que el agujero por donde él había entrado.

No encontró, por cierto, como el valeroso manchego, aquellos castillos de márfil y diamantes que vió en la cueva de Montesinos, ni salieron a recibírle doncellas jinetas en blancas hacaneas, ni dueñas cuidaron de él, ni le sirvieron opíparos manjares. Nada de eso. Lo

único que vió fué una cueva negra como boca de lobo, y el único recibimiento que tuvo fué el de algunos millares de murciélagos que chillaron y se enfurecieron a su vista como si hubiese entrado el mismísimo demonio. Llevada la noticia del descubrimiento al pueblo, se organizaron inmediatamente varias comitivas para ir a conocer la famosa gruta, pero nadie se animó a bajar, hasta que algunos vecinos, constituidos en Comisión, bajo la denominación de *Amigos del Progreso*, practicaron allí las obras necesarias para facilitar la bajada y hacer más cómoda la entrada, obras que se realizaron inmediatamente, inaugurándose la gruta con un gran paseo en el día que marca la lápida.

Esto es lo que me contaron de la célebre gruta de Arequita, y tal y cual te lo cuento a ti, lector, sin poner ni quitar nada.

Quería completar este artículo reseñando el opíparo almuerzo con que me sorprendió Lenzi en la costa del Santa Lucía, que corre a una media legua del Cerro de Arequita, pero, como ya esto va largo, y como lo que almorzamos no fueron fiambres ni longanizas, lo dejo para la próxima vez que me ocupe de Minas, que será *Deo volente*, en breve, si es que las malandanzas de la política y de las finanzas no me quitán el humor para entregarme a los placentos recuerdos que guardo de mi excusión a aquella hospitalaria villa.

LOS CARNAVALES

ANTAÑO Y OGAÑO

Echaráme yo ahora a hacer un estudio histórico desde los comienzos del Carnaval, y tuviera, de seguro, para indigestar a mis lectores con un par de columnas de citas, fechas, lupercales y saturnales y mil otras antigüallas que hablarían mucho en favor de mi erudición, para los que no saben que estas cosas se encuentran en cualquier librajo de esos en que muchos cosechan los partes y novedades con que se da ínfulas de ser sabedores de cosas de otros siglos, sin darse cuenta, las más de las veces, de lo que acontece en el que viven, como que va mucho de copiar lo que otros dijeron a hacer por sí las observaciones y comentarios a que se presta lo que nos rodea.

No crea, pues, el lector, que voy a remontarme hasta los orígenes de la fiesta que hoy comienza, pues sólo echaré un vistazo a quince años atrás, la mitad de los que tengo, con un ítem que no hay para que detallar, pues sabido es que, tanto hombres como mujeres, no salimos de los treinta hasta que los cuarenta nos

suenan, y de acá a allá, todavía va larga para mí. ¡Así pudiera estirarlo.....!

Decía, pues, y digo, que ahora quince años, y menos aún, se jugaba al carnaval a huevazo limpio, cosa de todos sabida, pero como el tiempo pasa, y con él se van los recuerdos, no estará de más hacer memoria de aquellos tipos especiales de nuestro carnaval, y digo nuestro, porque no he oído jamás hablar de que, fuera del Río de la Plata, se jugase a carnaval como entre nosotros, de aquella manera criolla, que degeneraba, las más de las veces, en sopapos.

Convengo con los que dicen que aquello era bárbaro, pero quiero, también, que convengan conmigo en que era muy divertido; era más espontáneo, más popular, y, sobre todo, más barato.

Los edictos policiales sólo prohibían el uso de huevos de avestruz y otras armas por el estilo, capaces de dar en tierra con los transeúntes, y el comienzo del juego se anunciaría con un cañonazo, disparado desde la que fué fortaleza de San José, y no hay para que pintar la ansiedad con que los jugadores esperaban, reloj en mano, el estampido guerrero para emprenderla con el primer incauto que pasase.

Todo era sonar el cañonazo y echarse a la calle centenares de muchachos, con canastas los unos, y con cajones los otros, colgados con un cordel de los hombros, anunciando a grito pelado:

¡A los buenos güevitos de olor
Pa las niñas que tienen calor!

a lo que otros contestaban:

A los buenos güevitos de triquitraise
Pa las niñas que usan miríñaque

Llevaban los muchachos su frágil mercancía muy arreglada en hileras rojas, verdes, azules y amarillas, según el color dado a la cera con que se tapaban las cáscaras después de llenarlas de agua nominalmente perfumada, a razón de un frasco de *eau de cologne*, de aquellos larguiruchos, por cada balde de agua, y retobadas con trapos de todos colores, cortados en redondo, y sumergidos dentro de la cera hirviendo para pegotearlos en el huevo relleno, que quedaba convertido en temible proyectil.

Estos chicuelos surtían a los jugadores accidentales, paseantes que se entusiasmaban al recibir un balde de agua, y devolvían la fineza con una docena de balazos, que no de huevazos, según era la fuerza con que arrojaban las cáscaras, muchas de las cuales, mal llenas, se estrellaban en el aire, disolviéndose la carga de agua en menudísima lluvia, tal era el impulso que llevaban.

Pero el jugador típico era el orillero de sombrero gacho, poncho, pañuelo de golilla y en la mano otro, atado por las cuatro puntas, dentro del cual llevaba su provisión de hasta dos docenas de huevos, bastantes para divertirse los tres días. A buen seguro que mi hombre lanzase un huevo a la ventura. Anuntaba como quién va a tirar al blanco, reboleaba el

brazo dos o tres veces y si consideraba dudosos el golpe, volvía a guardar su huevo, por no malgastarlo.

Y así se recorría toda la ciudad, soportando los baldes de agua que de las azoteas y balcones le llovían, o recibiendo en plena cara uno de esos jarrazos traicioneros que salían de atrás de una puerta entornada, disparados generalmente por una fornida gallega o por alguna morena de éas que tienen cada brazo como un tronco.

Al caer la tarde, se veía venir en una u otra dirección una gran comitiva, precedida y seguida de una turba de muchachos. Eran los jugadores de alto tono, la juventud dorada de Montevideo, que salía a jugar por lo fino, con cáscaras de cera y cartuchos de confites. Era de verlos tan ufanos y alegres con sus garibaldinas azules o rojas, pantalón blanco, bota de charol a la granadera, lujosa faja de seda, y en la cabeza una boina graciosamente achataada hacia un lado. Allí era el salir apresuradamente a los balcones las señoritas, armadas de sus jarros, echando agua con una mano sobre aquellos peripuestos donceles, y defendiéndose con la otra de los proyectiles que ellos le arrojaban con toda mesura, a *barajar*, para no lastimarlas.

—Acérquese, pues, no sea cobarde, — decía una dirigiéndose a alguno de los campeones.

—Me acercaré si usted me tira esa flor que tiene en la cabeza, — contestaba el amartelado galán.

Allá va, venga a recogerla.

Caía la flor bajo los balcones, apresurábase el caballero a levantarla, y cuando con una amable sonrisa iba a saludar a la dueña, recibía en el rostro un torrente de agua que le ce-gaba y ahogaba, desgracia que él trataba de disimular diciendo con toda galantería:

—;Cómo ha de ser! No hay rosas sin espinas...

Y así seguía el juego por largo rato, ellos aguantando un diluvio de agua que les dejaba ensopados, y ellas recibiendo los huevos de cera, que se estrellaban en sus manos, perfumándolas con exquisitas esencias, no sin que de vez en cuando se oyese a alguna gritar:

—;Puf! Está podrido.

Cuando ambos beligerantes quedaban ya rendidos de la refriega, empezaba la parte gallante de la fiesta. Los caballeros arrojaban a manos llenas cartuchos de confites, y ahí era el gritar y manotear de los chicuelos, que estaban a los desperdicios, lanzándose en masa sobre la vereda cuando algún cartucho no llegaba a su destino, empujándose, pateándose, por agarrar la codiciada presa, mientras los jugadores hacían toda clase de esfuerzos para barajar las coronas que en cambio de los confites les llovían, retribuyendo ellos todavía el obsequio con cajas especiales, de antemano destinadas a fulana y a zutana a quienes las enviaban por medio de sus sirvientes, no atreviéndose a correr el albur de que al arrojarlas cayesen entre la turbamulta de arrapiezos que andaban a caza de gangas.

Venían, por fin, los saludos, que por lo general iban rociados de algún jarrazo especial, combinado con la mucama, estratégicamente colocada para no errar el golpe, y tras de esta humeda despedida, retiráronse los jugadores, mojados hasta la medula de los huesos, las camisetas lacias, destinando el azul o el rojo de la tela sobre los pantalones, pero muy orondos con sus coronas, terciadas al hombro, eirando cada cual su orgullo en el mayor número de las conquistadas en la acción que acababan de librar. ¡Pobres coronas! Al finalizar la jornada, sólo quedaba de ellas algún jiron de tariataña marchita, y como triste realidad, el arco de barrica en torno del cual la delicada mano de fulanita abullonara crespones y tules para obsequiar a su campeón.

Muchas veces, cuando las heroínas estaban ya muy tranquilas haciendo el recuento de los regalos y narrando los episodios del combate, se veían de repente sorprendidas, invitadas por un grupo de intrépidos que iban a librarse batalla dentro de sus propias trincheras. Gritos, cerramientos estrepitosos de puertas, vidrios rotos, repliegues de las jugadoras a un rincón, y protestas de los dueños de casa; tal era el comienzo de la lucha. El campo de batalla era la sala, prudentemente desmueblada desde el día anterior, sin alfombra, sin cortinas, sin ningún adorno, en fin, más que la gran tina de baño colmada de agua, el baño de asiento, la tinaja, los tachos grandes de la cocina, y todo cuanto cacharro pudiera servir de depósito para tener mucha agua a mano.

Repuestas las niñas del susto, emprendían el ataque, provistas de sus jarros, pues buen cuidado tenían de no dejar sus armas para que el enemigo las aprovechase. Defendianse los hombres como podían, con las manos, con el sombrero, con lo que les caía al alcance, pero generalmente acababan por quedar vencidos, porque es irresistible una carga de jugadoras de éas que se calientan en la refriega y ya no miran para atrás, arrojando agua mientras tienen agua, y concluyendo a jarrazo limpio cuando ya no tienen con qué mojar. Escurríanse los asaltantes como podían, perseguidos hasta en la escalera por la servidumbre que hacia de reserva a las patronas, pero frecuentemente sucedía que el menos listo o el más aturdido quedaba solo, encerrado dentro de un círculo femenino que, no por serlo, era menos terrible, y entonces pagaba él la calaverada, por él y por sus compañeros. Ésta le aturde con un jarro de agua en los ojos, aquélla le aplasta encasquetándole un balde lleno en la cabeza, la otra le pellizca de un brazo, tironeándole la de más allá de las orejas, hasta que, entusiasmadas de veras, cargan las cuatro con él, y a pesar de sus manotadas y pataleos, le zambullen dentro de la tina, y de buena gana le ahogarían, si la oportuna intervención del dueño de casa no pusiese fin a la gresca. ¡Cómo saldría de mohino y cariacontecido el zarandeadote asaltante, es cosa que ya el lector sobradamente se imaginará...!

Había también los jugadores hípicos, grandes jinetes que se lucían cerrándole piernas al

caballo para pasar por entre dos cantones, en medio de una granizada de huevazos y una lluvia de bombas, costeando el caballo sobre las piedras, azorado con la bullia, con los proyectiles que lo herían, con lo resbaladizo del suelo y con la constante amenaza de los lados y del frente y de atrás, sin atinar por donde mirar para librarse de aquél intierno.

La calle, sembrada de retazos de papel y de cáscaras de huevo, denunciaba a los jugadores que, ocultos tras de pretilles de las azoteas, acechaban a los incautos. De repente aparecía un transeúnte, y mirando con cara de pillo, se aventuraba por la cuadra peligrosa, en la seguridad de burlar a los que le esperaban. Si las bombas y cáscaras estaban sobre una acera, tomaba él por la de enfrente, calculando entre sí que los jugadores estarían encima de él, y contra ellos se defendía pegándose todo lo posible a la pared para resguardarse con las cornisas y balcones. ¡Inocente! Cuando más contento iba felicitándose de su travesura y sonriéndose del chasco que había dado ¡zás! de atrás de una puerta que él ni sospechaba, le disparan un balde de agua que le ensopa de los pies a la cabeza. Aturdido por la sorpresa y temeroso de una nueva arremetida, saltaba al medio de la calle, y entonces le aprovechaban los de arriba, apedreándole a huevazos, haciendole tambalear a baldes de agua, y muchas veces, dando con él en tierra de un bombazo certeramente acomodado en la cabeza. Entonces se armaba una de silbidos, de gritos, de toques de corneta y de matracas que

atraían a todos los curiosos, prudentemente aglomerados en la esquina, y cuando más encantados estaban éstos gozando con las desgracias del caido, ¡catapum! llovía sobre ellos toda una tina de agua que les dispersaba, echando pestes y maldiciones contra el travieso que tan donosamente les había burlado.

¡Oh! ¡los buenos tiempos! Ya se fueron para no volver. Ahora todo es mezquino y raquítico. Se juega con pomitos, ridículo remedio de aquellas monumentales jeringas cuyo grueso chorro alcanzaba hasta los miradores. Y lo mismo que los jugadores, se van las máscaras, aquellos *mascaraos* típicos que ha pintado de mano maestra Dermidio de María, describiendo a los marqueses y las pastoras, sudados ellos dentro de sus casacones de terciopelo, y despedadas ellas con los zapatos estrenados ese día, y domados en una continua caminata desde las doce hasta la puesta del sol, para seguir después el bureo en los trasijados bailes de rompe y rasga, en que van las parejas ceñidas como los hermanos siameses, haciendo de dos cuerpos un solo bloque que se menea como un ¡ay de mí! y suda a mares desde la punta del pelo hasta... ¡no descendamos, por higiene siquiera, hasta esos extremos que no hay para que nombrar!...

¿Dónde se han ido los condes de caretta de alambre con la boca de resorte para fumar una tagarnina? ¿Dónde, los indios de camiseta de punto, adornada la cintura y la cabeza con desperdicios de plumeros? ¿Qué se han hecho los turcos de cabeza atada con pañuelos de al-

godón, luciendo sobre la ropilla la licencia policial, y holgadamente calzados con amplias alpargatas?

Los infantes de Aragón
¿Qué se hicieron? ¿dónde están?

Ya no se ven aquellas comparsas heterogéneas, formadas por acumulación en torno de un acordeón y una pandereta, sin conocerse los unos a los otros, vinculados momentáneamente por el deseo de marchar al compás de una música cualquiera, y disolviéndose de la misma manera que se agruparon, sin darse siquiera las buenas tardes, elementos congénères en el modo de ser, que se agrupan como lo hacen los pájaros, en bandadas, aunque sean de diversa procedencia y plumaje, sólo porque son pájaros, como sólo por ser turcos todos ellos se empandillaban aquellos *mascaraos* de los buenos tiempos.

Pero, no eran sólo éstos los que apelaban al disfraz en esos días clásicos del engaño. También los jóvenes de la mejor sociedad se organizaban en lucidas comparsas, y de entre las de mi tiempo, recuerdo muy especialmente *La Mitológica*, cuyos socios pertenecían a las principales familias. Como su nombre indica, era aquella comparsa formada por los Dioses del Olimpo, y cada cual tenía su traje y sus atributos expresamente mandados venir de Europa.

Hacía de Júpiter Eugenio Garzón, ya con sus tendencias de mando, muy grave, envuelto

en su manto rojo franjeado de armiño, ceñida en la frente la corona, y esgrimiendo en la dextra el fulgurante naz de rayos. Federico Viena representaba a *Vulcano*, con su mandil de cuero y su gran martillo, aunque no caracterizando al dios herrero en su cojera, tal vez porque era poco elegante eso de hacer el rengón delante de las niñas. *El Cielo* figuraba Apolinario Gayoso, que hoy es colector de Aquana, todo tacxonado de estrellas, radiante de sol y plateado de luna; y a su lado marchaba Emilio Herrera, con casco, escudo y lanza, remedando al bencoso *Aquiles*. Santiago Michelini, con toda seriedad está hoy en su bueté de *El Siglo*, era por aquel entonces nada menos que el torcido *Hercules*, con su piel de tigre al hombre y su gran maza en la mano, haciendo pareja con Miguel Reissig que, vestido de *Terror*, aterrizaraba a cuanto chicuelo encontraba. De *Momo* hacia Ricardo Lacueva, obligado a reír aunque le doliesen las muelas, forzado por el jocoso papel que representaba; y Carlos Castells, figurando a *Saturno*, pareciendo querer tragarse las piedras solo por representar a lo vivo a aquel gran comilón que hasta sus hijos devoraba. José Antonio Ferreira reproducía al pudoroso *Telémaco*, y sospecho que lo copiaba hasta en lo de *gustarle todas en general*, sin hacer hincapié en rubias ni en morenas.

Su hermano Alberto caracterizaba a *Mercurio*, papel que se le confió por ser el más espigado de la comparsa, y andaba él muy ufano con su caduceo adornado de víboras en la

mano, y sus alitas en los talones y en el casquete. Eduardo Nebel personificaba a *Marte*, con su yelmo y su corazón, esgrimiendo una tajante espada, y tan por lo serio tomó la cosa, que no quiso guardarla virgen, como otras que ustedes conocen, y la envainó en un ternero, que murió orgulloso al verse herido por aquel olímpico acero. Eduardo Fariña era *Neptuno*, con su punzante tridente, todo adornado de atributos marinos, y junto con él figuraban *Orfeo*, *Apolo* y otras divinidades, que no reuerdo a quienes estaban confiadas.

Lo que si recuerdo es al dios *Pan*. Figúrense ustedes a un hombre metido, en pleno febrero, dentro de una piel de carnero, cerrada desde el cuello hasta los pies como si estuviese forrado en lana, y ya se imaginarán lo que sufriría, lo que se fastidiaría el joven Calvo, hermano del reputado músico don Carmelo, que bramaba de calor y de ira contra la diabólica idea de aquel maldito pastor de vestirse de zamarras de carnero. Lo que Calvo renegaba, no es para repetirlo, pero si puedo garantir que recordaba con fruición la hoja de higuera, y que de buena gana hubiera cambiado su jerarquía de dios Olímpico, por la de un simple Adán, a pesar del ligero traje que gastaba nuestro padre común.

La Mitológica no era una comparsa de mera exhibición. Los dioses cantaban como simples mortales, y al efecto, Vicente López compuso unas canciones con sabor olímpico, erizadas de esdrújulos, y Carmelo Calvo las puso en música, en una música mitológica, también,

como correspondía a tan mitológica comparsa. Decía el coro:

Llenos de júbilo
 Los mitológicos
 Que manda Júpiter
 El inmortal,
 De los empíreos
 Al mundo misero,
 Todos bajemos
 Al carnaval.

Era de ver los aires que se daba Júpiter cuando se oía decir inmortal! Ensayados los coros, y templados los instrumentos, resolvió *La Mitológica* echarse a la calle; y por no hacerlo a usanza de los mortales, que van por lo general a pie, alquilaron un carro de mudanza, sobre el cual levantaron una gradería, que semejaba el Olimpo, donde iban muy gravemente sentados los dioses, ocupando la cús-pide el alado y travieso *Cupido*, que lo representaba Manuel Reissig, chicuelo a la sazón de diez años, lindo como un querubín, armado de su arco y colgada a la espalda la aljaba bien provista de traicioneras flechas.

Arreglado todo, montaron los dioses en su olímpico carro, vestido el cochero con un traje también mitológico, para no desdecir del conjunto. Precedían a la comparsa unos lictores, jinetes en blancos corceles, y tras ellos iban los músicos, metidos dentro de un carro adornado, todos ellos vestidos de romanos, haciendo la más estraafalaria figura.

Cerraba la marcha el carro de los dioses, parecido a aquél que encontró don Quijote con los cómicos que representaban *Las cortes de la muerte*; y puesta en camino la comitiva, se dirigió a la casa del señor Vidiella, cuyo hijo Federico era el presidente de la comparsa, correspondiéndole, por consiguiente, la primacía en cuanto a ver y oír a los cantantes olímpicos. Vivia entonces el señor Vidiella en la esquina de la plaza, altos de la antiquísima *Confitería Montevideana*, que ahí está como era entonces, es decir, hace la friolera de quince años, y allí bajó la comitiva con mucho orden; subieron los dioses a la sala, donde les esperaba toda una corte de huries, lucieron sus trajes, entonaron sus canciones y hicieron sus gracias, si es que hacerlas sabían.

Aplaudidos y festejados fueron los *Mitológicos* con toda esplendez, y satisfechos con aquel triunfo que en su primera salida alcanzaran, decidieron visitar algunas otras casas, empezando por la de don Salvador Buxareo, que era la más cercana, situada en la calle 25 de Mayo, casi esquina a la de Cerro. Instalados todos en sus sitios partieron los lictores al trote de sus caballos por la calle de Cámaras; tras ellos arrancó el carro de los músicos romanos, y en seguida se puso en marcha el Olimpo, arrastrado por cuatro briosos corceles, que, encontrando liviano el tiro por la pendiente, tomaron a trote más que regular, zangoloteando a los dioses que hacían niníos por no caer, tales eran los balances del vehículo, debidos a las desigualdades del empedrado.

Al llegar los lectores a la esquina de Cámaras y 25 de Mayo, doblaron por ésta en dirección a lo de Buxareo; dobló en seguida el carro de los músicos, pero el de los dioses, veloz como venía, todo fué doblar, y volcarse, cayendo carro, dioses, catafalco y atributos contra la hojalatería de Carril, situada entonces en el sitio que hoy ocupa el encantado palacio de don Pancho Gómez.

El que mejor parado salió fué Cupido, que por ser el más encumbrado escapó ileso de toda apertura, cayendo de lo alto como un angelito con sus alas abiertas.

¡Pero los dioses! ¡No les valió para nada la divinidad! Voceaba Júpiter, renegaba Saturno, quejábase a grito herido Vulcano, apostrofaba Marte al mitológico carrero, que juraba *¡per la Madona!* echando ajos y cebollas como un condenado, y todo era allí confusión, algarabía y desesperación de los salvados, al ver que debajo del carro había un amasijo de dioses que pataleaban, manoteaban y pedían auxilio.

¡Adiós Olimpo! ¡Adiós canciones! ¡Adiós trajes! ¡Adiós triunfos!

El único que no tuvo de que quejarse fué el dios *Pan*: aquel cuero lanudo que tanto le sofocaba, le sirvió de colchón en la caída, realizándose así en él aquello de: "no hay mal que por bien no venga".

Y no cuento más, lector, porque yo ya estoy cansado, y tú estarás aburrido, así es que doblemos la hoja, y no hablaremos para nada de estos carnavales chirles de ahora en que no hay huevos, ni bombas, ni jarros de agua, ni

jugadores de pañuelito, ni héroes de coronas, ni asaltos, ni marqueses, ni pastoras, ni turcos, ni tumbos mitológicos como el que llevaron mis amigos en su olímpica excursión.

¡Pomitos...! ¡Dominos...! ¡Bah! ¡bah!

Febrero, 4 de 1883.

¡CUANTO CHANCHO!

Hacía tiempo que estaba invitado a visitar *La Extremeña*, fábrica de productos porcinos, instalada en Santa Lucía, pero parecía que el diablo había metido la cola entre la invitación y mi deseo, pues, no bien concertaba mi paseo, echábanse las nubes a llorar a moco tendido, como en señal de duelo por la hecatombe cohina que en ocasión de mi visita se haría.

Pero, como la estación avanza y las matanzas concluyen con los fríos, decidí atropellar por todo, así es que el domingo, a pesar de los rezongos del tiempo y de uno que otro chubasco, emprendí viaje, cómodamente instalado en un coche de primera clase del ferrocarril Central, en compañía de cinco caballeros que formaban parte de la expedición a *La Extremeña*.

A las ocho y minutos silbó la locomotora, como dando su adiós a la ciudad, y momentos después echó a andar el tren, pesadamente primero, algo más ligero después, hasta que, desentumidos los músculos de acero de la máquina, empezó a correr sobre los rieles, de-

jando atrás las casas, los árboles, los postes del telégrafo, y los rostros curiosos de los vecinos del tránsito, para quienes es siempre una novedad el paso de esa inmensa culebra con su penacho de humo y sus enormes fauces que vomitan fuego.

Primero, atravesamos por las quintas, tristes como el tiempo, enlodadas las torcidas sendas de los jardines, tiritando los árboles con su ramaje desnudo, cerradas las puertas y balcones de las casas solitarias, y los parrales en esqueleto, semejando los nudosos sarmientos reptiles deformes arrastrándose sobre el envarillado de los zarzos. Después, cruzamos sobre el Miguelete, enriquecido su escaso caudal con los derroches de las nubes, que en esta última quincena han echado la casa por la ventana. Nuestro pobre arroyo corría con hincharones de río, extendido su cauce de barranca a barranca, arrastrando las aguas barroosas que le aportan las laderas que mueren en sus orillas.

Más adelante, el campo abierto, todo barro, todo humedad; los pastos pálidos y marchitos, las tierras aradas convertidas en lodazales, los trigales tempranizos raquílicos, anémicos, despeinados por la avenida de las aguas, viviendo entre el fango; una laguna en cada hondonada, un arroyo en cada surco, un charco en cada agujero, y agua, y agua, y mucha agua donde quiera que se mire; todo triste y húmedo, sin un rayo de sol que rompa la monotonía del nublado, sin un volido de pájaro que hienda el vapor gris de la niebla, sin un retozar de

potrillos o triscar de corderos que diera vida y movimiento a la extensa sábana de verdura deseñida por la lluvia.

Aquí y allá, grupos de vacas y caballos, enterrados hasta las ranillas, con el pelo encrespado, dando el anca al viento, comiendo con desgano las yerbas desabridas que crecen en la tierra lavada de las grasitudes que vigorizan la savia.

Colón, La Paz, Las Piedras, todo fué quedando atrás, raleándose las poblaciones y abriéndose el campo a medida que avanzábamos, cruzando las soledades que median entre *Progreso* y *Joaquín Suárez* hasta llegar a Canelones. Allí vuelve a encontrarse la población y el movimiento: viajeros que bajan del tren, otros que suben, peones que descargan y cargan equipajes, cocheros que ofrecen sus vehículos para atravesar el lodazal que separa a la Estación del pueblo, y sobresaliendo entre todos los ruidos y voces, el grito de un muchacho que recorre por el andén toda la extensión del tren, ofreciendo en cada ventanillo de los wagones:

—¡Bizcochos, pañitos y naranjas! ¡Butifarra y pan! sin variar una sola vez su estribillo.

Cinco minutos dura aquel ir y venir, y cargar y descargar, y bulla y movimiento. Después el Jefe de la Estación toca la campana, la locomotora lanza su agudo silbido, los pasajeros que habían bajado a tomar algo, se apresuran a recobrar sus asientos, y el tren vuelve a emprender pesadamente la marcha, quejándose con chirridos de goznes, tosiendo con sus

pulmones de acero, y esputando a cada golpe de los una bocanada de vapor blanco que se desvanece en el aire como una burbuja de jabón; los carroajes trotan hacia el pueblo, despejase poco a poco el andén, y sólo queda firme el muchacho vendedor, presenciando el desfile de los wagones y ofreciendo en cada ventanillo que pasa su mercancía, con la misma entonación y el mismo estribillo:

—¡Bizcochos, pañitos y naranjas! ¡Butifarra y pan!

El tren aumenta a cada paso su envión y pasa orillando el pueblo de Canelones, por entre sus prolongados cercos de tunas, alineadas a un lado y otro del camino como filas de soldados que presentan sus armas. Ahora sólo nos queda por delante un trecho de cuatro leguas que debemos recorrer sin interrupción. La máquina, como si supiese que no sería sofreñada en su carrera, aumentaba su velocidad a remezones, y se comía el terreno de a cuadras por minutos, cruzando los campos encharcados convertidos en interminables bañados, sólo habitados por las cigüeñas que los recorrian con sus largos zancos, revolviendo con sus picos puntiagudos en el agua en procura de las lombrices que engendraba la humedad.

El Mataojo, arroyuelo de ordinario insignificante, corría ancho como un río, sepultando bajo sus aguas los talas y sarandies que lo franjean, asomando sólo las ramas superiores de los sauces por entre el hervidero de la corriente. Y el tren sigue siempre su marcha; vadea el arroyo por sobre el puente que lo

cruza y repecha las lomas del otro lado hasta alcanzar la altura. Desde allí se ve el establecimiento de las Aguas Corrientes, con su empinada chimenea, y a su pie, un mar, un mar extenso, formado por la fusión del *Mataojo* y del *Santa Lucía*, que, desbordados de sus cauces, invaden toda la planicie que los separa.

Allí está *La Extremeña*, — dice uno de los compañeros señalando a la derecha del tren, y siguiendo la indicación, veo tres o cuatro edificios techados de teja, asentados en lo alto de la cuchilla. No sé si fué pura fantasía de mis sentidos, pero declaro qué me pareció oír murmullos de gruñidos que venían de *La Extremeña*.

El tren siguió la cintura de la villa de *San Juan Bautista* trazando una prolongada curva, costeó después el río por espacio de algunas cuadras, refrenó la marcha, y a los pocos minutos se detuvo frente a la Estación, descargando por sus portezuelas toda la mercancía humana que llevaba en sus wagones.

Habíamos llegado al término de nuestro viaje. Yo hice lo que todos: bajé, estiré los brazos, di algunos pasos con fuerza como para desligar las articulaciones entumecidas durante tres horas de quietismo, y me dirigí al Hotel Oriental, donde ya nos esperaba don Ramón Suárez, director del establecimiento que íbamos a visitar.

Poco tiempo se gastó en saludos y cumplidos, agujoneados como estábamos todos por el ayuno y tentados por el calor suculento que despedía una sopera humeante. Comimos to-

dos como se come siempre que hay buen apetito, sin muchos ambages ni delicadezas, reforzado a cada bocado el estómago con el contingente que le prestaba un vinilo portugués, espeso como alimbar, hereje el maldito, pues bien dejaba ver que no había sido bautizado, y virgen de toda mescolanza.

Terminado el almuerzo, nos pusimos en marcha hacia la fábrica de productos porcinos. El carroaje que nos conducía cruzó el pueblo dando tumbos en los baches de las calles y encajando las ruedas hasta el eje en los pantanos, pero felizmente no hubo tropiezos, gracias a la pericia de don Ramón, que hacía de baquiano en su *dogcar*, dibujando eses entre el barro para esquivar los malos pasos.

Ya estamos en la fábrica, cuyas instalaciones las componen cuatro edificios importantes. A la derecha, las *canchas* de matanza y galpones para la elaboración de los productos. Al frente, una buena casa con cómodas habitaciones. Más allá, el depósito y los graneros; a la izquierda, los chiquerios. Todos estos edificios cuadran un gran patio, cruzado por veredas cuidadosamente enarenadas.

La matanza regular se había hecho por la mañana, pero habían reservado cuatro cerdos que debían ser inmolados en nuestra presencia. Los restantes estaban ya colgados en la carnicería, destripados y pelados, luciendo las blancas mantas de tocino que les cubrían los costillares.

Los vivos, arrinconados en el brete, gruñían sordamente como presagiando su próximo

fin. Eran cuatro chanchos enormes, el lomo con una zanja en el medio, los ojos perdidos entre la gorrura, arrastrandoles los abultados vientres por el suelo.

Entró al brete un mozo, armado de un gancho de hierro de cabo largo, apartó a los chanchos que gruñeron como protestando contra el intruso y de repente, uno de ellos bramó a grito herido, escandalizando con sus alaridos todos aquellos conuornos. Razón tenía para ello el desventurado animal, pues el mozo lo había clavado con el gancho por la papada, y tiraba con fuerza para llevárselo a la *cancha*. Me pareció barboso el procedimiento, pero después me explicaron que ni cuatro hombres serían suficientes para llevar una res al matadero, mientras que con aquel gancho forzosamente tenían que cabestrear los cerdos.

Sin dejar de berrear como un desalmado, salió el chancho del brete, y berreando cayó dentro de una inmensa batea, donde inmediatamente otro mozo le introdujo un puñal por la garganta. Nuevamente rugió el animal con alaridos espantosos, y saltó por la herida un chorro de sangre negra, espesa, que era recogida dentro de una tina. Los enormes hijares del cerdo latían con violencia, hacía esfuerzos desesperados por desligarse las patas, y a cada esfuerzo, salía la sangre a borbotones. Poco a poco los gritos fueron más sordos y más roncos, los latidos eran más pausados, los esfuerzos menos violentos, y la sangre fué saliendo sin ímpetu, derramándose por la herida como se derrama una pipa por el boitoque.

Todavía se inflabán los hijares de la víctima con las últimas inhalaciones, cuando cayó sobre el cuerpo todo un cañero de agua hirviante. Un sacudimiento nervioso agüo todos los miembros del animal: después cerró los ojos, estuvo las patas, y quedó tranquilo, humeando el vapor del agua con que lo habían banado. Inmediatamente, otros dos mozos, armados de una especie de cucharones, procedieron a afeitarle la cerda, y en dos minutos quedó el chancho mondo y lirondo. Dos chanchos lo ensartaron por las patas, y merced a una roldana, fué izado al colgadero, donde unos operarios le despojaron de la pezuñas y orejas, mientras otro le abría el abultado vientre para arrancarle las entrañas.

Todavía no estaba concluida esta operación cuando ya berreaba en el brete otro cerdo, enganchado como el anterior por la papada, que fué también sometido a las mismas operaciones que su antecesor. En menos de diez minutos quedaron los cuatro chanchos colgados, afeitados y limpios, completando las dos docenas con sus compañeros de la mañana.

En la *cancha*, no quedaba ni un vestigio de la matanza. El piso, hecho de tierra romana, estaba limpio y bruñido, sin una gota de sangre. Allí corre el agua con profusión, surtida por diversos manantiales de donde la extraen poderosas bombas movidas a vapor.

En el compartimiento vecino de la matanza, hay grandes mesas y piletas en que se despostan las reses; máquina para picar la carne; máquinas para embutir el relleno de los chorizos.

zos, salchichones y mortadelas; y presidiendo a toda aquella maquinaria está la gran maquinaria de vapor que, al par que mueve todas las otras, alimenta al digeridor en que se extrae la grasa y el sebo.

En el depósito, cuelgan del techo salchichones de todo largo y calibre, retobados con hilo; sartas de chorizos que una vez sazonados se guardan en cajas de lata, enterrados en grasa; jamones, lonjas de tocino, recortes de orejas y cien combinaciones más; producto todas ellas de la elaboración de ese animal tan asqueroso por fuera, y tan apetitoso por dentro, del cuál todo se aprovecha, desde la punta del hocico hasta el extremo del anca.

Arriba del depósito está el granero donde se almacena el maíz para echar a los cerdos, verdaderos Heliogábalos que devoran todo cuanto a su alcance se les pone.

Pasamos en seguida a visitar los chiqueiros donde moran los súbditos de *La Extremeña*. En el primero había un centenar de cerdos gordos, destinados a las próximas matanzas; todos ellos muy satisfechos de su lozano estando, desdeñando el maíz que tenían en los pesebres, imposibilitados sin duda de llenarse más de lo que estaban. En el segundo chiqueiro había unos doscientos puercos, más jóvenes y más delgados que los anteriores, pero ya en trato para el engorde, convertidos todos ellos en eunucos. Y en seguida, otro chiqueiro, y otro, y veinte más, divididos en pequeños compartimientos, en cada uno de los cuales había una señora cerda, rodeada de numerosa prole

cochina; ésta con diez, aquélla con doce, estotra con quince, insaciables glotones prendidos a los pezones de su respetable mamá, que a su vez comía sin descanso, como para dar ejemplo a sus vástagos.

En uno de los chiqueiros había más de doscientos cerdos, y como no quisieran salir del cobertizo en que duermen, entró el cuidador de la piara para obligarles a que se presentaran ante sus visitantes. Salió la gruñona grey por una puerta arreada por el cuidador y apenas dió una vuelta por el patio empedrado, volvió a meterse por la otra en precipitado tropel. Quiso el gañán contener la fuga, y pasólo lo que a Don Quijote le aconteció en la más puerca de sus aventuras, como que puercos fueron los protagonistas de ella, pasando toda una piara sobre el huesudo cuerpo del asendereado caballero. Asaz mohino y maltrecho se levantó el cuidador, después de haber sido pisoteado por aquella turba cochina, y repuesto del accidente, salió al campo y llamó a toda la cerdada dispersa por los potreros.

Extrañóme que no hiciese uso del clásico cuerno con que antaño convocaban los guardadores de cerdos a la piara, y cuyo toque fué causa de que al hidalgó Manchego se le antojase que un enano anunciaría su llegada al castillo, cuando dió en la venta de Maritorres; pero, pues otros son los tiempos, otras serán las costumbres, razón por la cual, sin duda, el chanchero de mi historia no tocó cuerno alguno, sino que se puso a silbar. No más pre-

surosos han de acudir los muertos el día del juicio al toque de la tormpeta, que lo que acudieron los cerdos al oír el silbido de su cuidador.

De todos lados corrían cerdos al reclamo, con un galopito clavado, como si estuvieran manejados, abanicándose con sus grandes orejas que se movían al compás del galope. Aquejillo fué el más numeroso desfile de cerdos que nadie haya contemplado jamás. Los había de todas edades, de todos colores, y de todas razas, y todos galopaban a una, atropellándose, gruñendo, enroscados los rabos, el hocico estirado, los ojos fruncidos, y las pezuñas embarradas.

¡Cuánto chancho! Dos mil había, por lo menos, en la piara que se formó en torno del cuidador, entretenidos todos en hozar en el barro mientras esperaban la ración extraordinaria que el silbido les había hecho entrever, porque, para aquellos chanchos, el silbido es como la campanilla que nos llama a comer.

Todos gruñían a una, y todos a una nos miraban como pidiéndonos algo que comer, sin caer los infelices en la cuenta de que toda su desgracia está en su gula, pues si no comieran no engordarían, y no engordando, no tendrían que véselas con el gancho que los arrastra al matadero. Ciento es que los chanchos dirán que, si no comieran, se morirían de hambre, y morir por morir, vale más morir de ahito que de necesidad. ¡Tienen razón los cerdos!

Pues sí, señores; aquellos dos mil chanchos han de caer, día más día menos, en las bateas

de *La Extremeña*, para ser convertidos en sobreasadas, embuchados, salchichones, chorizos, morcillas, jamones, grasa y otros productos que allí se elaboran, que hacen competencia y aún superan a los similares que de Europa nos llegan, rivalizando los chorizos con los célebres de Extremadura; compitiendo los jamones con los que de York se importan; sobreasillando los salchichones de los que se preparan en Bolonia, imitando las sobreasadas a las que de Mallorca vienen, y superando las grasas en blancura y en pureza a las que nos mandan de Chicago.

Cuando me cansé de ver chanchos y de probar productos que de su carne se elaboran, emprendí la retirada junto con mis compañeros, y después de felicitar al progresista don Ramón Suárez, alma y vida de Santa Lucía, por la magnífica instalación de su fábrica, volvimos a meternos en el wagón del tren.

El sol había logrado rasgar el nublado, y bajaba a su ocaso, pálido y triste al ver toda la naturaleza desnuda de sus galas: ni hojas en los árboles, ni flores en los jardines, ni pájaros en la enramada, ni cristales en el río, ni luz, ni colores. Cuando el tren llegó a Canelones, ya el pobre sol de invierno había traspuesto las colinas que hacen marco al horizonte, dejando tras de sí una vaga claridad en la que se destacaban las siluetas de los árboles. Contemplaba yo aquellos últimos vestigios del día, cuando me sacó de mi meditación la voz de un muchacho que pregonaba en la portezuela.

—¡Bizcochos, palitos y naranjas! ¡Butifarra y pan!

El tren echó a andar nuevamente, y al ruido del vapor que se escapaba por las rendijas de los pistones, salió corriendo hacia un lado de la vía un bulto que al principio no pude distinguir lo que era, pero uno de mis compañeros, dotado sin duda de mejor vista que la mía, exclamó:

—¡Ahí va un desertor de *La Extremena*!

—¿Desertor? —dije yo a mi vez; pues no es mala diana con música la que le van a tocar si vuelve a caer en las manos del mozo del gancho.

Después obscureció y no vi más, pero, entre la obscuridad de la noche, me parecía ver escuadrones de chanchos que galopaban en todas direcciones, escapando al gancho fatídico que tanto me había preocupado. Me dormí soñando con chanchos, y desperté al día siguiente a las sacudidas que me daba un empleado para hacerme firmar un papel.

—¿Qué es esto? —pregunté medio dormido todavía.

—Es la notificación de un traslado del Fiscal del Crimen.

Aquello me hizo volver en mí, pero, impresionado todavía con lo que había visto la víspera, no pude menos de exclamar por última vez:

—¡Cuánto chancho!

Agosto, 2 de 1883.

NOCHE DE BODA

Es trance serio el casarse. El pájaro que hasta ayer volaba libre, picoteando en todos los sembrados, bebiendo en todos los charcos, y haciendo noche en la primera rama con que topaba al caer la tarde, se encuentra de la noche a la mañana enjaulado, obligado a picotear en un solo comedero, a beber en una única vasija, y a dormir en el mismo palo noche a noche.

Esto tiene su pro y su contra. Seguramente que ya no le faltará alimento, ni agua, ni se verá expuesto a sufrir el viento y la lluvia, pero, ¡qué monótono debe ser comer alpiste todos los días, y beber de la misma agua, y dormir en el mismo palo!

¿Canta de placer el pájaro en la jaula, o es que trina al verse preso? Es todo un problema, pero no es arriesgado suponer que los gorjeos del pájaro sean desahogos para mitigar la tristeza que le apena. Al fin y al cabo, el que canta, sus males espanta.

Pero todo lo hace la costumbre, y el pájaro que en los primeros días de su prisión se estro-

pea la pluma y se despunta el pico dando contra los alambres de la jaula, acaba por conformarse con su suerte, y se somete a su nueva vida que poco a poco se le hace indispensable, porque después de habituarse a tener el alpiste a mano, y encontrar todos los días el agua fresca, se le hace penoso el andar picoteando horas y horas en busca de un grano, expuesto a que a lo mejor lo levante un gavilán en sus garras, y a otros mil accidentes que amenazan a los que andan sueltos.

Y más llevadera se le hace esa vida, si la que se encarga de cuidar se acuerda de obsequiarle de vez en cuando con una hoja de lechuga o un terroncillo de azúcar para alternar con el alpiste, porque indudablemente el alpiste es buen alimento, sano y nutritivo pero... todos los días olla, amarga el caldo, y nunca viene mal poner, entre col y col, lechuga.

Pues tal y cual lo que al pájaro, tengo para mí que ha de pasarle al marido. Los primeros días le parece la jaula estrecha, pero después, con la falta de costumbre, se pierde hasta el volido, y el día que le abren la puerta, no se atreve a salir, y si sale, a poco vuelve, haciendo, por entrar, los mismos esfuerzos que antes hacía para escaparse.

Este es otro punto de contacto entre los pájaros y los maridos, porque no es cosa nueva el que uno de éstos, después de verse libre de la jaula del matrimonio, vuelva a meterse en ella por la puerta de la sacristía, cuya llave está sólo en poder de la muerte, única que

puede abrirla para dejar en libertad al pajarito o pajarita que cayó en la trampa armada por Cupido, que es el más famoso cazador de pájaros que se haya conocido.

Y es difícil cazar, porque los pájaros van abriendo el ojo y se hacen cada vez más chucaros. Pero ¿quién resiste a los ardides del travieso rapazuelo? El muy tuno sabe bien que nadie es tan zonzo para meterse de cabeza en el lazo, y ¿qué hace? Arma su trampa, esparce en torno uno que otro granito de alpiste, y se pone en acecho. Llega el pájaro, y arisquea al principio no atreviéndose a acercarse a la trampa, pero encuentra un granito de alpiste, lo prueba y le gusta; ¡a qué pájaro no le gusta el alpiste! ve otro grano, y se acerca más, y así, de saltito en saltito, llegaba hasta cerca de la trampa, en cuyo centro está el alpiste amontonado. Da vueltas en torno tratando de comer sin entrar, hasta que, al fin, llevado de la golosina, se olvida del peligro, y pisa el palito, y... ¡crac! cae la trampa y queda enjaulado.

Todos los días hay uno que pisa el palito. Hoy te toca a ti, lector; mañana me tocará a mí, y pasado lo tocará a otro. Hay que casarse, como que hay que embarcarse para atravesar la mar. ¿Es un mal? Yo no digo tal cosa, pero, en todo caso, es un mal inevitable, como el mareo, y mientras haya hombres y mujeres en este pícaro mundo, habrá casamientos. No se ha inventado nada todavía que reemplace al matrimonio. Se han inventado máquinas de coser, máquinas de tejer, máquinas de imprimir, y hasta máquinas de hacer chorizos y

morcillas, pero nadie ha dado todavía con una máquina que sirva para la reproducción de la especie.

Y mientras esa máquina no venga, el matrimonio es indispensable, absolutamente indispensable: es un artículo de primera necesidad.

No hablemos ya de los preliminares que lo preceden: de las miradas, primero; de las sonrisas, después; los coloquios, los enojos, las intimidades, las citas, los paseos, las visitas, los adelantos tomados a cuenta de mayor cantidad, y todos esos incidentes que constituyen el argumento del poema, cuyo desenlace acaba en el himeneo.

Vamos al día, al gran día precursor de la gran noche, en que con cuatro latinajos, dos sí, y una cruz trazada en el aire, queda consumada la indisoluble unión de un hombre y una mujer.

Que los novios madrugaran ese día, es ocioso decirlo ¡hay tanto que hacer! La novia hace su tocado con escrupulosa prudilidad, distraídose por momentos con las extrañas emociones que la embargan. Por un lado piensa que va a realizar sus ensueños, a vivir para siempre con el hombre a quien adora, a constituir un hogar. Por el otro recuerda su vida de soltera, la madre, cuyo regazo ha de abandonar, sus pequeños gustos que tal vez no serán los del marido.

Después la preocupa el traje. Todo está en orden, arreglado sobre la cama estrecha en que durmió hasta la noche anterior, y en la

que ya no volverá a dormir el agitado sueño de soltera; aquella cama queda allí, como queda el cascarón de que sale la larva convertida en mariposa. Allí queda la almohada, confiante discreto que jamás revelará los secretos que se le confiaron, ni los sueños que vió cruzar por aquella cabeza que se hundía entre su mullido relleno, calenturienta unas veces, otras fresca y tranquila, según le sonriese la felicidad, o la violentasen las contrariedades.

Sobre aquella cama está el ajuar de la novia, estirado el vestido, y descansando sobre la almohada los azahares que han de adornar la frente de la desposada. Todo está nuevo e inmaculado, desde las más íntimas piezas que rozan las carnes, hasta la suela del zapato que ha de calzar el diminuto pie, y pongo diminuto, porque sería lo más prosaico suponer que una novia tiene el pie de una Maritorres. Y mientras ella está allí, por última vez a solas en su cuarto de soltera, anda todo el resto de la casa en incesante actividad, preparando lo necesario para la ceremonia de la noche.

Se almuerza de parado, dando órdenes entre bocado y bocado; la servidumbre corre de un lado para otro; la cristalería brilla sobre los aparadores, esperando su orden de colocación, los platos se elevan en tambaleantes columnas, y los pavos, las gallinas y los patos, yacen muy tiesos en sus fuentes con las patas encogidas, disimuladas las canillas con adornos de papel picado, y reemplazada la cabeza con una flor que oculta la herida del degüello. Sobre la mesa de la cocina se ven los despo-

jos de la decapitación: las cabezas de los pavos, con el moco carnoso azulado, y el pico sangrando las últimas gotas; las cabezas de los pollos, con la cresta pálida, blanda, colgante; las cabezas de los patos con su pico chato, el ojo entreabierto y las plumas erizadas en los espasmos de la última convulsión.

Sobre otra mesa se ven los postres de variadas clases, entre los que descuellan los de huevo, en forma de quimbos, moles, yemas quemadas, cremas, merengues y las diversas combinaciones a que se prestan las claras y las yemas.

A todo esto, las antesalas van cubriendose con los obsequios destinados a la novia. Aquejlo es un hacinamiento de los más variados y heterogéneos artículos, ricos los unos, lujosos los otros, prodigios de habilidad y de paciencia salidos de mano de mujer, modestos recuerdos de los que no tienen con que aparecer rumbosos, y descollando sobre todos, los ramos de caprichosas formas y de exquisita fragancia, que perfuman la casa entera.

Pasemos sobre mil detalles íntimos que la discreción obliga a velar.

Ya son las ocho de la noche. Las luces brillan con toda su deslumbrante claridad, la mesa se encorva bajo el peso de los manjares y licores que la cubren; la novia, ayudada por sus más cercanas amigas, da la última mano a su tocado; el novio se pasea entre cabizbajo e impaciente; los convidados decoran el salón, y entre las mujeres se oye un continuo cuchi-

cheo que aumenta cada vez que se presenta una nueva invitada. Los padres del futuro marido y de la prometida conversan en voz baja, estrechando los vínculos creados por el enlace de sus hijos.

El rumor del rodado de cada carroaje hace detener al novio en su distraído paseo, y pone el oído atento. Cuando se convence de que no es el que espera, sigue dando paseos, con la vista fija en el suelo, haciendo cada vez gestos más marcados de impaciencia.

Por fin, un ruido de caballos que se detienen sofrenados de galope, el abrir y cerrar de una portezuela de carroaje y el movimiento de curiosidad que agolpa a la puerta a los que están más próximos, le saca de su distracción, mira, y percibe.... al verdugo, iba a poner, por decir al sacerdote, que acompañado de su acólito, sube con paso reposado las escaleras.

Ya entra, ya se despoja del manteo y viste una camisola de batista, se cuelga al cuello la estola, cuya cruz besa con aparente fervor, y listo ya, se dirige, seguido del monacillo que lleva el hisopo, a la sala, en cuyo centro están de pie los novios: ella, temblorosa, cubierta de pies a cabeza con el velo nupcial, sintiendo las miradas curiosas de sus amigas, que la revistan de arriba abajo, sin perder un solo detalle; él, pálido, nervioso, con la vista fija en la puerta por donde ha de entrar el sacerdote.

Llega éste, y toda la concurrencia converge al centro que ocupan los novios. Nadie habla, nadie murmura, nadie se mueve. Reina un silencio parecido al que precede a una tormenta.

Todos se afanan por ver, y allá, entre las últimas filas, asoman las cabezas de los sirvientes, que, empuñados y con el cuello estirado, no quieren perder un solo detalle de la ceremonia.

El momento es solemne. Colocados los novios frente al sacerdote, y a los lados los padrinos de la boda, rezonga aquél una oración en latín, a la que contesta el monacillo con palabras ininteligibles. Después, pone la mano de la desposada dentro de la de su prometido, y a la una y al otro pregunta si mutuamente se aceptan como esposa y marido.

—Sí, — contesta el novio con voz insegura que quiere hacer aparecer firme.

Si, — balbucea la novia con un acento que parece un suspiro.

El sacerdote hace una aspersión, dibuja con el mayor y el índice una cruz sobre las manos entrelazadas de los esposos, sonríe deseándoles felicidad, y se retira.

La novia cae sollozando entre los brazos de la madre que la besa y la estrecha como si para siempre la perdiere. El novio abraza en silencio al padre, y durante cinco minutos sólo se oye el besuqueo de las amigas, y el palmejar en la espalda al novio que va saludando a todos sus amigos.

Las solteras están conmovidas ante la solemnidad del acto. Las casadas, echándola de prácticas, se sonríen como diciendo: "estamos en el secreto."

Después, la alegría recobra su dominio, se habla fuerte, se ríe, se aventuran bromas más

o menos picantes sobre lo que todavía falta para consumar el matrimonio, y en medio del bullicio y la alegría de todos, se escurren los novios sin ser vistos ni oídos, hasta que, notada la desaparición, recluden las bromas y se cruzan guinadas entre las parejas de esposos que recuerdan cuando hicieron otro tanto.

Al día siguiente, la casa de la novia está desierta. "Parece, me decía una amiga, que hubieran sacado de aquí un cadáver." Y parecía en efecto; las flores estaban marchitas, consumidas las velas, en desorden los muebles, llorosos los padres, y vacía la pieza que ayer llenaba con sus alegrías y sus trajes la niña que está ya en brazos de otro.

En cambio, ¡cuánta dicha, cuántos sueños realizados, cuántos proyectos de felicidad en el nido sonrosado de los tiernos enamorados! Para ellos no hay más mundo que el que se encierra dentro de las cuatro paredes de su alcoba, ni más pobladores que ellos dos. Son el Adán y la Eva de aquel paraíso. Padres, hermanos, amigos, todo queda olvidado en el arroabamiento que les embriaga.

Después, la naturaleza recobrará su imperio, renacerán las afecciones pasadas, y sin dejar de ser esposos, volverán a ser hijos, hermanos y amigos, que para todos los cariños hay cabida en el corazón, mientras no lo rebosa el de madre, que es el más grande y más santo de todos los cariños.

Pero.... eso no será hasta de aqui a un año...
mes más o menos.

Setiembre, 16 de 1882.

EL CORNETA SAYAGO

En todas las agrupaciones sociales se destacan de entre el hacinamiento de la población ciertas entidades que, sin estar rodeadas de los prestigios que granjean el talento y el valor, alcanzan a veces más extensa popularidad que las personalidades eminentes.

Esos tipos son de todos conocidos y de todos estimados, sin que muchas veces haya más razón para esa popularidad que la de imponerse ellos mismos por alguna particularidad, que acaba de ser un rasgo fisonómico de la sociedad en que se agitan, incrustándose como un hábito en las costumbres que caracterizan a cada pueblo.

En Montevideo, por ejemplo, a nadie sorprende el toque marcial del clarín a cualquiera hora del día o de la noche. Ese mismo toque, en Buenos Aires, llamaría a las puertas y ventanas a todos los pacíficos industriales de la gran ciudad: apenas si despierta entre nosotros a los chiquillos que duermen, o hace poner el oído atento al extranjero llegado ayer a estas playas.

—Es Sayago, — decimos todos, y ese simple apellido basta para explicar la causa que motiva el toque, que desde lejos viene oyéndose con intervalos, hasta que llega a la cuadra y taladra con sus penetrantes notas las puertas y las paredes, yendo a repercutir en los fondos de las casas, donde provoca chismes y cuentos de la servidumbre sobre Sayago y su clarín, instrumento que forma ya parte de su organismo y va tan unido a él, que separarlo sería dejar incompleta su personalidad de uno de sus más pronunciados rasgos.

Todos conocen a Sayago, pero no todos conocen sus antecedentes, ni ciertas peculiaridades resaltantes de su vida. Ni siquiera habrá dos de sus más íntimos que sepan la edad que tiene. Sayago es un negro al parecer joven, de facciones afiladas, delgado, de regular estatura, de mirada inteligente, de barba escasa, y la cabeza poblada con una mata espesa y renegrida. Echándole por lo alto, a cualquiera se le ocurre que tendrá entre cuarenta y cinco y cincuenta años.

—¡Quién me los diera! contestaría Sayago a quien tal dijese. Según su cuenta, nació el año uno del siglo actual, y tiene, por consiguiente a la fecha la respetable edad de ochenta y un años, que por cierto no le pesan ni le estorban para recorrer con toda agilidad cuadras y cuadras, a paso ligero, como si fuera un mocetón de veinte abriles.

Nació Sayago en Lucango, población situada en la costa Occidental de África y comprendida en el reino de Congo, bajo la dominación de

Portugal, y corre por sus venas sangre aristocrática. Su padre fué el cacique Lucango Cabanga, y su madre la respetable matrona Joanna Quicola, quien puso especial esmero en la educación de éste que hoy conocemos por Sayago, y cuyo verdadero nombre es Antonio Lucango Cabanga, ciudadano africano, nacido, bautizado y amamantado a la sombra del pabellón de la muy poderosa casa de Braganza.

Tan precoz se mostró el negrillo, que a los diez años entró ya al servicio de su patria, embarcándose en calidad de ordenanza en el bergantín de guerra *Promptidão*, a las órdenes del comandante José Clemente Guimaraens Silva da Costa, quien, por lo visto, podía lastrar el buque con sólo cargarlo con sus nombres y apellidos.

Hacía el *Promptidão* oficio de crucero para impedir el comercio de esclavos, y en una de sus excursiones, llegó por primera vez a Montevideo el año 1811, trayendo a su bordo al hijo del cacique del Congo, cuyos recuerdos de aquellos tiempos son algo confusos, aunque hace memoria de haber conocido la Matriz, ubicada entonces en el solar que hoy ocupa el Club Inglés, techada de paja, y dando frente a un potrero en que pastaban vacas y caballos, que eso y no otra cosa era por aquella fecha nuestra Plaza Constitución, adornada hoy con fuentes y bancos de mármol.

El *Promptidão* levó anclas un día, y junto con las anclas se llevó nuevamente al negrito Antonio, quien siguió creciendo a bordo hasta que el bergantín no pudo más, y vino a dar con

su casco en los peñascos de Punta de Yeguas allá por el año 39, donde a la sazón estaba, como está todavía hoy, el saladero de Sayago, regenteado por un tal don Julián Contreras, quien tomó a su servicio al moreno, suplantando a su apellido de regia estirpe africana, el del dueño del establecimiento que administraba.

Y he ahí por qué Antonio Lucango Cabanga vino, con el andar de los tiempos, a llamarse Antonio Sayago, sin haber nunca sido esclavo, pues libre nació y libre ha vivido hasta esta fecha, sin reconocer más autoridad que la de su respetable señor padre y la del Gobierno bajo cuya bandera vió por primera vez los picantes rayos del sol africano.

A poco vino el Sitio Grande, y no hay para qué decir que ni sus fueros de príncipe, ni su carta de ciudadanía portuguesa, bastaron al joven Lucango para escapar a las estrecheces del servicio militar, y sin más ni más tomó el uniforme, valiéndole su buena disposición el ser pronto promovido a sargento de órdenes del Batallón 2º de Guardias nacionales, que mandaba el entonces coronel don José María Muñoz.

Nueve años combatió Sayago, y por cierto que el encontrarse hoy fuerte y robusto no lo debe a la buena vida que pasó en la línea, donde:

el descanso era el pelear
y el dormir siempre el velar;

y a fe que, según cuentan las crónicas, no era Sayago el último en las guerrillas, ni de los que dormían con los dos ojos, pues era siempre el primero que se presentaba listo y pronto a cualquiera hora que se le buscase.

Vino después la calma, se hizo la paz aquella en que se declaró no haber vencedores ni vencidos, volvieron los aceros a las vainas y los fusiles a los armeros, los soldados tornaron a su casa convertidos en simples ciudadanos, pero no volvió Sayago, quien quedó uncido al yugo del uniforme, aunque ya más aliviado de servicio, pues, debido a sus tendencias y aptitudes filarmónicas, ingresó como corneta pistón en la banda del Regimiento de Artillería.

Si mis apuntes no están errados, Savago se casó por aquél tiempo, y buscando compañera digna de su real estirpe, eligió por esposa a Eugenia Rivera, hija de Tía Catalina Vidal, morena de campanillas, célebre por sus pasteles y empanadas, cuya fama trasciende todavía, perpetuada por las manos de su hija, que heredó de Tía Catalina el secreto de aquellas hojaldres sutiles como encajes, y de aquellos recados de vigilia que hacen la delicia de los que aún observan la costumbre *de no comer de carne* en los días clásicos de la Semana Santa.

Yo la recuerdo todavía, a Tía Catalina, con su canasto de caña tejida equilibrado en la cabeza sobre un rodete de trapo, contoneándose por esas calles, con su rebozo a media espalda, y la mano apoyada en la cadera, recorriendo las casas de sus marchantes. Y recuerdo, también, cuando ponía en el suelo su canasto, y

ella en cucillitas, quitaba primero la blanca toalla que lo cubría, y en seguida iba levantando una tras otra las frazadas dobladas que servían de abrigo a los pasteles, arreglados allá en el fondo en una doble camada, humeantes todavía como si acabasen de salir del horno. Más de una vez, yo muchacho, y goloso, quise meter la mano en el canasto para tomar alguna hojaldre suelta, almidonada con el azúcar revenida por el calor de la masa, y más de una vez, también, Tía Catalina castigó mi golosina pegándome en la mano, indignada de la profanación de su canasto, consagrado como urna sagrada de la pastelería, donde sólo ella podía revolver sin desarreglar el orden de la estiba, en lo cual estribaba el secreto de conservarse la mercancía caliente.

Eugenia, la mujer de Sayago, no va por las casas como Tía Catalina. Su aristocrático enlace no le permite lanzarse a la calle, y orgullosa de su habilidad, recibe órdenes a domicilio, sentada al lado de su horno de ladrillo y barro, tibio por lo menos siempre, pues *ra-ro* es el día en que no sale de allí horneada de pasteles y empanadas que sólo disfrutan los viejos marchantes; porque, eso sí, Eugenia Vidal de Sayago no trabaja para cualquiera, aunque le hagan saltar las monedas ante los ojos. Apenas si, como homenaje de respeto a la memoria de su madre, sirve a los que fueron parroquianos de Tía Catalina.

Fructífero en demasía fué el casamiento de Sayago con Eugenia, quien hasta esta fecha ha enriquecido el linaje de los Lúcango

con la friolera de veintiún descendientes, de los cuales, los siete son varones, y mujeres las catorce restantes. Es de creer que Sayago se dé por satisfecho con esa respetable prole, máxime teniendo en cuenta que el árbol genealógico de su familia continúa echando nuevos brotos, pues cuenta ya hasta siete nietos, y dada la fertilidad de los abuelos, no hay por qué dudar que la multiplicación de la especie seguirá adelante.

El año 59, aprovechando la oportunidad de un buque que partía para Loanda, creyó de su deber Sayago ir a saludar a sus ilustres padres, de los cuales sólo encontró vivo al cacique Lucango Cabanga, tan fuerte como si no hubiese pasado por él un solo día, y siempre querido y respetado de sus súbditos.

Grandes festejos hubo con tal motivo en la aldea de Lucango. Se bailaron candombes interminables, se destaparon sendas botijas de chicha, y en retribución a aquellos obsequios, Savago tocó algunas piezas en su clarín, despertando con estridentes notas los ecos de las selvas africanas, y atemorizando en sus guaridas a los leones y panteras que las pueblan.

Después de algunos meses de candombe y jolgorios, Savago habló de volver. Su venerable padre y todos los dignatarios de la corte hicieron supremo esfuerzo para retener a aquél compatriota ilustre; más de una belleza conga dejó escapar un suspiro por entre sus labios de grana y puso los ojos en blanco tratando de seducir al ingrato que la abandonaba,

pero Sayago hizo presente sus deberes de esposo y de padre, habló al viejo Lucango de las virtudes de su nuera Eugenia, demostró la necesidad de su presencia para vigilar la educación de los veintiún Lucanguitos que había dejado, y después de una tierna despedida se embarcó en el bergantín *Oriente*, llegando a Montevideo nuevamente a mediados de 1860.

Sólo entonces fué cuando le ocurrió poner su clarín al servicio del público, y libre ya de sus compromisos militares, se dedicó a pregonero y distribuidor de anuncios, atrayendo la atención de los transeúntes con los acordes marciales de su inseparable trompeta.

No hay empresario de teatros o de circos que no eche mano de Sayago para repartir los carteles del espectáculo. Piria debe en gran parte su popularidad de martillero a los toques de clarín con que Sayago predica la interminable venta de solares en el *Recreo de las Piedras*; y tal importancia se da al instrumento, que no ha mucho fué contratado expresamente para anunciar no recuerdo que publicación en Buenos Aires, donde alcanzó Sayago gran popularidad en un par de días, viéndose seguido por calles y por plazas de un gran séquito de curiosos, atraídos por los ecos de la Marsella, el himno de Riego o la marcha de Garibaldi, que son las tres piezas predilectas que ejecuta en su clarín.

Estamos en verano. Los tendidos de la plaza de toros están poblados por seis u ocho mil espectadores que ansiosos esperan el comienzo

de la lidia. La impaciencia se traduce en un clamoreo infernal que termina en un coro acompañado, en que todos toman parte al grito de: "¡Son—las—tres! ¡son—las—tres!" y cuando el bullicio crece, y las imprecações por la tardanza amenazan convertirse en zambra, una nota estridente y prolongada domina todas las voces, apaga todos los murmullos, y repercute en todos los ámbitos de la plaza, hasta que sus últimos ecos mueren entre el clamoreo unánime y espontáneo de un "¡Viva Sayago!" con que el público aclama a nuestro Lucango, cuyo clarín ha dado la orden de abrir la puerta del brete.

Salta la fiera al medio del circo, nerviosa e inquieta, buscando en quien cavar la punta de sus afiladas guampas; arremete con los picadores impotentes para contener su empuje que llega hasta el caballo, desgarrándole las entrañas; corre la sangre, afánanse los diestros, crece la gritería, y sobrepuertos ya a las conveniencias de la educación de los instintos animales del hombre, se piden más víctimas, hasta que nuevamente se hace sentir el clarín de Sayago para poner fin a la matanza de caballos, y ordenar la suerte de banderillas, de las que una vez bien adornado el morro del toro, se toca a matar, toque a que Sayago da toda la solemnidad del caso, prolongando las notas y rematándolas con un chillido agudo como la punta del estoque que hiere a la irritada fiera.

Concluida la temporada tauromáquica vuelve Sayago a sus cuarteles, y en los días de santos populares o aniversarios patrios, orga-

niza murgas, al frente de las cuales recorre las casas de todos los Juanes y Pedros o Antonios que sabe él han de retribuirle la atención con alguna propina decente. El 25 de Mayo saluda a toques de clarín a todos los argentinos bien acomodados; el 14 de Julio festeja a los franceses; el 24 de Mayo, día de la reina Victoria, cumplimenta a los ingleses; en el aniversario del Estatuto, les da música a los italianos; y a todos ellos, a españoles, a italianos, a franceses y a ingleses, les dirige discursos alusivos al festejo, hablando a cada uno en su idioma, pues entre sus muchas habilidades se jacta Sayago de ser poliglota, y para probarlo, habla el castellano pasablemente, bastante bien el portugués, chapurrea el inglés, maltrata el francés, tartamudea el italiano, disparata en vasco y hasta masca sílabas incomprensibles que, según él, tienen su significado congo, pretendiendo que: *Angola-ya-ilange ya-samba-ogina-dia-tata-me-gana-lucango-cabanga* quiere decir, traducido al español: "Mi padre se llama Lucango Cabanga, y es natural de Angola."

Aquí sí que viene de perilla aquello de:

el mentir de las estrellas,
es muy seguro mentir,
pues que ninguno ha de ir,
a ver lo que pasa en ellas.

Pero, puesto que Sayago lo dice, y no tengo yo fundamento para dudar de su palabra, es necesario admitir que habla en congo, mientras no se pruebe lo contrario, así como tam-

bién debe creerse lo que dice de su padre, y es que vive todavía, contando a la fecha la matusalénica edad de ciento cincuenta y cuatro años, lo que da a Su Majestad Lucango Cabanga una respetabilidad bíblica, patriarcal, y sobre todo, envidiable.

Y todavía dice más Sayago: y es que el viejo Lucango, a pesar de su siglo y medio, se permite el lujo de aumentar su tribu año tras año con Lucanguitos, hermanos menores de éste que todos conocemos, y que tiene ya la friolera de ochenta y un inviernos... ¡Esa no cuela, Sayago...!

Lo que más distingue al héroe de mi cuento es la cortesía. ¡Sayago es un saludador terrible! Si diez veces encuentra a uno por la calle, diez veces le ha de sacar el sombrero, y otras tantas le ha de preguntar por la familia, y le ha de desear mil felicidades, y le ha de encargar muchos recuerdos por casa, siempre con el sombrero en la mano, el ademán respetuoso, y sin la más mínima insinuación en demanda de una propina. ¡Eso no! Sayago no limosnea. Recuerdo, con este motivo, que en una de las conferencias que sobre este país dió en París el Barón de Rasse, esposo de doña Pilar Solsona, refiriéndose al desprendimiento de este pueblo, dice que una vez, cruzando por la plaza Constitución, encontró un moreno que repartía una publicación a toque de clarín, y que, habiendo tomado un ejemplar y queriendo retribuirle con una moneda, vió con sorpresa que el moreno la rechazaba.

¡Era Sayago! Sayago a quien le pagan para que reparta anuncios, y a cuya honradez repugnaba aceptar lo que aquel caballero creía el costo de la publicación que había tomado.

Esa honradez es la que le ha granjeado las simpatías que tiene. Sayago es lo que se llama un hombre de entera confianza, y en toda su larga vida no tiene un solo antecedente que afecte a su reputación.

Es activo y emprendedor; no pierde ocasión de hacer negocio, reparte esquelas, distribuye prospectos, pregona remates, o desde un extremo a otro de la ciudad, se oye todos los días el tono de su clarín, alegre y sonoro como una diana, cuyo eco reperecute en todos los oídos, y sobre todo en el de su esposa Eugenia, que sabe muy bien que aquellos acordes y sonatas están representando el van y el puchero en cuyo torno jueguean descalzos y a medio vestir, los nietos de Su Majestad Conca, el insigne Lucango Cabanga, padre de aquel negrito que llegó a Montevideo allá por el año 11. a bordo del bergantín *Promontidão*, y que hoy todos conocemos por el apodo de: *el corneta Sayago*.

Agosto 4 de 1883.

La trompeta de Sayago evoca el recuerdo de los que más contribuyeron a popularizar al hijo de Lucango Cabanga, y en primera línea surge con indisputables títulos a la primacía Francisco Piria, el más conocido, el más activo, y el más ingenioso de los martilleros populares, el protector de las clases jornaleras, creador de pueblos y aldeas, y propagador incansable de la división de la propiedad.

Mis recuerdos acerca de los antecedentes de Piria sólo alcanzan a su aparición bajo el arco de salida del Mercado Viejo, donde estableció su tienda de remate permanente, que funcionaba desde las primeras horas de la mañana hasta las diez de la noche, hubiese o no concurrentes, con sol o con lluvia, con calor o con frío, oyéndose siempre el continuo pregonar del vendedor, cuya voz se enronquecía a medida que avanzaba el día, y que al llegar la noche se hacía de todo punto incomprendible.

Los dependientes de Piria apenas le duraban una semana. Si se formase una estadística de los que en Montevideo padecen de la laringe, seguramente que figurarían en crecida proporción los que llevaban el martillo en la tienda del arco del Mercado.

Eran de verse los esfuerzos que hacía el martillero para atraer marchantes.

—¡Vamos a ver, señores! —repetía con énfasis—¡cinco reales! cinco reales ¡no hay quién dé más! Fijense que esto es tirado a la calle... ¡cinco reales! ¡cinco reales! Y al mismo tiempo que con la derecha mano repicaba con el martillo sobre el mostrador, cada vez que ante la puerta pasaba un transeúnte, mostraba con la izquierda en alto un calzoncillo o una camisa cuya bondad ponderaba inútilmente, pues ni los bancos ni las sillas, únicos concurrentes, por lo general, de la tienda, se dejaban convencer por la elocuencia del orador.

Pero no por eso se arredró Piria.

Cuando el público no acudía de suyo, él buscaba medio de atraerlo, y así como los cazadores de jilgueros ponen un llamador para que los que vuelan acudan al reclamo, así también Piria alquilaba llamadores, cuatro o cinco grandes de éstos que haraganean en los bancos de las plazas, los cuales servían de reclamo para hacer entrar los paseantes desocupados, que a su vez iban formando un núcleo que poco a poco aumentaba hasta que la concurrencia llenaba todo el local.

Aquí de la habilidad de Piria para ofrecer los artículos que él juzgaba aparentes para la

clase de público que lo rodeaba. Si las camisas y calzoncillos no encontraban acogida, salían a relucir los sacos y pantalones; si se presentaba un paisano, ponía en venta, como quien no quiere la cosa, un par de bombachas; y cuando creía distinguir a algún parroquiano acomodado, sacaba a luz sus alhajas, cuyo mérito pregonaba con toda honradez, porque, en medio de todo, Piria era incapaz de engañar a nadie.

—¡Vamos a ver, señores! ¡Un anillo con brillantes falsos! ¡Garantidos falsos! ¡Aquí no hay engaño! Y sin esperar postura, marcaba ya de antemano el precio: “¡Un peso, señores, un peso por este magnífico anillo! ¡No hay quien dé más! ¡Aprovechen la pichincha de la ocasión!” Y mientras seguía la chábbara interminable, circulaba la prenda de mano en mano, hasta que alguno se tentaba, y ofrecía un real más, y caía el martillo, y reaparecía otro anillo y otro, mientras la demanda de anillos no aflojaba.

Cuando más en auge estaba la casa del arco del Mercado, el fuego devoró en una noche toda la mercancía allí almacenada. Piria no aprovechó aquella circunstancia de fuerza mayor para eludir o aplazar sus compromisos. Peso sobre peso pagó a sus acreedores lo que les debía, reabrió su tienda con más crédito que nunca, y para resarcirse de las pérdidas, dió mayor vuelo a sus especulaciones, inaugurando las ventas de tierras por solares en parajes próximos a la capital.

Nunca olvidaré yo aquellas escenas de la Plaza Independencia, donde Piria hacía al aire libre sus especulaciones de terrenos. Colocaba bajo uno de los paraísos que flanqueaban la calle una larga mesa, sobre la cual instalaba los pianos del pueblo en perspectiva. Como reclamo, tenía a su lado una murga compuesta de un fagot, un clarinete y un tambor destemplado, tres instrumentos que hacían un terceto insoportable, y así que se iban agrupando los curiosos, empezaba la venta.

Con el sombrero echado hacia la nuca, levantando el martillo con la derecha, y apuntando con el índice de la izquierda al piano desplegado sobre la mesa, ponderaba Piria la excelencia y buena posición de los terrenos. Generalmente su auditorio se componía de algunos paisanos, de éhos que después de vendidas las tropas de ganado o entregadas las cargas de las carretas entran a la ciudad a proveerse en las lomillerías y almacenes de la calle del 18, y de los lustra-botás acampados en las plazas a la espera de marchantes embarrados.

Contra ese público esgrímía Piria las armas más contundentes de su tentadora elocuencia:— “¡Vean ustedes, — les decía, vamos ahora a vender este solar de la manzana B! ¡Magnífica situación! ¡Terreno alto! ¡En la esquina de la plaza!”

Los espectadores se codeaban para ver de cerca el piano, y entonces el martillero, aprovechando la curiosidad, continuaba con mayor entusiasmo: “¡Aquí está la iglesia! ¡Aquí la

comisaría! ¡Aquí la escuela!” y a cada una de estas indicaciones señalaba con el dedo un punto en el piano, con gran asombro de los concurrentes que con tamaño ojo abierto no acertaban a explicarse como podía haber una iglesia, una comisaría, o una escuela donde solo veían rayas de tinta trazadas sobre un papel.

Convencido al fin Piria de que su marchantazgo no entendía mucho de planos, resolvió hacer las ventas sobre el mismo terreno, y entonces organizó esas fiestas en que los concurrentes gozaban de tren gratis, gratuitas diversiones y sabrosos asados con cuero, que nada les costaban. Los wagones se atestaban de gente, las murgas hacían oír en el trayecto sus destemplados acordes, la locomotora silbaba cruzando los campos, y en medio de la algazara de los viajeros, llegaba el convoy a la estación de Las Piedras frente a la cual está situado el Recreo trazado por Piria, cuyas calles son hoy vistosas alamedas, y cuyas plazas están adornadas con fuentes y estatuas que poco a poco se deslizan bajo la continua acción de las lluvias que soportan.

Y las ventas continúan siempre igual en un pueblo que no tiene límites, y que llegará sin duda con el tiempo a ser el barrio más poblado de Las Piedras, debido al empeño del infatigable martillero, que ingeniosamente ha combinado el medio de poner la propiedad al alcance de las clases pobres, vendiéndola por cuotas ínfimas pagaderas a larguísimo plazo.

A la expectativa siempre de todo suceso que atraiga la atención del público, aprovecha con habilidad el momento oportuno para hacer su negocio, halagando al propio tiempo los sentimientos populares. Muere el Rey Gaiantuomo y Piria funda a los pocos días el pueblo *Víctor Manuel*, cuyos obligados compradores han de ser los súbditos del monarca llorado.

Pero como entre los mismos italianos hay algunos que no miran con buen ojo al Rey que había destronado al Papa, Piria, para contentar a todos, traza a pocas cuadras del pueblo *Víctor Manuel* el plantel de la villa *Pío Nono*, y así como en el primero levanta una estatua, en la segunda pone la piedra fundamental de una iglesia, presumiendo, con razón, que los habitantes de aquel centro pontificio han de ser fieles devotos de la religión católica.

Más allá funda el barrio *Garibaldi*, para los admiradores del león de Caprera: en el Reducto establece el barrio *Nueva Savona*, cuyos solares vende en menos de un mes. Pero, como no sólo los italianos han de comprar tierras, Piria tienta a los franceses con el pueblo *Gambetta*, a los españoles con el pueblo *Castelar* y ésta es la hora en que está tal vez ideando el plano de un pueblo *John Bull*, para buscar compradores entre los ingleses, que son hasta ahora los únicos desheredados de un centro en que se aglomeran todos los hijos de la nebulosa *Albión*.

En la víspera de uno de esos remates ruidosos es cuando entran en acción la corneta y los pulmones de *Sayago*, quien, así como es

poliglota hablando, lo es también tocando en su corneta, y si lo que anuncia en venta son los solares del pueblo *Gambetta*, ejecuta la *Marseillesa*; si del barrio *Castelar* se trata, hace oír los acordes del *Himno de Riego*; y entona la marcha de *Garibaldi*, si la venta es en el pueblo *Víctor Manuel* o en el barrio *Nueva Savona*.

El cartel contiene por lo general el plano de los terrenos, con su rosa de los vientos y todo, que maldito si la entiende la mayoría de los interesados. En seguida viene el programa de las fiestas, en las que hay carreras en un pie, o de espaldas, corridas de sortija, juegos atléticos y otras diversiones estrafalarias, que terminan con un *lunch*, copiosamente regado con sendas damajuanas de una bebida oscura que no sólo parece vino por el color, sino que hasta lleva el nombre de tal. ¡Cómo calumnian a las viñas!

El terreno del remate es una verdadera romería. Aparte de los interesados en la compra, que son los menos, concurren allí todos los que no tienen que hacer de sus domingos, aprovechando la ocasión de tener un día de campo y hartarse sin que les cueste un centavo, merced a la generosidad de Piria, a quien poco se le da sacrificar algunos reales a trueque de ver su remate bien concurrido.

Nadie como él para despertar en el obrero el amor a la propiedad. Con palabra sencilla y fácil le hace entender la conveniencia de tener un terreno propio, adquirido sin el menor esfuerzo, con solo ahorrar cada semana lo que el domingo gastaría en placeres perjudiciales

para su salud y oneroso para su bolsillo. ¿Quién no puede poner de lado veinticinco centésimos cada semana? Pues con esa friolera, cualquiera puede hacerse propietario, y con poco más, puede también edificar una casa, cuyo costo va pagando insensiblemente, haciéndose cuenta que paga un módico alquiler, que día más, día menos, alcanzará a cubrir el precio del edificio, que después queda siendo suyo, sirviéndole de refugio para los malos tiempos en que el trabajo escasea, sin verse expuesto a carecer de un techo bajo el cual pueda cobijar a su mujer y sus hijos.

Así habla Piria a los obreros, y más de uno ha de bendecirle cuando, al volver de su ruda tarea, se encuentra junto al hogar rodeado de los suyos, feliz al sentirse dueño del terreno que pisa y de las paredes que le protegen contra las inclemencias del invierno y los ardores del estío.

Y no para ahí la especulación filantrópica de Piria, pues, no contento con hacer propietarios a los pobres, se encarga también de vestirlos a módico costo, y al efecto instaló un vasto taller de sastrería donde se confeccionaban trajes a precios inauditos. El fué el introductor del *Remington*, no del que mata, sino del que abriga, unos capotones largos que no desdenaban usar muchos que la echan de elegantes; regalados, tirados a la calle, como decía Piria en su fraseología martillera por la bococa de cinco pesos!

Ultimamente invadió el campo de la literatura, y dió a la publicidad un libro que, si por

un lado era un reclamo para su negocio, por el otro encerraba verdades muy dignas de tomarse en cuenta. *Impresiones de un viajero en un país de lluvias* titulaba Piria a su obra, simulando el viaje de un extranjero a quien él servía de guía, dándole noticia de los gémenes de riqueza con que cuenta este país, y explicitándole al mismo tiempo las causas que motivan su paralización. Por supuesto que el guía no desperdicia la ocasión de hablar largo y tendido sobre el pueblo *Economía y Recreo de Las Piedras*, encareciendo el porvenir de esas poblaciones, que con el tiempo llegarán, según él, a ser grandes ciudades, y haciendo entrever a los actuales propietarios la perspectiva de pingües fortunas en un futuro no lejano.

Piria es verdaderamente un hombre útil. Yo, sin conocerle, le estimo como se estima generalmente a todo el que a costa de su actividad y trabajo logra crearse una posición, procediendo siempre con honradez. Así ha procedido Piria siempre, y a esa honradez debe el crédito de que goza y la confianza que en él depositan sus comitentes.

En cambio no poco debe el país a este activo especulador de tierras.

Por iniciativa suya cuenta Montevideo con numerosos núcleos de población en sus alrededores; hacinamientos de casas hoy, verdaderos pueblos mañana, que no sólo contribuyen al bienestar de los habitantes, sino también al aumento de las rentas y a la valorización de la propiedad.

¡Y cuántos que por vía de bromas han comprado ayer un solar, alentados por las facilidades que se le ofrecen para el pago, se encontrarán mañana siendo dueños de valiosos terrenos, y recordarán con cariño al que les tentó a colocar con tan lucrativo rédito los ahorros que hubieran malgastado en futilezas!

Como perpetuación de su nombre, y como acto de justicia hacia el fundador de tantos pueblos, yo propongo que el primer plano de las nuevas poblaciones que proyecta el antiguo martillero del arco del Mercado Viejo sea el del *Pueblo Piria*, cuya inauguración se ha de festejar, no con iglesias ni estatuas, sino echando los cimientos de una escuela pública, donde reciban educación los hijos de los artesanos, convertidos en propietarios merced a esas ingeniosas combinaciones ideadas por Piria, que le permiten hacer su negocio, haciendo al propio tiempo la felicidad de muchas familias.

Desde ya hago postura por el primer solar que se ponga en venta del *Pueblo Piria*.

Agosto, 5 de 1882.

UNA QUEMAZÓN DE CAMPO

Acabábamos de almorzar y nos disponíamos todos los habitantes de la estancia a dormir la siesta en aquel mediodía de febrero, sereno y cálido cuando se presentó un peón diciendo al dueño de casa que había fuego en el campo, allá, en el fondo, en la rinconada sobre el camino, donde había acampado aquella mañana una tropa de carretas.

Nos acercamos todos al guardapatio y vimos allá a los lejos, a dos leguas de distancia, una humareda tenue, que se fundía en el ambiente azul. El campo parecía un trigal maduro. Los pastizales ressecos respiraban un vaho ardiente y tembloroso como de aire recalentado por una hornalla. Soplaba una brisa del norte, precisamente del lado de donde había empezado el fuego, que se extendía por minutos, ensanchando la línea del incendio.

No había más que un caballo atado bajo un ombú. Montó en él un muchacho, y mientras echaba la tropilla al corral, tomó el dueño de casa las disposiciones necesarias para acudir a extinguir o a limitar, por lo menos, el fuego. Cada uno de los peones se munió de un cuero

de oveja, se llenaron dos damajuanas de agua y una de caña, y todos llevaron sus aperos al corral, esperando la llegada de los caballos, que ya se veían venir por un lado, al galope, arreados en tropel por el muchacho.

La quemazón avanzaba velozmente entre torbellinos de humo espeso que se redondeaban en grandes copos, como bocanadas de cañonazos. Desde lo más alto del cielo, el sol dejaba caer sus rayos a plomo, marchitando el campo y los árboles, cuyas hojas se acartuchaban requemadas en el ambiente de fuego que respiraban. Parecía que el incendio venía de arriba, de aquel cielo azul en cuyo centro llameaba el sol como un cráter en ignición, caldeando el aire.

Pronto estuvimos todos a caballo. Éramos unos doce, entre hombres y muchachos, y galopábamos en pelotón, trillando el pasto, que se quebraba como hebras de vidrio. Antes de media hora estábamos ya a pocas cuadras de la línea de la quemazón, que exhalaba un hábito ardiente, sofocante, como si viniese de la boca de un horno inmenso. Los caballos, con las orejas paradas, las narices abiertas, los ojos inquietos se encabritaban, se resistían a seguir adelante, aterrorizados por el fuego que ya parecía quemarnos, aunque estaba todavía distante. El incendio coronaba entonces una cuchilla, y nosotros llegábamos a la vez a la cima de la opuesta, separadas ambas por una cañada angosta.

De la hondonada venía corriendo hacia nosotros una manada de yeguas, en desordenado tropel, despavoridas, relinchando de miedo,

arreadas por el fuego que chisporroteaba con chasquidos de látigo, como azuzando a las bestias. Al vernos, en vez de seguir corriendo, las yeguas remolinearon en torno nuestro, como buscando amparo en el desastre que arrasaba su querencia. Dos padrillos, un tostado y un oscuro, con las crines revueltas y casi cegados por el espeso copete, repuntaban las yeguas rezagadas, seguidas de los potrillos, que sin darse cuenta del peligro, retocaban como en una fiesta, con esa inconsciencia con que los chicuelos festejan los mayores desastres. Los pobres animales en vez de huirnos, se aproximaban, desorientados por el miedo, sin saber hacia dónde escapar, y como nos siguieran, fué necesario arrearlos, hasta que salieron disparando a la desbandada, haciendo retumbar el suelo con ruidos sordos de tronada lejana.

El fuego saltó la cañada, incendiando las ma siegas que la bordeaban, y amenazando un cardal extenso que cubría toda una cuchilla. Corrimos todos para tratar de cortar el incendio por el lado de los cardos, y ya tres hombres habían echado pie a tierra para sofocar el fuego golpeándolo con los cueros de carnero, cuando uno de los muchachos gritó: —¡Patrón! parece que el rancho de Antonio se está quemando.

Se veía, en efecto, que el incendio rodeaba ya la población indicada, distante una media legua a la derecha. La línea de fuego abrazaba ya una extensión inmensa, y era inútil pensar en dominarlo con tan poca gente. Abandonamos, pues, la defensa del cardal y acudimos a la casa amenazada, donde vivía el puestero Antonio con su familia, la esposa y cuatro hijos

pequeños. Pero antes de alejarnos, oímos un fogañazo, como si de golpe hubiese ardido una parva de paja. El fuego había llegado al cardal y saltaba de una alcachofa a otra incendiando los plumerillos de la semilla, que ardían en una llamarada inmensa, como pólvora suelta, y mientras así corrían las llamas en ráfagas sobre las flores rescasas de los cardos, avanzaba más lentamente el fuego por debajo quemando los troncos que crepitaban con estallidos de cohetes.

El campo, en lo que alcanzábamos a ver, era todo una hoguera. El humo nos envolvía en una nube sofocante en medio de la cual continuábamos galopando, en dirección al rancho, que a intervalos se distinguía, todo rodeado de fuego. Nuestros caballos, atontados por la fatiga y el calor, ya no hacían resistencia para ir adonde los llevásemos. El pasto, algo ralo en las cercanías del rancho, daba poco alimento al incendio, y por allí atropellamos, cerrando los ojos, y salvamos la lista de fuego, pasando al campo ya quemado, sobre cuya costra caldeada apenas asentaban los cascos nuestros caballos, que brincaban despavoridos.

El puestero Antonio defendía su rancho con denuedo, sin desmayar después de media hora de lucha ruja contra el voraz elemento que lo rodeaba. Al ver que el fuego avanzaba en dirección a su casa se había apresurado a sacar sus pocos muebles, amontonándolos en el centro del rodeo de las ovejas, en el declive de la cuchilla que el rancho coronaba, y llevando después allí sus hijos, había corrido a atacar el fuego, mientras su mujer sacando agua del

barril, la echaba a jarros sobre la quincha del rancho, para evitar que alguna chispa volante la incendiase.

Nuestros peones ya se habían apeado y ayudaban en su tareas al puestero, sofocando el fuego, mientras la mujer corría presurosa a tranquilizar a sus hijos que lloraban a gritos, aserrujados bajo los muebles hacinados en el centro del rodeo. Pronto quedó el rancho a salvo. La línea del incendio avanzaba dejándolo atrás, y ya no había más que apagar las chamascas que quedaban ardiendo en torno de la casa.

Antes de volver a montar a caballo la gente ayudó al puestero a meter de nuevo los muebles dentro del rancho salvado de aquel desastre que devastaba todo el campo. Las cuchillas quemadas aparecían negras, hasta perderse de vista hacia el norte. A la izquierda, ardía el cardal en inmensa hoguera, bajo una humareda espesa. Y el fuego seguía siempre su obra de devastación, avanzando en una línea extensa que tuvimos que despuntar, galopando siempre para ganar la delantera y tratar de desviar el incendio antes que alcanzase los tupidos esparillares que circundaban la casa principal.

El viento había refrescado, saltando al este, y el fuego se avivaba con la ayuda de aquel aliado que lo dirigía a los centros más empasados del campo.

A cada momento encontrábamos puntas de vacas, de yeguas, que corrían como enloquecidas en todas direcciones, mugiendo, relinchando, reclamando las madres a sus crías, perdidas

y confundidas en aquel desbande frenético. En un ángulo formado por dos cañadas confluentes, una punta de ovejas permanecía quieta, apretadas todas en grupo compacto, sin hacer nada por huir del fuego que avanzaba sobre ellas, como embrutecidas por el miedo. Dos peones corrieron para espantarlas, y les fué necesario empujarlas con los encuentros de los caballos, para que se apartasen, cuando ya el fuego estaba sobre ellas. Tres cayeron como asfixiadas y no se levantaron más, mientras las otras seguían al paso, balando, sin saber para dónde huir. De repente el grupo remolineó, una borrega hizo una punta enderezándose al fuego, lo salvó de un brinco y las demás corrieron tras de aquella repitiendo el mismo salto, y así siguieron, volando más que corriendo por el campo quemado, obligadas a brincar sobre aquel suelo quemante como un ascu.

Nos detuvimos en lo alto de una cerrillada pedregosa, de donde se dominaba toda la línea del incendio, que avanzaba en semicírculo, empapachado de altas llamaradas en algunos puntos en que el fuego hacía presa en los pajonales, y rastreño en otros en que apenas se alimentaba de pastos ralos. Parecía la línea de un gran ejército en batalla, cuya formación abarcaba más de una legua de extensión. Un grupo de venados, hembras las más, capitaneadas por un macho de alta cornamenta, cedían el terreno palmo a palmo, resistiéndose a abandonar la querencia. Cuando el fuego los quemaba casi, emprendían la fuga, para detenerse en la loma vecina, las hembras en la ladera, prontas a disparar a la primera señal del ve-

nado que quedaba de vigía en la altura, mirando al peligro, inquieto ante aquel enemigo que devastaba sus dominios.

A nuestra vez tuvimos que alejarnos, desalojados por el aliento abrasador del incendio, que avanzaba siempre, quemando los pastos duros y las cardillas nacidas entre el pedregal de la cerrillada, que bajábamos al tranco, con miedo los caballos de rodar sobre aquellos guijarros puntiagudos que les machucaban los cascos. De repente, pasaron entre nosotros como dos exhalaciones, dos zorros, que sin duda al sentir recalentarse las piedras que cubrían su cueva, la habían abandonado como locos, escapando de las llamas para caer en las brasas, que no otra cosa fué huir del fuego para ponerse al alcance de la perrada que nos seguía y que salió disparada tras de ellos ladrando, aullando de dolor sobre aquel suelo erizado de puntas, pero encarnizada tras de aquella presa que tan inesperadamente se presentaba, hasta perderse de vista todos, zorros y perros, en una ráfaga viviente, más veloz que el viento, en una hondada lejana.

.....
La tarde caía, serenándose poco a poco; una de esas tardes calurosas de fin de verano, en que la brisa parece que toma descanso, como fatigada de la jornada, para agitarse de nuevo en la frescura de la noche. El fuego, faltó ya de aquel aliento que lo azuzaba, iba muriendo a orillas de un arroyo sin monte que cruzaba el campo, y al entrar el sol, quedaba confinado a un extremo de la extensa línea, consumiendo las resacas acumuladas por la corriente de otro

arroyo montuoso, que limitaba el campo por el este.

Todo el humo se había ya disipado y sólo se veía el que despedía aquella última hoguera lejana, que se elevaba lentamente hasta perderse en el cielo. El crepúsculo se oscurecía gradualmente, invadiendo las sombras silenciosas todo el firmamento y apagando suavemente los resplandores anaranjados del poniente. Y en aquella apacible tristeza del día agonizante, parecía que el humo lejano no se elevaba, sino que colgaba del cielo como un crespón fúnebre sobre el campo devastado.

En la oscuridad se enrojecieron las llamas que como último vestigio del incendio se veían cercanas al monte, y volvimos todos a la casa, fatigados, tristes, sin haber podido hacer nada para evitar el desastre consumado. A lo lejos se oía todavía el galope de los ganados dispersos, obligados a correr sobre aquel suelo calcinado, turbando el silencio con mugidos lastimeros, como llorando la devastación de la quercia.

Cenamos de mala gana, y caímos todos rendidos. Pero yo no podía dormir, a pesar del cansancio. En la oscuridad de mi alcoba veía reproducirse todos los incidentes de la catástrofe: el incendio avanzando desde el fondo del campo, el cardal volando en una llamarada como un inmenso reguero de pólvora; el rancho del puestero amenazado por todos lados; y me parecía sentir en torno del lecho la carrera desenfrenada de las yeguas y de las vacas, y ver a las ovejas corriendo a saltos, en un movimiento de oleaje, y oír los ladridos de los perros

disparando tras de la presa que el fuego les deparaba.

No dormía, pero me sentía invadido por una modorra, ese ser y no ser en que se confunden los ruidos y las visiones que forja el sueño con los de la realidad. Y oía una voz que decía: Patrón, el fuego, el fuego! ¿Soñaba? ¿Recordaba lo que había dicho el muchacho en aquel mediodía en que vino a anunciarlos el principio de la quemazón? Pero no; esta vez había oido claramente la voz del muchacho: era su mismo acento, que repetía a través de la puerta: Patrón, el fuego, el fuego!

Me tiré de la cama, entreabré la puerta, y me dijo el chicuelo que el puestero de la costa había venido a avisar que se estaba quemando el monte. Desperté al dueño de casa, que en la misma pieza dormía, me vestí apresuradamente, y salí. Antes de ver el incendio lo vi reflejado en el cielo, al naciente, con resplandores de carmín. El espectáculo era imponente: ardía el monte en una hoguera inmensa, vomitando una humareda espesa arrastrada por la brisa, que había vuelto a soplar, del norte nuevamente. El fuego había hecho presa en lo más tupido del monte. Y mientras miraba, el puestero que había traído el aviso me explicaba la causa de aquel nuevo desastre. La quemazón, casi extinguida durante la calma del crepúsculo, había continuado consumiendo la resaca dejada por las crecientes del arroyo. Pero entrada ya la noche, a eso de las nueve, refrescó otra vez el viento, avivando el fuego, que siguió avanzando alimentado por las resacas hasta alcanzar las que habían quedado entretejidas en el

ramaje de la arboleda. "Yo estaba durmiendo, —continuó—, pero como mi rancho queda tan cerca del monte me despertó el ruido de la quemazón y el tropel de la caballada que se vino sobre las casas. Salí afuera y ya vi que el monte había empezado a arder. Tomé la hacha y corrí al ver si podía cortar el fuego, pero el calor y el humo me corrieron y me vine a avisarle al patrón".

Todos estaban ya levantados, y como no había más que un caballo atado, resolvimos ir a pie. El monte distaba apenas quince cuadras. A medida que nos acercábamos, íbamos apreciando la magnitud del incendio. La isla que ardía tenía más de una cuadra de ancho y se quemaba desde la línea exterior hasta la orilla del arroyo. Era inútil intentar nada. A espaldas del fuego era posible aproximarse hasta unas veinte varas, teniendo que soportar un calor infernal pero por delante, en la dirección del viento, no se podía llegar ni a cien pasos de la inmensa hoguera, cuyo aliento abrasaba.

Se oía una crepitación continua como si todo un batallón estuviera haciendo fuego graneado. Los árboles se retorcían en estertores de mártires condenados a la hoguera, y antes que las llamas los lamiesen agonizaban derramando su savia en espumas por entre las grietas rajadas por el calor. No eran defensa contra la destrucción la frescura, la lozanía de toda aquella vegetación verde, fecundada por el limo húmedo con que periódicamente la nutría el arroyo cercano en sus desbordes. El fuego avanzando en una carga devastadora, iba preparando su alimento para devorarlo en cuanto lo tuviera a su

alcance. Algunos árboles se ofrecían ellos mismos al sacrificio como las viudas de los rajaes indios, despojándose de su ropa frondosa para entregarse desnudos a las llamas. A cien varas del incendio, las hojas empezaban a enroscarse, y se desprendían de las ramas que a su vez, asfixiadas por aquel aliento devastador, se contorsionaban violentamente, como previendo su fin cercano.

Los talas se rendían a las primeras embestidas del fuego, dejándose abrasar sin resistencia, resignados a su suerte, mientras los sombra-de-toro se defendían desesperadamente, verdeando aún en medio de las llamas su follaje erizado de púas, resistiendo el asalto, bañados con su savia, como atletas empapados en su propia sangre, hasta que extenuados, impotentes para continuar la lucha, se entregaban al insaciable enemigo que los devoraba implacablemente. Un coronilla secular de cuya alta copa pendían multitud de lianas como trenzas de la cabellera de un gigante, ardía ruidosamente, como un fuego de artificio, estallando las ramas en petardos que reventaban en soles de chispas. Era una diversión en medio de la catástrofe aquel árbol inmenso, quemándose como una pieza pirotécnica fabricada de cohetes cuyos estallidos resonaban alegramente, como en una fiesta, entre el fragor del incendio.

Era ya pasada la media noche, y el fuego continuaba infatigable su tarea. Toda la isla ardía en una hoguera colosal, que iluminaba una ancha zona de campo, como una antorcha inmensa de resplandores rojizos. Sobre el monte flamígero rodaba el humo en nubes espesas,

surcadas de chispas brillantes que se extinguían y se reproducían incessantemente, como exhalaciones fugaces. Y de repente, aquí y allá, por entre el humo, surgían llamas lívidas, altísimas, desprendidas de la hoguera. Se diría que eran las almas de los árboles muertos que volaban a las alturas infinitas!

En la llanura iluminada con resplandores movedizos, se veían cruzar bultos a la carrera, animales enloquecidos por el terror, que desparaban ciegos, deslumbrados por aquella claridad siniestra que invadía los lóbregos dominios de la noche. Una cuadrilla de potros enderezó relinchando al fuego, y al llegar a una cuadra del monte, se pararon todos, en línea, las orejas tiesas, mirando despavoridos el incendio, y después, como espantados ante el peligro, huyeron a la desbandada, mordiéndose unos a otros tirándose coces, disparando a corcovos hasta perderse entre las sombras.

Entretanto, la brisa volvía a adormecerse en la placidez de la madrugada, cuyas primeras claridades invadían lentamente el horizonte. El incendio continuaba consumiendo los árboles, cuyos troncos en brasas se abatían desmenuzándose en ascuas. Falto del impulso del viento, el fuego no había podido saltar a otro grupo de monte cuyo follaje estaba ya tostado por el calor, pronto a arder al primer contacto de las llamas, y el desastre quedaba limitado a aquel hogar inmenso, alimentado por cientos de árboles que iban desapareciendo poco a poco, derrumbándose después de haber sostenido en pie el suplicio. Pero algunos se mantenían todavía erguidos, como inmensos esque-

letos, en actitudes extravagantes, con sus largos brazos retorcidos en los estertores convulsivos de la agonía. A ratos, algunas llamas fugaces surgían del enorme brasero, últimos alientos del incendio, que a su vez sucumbía en medio de los despojos de sus víctimas.

Cuando me retiré, pintaba ya el alba. Descendía del cielo una claridad pálida que iba poco a poco delineando los contornos, despertando los colores, haciendo revivir la naturaleza toda en la grata calma de la mañana tibia. Los animales tranquilizados por la luz del día, descansaban de las zozobras de la noche echados sobre el pasto, manchando el campo con los diversos matices de sus pelos.

Al llegar a la casa, desde la altura en que estaba situada, pude abarcar el conjunto del desastre. Al norte, en todo lo que la vista alcanzaba, se extendía el campo quemado, como vestido de luto; mientras que al naciente se veía todavía la hoguera moribunda del monte en ascuas, sobre la que flotaba en el aire el humo condensado en una nube negra, que se destacaba en la palidez del cielo matinal, semejando una inmensa ave de mal agüero cerniéndose sobre toda aquella desolación.

UNA ACAMPADA

En medio de la niebla espesa de una madrugada de octubre había levantado campamento la división a que accidentalmente estaba incorporado en desempeño de una comisión, una división de caballería, fuerte de novecientos hombres, armados en su mayor parte de lanzas. Unos pocos llevaban tercerolas o fusiles recortados, formando un piquete que marchaba a vanguardia, como reserva de las partidas exploradoras. La mañana se había presentado encapotada de gris, velado todo el paisaje por una neblina densa que se condensaba en gotas en las ramas de los árboles, barnizando con la humedad el follaje naciente. Acampados durante la noche a la costa de un arroyo, en las puntas de la sierra de Illescas, habíamos tenido que alejarnos del monte, cuyo ramaje goteaba sobre nosotros menuda llovizna. Al clarear el día habían tocado a montar, y la columna se puso en marcha inmediatamente, formando en filas de a cuatro jinetes por no permitir otra formación las angosturas de la sierra que atravesábamos.

El paisaje era de una triste monotonía. No se distinguía nada a veinte pasos a la redonda. Parecía que no adelantábamos en medio de aquel ambiente gris que no presentaba un solo punto de orientación. Yo había perdido por completo toda noción del rumbo y dejaba ir mi caballo siguiendo a los demás, al tranco, cerca del baqueano que marchaba a la cabeza, solo, como un jefe, el sombrerito echado sobre los ojos, la cabellera sujetada por un pañuelo de seda negra que le cubría las orejas formando marco al rostro bronceado, rígido, en que sólo se movían los ojos verdosos, aparentemente velados, pero en los cuales se traslucía una mirada intensa que penetraba al través de la niebla, orientándose sin vacilaciones en aquella comarca agreste y desierta. Montaba un caballo bayo encerrado, de mucha alzada, descarnado, mostrando la fuerte armazón de los huesos.

El bayo humeaba por las narices, las dos orejas tiesas, alerta como su jinete, tranqueando largo. Hombre y caballo formaban una sola pieza que se movía a un mismo impulso, enhorquetao aquél sobre el lomillo, el estribo corto para mayor comodidad, la mano apoyada en el mango del rebenque, sobre la cabezada, abrillantada la pelusa del poncho con las menudísimas gotas de la niebla.

La marcha seguía silenciosa y monótona por entre la cerrillada pedregosa de la sierra. De repente surgían a uno y otro lado grandes bultos negros de proporciones gigantescas, que se achicaban a medida que nos acercábamos a ellos, detallándose aquellas masas informes en grupos de piedras por entre cuyas hendiduras

brotaban arbustos de espeso y oscuro follaje, y al alejarse, nuevamente se condensaban en bultos enormes que crecían, crecían, borrándose gradualmente hasta desaparecer como fantasmas mudas entre la niebla.

El paso de la columna retumbaba con un redoble sordo en el seno pétreo de los cerros que se adivinaban más que se veían a ambos lados del trilio que seguíamos. De cuando en cuando se oían relinchos de caballos invisibles, y al momento salían en dirección a los relinchos grupos de soldados en procura de aquella presa de guerra, perdiéndose entre la bruma gris. Después de una hora de camino el baqueano sujetó ante una cañada que cerraba el paso. Toda la columna hizo alto. Los caballos, al sentir la rienda suelta resoplaban fuerte por las narices y hacían coscojear los frenos. El baqueano escudriñó los contornos del sitio en que se encontraba, y después de dos minutos de indecisión, tomó resueltamente a la derecha, costeando el zanjón, erizado de pajas y de juncos. A poco más de media cuadra encontró un vado, un paso estrecho, de barrancas empinadas y barroosas. Vadeó él solo, primero, dejando que el caballo tantease el fondo fangoso de la cañada. El animal manoteó en el agua cautelosamente, y cerciorado de que hacia pie, dió un paso dentro. Sintiendo que se hundía, adelantó la otra mano, y encogiendo los remos traseros, de un salto alcanzó la orilla opuesta, trepando el barranco resbaladizo con paso inseguro, despatarrándose, pegoteada la punta de la cola con el lodo, como la cerda de un pincel. Tras de él pasamos todos los que íbamos en el grupo con

los jefes, uno a uno, ahondándose el pantano bajo el chapoteo de los caballos que se hundían hasta las rodillas en aquel fango oscuro, espeso y pegajoso. La soldadesca siguió pasando en tropel, en medio de risas y de gritos. La cañada era un accidente que venía a romper la monotonía de aquella marcha silenciosa por entre un paisaje invisible.

Al pasar al otro lado, oímos, cercanos, ladridos de perros, que al instante nos rodearon avanzándonos con furia. A pocas varas surgió de entre la niebla un rancho, una choza miserable, de paredes de tierra y techo de paja, remendado en el centro de la cumbre con un cuero de vaca yaguané, que parecía un animal extraño de patas cortas y ojos hundidos, que se asomaba por entre el rancho para mirarnos. No se veía a nadie, ni en el pequeño patio ni en la puerta del casucho. Bajo una enramada miserable había un caballo overo sujeto por el cabestro del bozal y dos terneros épicos atados en los horcones. Los perros seguían ladrandos; sin atacarnos: uno grande, barcino, con las orejas cortadas, otro bayo claro, curtida la cabeza de cicatrices, el rabo arqueado y un cuzquillo lanudo, cegado por los pelotones de lana que le caían sobre los ojos y que ponía notas tiples destempladas en aquel coro de ladridos.

Después de llamar repetidas veces apareció un hombre, ya entrado en años, flaco de miseria, dió dos pasos fuera de la puerta y se detuvo receloso, huraño mirándonos por bajo del ala del sombrero. Rezongó los buenos días entre dientes, como de mala gana, y quedó esperando. Después cobrando confianza nos invitó a

apearnos. El overo relinchaba bajo la enramada al sentir el paso de la caballada, que seguía desfilando a alguna distancia. Tres soldados, apartados de la columna, se acercaban en dirección al caballo.

El dueño entonces dirigiéndose al jefe, se quitó el sombrero y le pidió por su overo, el único caballo que tenía para recoger su pequeña majada y sus pocas vacas. Según él, no valía para nada, era un mancarrón aguadero, inservible para una jornada. A las súplicas salió del rancho una mujer, envejecida más por la pobreza que por los años, y unió sus ruegos a los de su hombre para que no le llevasen el caballo. El jefe los tranquilizó asegurándoles que nadie llevaría el overo, y ante esta promesa aquellos infelices prodigaron sus agradecimientos y empezaron a disponer todo para obsequiarnos con mate. Nos habíamos apeado, acuclillándonos al reparo del alero del rancho, mientras los asistentes cuidaban nuestros caballos. A lo lejos se oía todavía el griterío de los soldados que seguían vadearlo la cañada, convertida ya en pantano profundo.

A poco se acercó la mujer trayendo el mate, y tras ella apareció otra, una joven que no llegaba a los veinte, esbelta en amplitud de sus formas desarrolladas, modelándose las turberas de su juventud rozagante bajo la bata de percal. Parecía que les había robado toda la savia de vida a los dos viejos, enjutos, como esas plantas vigorosas que agostan a todas las que la rodean, dejándolas raquílicas bajo su frondosidad exuberante, ataúndoles el amor del sol y chupándoles los jugos de la tierra.

Alta, el talle algo grueso pero flexible, el cabello castaño sujeto en trenzas enroscadas en apretado rolete, los ojos garzos sombreados por tupidas pestañas, el óvalo correcto, la boca fresca, la tez ligeramente trigueña, parecía más que la hija de aquellos seres envejecidos por la miseria, la virgen salvaje de aquella comarca desierta. Balbuceó un saludo, iluminándose el rostro de rubores, y entregó el mate que traía a uno de los oficiales. Quedó después parada, mirándonos con ojos extraños, como si fuésemos hombres de otra especie que los que ella conocía. Se veía en su semblante plácido, pintado el asombro del campesino al ver por primera vez un espectáculo teatral. Nuestros trajes caprichosos, las armas bruñidas, el correaje de las espadas, la apostura desenvueelta, la conversación amena y culta, todo la encantaba, la seducía, dejándolo adivinar en el brillo de la mirada, extasiada en la contemplación de aquel grupo animado de hombres de guerra, bizarros en la originalidad de sus trajes y arreos de soldados revolucionarios. Parecía que le subía al rostro en llamaradas rosadas la revelación de un secreto íntimo, de algo que por primera vez adivinaba, que se agitaba dentro de ella ondulando en sus senos mórbidos que se erguían amenazando rasgar la delgada tela que los oprimía.

La columna en tanto seguía desfilando. Se la veía moverse entre la niebla como una procesión de sombras fugitivas, y todavía se oían en la cañada gritos y risas, dificultado cada vez más el paso a punto de hacerse peligroso. La caballada suelta la habían hecho pasar por otro

sitio y se sentía el tropel de la arreada en medio de relinchos y chasquidos de látigos. No menos de tres mil caballos llevábamos de reserva, después de quince días de recogida en una zona extensa. Los campos quedaban trillados al paso de aquella manada inmensa.

Cuando vinieron a avisarnos que toda la columna había ya vadeado, nos preparamos para partir. Los pobres viejos que nos habían hospedado durante una media hora ofreciéndonos todo lo que su estrechez les permitía, nos despidieron con augurios de triunfo en la tienda en que estábamos empeñados, agradeciéndonos nuevamente el haberles dejado el caballo overo. La joven de ojos garzos nada dijo. Estaba como aterrada ante la idea de aquella partida brusca que la dejaba nuevamente en la triste soledad en que había vivido. Y cuando montamos y echamos a andar, siguió al grupo con una mirada que traducía, un ruego, como suplicando que le robasen a la tristeza de su virginidad estéril, despertada en aquel rato del sueño de la ignorancia de la vida. Como forzada a obedecer a último impulso de su naturaleza salvaje, avanzó unos pasos hacia el grupo que se alejaba, de repente se detuvo, llevó a sus ojos el delantal que cubría su pollera, y encaminóse con paso tardo a su miserable choza, volviendo repetidamente los ojos abrillantados en lágrimas. El overo, bajo la enramada, relinchaba despidiendo a sus compañeros.

El rancho fué borrándose poco a poco de nuestra vista hasta que se lo tragó por completo la niebla y nosotros picamos nuestros caballos, flanqueando la columna hasta ponernos a la ca-

beza. El cielo empezaba a desgarrarse, dejando ver manchas de azul. La mañana, avanzaba serena y tibia, presagiando lluvia. Llegábamos ya a los últimos estribos de la sierra, y el campo llano se abría por delante, brillando con reflejos de esmeralda las lomas lejanas, ya bañadas por el sol primaveral que había logrado rasgar la niebla amontonándola en espesos copos que se desprendían de la tierra y flotaban errantes en el aire quieto.

Media hora después el paisaje se ofrecía en toda su extensión hasta el horizonte brumoso todavía. El cielo, moteado de bellones azuleaba en lo alto, y el sol calentaba la tierra activando la fecundación. Era un día de primavera avanzada, caloroso y húmedo, en que toda la naturaleza respiraba en ese ambiente pesado de los invernáculos. La columna formada ahora en hileras de diez, marchaba al trote, apurando para llegar al sitio designado para la carneada antes del mediodía. Se le veía ondular como una enorme serpiente siguiendo las sinuosidades del campo mamelonado. Las lanzas brillaban como escamas de plata. Por delante, coronaban las alturas nuestras avanzadas exploradoras y a un costado iba la caballada suelta, arreada y flanqueada por los soldados encargados de su custodia. El baqueano, siempre adelante, seguía el rumbo fijo, al tranco andador de su caballo que se descuadrillaba en aquel andar de sobre paso.

Al dominar una cuchilla que se prolongaba como el lomo de un cetáneo inmenso, apareció en el bajo la cinta oscura del monte que franeaba un arroyo, el arroyo de Godoy, de curso

sinuoso por entre altas lomadas. Del otro lado, una casa de material blanqueaba iluminada por el sol. Hicimos alto en la ladera vertiente, cerca del arroyo, y se mandó desensillar. En pocos minutos quedó la falda de la cuchilla poblada de grupos de soldados, que improvisaban hogueras. No se armó ninguna carpá, ni la de los jefes, que buscaron el reparo de unos árboles para pasar la siesta. El campamento se animaba en la actividad de los preparativos para comer. Los soldados bajaban con sus caballos a la aguada mientras se hacía la carneada. Se había exigido al hacendado vecino un tributo de veinte reses que había entregado sin protesta, habituado ya a aquellas exacciones. Tuvo hasta la deferencia de venir personalmente al fogón de los jefes a saludarlos y ofrecerles lo que necesitasen. Dió noticias de algunas partidas enemigas que habían pasado por allí dos días antes arreando todos los caballos del vecindario.

Cien hogueras ardían en el campamento ahumando el cielo, y en torno de cada una de ellas se veían grupos de soldados que mateaban, mientras se cocían los asados. Las lanzas clavadas por el regatón en la tierra, espejeaban al sol, pendientes las banderolas lacias por la falta de viento. Había lanzas de todas formas y tamaños, desde algunas largas y agudas como dagas hasta otras cortas y ovaladas como pequeños peces, lisas unas, y otras bradas, éstas con medias lunas sencillas, aquéllas con doble media luna, esotra en forma serpentilana, al lado una de tres filos como una bayoneta, y por todo el campamento lanzas comunes, de mehara

sencilla, lanza de tropa encabada en asta corta y recia. Los aperos eran tan variados como las lanzas, ricos unos, chapeados de plata, y otros pobres miserables, compuestos de una mala jerga un lomillo de bastos destriados, y un cuero de carnero. Todo oreaba al sol en aquel mediodía tibio, pintada la ladera con los colores de los ponchos tendidos en el suelo y las prendas multicolores de los vestuarios caprichosos.

A las tres de la tarde nos pusimos nuevamente en marcha, después de haber dado descanso a la gente y a la caballada. Nos quedaban algunas leguas de jornada para llegar con día hasta Casupá donde debíamos esperar instrucciones, y picamos trote largo desde que nos movimos, apurando para acampar, antes de que se echase encima la tormenta que avanzaba en el cielo desde el norte en densos y oscuros nubarrones. Al repechar una loma alta se vió toda la columna en formación, las banderas de las lanzas flameantes, agitada toda aquella masa de hombres y de caballos con el sacudimiento del trote. La cola de la larga columna se explataba en la llanada, mientras la cabeza coronaba la cuesta de la cuchilla. El clarín de órdenes lanzó una nota aguda, vibrante, prolongada en un calderón que despertó todos los ecos de la campiña concertándolos en bélico coro, y toda la división hizo alto, en una parada brusca. Desde el lomo de la cuchilla en que nos habíamos detenido se divisaba un paisaje dilatado, blanqueando en las alturas sobre en fondo oscuro del cielo tormentoso, varias poblaciones. El nublado no cubría el sol todavía, contrastando sus reflejos en la

pradera y en las casas con el tono plomo mate de las nubes.

Después de cinco minutos de descanso seguimos la marcha. La tarde se echaba pesada y calorosa en el bochorno de la tormenta próxima. Detrás, a lo lejos, se borrraban entre las brumas las accidentes de la sierra, que aparecía como una cordillera azulada, recordando sus perfiles sobre una franja de luz amarillenta que iluminaba el cielo en el horizonte. Los ganados huían a un lado y a otro ante el tropel sordo de la caballada al trote. Tres o cuatro peones que recorrián el campo desaparecieron a toda rienda a la vista de la columna, temerosos de ser reclutados.

El sol caía rápidamente, sin rayos, encendido como un globo de fuego entre los vapores condensados. Era apenas una luz en el cielo, velada por un tul de brumas, sin irradiar un reflejo, sin proyectar una sombra, como esas fosforescencias errantes que no iluminan en torno suyo. Sordos redobles lejanos como de tambores fúnebres, llegaban hasta nosotros anunciándonos la tormenta. La cúspide blancuzca y redondeada de un nubarrón que se levantaba desde el horizonte se inyectaba de fuego continuamente, anaranjándose y oscureciéndose como si el fueille de una fragua la encandeciese a soplidos.

El baqueano apuraba el sobre paso de su bayo viejo para poder acampar antes de que empezase a llover. El monte del arroyo negreaba a lo lejos en las últimas claridades de la tarde. El sol se apagaba en el horizonte como una lámpara falta de aceite. Era ya apenas una

mancha amarillenta próxima a ser borrada por el nublado que avanzaba lentamente, conquistando palmo a palmo todo el cielo. Sólo en el poniente quedaba una laguna azul pálido, mientras el firmamento se ennegrecía y parecía descender hacia la tierra, como una inmensa tapa cóncava de plomo, próxima a cubrir todo el paisaje. Sólo al resplandor de los relámpagos nacidos bajo el horizonte, se detallaba aquella masa oscura en pesados nubarrones, franjeados de luz fugitiva, volviendo en seguida a unirse en una nota apizarrada.

Llegamos por fin al sitio designado para campamento, en un seno que hacia el monte. Se mandó desenollar de prisa y atar a soga los caballos que cada soldado traía de tiro. El campamento quedó instalado en corto tiempo. En la garganta del seno, acampó el piquete de fusileros. En el centro se armaron las carpas de los jefes y ayudantes, y en contorno del monte, todo el resto de la tropa. En la ladera de la cuchilla vertiente se hizo ronda a la caballada, que coreaba en continuos relinchos, de extrañeza de querencia, de llamada a los compañeros, de recelo de la tormenta inmediata. En la penumbra del crepúsculo se vislumbraban, allá sobre las alturas, las siluetas confusas de los centinelas avanzados.

Se hizo la carneada de una punta de ovejas que habían arreado en la marcha, y que balaban desesperadas, extrañando el resto de la majada, las madres separadas de las crías, los corderos reclamando a las madres, azoradas todas en aquél movimiento y bullicio de la soldadesca

que las pialaba y degollaba en medio de risas y gritos.

El cielo se incendiaba todo en resplandores pajizos que dejaban entrever trozos de paisajes como visiones de linterna mágica. De repente la luz se prolongaba en una raya temblorosa de fuego lívido que hacía palidecer las hogueras del campamento, apagándose en seguida sin dejar un rastro de luz, mientras el trueno repercutía en un redoble continuo, que se acen-
tuaba por momentos como si de pronto se acer-
case, y ensordecía por momentos como si se alejase en la retirada. Y en medio de ese ru-
mor perpetuo, se oían a ratos, estampidos le-
janos de cañones, detonaciones de descargas de fusilería, tropel de caballos lanzados a la carrera, como si todo el ejército del cielo viniese avanzando desde los extremos del horizonte para cercarnos y librarnos batalla en aquel re-
ducido espacio que ocupábamos, en aquel seno de monte, cuya arboleda oscura se iluminaba de un verde claro ceniciente al resplandor de los relámpagos.

Los caballos, atados a las estacas con los maderos, no pastaban, nerviosos y asustadizos ante aquel pestanejar vívido del cielo fulgu-
rante. La cabeza erguida, las orejas paradas, el ojo brillante, se revolvían inquietos, enre-
dándose en las sogas, temblorosos a cualquier roce, como si de todos lados temiesen el peligro. Los cuidadores no cesaban de rondar en torno de la caballada suelta, que amagaba a cada momento arrancar a la disparada.

Los jefes y ayudantes, después de cenar el asado, mateaban y charlaban en la carpa

principal. La tropa descansaba ya, y sólo quedaban encendidos en brasas los fogones, que se apagaban a cada relámpago que serpeaba en el firmamento, como rindiéndose a la mayor po-
tencia de luz.

De repente, una llamarada de un azul lívido abrasó todo el cielo. El paisaje entero surgió de las tinieblas titilando ante los ojos en un res-
plandor fosforecente durante dos segundos, desapareció repentinamente como si le hubiesen echado encima un denso velo negro y en la lo-
breguez de las tinieblas brotó una escala de notas atipladas, que fué subiendo en tonos estridentes hasta estallar en una detonación aterradora que se prolongó en retumbos sordos, como si dos moles inmensas hubiesen chocado en el espacio, desmenuzándose en fragmentos que se derrumbaban sobre la tierra.

Y todavía no acallados los últimos rezongos de aquel trueno que había hecho retemblar el suelo, otra tronada se oyó, sorda, continua, que parecía brotar de las entrañas del terreno que pisábamos, como si la tierra en lucha con el cielo, quisiese hacer alarde de sus fuerzas devastadoras. Aquel fragor de terremoto, ori-
ginado en la altura, descendió hasta el bajo en que estábamos acampados, se detuvo en la línea de fogones que cerraba la boca del campamento, y de nuevo se replegó a la altura con redoble ensordecedor, al mismo tiempo que dentro del campamento mismo se oía nuevo tropel. Era la caballada suelta, que al estallar el trueno, había disparado asustada arrollando a los rondadores y precipitándose al bajo. De-
tenida allí por la línea de fogones, había remo-

lineado y vuelto a emprender la carrera hacia el repecho. Asustados a su vez los caballos atados a soga, había echado a correr, revolviendo unos los manejadores, arrancado otros las estacas, azuzándose todos entre sí con los latigazos de los manejadores. Algunos soldados consiguieron montar en pelo antes que sus caballos se soltase; los demás se refugiaron en el monte, y gracias a ese reparo no hubo que lamentar muchas desgracias, pues los caballos, enceguecidos por el miedo, enredados unos con otros, disparaban azorados llevando por delante todo lo que encontraban, ligados en una trailla inmensa formada por los manejadores, cuyas estacas, viboreando por los aires, se habían liado. La carpa de los asistentes fué arrasada por aquel ciclón viviente, que disparaba a la redonda enloquecido, mientras el resto de la caballada se disagregaba en pequeños grupos que se atropellaban en una carrera sin rumbo, aquí detenidos por un obstáculo insuperable, allí retrocediendo a los tiros que les disparaban las guardias avanzadas, más allá deslumbrados por la luz enceguecedora de los relámpagos, aterrados por el fragor de los truenos, chocando unos con otros aquellas falanges de animales arrastrados por el vértigo, en tanto que el cielo, como si no quisiese perder un solo detalle de aquella escena que en las tinieblas de la tierra se producía, se inflamaba en un incendio imponente, iluminando todo el paisaje con resplandores de una lividez aterradora. Y se oían gritos y tiros, y el suelo temblaba al redoble de los cascos de los caballos disparados, hasta

que el fuego del cielo se derritió en una lluvia torrencial que dominó todos los ruidos y apagó las últimas ascuas de los fogones.

EL GAUCHO FLORIDO

Se exhibe en las vidrieras de la librería de Escary, en la calle Victoria, un cuadro del pintor inglés Terry, representando un gaucho, y todo fué verlo al pasar y clavarme en el sitio, no porque la corrección del dibujo me atrajese ni el brillo de los colores me pasmase, sino porque lo que Terry ha pintado no es un tipo imaginario, sino el fiel retrato de un individuo a quien mucho he conocido, mi paisano, y cuya vida tiene accidentes que bien merecen ser narradas y leídas con interés por todos aque-llos que conocieron al Gaucho Florido, que fueron muchos, de uno y otro lado del Plata.

Quieren las circunstancias que yo le cono-
ciera y tratara desde muchacho, siendo casi
mi coetáneo. Se llamaba Manuel Robledo, era
oriundo del caserío de la Aguada, en los alre-
dedores de Montevideo, y su solar lindaba con
la quinta de mis padres, arroyo de por medio;
un arroyuelo que es apenas una zanja, y que
en su curso se ensancha hasta formar el Arro-
yo Seco, que lo es en efecto mientras no llueve.

La casa en que Robledo se crió está todavía
tal y cual la recuerdo yo veinticinco años atrás,

cuando era muy niño, situada en la ladera de la cuchilla que muere en el arroyo: una casa de azotea, de tres piezas en ala, sin más reparo que el que le prestaba un frondoso espinallo, de los más grandes que he visto, que se do-
raba en la primavera con millares de aromas.

Eran tres en la casa: el padre ya anciano; Manuel, que tendría entonces unos diez años, y una hermana, ya moza y no mal parecida, todos ellos gente buena, hospitalaria y servi-
cial, con esa llaneza de costumbres que va perdiéndose en los remilgos y afectaciones del presente. El viejo Don Manuel Robledo era el tipo del gaucho pueblero, hombre sensato y prudente, muy dado a recordar sucesos políti-
cos en los que había sido actor como todos los que en su tiempo se criaron. Del hombre de ciudad tenía el traje y el habla, pero el cam-
pero despuntaba en el apero de su caballo, en cuyas crines desplegaba el bueno de don Ma-
nuel todas las habilidades de su tijera, pues todos sus afanes los ponía en la prolíjidad del tuse, que unas veces era de cogotito, y otras adornado con clavijas recortadas con todo es-
mero.

No amanecía día en que no viera yo a Don Manuel pasar al trotocito en su moro, con le-
vita y sombrero de copa, montado en recado con látigo de azotera, que era por aquellos pa-
rajes arma indispensable, no sólo para azuzar a la cabalgadura, sino principalmente para es-
pantar a los perros que de cada puerta salían en tropel ladrando a los jinetes.

Manuelito hacía entonces sus primeras le-
tras, y el tiempo que sus modestos estudios le

dejaban libre, lo empleaba en fabricar jaulas y trampas de caña para cazar jilgueros y mixtos, que fué la afición que nos hizo amigos, gran pajarero como he sido yo también; hasta que con gran contrariedad para mí, resolvió su padre darle carrera, y al efecto lo puso de mozo de tienda en una de la Aguada, donde yo al pasar solía ver a mi Manuel, muy aburrido, tras del mostrador, en las horas somnolientas de la siesta, las mismas en que nos reuníamos bajo los sauceos del arroyo, agazapados tras de los troncos, aguardando los pájaros que acudían al reclamo de nuestros llamadores, pasando por mil ansiedades mudas hasta que se resolvían a picar el traicionero cebo.

Después yo tomé otros rumbos. La desgracia me alejó de la quinta en que tan gratos años había pasado, me enviaron a Buenos Aires a cursar mis estudios, y cuando algunos años después volví a Montevideo, no encontré más rastros de la familia de Robledo, que la antigua casita sombreada por el aoso espinillo, cada vez más frondoso. La poca arboleda frutal que existía estaba desgajada y casi seca, y todo el terreno que sería de dos cuadras, era un gran pastizal en que pastaban los caballos del vecindario, introduciéndose por los portillos abiertos en el cercado de pitas, que todavía existe.

Mucho tiempo pasó así. En la tienda donde Manuel había estado de dependiente nada supieron decirme de su paradero, deplorando su salida, porque era excelente sujeto, muy sosegado y respetuoso, cumplidor en su tarea y con aptitudes para el negocio.

¡Cuál no sería mi sorpresa, cuando, hace cosa de doce o quince años, me encontré con mi viejo amigo Manuel Robledo, transformado en Gaucho Florido, jinete en su redomón de riendas, el lazo a los tientos, ceñidas a la cintura las boleadoras, calzado con botas de potro, el sombrero a la nuca sujeto apenas por el barbijo, el pelo cayéndole sobre los hombros en rulos, y todo él muy cumpa y quebra! No quería creer a mis ojos. Aquel muchacho que yo había conocido antes tan pacato y tímido, arrojado todavía más tras del mostrador, transformado de la noche a la mañana en gaucho domador, vagando de rancho en rancho y de tapera en galpón!

Y era él, no cabía duda. Al verme se apeó del caballo, se sacó el sombrero de atrás para adelante, y me saludó muy respetuoso, como de inferior a superior.

Yo me acordaba de nuestra antigua camaradería pajarera y le dije: —Pero ¿qué es eso, Manuel? ¿No recuerdas cuando cazábamos jilgueros juntos? Soy el mismo de entonces. ¿Y tu padre? ¿Y tu hermana?

Fué inútil todo. No quiso franquearse conmigo, y siguió tratándome con respeto, sin tutearme, evitando las expansiones de recuerdos retrospectivos. Pero conservaba la finura de sus modales y el cuidado de su persona. Era un gaucho elegante, bien arreglado los pliegues del chiripá, lujoso el cinto, la bota de potro bien sobada y justa al pie, muy peinada la cabellera, y llevando siempre entre los labios una flor, de preferencia un clavel, blan-

eo, como la divisa de su partido, en cuyas filas había militado durante la revolución de Apóstol, que fué cuando se despertaron en él las aficiones gauchescas. Se había hecho domador, y ejercía el oficio de chalán, vendiendo potros redomoneados y que apenas sabían llevar el freno, y haciendo pasar otras veces rócinas viejas por redomones de riendas.

Su solar de la Aguada lo había convertido en estancia. Había hecho su corral de palo a pique, donde encerraba por la noche la manzarrona, entropillada con yegua madrina, y al amanecer las soltaba, quedando siempre con un caballo atado para la recogida de la tarde. Tenía como una neurosis de gauchismo. Su habitación era la cocina, techada de quincha, de cuyas tijeras colgaban maneadoras y coyundas, lazos y sobreos, riendas y cabestros, boleadoras y rebenques, un museo completo de huascas muy sobadas y parejas. Su cama era el recado, bien provisto de cojinillos y enjalmas para mayor blandura.

Y al lado de estos atavíos gauchescos, hacían contraste otras prendas de petímetre urbano, pues el día en que el Gaucho Florido no se ponía bota de potro, la calzaba de Melies riquísima, y usaba la ropa blanca interior de seda o de hilo de Escocia. Ése era su lujo, y todo lo que la venta de sus potros le daba, lo empleaba en paqueterías.

Tocaba la guitarra, cantaba décimas, y cuando salía de aventuras iba siempre con la guitarra, muy adornado el mástil con lazos de cintas celestes y blancas.

Éramos nuevamente vecinos, y tenía, por consiguiente, ocasión de conocer su vida. Todavía mal borradas del cielo las estrellas, prendía su fuego y tomaba su mate, y soltaba en seguida la caballada, que salía del corral hambrienta, dispersándose por el pequeño potrero sin hacer caso del cercero de la yegua madrina, pues mal podrían pastar reunidos donde sólo había yuyos inmasticables, entre los cuales tenían que andar los pobres mancarrones hozando para encontrar una rama rastrera de gramilla.

Salía después de la siesta a pasear el potro que andaba redomoneando, y a la caída del sol volvía, desensillaba, y en pelo se iba a hacer la recogida, chasqueando el arreador y cantando bajito como si realmente estuviese en la soledad de la cuchilla.

Emprendió amores con una muchacha criada en una casa conocida. Ella era ya de mayor edad, libre de padres y tutores, dueña de hacer lo que mejor le acomodase y nadie en la casa se oponía al noviazgo con el Gaucho Florido, conocido como excelente sujeto, y dueño de un patrimonio decente. Así es que Robledo podía entrar y salir cuando quisiese a la casa y sacar a su novia por la puerta ancha para llevarla a la sacristía. Pero eso no entraba en su programa. Un gaucho como él no podía incurrir en la vulgaridad de casarse como cualquier pueblero, y una buena tarde ensilló su mejor pingo, leató la cola, le envolvió los cascos con pasto para que no se sintiese la pisada, y rondando la casa de su novia por los fondos, em-

pezó a silbar, hasta que acudió la aludida, y arrimando el caballo al cercado la hizo subir en ancas y se la llevó al galope, muy orgulloso con su presa a la iglesia, casándose con todas las formalidades. Poco hecha la robada a la vida gauchesca, se enfermó en la estancia de la Aguada, muriendo poco después, lo que fué causa de que Robledo entrase en una nueva faz de gaúcho viudo, siempre vestido de negro, pero sin abandonar la flor de entre los labios.

Por temporadas se eclipsaba y después reaparecía con una nueva caballada, hasta que una cobarde picardía puso fin a sus correrías.

Se retiraba Manuel Robledo de la ciudad cierta noche, ya tarde, cuando al pasar por frente al cuartel del 5º batallón lo llamaron algunos oficiales que en compañía de su jefe Máximo Santos, tomaban el fresco sentados frente a la puerta del cuartel. Empezaron a chulearlo sobre sus gauchadas, y a echarle púllas sobre su partidismo; contestó Robledo sin insolencia, pero con altivez, pues era de carácter resuelto; y de tal manera se encrespó la cosa, que acabaron por meterlo dentro del cuartel, donde hicieron con él una fechoría, que fué para él la más grande afrenta.

Muy de mañana al siguiente día me mandó buscar a mi quinta, diciendo que tenía que hablarme con urgencia. Acudí en el acto y encontré a Robledo sentado en cuclillas en la cocina, reatada la cabeza con pañuelos, triste y desencajado.

Bajo el espinillo, un caballo tordillo, completamente enjaezado como para viaje, con

poncho de paño en los tientos y maneador enrollado en el pescuezo, coscojeaba el freno de grandes copas de plata.

Me contó lo que la noche anterior le había pasado y que ya dejó narrado, y por último, como si no se atreviese a decir cuál era la afrenta que le habían inferido, empezó a desatarse los pañuelos de la cabeza, y una vez que hubo deshecho los nudos, se cubrió la cara con las manos, dejó caer para atrás los lienzos, y quedó en descubierto la cabeza, pelada al rape. ¡La hazaña era digna de Máximo Santos!

Si Dalila debilitó las fuerzas físicas de mi tocayo, al cortarle los cabellos, no menos hizo Santos con la entereza moral de Manuel Robledo al raparle la cabeza. Era otro individuo, cambiado de la noche a la mañana como si hubiesen pasado años por él. Estaba abatido en una postración de ánimo y de cuerpo afligente. Fueron vanos todos los razonamientos para templarlo, argumentándole yo que no había afrenta para quien no tenía cómo resistir un acto de violencia, y que aquello era cuestión de poco tiempo, pues dada su juventud pronto le crecería el cabello en más tupidos bucles. No hubo forma de convencerlo, considerándose afrentado para toda la vida.

Quiso encargarme de sus asuntos, misión que esquivé no por falta de voluntad, sino porque tales tiempos corrían para mí que estaba en el caso de encargar a otro de los míos en previsión de que me raspen tan de raíz el pelo, que me lo cortasen con raíz y todo; y sin decir más nada, mñ estrechó fuertemente

la mano, descolgó el rebenque de un gancho de asta de venado, requirió el cuchillo que se lo atravesó en el cinto, y salió cabizbajo de la cocina, rayando el suelo con las rodajas de las espuelas domadoras.

Palmeó en el anca al tordillo que piafaba bajo el árbol, desprendió el cabestro, lo tomó junto con las riendas, y de un salto se enhorqueta sobre el lomillo. Salió al paso, y al franquear la tranquera dió vuelta el caballo, y extendiendo la mano trazó una cruz en el aire. Dos lágrimas le brotaron de los ojos al hacer aquella postrera despedida al solar de sus padres: en seguida se echó el sombrero a la nuca y como si hubiera tomado una resolución suprema de que temiera arrepentirse, picó al tordillo con las espuelas y atrancó de galope por el cuesta-abajo del callejón encajonado entre los altos cerros de pitas, perdiéndose a poco trecho a la vuelta de un recodo, mientras yo seguía con la vista su rumbo mirando la polvareda con que el caballo marcaba su galopón en el ambiente azul de aquella mañana otonal.

Mucho tiempo pasó sin saberse nada de Manuel Robledo, hasta que llegó la noticia de su muerte, ocasionada por una puñalada de un gaucho malo.

Tal era el Gaucho Florido, cuyo retrato se exhibe ahora en las vidrieras de Escary, pintado por Terry con todos los atributos de su traje fantástico, y reflejada en el rostro su bondad característica, pues nunca dejó de ser lo que de muchacho había sido, cuando yo lo conocí cazando jilgueros bajo los sauces del

arroyuelo que separaba nuestras fincas, y cuyo recuerdo me vino ayer al ver ese cuadro que con tanta verdad me lo representa en su neurosis de hacerse el gaucho, queriendo resucitar en nuestros días la vida errante y las costumbres azarosas de tipos que ya sólo en el romance viven, contradicción de una época sepultada en los abismos del pasado.

El formidable trabuco que el retrato del Gaucho Florido ostenta, era en sus manos lo que la bacía de barbero disputada por yelmano de Mambrino, era en la cabeza de Don Quijote; puro relumbrón que de nada le servía, pues para los casos de apuro llevaba un buen revólver, que bien sabía él que valía más que el más bocón de los naranjeros.

¡Pobre Manuel! Hace tiempo que te estaba debiendo este recuerdo, que ahora te pago desde tierra extraña, rapados, como estamos casi todos los de la nuestra, por los malvados peluqueros que en aquella noche siniestra cortaron los rulos de tu larga cabellera, que te golpeaban los hombros al compás del trote de tus redomones, cuando por la tarde, cantando bajito con el clavel entre los dientes, te retirabas a tu estancita de la Aguada.

INTRODUCCIÓN ⁽¹⁾

Ha poco tiempo decía yo en un acto público de la Universidad estas o parecidas palabras: “en la esfera política, en la económica, en la literaria, son tiempos de transición y de advenimiento los tiempos que hemos alcanzado. — Un paso más, agregaba, y la prensa habrá completado su misión civilizadora entre nosotros, cediendo parte de su dominio al libro de ciencia y de arte, cuyos primeros resplandores asoman ya en la novela, en la historia, en la crítica, etc.”

La aparición del libro, como producto natural del progreso y manifestación necesaria de los espíritus, caracteriza, en verdad, la faz por que pasan actualmente, en la esfera literaria, los pueblos de esta parte de América.

Con las guerras de la independencia, terminó el canto épico y legendario; con las luchas internas, la estrofa impregnada de dolor

(1) Se incluye en este APÉNDICE, la Introducción que escribiera Juan Carlos Blanco para la primera edición de los ARTÍCULOS de Sansón Carrasco.

y de indignación que vibraba en la lira de Gómez, de Marmol y de Varela.

El escenario de dos épocas, una, inicial, de radicales transformaciones, otra, de gestación, en que se elaboraban los elementos que habían de completar más tarde la primera, se llenaba, pues, en la literatura, con el himno y el apostrofe de los poetas, como condensación de un estado único y absorbente en las ideas y en los sentimientos.

Independencia, libertad, lucha interna,—lucha a favor y en contra del predominio de la fuerza,—he ahí los sentimientos y las ideas, grandes y gloriosos unos, extraviados y violentos otros, pero exclusivos y absorbentes todos, que dominaban, en las dos épocas señaladas, a los pueblos de la América latina y en especial a los que constituyeron el antiguo Virreinato del Río de la Plata.

El dominio literario pertenecía a los poetas, porque era el dominio de la pasión, que ellos debían extender a todas las fronteras con el grito de ¡Libertad! ¡Independencia! y con la repercusión simultánea del choque del acero en la contienda fratricida.

Investigaciones filosóficas, conquistas científicas, literatura, eran cosas y palabras que no estaban ni podían estar en los espíritus. En la idea y en la acción, sólo tenían lugar la Ilíada y la Odisea.

Fragmentos de la magna epopeya se encuentran esculpidos allá en los Andes, bajo el pensamiento de San Martín; allá en las llanuras de Ayacucho, bajo la espada de Sucre; acá en

los pueblos que divide el Plata, bajo las banderas que agitaron Belgrano, Artigas, Lavalleja y Melchor Pacheco; fragmentos de la Ilíada y la Odisea americanas se encuentran también reproducidos en los versos inmortales de López, Baralt y Olmedo, y en las páginas de Sarmiento en el "Facundo", narración dramática del genio, la vida y la índole de los hombres de la independencia y los hombres de la tiranía y el caudillaje.

Tiempos de combate, de batallar incesante, no tienen, aún en la vida moderna, más manifestación, fuera de la faz política, que la faz esencialmente lírica y poética.

Cuando, en recientes y memorables días, los hombres del Norte hicieron resonar sus armaduras sobre las piedras de las murallas de París, hubo un gran silencio de desesperación y de espanto, sólo interrumpido por la voz de Victor Hugo que conjuraba al pueblo francés a defender el suelo sagrado de la patria, como lo había defendido la España de las huestes y las águilas del último César.

La guerra, como las luchas del hombre para enseñorearse de la naturaleza, reclama el bardo que cante sus dolores, sus triunfos y sus conquistas.

Los pueblos de la América Latina ofrecen, en general, el espectáculo de ese doble estado sociológico hasta mediados del presente siglo, y, en algunos, se prolonga hasta nuestros días por el alejamiento en que se encuentran de toda acción civilizadora exterior que acelere

la marcha progresiva de los elementos internos.

Buenos Aires y Montevideo, capitales de los dos estados del Plata, señalan, quizás más que otro alguno, el momento histórico de su entrada a la vida moderna, infundida a la América por los progresos y las conquistas de la Europa a través de los siglos.

Con la caída de la tiranía de Rosas, en 1851, coincide, en efecto, un movimiento de los espíritus que tiende a ensanchar los horizontes de las artes, las ciencias y las letras. Es el soplo vivificador de la libertad que lleva su impulso a todas las esferas.

El libro no aparece, sin embargo, todavía.

Hay una inversión de causas. Lo que debía seguirlo, viene a precederlo.

La imprenta no empieza en los estados del Plata a componer la página, sino a forjar el diario, que, arma de combate en sus comienzos, se tempila y se esgrime como las armas mismas.

He ahí el fenómeno invertido. Al canto de Olmedo, al himno de López, a la estrofa de Echeverría, de Berro, de Gómez; a la pasión dominante de dos épocas que absorbe dos generaciones; al drama realizado de la independencia, de la libertad y del caudillaje, no sucede el drama escrito, la investigación científica, la producción literaria, tranquila, meditada, reflexiva, no sucede el libro, sino el diario.

La prensa no se mueve pesadamente para fijar el progreso de las ideas y las conquistas hechas en las ciencias y en las artes, sino que

se agita con violencia a impulso de la pasión, que todavía es el estado dominante en las masas populares.

Se ha inaugurado, sí, una nueva época. Con la destrucción del despotismo que sofocaba a los pueblos del Plata, corrientes de civilización y de cultura avanzan y se cruzan por todas partes; pero los elementos nacionales de organización social y los asimilados del extranjero a través de largas convulsiones, no se encuadran en el tipo de las instituciones ni se hallan preparados para la producción normal en los dominios del pensamiento.

Prosigue aún el batallar de las sociedades embrionarias; predomina todavía la fuerza como característica de los sucesos, aunque falta el gran escenario de las guerras de la independencia.

Si el libro no ha surgido ni podido surgir, menos puede entrar al combate como elemento de acción. Por eso, la prensa produce el diario,— que es ariete y es baluarte— y el diario atrae a su seno con atracción irresistible, a sus abismos y resplandores, a los espíritus más selectos de los dos pueblos del Plata.

En el turbión que agita a las sociedades y que las remueve del fondo a la superficie, la prensa se presenta como un recinto y un reducto, y a ella van unos tras otros los talentos y los caracteres más viriles para fijar en alto los principios y los problemas de la nueva época. Es el gran valladar levantado en medio de la convulsión general.

Mitre, Gómez, Sarmiento, los Varela, Pérez Gomar, Vedia, José P. Ramírez, José M. Gutiérrez, Julio Herrera y Obes, se reparten alternada y sucesivamente la dirección de los espíritus en las dos márgenes del Plata y son sus diarios el portavoz de las opiniones que dividen y por las cuales combaten en luchas internas e incesantes argentinos y orientales.

No todo es ardor, sin embargo, no todo es obra de la pasión y lleva el sello de la pasión misma y de la hora y del momento en que se escribe. Fuerza demoledora la prensa, pero fuerza de civilización en su esencia, deja, arriba de las cuestiones transitorias, de los odios y la saña del combate, una estela luminosa que marca la conquista política realizada y un ideal más avanzado para la vida de las generaciones que vienen.

Fuera de la conquista política y de esa acción refleja que la prensa va ejerciendo lentamente, aún en épocas de grandes agitaciones públicas, sobre la cultura de las sociedades, el movimiento científico y literario de las dos repúblicas estaba refundido de 1850 a 1870 en las columnas de sus diarios, o más propiamente, no existía sino en un estado latente y de formación.

Uno que otro volumen impreso aparecía de tarde en tarde, iris de paz y de reflexión en medio del fragor de las armas, uno que otro libro destinado a ilustrar tal cuestión histórica o filosófica.

¿Quién los escribía? Los mismos que estaban empeñados en la prensa, en la política y en la acción.

Eran Sarmiento, con su vida del "Chacho"; Mitre, con su historia de Belgrano; Domínguez, Lamas, Alberdi, con sus investigaciones históricas y políticas; Vicente F. López con sus novelas y laboriosos estudios sobre etnología y filología de las lenguas americanas; Magariños Cervantes, con sus dramas y páginas de ciencia, literatura y arte; Pérez Gomar, con sus lecciones de derecho público; César Díaz, con sus memorias militares; Acevedo, Vélez Sarsfield, con sus obras de legislación y jurisprudencia.

La bibliografía de la época no registra puntos más luminosos en los anales de uno y otro pueblo. Ellos venían, apenas, a englobarse en la constelación inicial que desde los primeros días de la independencia trazaron en la literatura del Río de la Plata, sustrayendo por instantes su pensamiento a la lucha gigantesca, Larrañaga, con sus trabajos sobre la flora uruguaya; Moreno, con sus discursos forenses; Santiago Vázquez y Florencio Varela, con sus estudios políticos.

Si el libro era, en los tiempos de la emancipación, tan solo el reflejo de excepcionales personalidades, sin ninguna relación de nivel, ni vínculo próximo con la sociedad en que aparecía, no fué, tampoco, más que un glorioso esfuerzo en los tiempos que sucedieron hasta 1870 en que parecen terminadas las luchas de

medio siglo entre las ciudades y los campos, entre el estado civil y el estado del caudillaje.

De 1850 a esta última fecha, de la caída de Rosas hasta la extinción de los caudillos que se llamaron Urquiza, Peñaloza, Sandes y Flores, el último y el más noble de todos los que recorrieron en nuestros días las pampas argentinas y las quebradas uruguayas, no ha transcurrido en vano el tiempo, sin embargo, para el progreso de las ideas y el mejoramiento social en la esfera de las ciencias, las letras y las artes.

Veinticinco años de prensa, el transcurso de una generación, han preparado el terreno y los espíritus de otra generación. En medio del combate, la prensa arrojaba, a falta de otro libro, la simiente del porvenir. Veinticinco años más tarde, recoge el fruto la generación que sucede a los grandes periodistas del Río de la Plata.

Había llegado ya la hora que señala una nueva etapa en la marcha de los pueblos.

Por el desenvolvimiento natural de las agrupaciones sociales, por las leyes económicas que presiden a su desarrollo, según el suelo, el medio y las instituciones orgánicas, los dos pueblos, oriental y argentino, habrán podido ya, al terminar las insurrecciones de nuestro estado feudal, del caudillo y del monotonero, incorporar a su organismo los progresos y las conquistas de la civilización moderna.

La imprenta se multiplicaba; la máquina hacía su entrada en el taller, irguiendo la frente del obrero; la materia, en una palabra,

espiritualizaba en esas nubes que el vapor iba fijando en su trayecto sobre la estela de nuestros ríos y la superficie de nuestros campos.

La filosofía, las ciencias, las artes mecánicas y las artes decorativas encontraban ya, de este lado del Atlántico, fuerzas preparadas para comprenderlas y asimilarlas.

Las universidades habían elaborado también, en su lento y silencioso camino, la materia prima del conocimiento humano, entregándola a la sociedad en las falanges de jóvenes que a sus aulas habían entrado en los últimos veinte años.

En la esfera económica, dos colosos habían surgido bajo el estrépito de las armas y por la pacífica acción del trabajo, la industria, la inmigración y el comercio —dos colosos— la producción y el crédito.

Diarios, revistas, descubrimientos, estudios sobre todas las cuestiones y todos los problemas, habían venido de todos los puntos del horizonte a saturar nuestra atmósfera intelectual. Hay va, pues, medio ambiente para la vida científica, literaria y artística; hay ya colectividades que leen, asimilan y producen.

¡Ah! pero el libro no es todavía una manifestación definitiva. Pasa ya por la última evolución de su génesis y es éste el gran acontecimiento que nos es dado contemplar a los contemporáneos.

Fué en un principio reflejo y proyección de singulares personalidades, fué más tarde esfuerzo y tensión de unos cuantos espíritus selectos y llega a ser, por último, necesidad de

producción y de consumo, que, tanto en el mundo económico, como en el mundo moral, es la ley que determina la existencia de un nuevo elemento de vida y de sociabilidad.

Arrojad si no, una mirada al cuadro que ofrece desde 1875 el movimiento intelectual de los dos pueblos, y veréis cómo el libro es ya más que promesa: es el anuncio de una realidad próxima.

Asistimos, pues, a la época de la aparición del libro en el Río de la Plata, como producto de su zona, de su cielo y de sus hijos! Arrojad, si lo dudáis, repito, una mirada al escenario de los dos pueblos.

Todavía figuran en él los batalladores de la prensa y los precursores de nuestra era literaria, al lado de los hombres de la nueva generación.

Mitre, López, Sarmiento, Lamas, Magariños Cervantes, dan nuevos volúmenes a la prensa, y Gómez, el periodista, el poeta, asciende una vez más a la cátedra para confiar a la juventud, como Sócrates a sus discípulos en la hora posteriora, los últimos dictados de una moral sobre-humana!

Organismos superiores resisten a la lucha y a la febril movilidad de los nuevos cerebros, y bien puede Vicente López, por ejemplo, escribir su "Revolución Argentina" seguro de marcar en alto su dominio de la lengua y su intuición histórica, a pesar de los primores de Avellaneda, de las bellezas de Goyena, de los esmaltes y arabescos dados en sucesión a la brillante pluma de otro de su nombre.

Con Lucio López, en efecto, con los Varela y el jurisconsulto Moreno, vienen en Buenos Aires a anunciar la definitiva aparición del libro, de la obra de ciencia y de arte, Estanislao Zeballos que analiza, describe y enseña en interesantísimas narraciones; Francisco Moreno, el explorador, que hace repercutir su nombre y sus descubrimientos en las academias de los sabios; Miguel Cané, también literato de estirpe, que escribe viajes como Edmundo de Amicis y confidencias que recuerdan a las confesiones de Alfredo de Musset.

No hago nomenclatura. Cito nombres que acuden a los puntos de mi pluma, omito otros, tanto o más conocidos en las letras y las ciencias, pero fijaos en el movimiento de la imprenta argentina y él os dirá que el libro pasa, en verdad, por la última evolución que precede a su completo desarrollo.

Análogo cuadro se presenta paralelamente en esta margen del majestuoso Río, en esta República Oriental, tan combatida desde su existencia por propios y extraños. La imprenta reclama ya, no sólo al periodista, sino al escritor, no sólo el diario, sino el capítulo meditado de ciencia o de arte.

De 1875 acá, la fuerza de producción se ha ido acelerando con múltiple coeficiente. Son también los días del libro para nuestra evolución científico-literaria.

José Pedro Varela es uno de los primeros que aumenta la inicial de esa fuerza aceleradora con sus magnos trabajos sobre la educación popular, que renuevan las ideas de una gene-

ración y abren a otras los senderos de la escuela moderna.

Bauzá, Fregeiro, De-María, investigan el pasado y describen en páginas de vivo interés la vida de nuestras razas y tribus primitivas, de nuestra sociedad colonial, y la vida de espectaculares personalidades desde la independencia hasta los últimos veinte años.

Francisco A. Berra, por imponente esfuerzo, hace un vasto sistema pedagógico y una filosofía de la enseñanza, según la frase del educacionista Siciliani; Gonzalo Ramírez innova en la legislación penal con un código que se separa de la tradición y la costumbre para dar fundamentales bases al enjuiciamiento y a la represión; Sienna Carranza, W. Bermúdez, Carlos M. de Pena, producen selectos trabajos de literatura y ciencia; el profesor Aréchaga dicta un tratado de derecho constitucional cuyas lecciones se anotan con aplauso en el extranjero, como se anotan, también, las monografías de otro profesor, José Arechavaleta, sobre las plantas uruguayas; Luis Melián Lafinur hace un estudio del genio de Shakespeare, que muestra su acabada preparación histórica y literaria y sus dotes de estilista; Ángel Floro Costa, —insigne escritor, como le acaba de llamar un insigne poeta—, se manifiesta exuberante en la fecundidad de sus facultades y hoy da un libro de sociología tan notable como "Nirvana" y al día siguiente otro sobre problemas políticos o económicos; y, para cerrar esta extensa pero incompleta enumeración, es otro libro de un periodista —que no es el se-

gundo del Río de la Plata— el que está mereciendo actualmente juicios favorables de la crítica, la novela "Los amores de Marta", de Carlos M. Ramírez.

La poesía tiene también, en estos tiempos, admirables intérpretes, cuya inspiración revela que si el canto épico y legendario terminó con las guerras de la independencia como manifestación de un estado único y absorbente en los espíritus, no se ha extinguido aún la poderosa vibración de la lira americana. Ahí están, como espléndida señal de vida y para no citar más que dos nombres, los poemas de Andrade, el mayor en mi concepto, de los poetas del continente, y los cantos de Zorrilla de San Martín, cuyo lirismo alcanza la más alta nota, así como alcanza su piedad el más avanzado puesto entre los restauradores de la paleontología mística.

¡Ah! la prensa, según lo veis, ya no forja en la República Oriental tan sólo el diario —el arma de combate— sino que compone la obra de ciencia y de arte elaborada en nuestra zona y bajo nuestro cielo.

Si la literatura no es todavía un elemento de poder social, es ya en los dos pueblos del Plata una aptitud y un campo abierto a la actividad del pensamiento.

Ciegos y bien empecinados serán los que lo duden y los que no vean esa creciente labor productora del libro que avanza por todas partes.

La observación del naturalista, la investigación filosófica, histórica, crítica, convergen hoy

de escogidos cerebros a la producción de la obra de ciencia o de arte, y tócame a mí, finalmente, para dar una prueba más de mi tesis, el placer de escribir estas líneas en la portada de un libro de Daniel Muñoz, de cuyo autor y de cuya obra quiero y debo yo trazar algunos rasgos para imprimir tinte ameno y simpático a esta incorrecta introducción.

Presentemos, por tanto, a ese autor, aunque bien puede pasarse entre nosotros sin presentaciones. Escribe desde hace diez años y con la frecuencia y la rapidez que exige la prensa diaria. Ha mediado, pues, tiempo bastante para que se le vea de cuerpo entero.

Dicen de Daniel Muñoz y como observación profunda, que él, a su vez, ve como pocos; que tiene ojos certeros y que esa cualidad de ver bien constituye su principal mérito literario. Confieso que no me ha deslumbrado la observación. Diré por qué y lo diré sencillamente, dejando correr mi pluma con la espontaneidad de concepto que el asunto ahora me demanda.

Yo conozco a Muñoz, a ese ameno y endiablado escritor que dió en llamarse Sansón Carrasco, y que otros no conocen sino por este último nombre. Le conozco a él y a sus ojos, desde los tiempos en que éstos no hacían otra cosa que contemplar de arriba a abajo los claustros de la Universidad.

¿Cuándo veían mejor, entonces o después? Entonces, probablemente, pero en aquellos tiempos no teníamos al escritor, al novelista, ni al crítico.

Los ojos veían bien, tal vez mejor que ahora, pero había en ellos demasiada luz difusa, y faltaba en su dueño destreza para reproducir la imagen.

Ver bien, es apenas una condición. Lo que determina aptitud es el poder de reflejar al exterior con la palabra o el pincel el cuadro que ha pasado por los ojos o que ha concebido la mente. Digamos que Daniel Muñoz posee hoy esa aptitud.

No fue, sin embargo, una página descriptiva, la primera que produjo su ingenio.

Hadía hecho una gimnasia de la lengua con las lecturas de Cervantes, y entró a la liza buscando enigmas que enderezar. Los encontró, y ahí están sus críticas y artículos satíricos que lo demuestran, pero su trabajo revelaba una fluctuación.

El espíritu del Quijote no es el de Sancho, y Daniel Muñoz no se ajustaba al idealismo del uno ni al burdo escepticismo del otro, por más que pudiera manejar el lenguaje de ambos. Por eso fué en sus comienzos superior el crítico —sobre todo en la crítica poética— al escritor de costumbres y al literato. La sátira se abría paso a través del lenguaje del célebre Bachiller, y encontraba en el estado de los ánimos, ansiosos de represalias contra los escándalos y degradaciones de la época, la base más segura de su éxito. No era éste debido, pues, a una analogía íntima entre el espíritu del crítico y los dos tipos prodigiosos con cuyo lenguaje se identificaba; era simplemente el resultado de la audacia de Sansón Carrasco

para decir a los prepotentes con la altisonante habla de Don Quijote o con la imponente impensabilidad de Sancho, cosas que debían remover sus conciencias por atrofiadas y endurcidas que estuvieran.

Así, cuando el ingenio de Daniel Muñoz pudo mostrarse, fué cuando abandonó las formas que había adquirido en las lecturas de Cervantes; cuando descubrió su propia risa y su propio chiste, antes ocultos tras la filosofía de Don Quijote y la carcajada estruendosa de Sancho. Entonces apareció el escritor con sus perfiles y contornos.

No es posible encuadrar las ideas de un tiempo, ni el pensamiento de una personalidad, en el estilo de otra época ni en las envolturas de otra personalidad, por grande y sublime que ésta sea, no es posible, digo, sin perder el rasgo propio y sin dejarse arrastrar por las exigencias del molde inconsciente o calculadamente adoptado. En tales casos, la forma se impone al fondo.

Como crítico, el rasgo prominente de Daniel Muñoz consiste en encontrar de un golpe la disonancia, la contradicción de las cosas, la contorsión del visaje, la faz desgraciada de una actitud o de una obra, y en decirlo todo con un acento de candor, de ingenuidad, de íntima franqueza, de asombro infantil, que hace resaltar más la fealdad del visaje y de la disonancia, objetos de su burla o de su crítica.

Siendo ése el rasgo prominente de su ingenio, mal podía revelarlo bajo un estilo que

tendiese a lo ideal y a lo heroico, ni que descendiese a la concepción grosera de las cosas. Su estilo propio era la exactitud de la línea, la rapidez y nerviosidad del concepto, mezcladas a la risa entre picara y impetuosa de un muchacho callejero. Cuando lo empleó, tuvimos al crítico con personalidad propia; cuando a esas cualidades agregó Sansón Carrasco la observación, la descripción y el elemento dramático, tuvimos al escritor y al novelista.

La índole de este libro excluye la fisonomía del crítico y del novelista, y lo siento en verdad, porque mucho podría decir, con las pruebas a la mano, del autor de "Cristina" y de ese chispeante espíritu que ora desbordaba de gracia en la sátira suave y juguetona de Sansón Carrasco y ora levantaba cardenales en el rostro de los prepotentes, con el látigo de "Harmonium".

Son tan sólo artículos de costumbres y bocetos literarios los contenidos en esta obra. No pueden mostrarnos, pues, de Daniel Muñoz más que la faz del paisajista y del escritor.

¿A qué escuela literaria pertenece?

He ahí la pregunta obligada, la pregunta de moda. Así como en los tiempos de las guerras religiosas, en Inglaterra, se investigaba ante todo si un individuo era episcopal o presbiteriano, hoy, en literatura, lo primero que se trata de saber es a qué escuela literaria pertenece el escritor, a la realista o a la romántica.

No quiero afiliar a Daniel Muñoz en una u otra de esas banderías, pero si he de decir re-

firiéndome a los propios capítulos de este volumen, que en el boceto sabe distribuir las sombras y la luz y marcar con un toque rápido el sello peculiar de una fisonomía, y que, así en el paisaje, como en la narración, es abundante, fácil y atrayente en sumo grado.

En esta última especialidad, los elementos principales de que se sirve nuestro autor son la observación y el análisis. Quizás por estas cualidades se le pudiera colocar entre los escritores de la escuela realista, si es que el realismo por sí solo constituye escuela o género literario.

Zola es el primero que recomienda el análisis y la observación en su filosofía del naturalismo, pero Zola sería un novelista que nadie leería si no tuviera, ante todo y sobre todo, ese dominio soberano de la lengua francesa que constituye su fuerza. Dad a Goncourt, a Huysmans, al propio Daudet y a esa falange de escritores realistas el mismo argumento, y no harán una obra del aliento de las de Zola. Les falta el molde del autor de "Naná" y de "Pot-Bouille".

En la creación literaria, la forma comparte la originalidad de la idea. Su unión es tan estrecha, que el asunto o la descripción desfallecen y se debilitan, si el estilo no alcanza a expresar la verdad, la energía y la precisión de las concepciones personales en toda su intensidad.

Si el arte por el arte es infecundo para producir algo que tenga vida y conmueva, más infecundo es el realismo por el realismo.

Con este principio por guía, se llega a lo deformar en el boceto y a lo extravagante y pueril en la descripción.

En el afán de observar y analizar, se extienden fuera de todo límite las dimensiones del cuadro y se asigna una importancia trascendental a hechos y cuestiones secundarios, que sólo sirven para debilitar la idea principal objeto de la obra.

Consignemos que Daniel Muñoz, no obstante sus preferencias por el género descriptivo y sus inclinaciones hacia la escuela naturalista, ha sabido salvar esos obstáculos del realismo por el realismo puro, mostrándose casi siempre sobrio en los detalles y tratando a la vez de realizar la *precisión en el arte*.

Hasta qué grado lo ha conseguido, lo dice más alto que mis apreciaciones la "Colección de Artículos" que forma este volumen, en cuyas páginas, a la originalidad de los temas, se agrega la manera especial de ver de su autor —no lo que ven y observan sus ojos —sino el colorido propio con qué se sabe reproducir, en la descripción o el boceto, el cuadro o la personalidad objetos de su estudio.

Hay todavía un mérito más que aducir en pro de tan relevante escritor, y es que los artículos contenidos en esta obra fueron improvisados, dicho sea sin exageración y sin hipérbole, rindiendo únicamente homenaje a la verdad.

Daniel Muñoz los ha escrito bajo el aprendizaje de la máquina de imprimir, que hacía re-

sonar sus vueltas y estremecimientos en la misma mesa de la redacción de un diario.

Aní, en la Imprenta de la "Razón", le he visto yo, como tantos otros, elaborar esas páginas que hoy pueden formar un libro, sin resentirse de la precipitación con que fueron escritas.

Y ya que con esta referencia he iniciado al lector en algo que se relaciona con el modo de producir de nuestro autor, permítaseme que avance un tanto más en la confidencia, para terminar en la intimidad estos ligeros rasgos de personalidad tan simpática y tan peculiar.

No recuerdo si en la sala de redacción donde trabajaba Muñoz había algún gato al cual pasar la mano para distraerse, o bien algún objeto raro de estudio o de arte cuya contemplación agujoneara la fantasía, pero sí recuerdo que había dos lámparas, o mejor dicho, dos reverberos que parecían de platino incandescente, capaces de dejar bizcos, no ya a los humanos, sino a los mismos ojos de la diosa Minerva.

Pues Daniel Muñoz se sentaba frente a esas dos lámparas con un alto de cuartillas de papel bajo su mano, y, cuando la pluma se detenia un momento, levantaba él los ojos y los clavaba en aquellas luces y en aquellos cristales que echaban chispas! Después, los volvía a bajar y seguía imperturbable escribiendo página tras página.

Silencioso en los primeros momentos, de repente prorrumpía en una risa entrecortada o en una exclamación. Era que acababa de clavar un par de banderillas con los puntos de

su pluma, o que había encontrado la forma definitiva de su plan o de su expresión.

Así sucedía, en efecto, y Carlos María Ramírez que ocupaba frecuentemente, como redactor del mismo diario, el lado opuesto de la mesa, podía comprobarlo conmigo en las ocasiones en que yo me encontraba de visita en la Imprenta.

En una de ellas y habiendo terminado Ramírez su tarea de la noche, se dirigió hacia mí para que saliéramos y fuésemos juntos al café inmediato del "Telégrafo".

No, — me respondió Ramírez, y, volviéndose hacia Muñoz, agregó: éste se queda para...

—Tallar en la ancha veta de la metáfora, — le interrumpí yo, repitiendo esas palabras de un célebre diputado.

No, — volvió a decir aquél. — Se queda para trabajar por su fama literaria!

Yo quiero creer que si este libro "Colección de Artículos", no basta para justificar ante sus lectores una fama literaria, de éas que sólo se cimientan con el trascurso del tiempo, basta seguramente para acreditar las bellas dotes de su autor y para augurarle nuevos y más definitivos éxitos en la literatura.

Estamos en la época de la aparición del libro entre nosotros, y así como hoy es éste el que da a luz, mañana publicará Muñoz otro y otros de distinta índole, que hagan conocer al novelista y al crítico, cuya talla es sin duda superior a la del paisajista, y, para que nada falte al advenimiento de esa época que ha tratado de caracterizar en la primera parte

de esta introducción, tenemos también,—rétame decirlo,—nuestro futuro Michel Levy, en el editor Antonio Barreiro, quien parece destinado a fundar la gran librería en la República y a editar las obras de nuestra naciente era literaria. ¡Salud y honor a los nuevos autores!

JUAN CARLOS BLANCO

Agosto de 1884.



ÍNDICE

	Pág.
NOTAS PROLOGALES	VII
CRITERIO DE ESTA EDICIÓN	XL
El Cometa	3
Todavía Esta Allí	11
Juan Manuel Bonifaz	17
La Escuela de Juan Manuel Bonifaz	32
Relinchos de Ultra Tumba	44
Dalmiro Costa	52
Una Audición	61
La Leyenda Patria	69
Germán Mac'Kay	82
La Feria	96
La Basura	106
Tiempo Húmedo	117
Misericordia Campana	123
En el Mercado	134
Luis Mazzantini	143
Montevideo Bajo la Lluvia	159
Pedro Martí	166
Una Caravana de Bohemios	172
Aquiles Lambertini	185
El Patio de "El Nacional"	194
San Pedro	203

Eduardo Carmona	"	210
El Viaje a Minas	"	228
Minas	"	247
Arequita	"	257
Los Carnavales	"	272
¡Cuánto Chancho!	"	288
Noche de Boda	"	301
El Corneta Sayago	"	311
Francisco Piria	"	323
Una quemazón de Campo	"	333
Una acampada	"	346
El Gaucho Florido	"	362
APÉNDICE	"	373
Introducción	"	375

ARTICULOS

ESTE DECIMO VOLUMEN DE LA
COLECCION DE CLASICOS URUGUAYOS FUE
IMPRESO PARA LA BIBLIOTECA ARTIGAS
DEL MINISTERIO DE INSTRUCCION PUBLICA
POR LA IMPRENTA E. BIANCHI ALTUNA.
SE TERMINO DE IMPRIMIR EN MONTEVIDEO,
A LOS 30 DIAS DEL MES DE
DICIEMBRE DE 1953.